



Las falsas verdades

ORIGEN

Gemma García Veiga

A mi marido

Capítulo 1

Noruega, 15 de enero de 936

Del amparo de las sombras del bosque salió el hombre caminando, observaba desde hacía horas el juego macabro del padre con el hijo. Intervenir era absurdo en otras ocasiones lo hizo complicando a un más la situación. Cuestionar al progenitor por la forma de educar, ponía en peligro la naturaleza noble y bueno del muchacho. Era difícil creer que aquella astilla saliera de ese leño podrido y espinoso.

El claro, concurrido escasos minutos antes y ahora vacío de todo curioso, estaba sumido en un profundo silencio. Los miembros del clan obligados a asistir, mirar y vitorear a un jefe despiadado y cruel, bajaban la ladera camino de la aldea. Cuando el padre se aburrió de ensañarse con el cuerpo del muchacho, dejó caer a sus pies el látigo con incrustaciones de piedras. El aliento contenido de las mujeres y los niños encontró un resquicio para escapar por los labios apretados, como un lamento; los hombres dejaron de apretar la mandíbula y empujaron a los que dudaban en prestar auxilio. Nada podían hacer por él más que perjudicarlo si se quedaban.

El hombre se acercó despacio, sus piernas se hundían en la nieve. Con la cabeza caída entre los brazos y estos atados a un poste de madera salpicado de gotas de sangre, el muchacho parecía ajeno a su presencia. Se paró detrás de él y observó los desgarrones que el látigo había causado en la piel. Las heridas eran peores que en otras ocasiones, pero el padre no fue ni más cruel ni más concienzudo. Para el hombre que conocía el sufrimiento que causaba aquel instrumento, las laceraciones eran dolorosas incluso a la vista.

Sacó una daga de su bota y cortó las ataduras, el muchacho cayó de rodillas en la nieve teñida de rosa. El agotamiento que sufría el cuerpo y la mente era inmenso, no solo soportaba los latigazos, tampoco podía emitir un solo quejido; por cada lamento, gemido o suplica estos se intensificaban, multiplicándose al antojo del padre.

El muchacho emitió un suspiro hondo y despacio levantó la cabeza hacia el hombre. Sus miradas se cruzaron unos segundos, había decepción en aquellos ojos verdes, no era la persona que esperaba, su mirada vagó por el límite del bosque buscando a alguien, pero allí no estaban más que ellos dos, como comprobó el hombre. Pero el muchacho esbozó una leve sonrisa y de nuevo dejó caer la cabeza, la barbilla golpeó el pecho, los brazos inertes tocaron sus muslos desnudos.

—Es hora de irse —dijo el hombre tendiéndole la mano para ayudarlo a ponerse en pie—. No puedo sanar tus heridas.

—Cada vez es más llevadero —contestó con un hilo de voz.

El muchacho intentó recordar desde cuándo conocía al hombre, «de toda la vida» aseguró incapaz de encontrar la fecha exacta. No era miembro del clan, iba y venía a su antojo, todos le mostraban respeto, incluso su padre, infundado por el miedo, pues parecía más un dios que un hombre; alto como nadie de la aldea, con aquella melena negra recogida siempre en una tensa coleta y luego estaban los ojos, los había visto en contadas ocasiones, pero eran los de una

especie de felino, letales y fríos.

Junto a él aprendió otras lenguas, a escribir y leer, a orientarse mirando las estrellas y a conocer las plantas con las que curar las enfermedades. Con su padre, el significado de crueldad y maldad, cómo matar de mil formas distintas y sacar la verdad más falsa de hombre usando la tortura.

—No puedo acompañarte más allá. Alguien podría ir con el cuento a tu padre. ¿Te ves con fuerza de caminar hasta tu tienda? —preguntó el hombre que sostenía por los hombros al muchacho, enfrentado sus miradas.

Tenía unos ojos inquietantes, dorados con reflejos rojizos, juraría que eran llamas ardiendo en su interior, le gustaba verse reflejados en ellos, otros miraban al suelo cuando él les observaba, también su padre los esquivaba; pero el muchacho tras aquella rareza sentía paz cuando les tenía cerca. Asintió despacio.

—Mañana vendré a verte —dijo antes de soltarle.

El muchacho miró hacia el bosque, por un momento el hombre creyó ver cómo las pupilas se dilataban y una sonrisa se dibujó en sus labios. Desvió la mirada hacia el punto donde creyó que segundos antes estaba los del muchacho, pero allí no había nadie, tenía la agudeza visual del águila y el odio del lobo, allí no había nadie.

—¡Aquí estaré! —dijo en un tono de voz más alto del deseado. Necesitaba desviar la atención del hombre, confiaba en él, pero había hecho una promesa—. Ha pasado un año desde la última vez que nos vimos.

—No fue mi intención, pero mi familia requería mi presencia. Juro que te recompensaré por todo. He traído libros y aparatos que compensarán tu curiosidad insaciable. —El hombre le acarició la cabeza—. Erik, eres un gran chico y tu futuro será aún mayor...

—Ja, ja, ja... —rio amargamente—. Estoy cansado de mi vida y solo tengo diez años... Jamás me has engañado y siempre tus precisiones fueron acertadas, confío en que mi futuro compense mi presente.

Erik aguardó unos minutos, observando cómo el hombre desaparecía entre la espesura del bosque, entonces miró hacia donde ella se ocultaba, aunque no le hacía falta esconderse, era una sombra en un mundo lleno de luz.

Capítulo 2

Madrid, 31 de enero de 2019

«¿Dónde estoy?», las palabras resonaban en su cabeza como el eco en una casa vacía. Rodeada por una niebla que penetraba por la piel y alcanzaba los huesos paralizándolo el cuerpo. Los párpados se negaban a abrirse, al igual que los labios sellados por el miedo. «¿Qué estaba sucediendo?». Todo a su alrededor era oscuridad y silencio. Ni frío ni calor ni hambre ni sed..., soledad, maldita compañera. Quería gritar, llorar y correr. Jamás había sentido tanto temor, no era la oscuridad lo que la aterraba, era aquel enorme vacío. No sentir el aire en la cara ni escuchar el rumor del agua, la suavidad de la hierba entre los dedos, el roce de los pétalos en la piel desnuda. Todo aquello que la recordaba que todavía está viva.

«¿Quizá la muerte me alcanzó?». Todo podía ser un sueño, pero no recordaba haberse acostado... Sufrió un accidente, del que apenas queda un recuerdo... Dentro de su cabeza no hay nada. Un cuerpo al que se le ha borrado toda existencia. «Estoy muerta». Concluye con la angustia que da la certeza. La pregunta que ahora le asalta: cielo, infierno o tránsito, como dirían muchos, el purgatorio. «¿Qué tontería!». Ella no creía en esas cosas o sí.

El miedo nunca desaparece mientras crece, se alimenta de la oscuridad que nace en el interior, que se extiende con cada pregunta que no encuentra respuesta, las dudas son resquicios por los que se cuele. «¿Quién soy?». Encontrando una definición de ella misma podría conocer sus sentimientos, pensamientos o las actuaciones que la llevaron a ese punto sin retorno. «Mi nombre, ¿cuál es?». Sin identidad. Un vértigo la asalta ante esta certeza: no es nadie. Una voz llega desde lo más profundo de su memoria: «Cuando no sabes quién eres, carece de total importancia el resto». Se estremeció, no sabía si por el sonido familiar de las palabras o por el sentido que tenían.

Uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde, el valor de los recuerdos cobra poder cuando la memoria te permite revivirlos una y otra vez, sin ellos somos un envoltorio vacío.

Un destello la alcanzó durante unos segundos; árboles, hierba, flores de invierno que se ocultan bajo la nieve, un bosque rodeado de altas montañas, un río congelado con grandes piedras en la orilla. Agua helada. Por alguna razón este pensamiento la hizo sonreír. Se concentró en aquella imagen. Era lo único que le traía una sensación. Frío. Frío en los pies, en las manos y en la cara. Los dedos sumergidos en aquellas aguas cristalinas hasta entumecerse, entonces los sacó y los puso ante los ojos protegiéndose de los rayos que apenas calentaban.

Con los ojos entornados miró al sol que se filtraba por los dedos helados. Las gotas se deslizaban hasta las muñecas creando un efecto mágico. Sacudió las mangas para que no se mojasen, mientras observaba el efecto de los rayos en sus manos húmedas.

Una sombra asaltó el recuerdo, interponiéndose entre el sol y las manos. Se encogió como lo haría un niño una noche de tormenta; y todo volvió a ser oscuridad.

Aguardó un minuto a que el corazón y el pulso recuperasen el ritmo. Necesitaba regresar a ese claro del bosque junto al río. Se concentró en las manos heladas, en el frío, en el movimiento del

agua entre los dedos, pero era consciente de la oscuridad que la envolvía e incapaz de encontrar la paz que tuvo segundos antes. Una lágrima se deslizó por su mejilla, única y solitaria, acentuando el vacío que la rodeaba. «Eres una luchadora». Estaba convencida de ello, la primera certeza que tenía de sí misma. «Nada en este mundo te lo dan sin esfuerzo», la voz de aquel desconocido la invadió de nuevo, arrojándola a las tinieblas más profundas.

Pero no estaba dispuesta a dejarse doblegar por una voz lejana. Evocó nuevamente las montañas cubiertas de nieve, el hilo plateado que discurría entre ellas perdiéndose en el bosque y el riachuelo que se encontraba a escasos metros de sus pies descalzos. Estiró las piernas y alcanzó a tocar con la punta de los dedos una piedra blanca, redonda y suave, jugueteó con ella mientras aguardaba a que algo sucediera. «La piedra..., la piedra...». Las palabras salieron de su boca entreabierta como un susurro y de aquel recuerdo viajó a otro.

Un hombre de cabellos rojizos y ojos verdes depositó sobre sus manos húmedas dos piedras en forma de corazón, cada una de ellas engarzadas en sendas cuerdas de cuero negro. Ella le abrazó con fuerza, apoyó la cabeza sobre el torso desnudo de él y escuchó el fuerte latido del corazón. Le amaba, abrumaba la seguridad de ese pensamiento, sobre todo, porque no sabía quién era, daría su vida a cambio de la suya, vendería todo lo que poseía por un segundo más a su lado.

Él tomó las manos de ella, aspiró con fuerza el aroma que desprendían, las acarició con la mejilla sobre la que crecía una barba rebelde. Le vio mover los labios, pero de ellos no salían palabras..., quizá un sonido distorsionado y discordante. El hombre cogió uno de los colgantes entre los dedos y se lo abrochó alrededor del cuello con un nudo corredizo. Besó primero donde descansaba la piedra, después el nacimiento del cuello, barbilla, labios, nariz, hasta que sus miradas se cruzaron. Besó cada uno de sus ojos con delicadeza y deseo, pero regresó a los labios desesperado. Ella cerró los párpados con fuerza cuando el cálido aliento de él rozó su boca, quería retener la felicidad del momento. Antes o después la oscuridad detectaría que había escapado.

El hombre la tomó entre sus brazos y la llevó hacia un refugio construido con troncos a modo de travesaños que soportaban el peso de varias ramas con hojas, hierbas y cortezas, oculta entre dos grandes abetos. Ella sabía lo que sucedería sobre la piel de oso blanco. Su cuerpo era puro deseo, nadie tenía aquellas caricias, ni aquellos besos, eran solo suyos.

No podía dejar de besarle ni de jugar nerviosa con la melena que rozaba los hombros. Faltaban dos pasos cuando el sol desapareció tras las grandes ramas de los abetos y las sombras de estos se proyectaron sobre ellos. Primero engulló los pies que se agitaron nerviosos, después la rodilla, los muslos... Un miedo irracional se adueñó de ella, la oscuridad la había encontrado y la arrastraba hacia un pozo vacío.

Él continuó su paso lento ajeno a la agitación de ella. Antes de desaparecer en una memoria sin recuerdos, quiso grabar su rostro para siempre.

Lloró amargamente al regresar, cuando la niebla alcanzó sus huesos convirtiéndola en una estatua rígida, el silencio se volvió doloroso y la noche se hizo perpetua. Ahora sabía que alguien la amaba y en sus brazos estaba segura.

Capítulo 3

El casino-hotel Valhalla, Las Vegas, 31 de enero de 2019

La estrategia de ataque debía modificarse, cada día llegaba más molido a palos; los cardenales tardaban tiempo en desaparecer y los huesos días en soldarse. El aspecto de su cuerpo, el de un treintañero; el alma, si la tuviera, la antigüedad de la Basílica de San Marcos. Alma corrupta, vendida por un minuto más de vida. Y a cambio, la eternidad, malgastada corriendo detrás del que abandonaba el redil. Dentro del mal total o de la oscuridad absoluta existía un juez que mantenía el equilibrio y ese era él: Drako.

Su trabajo con el paso de los años se complicaba un poco más, por un lado, cazaba «almas negras» y por otro repelía el ataque continuo de los demonios sin clan, repudiados, que atacaban sin descanso los límites de la ciudad en busca de presa. Una caza indiscriminada que no diferenciaba entre un alma u otra. Pero el territorio de Drako era lugar seguro para un «alma pura», asique no tenía ningún reparo en acabar con todos los repudiados que no quisieran ponerse de su lado.

Cayó agotado en la cama, se quitó las zapatillas lanzándolas por los aires. Una golpeó sobre el escritorio, los cuchillos, las dagas y demás armas válidas para matar demonios rebeldes, emitieron un tintineo; nada de cruces ni agua bendita, mentiras literarias para convencer al hombre de a pie: «acabar con un demonio está al alcance de cualquiera». Odiaba ese sonido, un recuerdo constante de que el trabajo no termina jamás. Perdía la cuenta de los que podía matar al día, pero al anochecer esa cantidad se duplicaba. Si alguien le hubiera contado lo que sería en un futuro inmediato, habría pensado que era de los buenos, el héroe con el que todo niño sueña; pero era el terrible hombre del saco, el licántropo que arrasa las aldeas en las noches oscuras, el vampiro que sacia la sed cada luna de sangre. Un depredador de seres humanos, aquellos que abandonan el buen camino, que día tras día con sus acciones ennegrecen el mayor don que Dios les otorgó al nacer: el alma.

No era sencillo mantener el equilibrio. La otra parte de la ecuación rara vez ayudaba. Ellos llegaban con su mano huesuda y traslúcida, posaban el dedo índice sobre la cabeza del sujeto y preguntaban: «¿Te arrepientes de tus pecados?». El sujeto miraba a Drako, que aguardaba a escasos metros con los cuchillos en la mano, sopesaba la respuesta, aunque falta no le hacía, y emitía un *Sí* rotundo. «Te libero, ve en paz». No se acercaba lo suficiente como para escuchar la conversación, sus poderes enloquecían, no le gustaba sentirse vulnerable, sabía que un ángel nunca le atacaría, pero tampoco se fiaba de que fueran del todo los buenos de aquella historia. Lo que sí sabía es que el sujeto antes o después sería suyo, pues todos achinaban los ojos y le dedicaban una sonrisa burlona al esquivar la muerte.

Llevaba siglos observando a los ángeles desde la distancia, seguía sin comprender cómo se puede perdonar lo imperdonable. En una ocasión se lo preguntó a uno de ellos y mirándole con aquellos profundos ojos azules le contestó: «Esa es la diferencia entre nosotros y vosotros, el bien y el mal, la luz y la sombra, ¿sabes lo que es amar a alguien?». No tuvo interés de continuar la

conversación, le hubiera pateado las entrañas y eso hubiera sido muy malo para ese maravilloso equilibrio que hace que el mundo gire.

Sus hombres llamaban a los ángeles los «querubines», en un tono despectivo, algunos escupían justo después de pronunciar la palabra. Oráculo mantenía una relación estrecha con uno de ellos. A sus espaldas el resto del grupo apostaba cuánto tardaría el querubín en unirse al club diabólico. Oráculo era el más idóneo para este tipo de relaciones, el único que veía las consecuencias de los actos en el tiempo, era necesario saber qué efecto tenía en el futuro cada acción y palabra dicha ante los ángeles, pues «controlaban» el libre albedrío.

Se jactaban de dejar a la creación de Dios tomar decisiones con libertad. *¡Panda de mentirosos, santurrones!*, pensaba Drako cuando los veía susurrando al oído a cada uno de aquellos supuestos hombres libres. Eran la vocecilla que los humanos llaman conciencia.

Los demonios no eran tan sutiles, ellos sabían explotar los siete pecados capitales como nadie, colocar la zanahoria ante el burro y esperar. Si no funcionaba se anulaba la conciencia, aunque este paso daba más de un quebradero de cabeza. Drako veía todo aquello como la competencia desleal de dos grandes empresas que rivalizaban por lo mismo: conseguir almas humanas. Él era el director del departamento de Captura, Justicia y Ejecución: juez, jurado y verdugo. Rara vez el acusado cuando oía la sentencia se quedaba quieto, todos salían corriendo, *¡panda de cobardes!*

Drako se levantó con peor estado de ánimo del que esperaba, el diálogo interior no difuminó la rabia y la ira, no disipó las preocupaciones; al fin y al cabo, no existía paz para los seres como él. Se dirigió al baño para darse una ducha antes de bajar al casino. «Casino Hotel Valhalla» sonrió. No tardó mucho en encontrar la tapadera perfecta, un lugar donde los vicios estaban bien vistos. Fue la mejor opción por dos razones: la primera, obtener dinero para su sustento, ser cazador no estaba remunerado. «Por un minuto más de vida un trabajo para la eternidad y sin cobrar un duro. ¡Una ganga!», rio entre dientes. Y segundo, el trabajo venía a casa.

El casino Valhalla era un gran complejo dentro de Las Vegas, un lugar de corrupción y depravación digna de un rey. No podía tener mejor ubicación, la capital mundial del entretenimiento, un parque de atracciones para adultos, La Ciudad del Juego. Al bajar del avión miles de trapaperras te dan la bienvenida, son como los colmillos del lobo, pero nadie es capaz de ver las fauces que se ocultan tras ellos.

Lo mejor de todo, el desierto, que erigió la Ciudad del Pecado: «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas». Si la gente desaparece, nadie daba cuenta de ellos. Una ciudad que recibía al año cuarenta y tres millones de turistas, todas las caras eran iguales, las mismas historias con distintos nombres.

Al llegar a las puertas del casino Valhalla, El Coloso de Rodas daba la bienvenida. La representación del dios griego Helios podía parecer una contradicción para un lugar donde se disfruta de la vida nocturna. Algunos, tras conocer las excentricidades de Drako, se planteaban si era o no la auténtica.

Al cruzar bajo las piernas del coloso, la carretera discurría en un círculo perfecto en cuyo centro una fuente de luz y color cada noche mostraba la opulencia del recinto. Ver el movimiento rítmico del agua al compás de la música y las luces de colores, se convirtió en unos de los mayores reclamos turísticos de la ciudad.

Al franquear las puertas principales, en ese mismo instante, el cliente es agasajado como si no hubiese nadie más; cada necesidad, pensamiento y deseo se satisface inmediatamente por el personal del casino-hotel. Y de esa forma tan sencilla van cayendo en los pecados capitales.

El casino es el más grandes de todo el país, con la mejor reputación y el mayor volumen de

juego. No hay límite de apuesta, a la casa no le importa correr con los riesgos, nadie se marcha sin pagar. En habitaciones privadas se juegan partidas peligrosas con altas apuestas, cada noche participa Drako en una de ellas, su preferida, la ruleta rusa. Le gusta sentir la boca de la pistola sobre la sien, no le importa disparar hasta tres veces seguidas sin girar el tambor. Qué más da morir una noche más, al día siguiente despierta con la misma vida infernal, siempre queda la esperanza lejana de que sea la definitiva, que alguien se canse de resucitarle noche tras noche.

El hotel de treinta plantas con dos mil habitaciones de lujo, donde la reserva de una de ellas requiere un año de espera. Cuenta con todo tipo de actividad deportivas y de diversión, si lo sueñas ellos lo tienen, cualquier cosa, sea o no legal, de eso se trata, de tentar y ver quién caía en el abismo. Un lema sencillo que le hizo famosos en todo el mundo: «Si lo sueñas, existe y nosotros lo tenemos». Las dos últimas plantas son las viviendas de los cazadores de almas, el ático pertenece a Drako.

Entró en la ducha y metió la cabeza debajo del chorro de agua caliente, dejó que cayese por la nuca hacía la espalda como una cálida caricia, cuánto tiempo hacía que no le tocaba de aquella manera: siglos. No permitía que nadie se le acercase tanto, las relaciones con las mujeres eran solo para satisfacer sus necesidades. Mantenía las manos de ellas alejadas de su cuerpo, cuando terminaba se levantaba y se iba sin importarle si quedaban o no satisfechas. Él era un buen amante si se lo proponía, se lo debía a su padre, le enseñó dos cosas, cómo tratar a una mujer en la cama y cómo matar de mil formas distintas y a cuál más cruel; su progenitor, un desecho de virtudes. «El amor y la guerra van de la mano, Erik. Cuando conquistas un país, tu deber es amar a tu nuevo pueblo y qué mejor que empezar con sus delicadas mujeres». La voz áspera de aquel al que llamaba padre era un eco desquiciante y ensordecedor en su cabeza. Odió a aquel bastardo hasta el último día de su vida.

Capítulo 4

Hospital 12 de Octubre de 2019, Madrid, 2 de febrero de 2019

Tenía una parálisis prácticamente total, la consciencia presente y las funciones mentales no estaban afectadas; continuaba tumbada sobre un lecho suave sin poder moverse, rodeada de oscuridad y silencio. Desde un exterior incierto llegaba lejana una voz, hablaba despacio, con un tono suave y cálido. Primero no dijo mucho: un nombre, un lugar; ninguno de los dos tenía sentido ni traía un recuerdo a su memoria. Regresaba todos los días, le contaba alguna historia que no conseguía retener en la cabeza, tal como la escuchaba, desaparecía, pero nació el anhelo de la compañía de aquella mujer que cada mañana se sentaba junto a ella, una hora, y la narraba una historia, quizá fuera su propia vida o la de aquella extraña.

Un dolor agudo se extendió por todo su brazo derecho subiendo al cuello y aproximándose a su cabeza, después fue el izquierdo, un pie y luego el otro. Quiso gritar que parase aquella tortura, por qué la hacían daño, qué justificación tenía perjudicar a quien no puede defenderse. La voz que cada mañana compartía con ella el relato de una vida que le resultaba ajena, llegó aireada, estaba nerviosa y preocupada, no tenía el tono positivista ni el cariño de otras ocasiones. Un hombre gritó, quizá hasta empujó a la mujer, porque sintió una sacudida y después una presión sobre la pierna izquierda. El miedo la invadió como una ola, algo malo sucedía a su alrededor, lo sabía por el tono de la disputa que cada vez le llegaba con más claridad. Una tercera voz, de mujer, autoritaria pone fin a la discusión y se hace el silencio de nuevo. El silencio ahora es más doloroso, más aterrador.

No puede asegurar si han pasado segundos, minutos o días, porque con la agitación y el miedo llegó un lapso de tiempo donde las tinieblas se volvieron densas. «¡Escucha!» se dice concentrándose en el silencio. Un susurro llegó a sus oídos. «¡Quieta!» ordena a sí misma como si pudiera moverse, aguanta la respiración, no está segura, pero alguien la llamó. Desea abrir los párpados y la necesidad imperiosa de ver lo que sucede a su alrededor, por una vez, vence las barreras.

Siente cómo sus párpados se elevan lentamente, una luz oscilante penetra por ellos, después desaparece, pero no regresa la oscuridad, sino los rayos del sol salvando las nubes un día de tormenta. Los ojos por fin alcanzan el exterior. Es una imagen borrosa de dos mujeres que la miran fijamente. Parpadea varias veces, no con la rapidez que desea, pero consigue ir aclarando la vista.

De las dos mujeres una la observa con suma seriedad, la otra desprende una alegría inusitada, porque no la recuerda ni le parece familia. La sonrisa que esbozan sus labios es una muestra de cariño sincera, preocupada y cercana, como si entre ellas existiera un cierto vínculo, pero no logra acordarse quién es. Lleva sumida en la oscuridad tanto tiempo, que quizá todo momento se olvidó para siempre, es una extraña. «La doctora Navarro y yo soy la enfermera María», su voz sí la recuerda, la que compartía cada mañana historias con ella. «Navarro y María» repite más despacio y señalando a una y otra. Ni siquiera los nombres alcanzan su memoria que parece dormida. «¿Cómo te llamas?» hay un retardo en su cabeza, escucha la pregunta y unos segundos

después entiende lo que la dicen, es consciente de ese proceso, pero ahora se da cuenta de que no es nadie en la vida de esas dos mujeres, ninguna sabe su nombre, por lo tanto, desconocen todo de ella.

Mira a su alrededor con la ansiedad que produce el desconocimiento o las preguntas que se agolpan en su cabeza sin respuestas. Todo es distinto, distinto a lo que ella considera familiar, nada era como lo soñaba mientras dormía: las ropas, los peinados, los objetos que usan; dónde está el refugio de troncos y ramas con hojas, las piedras sin tallar con las que se levantan los muros, dónde está la cama de piel de osos blanco.

Un grito agudo salió del pecho hacia la boca abierta y rompió el silencio de la habitación, del pasillo y del edificio; su cuerpo convulsionó violentamente con fuertes espasmos que sacudían la cama. La doctora Navarro dio una orden y la enfermera María abrió el primer cajón de la mesilla con tanta fuerza que el libro, *Nortumbria, el último reino* de Bernard Cornwell, que descansaba en el borde cayó al suelo emitiendo un sonido sordo. Pero antes de que todo aquello tuviese un significado para ella se sumió de nuevo en las tinieblas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la doctora Navarro.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida? —La agitación que siente hace que la máquina a la que está conectada emita un pitido continuo y alarmante—. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

—Estás en el Hospital 12 de Octubre de Madrid. Te trajo la policía, hará mañana un mes. Te encontraron en la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, en la calle Bravo Murillo. Estabas inconsciente —dijo la doctora—. La Policía no encuentra ningún indicio de quién eres. —Las últimas palabras las dice despacio, sopesando el efecto—. ¿Qué es lo último que recuerda?

—No sé... —Lo último era como un hombre con el torso desnudo que la llevaba en brazos a un refugio hecho de troncos y ramas con hojas—. Un paisaje montañoso, un riachuelo... es todo muy confuso.

—Los recuerdos son caprichosos, irán llegando. —La doctora se puso en pie—. Cualquier cambio que sienta comuníquenoslo por absurdo que le parezca.

La doctora mantuvo una breve conversación con las dos enfermeras que aguardaban en la puerta, una era María que siguió a la doctora mientras que la otra entró a la habitación.

—Me llamo Gloria. —Hace una pausa tanteando sus pensamientos—. No podemos seguir llamándote paciente 132A, por el número de habitación, ¿qué te parece si pensamos un nombre? —Se golpea con el dedo índice la barbilla mientras va descartando nombre—. No sé... Diana, Irene, Sofía... ¿Cuál te gusta más? Tienes oportunidad de elegir. —Ninguno le gusta.

—No me identifico... Elige tú.

—Iris... Iris. —El nombre llega como una certeza, con fuerza y carácter—. Tienes un color de ojos alucinante...—La enfermera María entra en la habitación—. ¡Eh! María ¿viste alguna vez algo igual?

—No. —María quitó un mechón rebelde del rostro de Iris.

—Iris. —Repite concentrada en cada letra que forma su nuevo nombre. Existía algo familiar en él—. ¿De qué color son? —María sacó del bolsillo de su pantalón un espejo que le tendió.

Iris lo subió lentamente del pecho, donde descansaban sus brazos hasta el rostro. El miedo hacía que sus manos temblasen. Contempló una cara que no reconocía, tan desconocida como la de la doctora Navarro o las enfermeras María y Gloria.

Una piel excesivamente blanca, labios carnosos, mejillas sonrosadas y ojos... ojos de un color violeta claro. Se acercó a un más el espejo, no había duda, no eran ni verdes ni azules, eran

violetas. Los contempló desde varios ángulos, bajo la atenta mirada de las enfermeras, era como una niña observando cómo queda después de maquillarse por primera vez. Un mechón cayó ante sus ojos.

—¿Por qué es negro? —preguntó Iris sosteniendo el cabello entre los dedos.

—No parece teñido. —Examinó María—. Quizá tu último pensamiento fue teñirlo de otro color, compraste el tinte, pero no te dio tiempo...

—No... Lo recuerdo rubio... —Su rostro se entristeció.

—Es un color negro azabache precioso. Seguro que cuando el sol se refleje en él, tienes que tener reflejos azules —añadió Gloria—. Por hoy ya está bien de tanto sobresalto. Descansa un rato, poco a poco cada recuerdo encajará en su casilla y volverás a ser una persona completa.

Iris se recostó en la cama acariciando el mechón. Extrañaba su pelo, no podía explicarlo, pero no encajaba, era rubio, estaba segura que era rubio, el color rubio era un distintivo de la gente como ella. ¿Gente como ella? ¿Qué significaba eso? ¿Qué clase de persona era ella? Era alguien nuevo, hasta que recordase quién era y de dónde venía; ella se llamaba Iris, era morena con ojos violetas y se encontraba sola: sola.

Capítulo 5

El casino Valhalla, Las Vegas, 2 de febrero de 2019.

Al pasar Drako por delante de la recepción del hotel, Carla, la recepcionista, le confirmó que no sobraba ni una cama. Ella era una «catalizadora» de almas; a diferencia de otros de su especie, no necesitaba entablar una conversación con el sujeto para saber el color de su aura, el potencial de un alma. Cada una tenía un color y este significaba la clase de pecado al que pertenecía, incluso el nivel que era. Los más oscuros, carne de cañón y pan comido para el personal del hotel, los colores claros requerían un mayor esfuerzo; personas buenas que iniciaban el mal camino, alguno lo rozaba con las yemas de los dedos y al ver el abismo que se abría bajo sus pies, regresaba corriendo al redil. Contabilizándolo como una pérdida no definitiva.

«¡Jefe, ni un alma pura!» la misma frase cada noche desde hacía cien años. Le intrigaba saber que sentiría al estar cerca de alguien que jamás hubiera pecado ni de palabra ni de obra ni de omisión. Un escalofrío recorría su espalda solo de imaginarlo, «no existían», estaba segura que un ser como aquel no podía caminar por la faz de la tierra sin levantar las envidias de los hombres y el recelo de los ángeles.

Un hombre oriundo interrumpe el breve intercambio de palabras, Drako ni contesta ni gesticula, se limita a mirarle. Carla escucha levantando la ceja derecha y añade:

—Espere un momento; llamo a Monique. Ella le mostrará las instalaciones y le acompañará a la habitación. —Una exuberante pelirroja entra por la puerta principal.

Drako reconoce la mirada que le dedica el hombre a Monique, es un objeto del que se ha encaprichado. Le observa durante unos segundos, no necesita más, todos los de su calaña son iguales: machistas y autoritarios, no reconocen los derechos humanos y aún menos los de la mujer. Sabe lo que sucederá a partir de ahora: primero la agasajará con regalos, establecerá una relación de confianza y, porque no, empatía. Todos son iguales, fingen que la vida de una prostituta les importa, muchachas vulnerables que proceden de familias desestructuradas, permisivas, sin muchas reglas o negligentes. Luego llegará el abuso de poder.

Monique se acerca con andares felinos. Viste con un elegante traje blanco de falda corta, que deja poco para la imaginación, unos zapatos de tacón rojo, que estilizaban a un más unas piernas largas y bien delineadas. Pero nadie se escapa del hechizo de su larga melena pelirroja. El hombre cierra el puño marcando los nudillos, siente una ligera presión en la entrepierna que no disimula, aquello era lo más exquisito que jamás ha visto.

—Monique —dijo ello extendiendo la mano en un tono sexual, con una mirada lánguida. Sus labios dibujaron una sonrisa mimosa mientras inclinó juguetona la cabeza hacía un lado dejando ver el tatuaje de una cadena.

—El Señor Castro, ¿podrías ser su guía dentro y fuera del hotel? —dijo Carla.

Alejandro Castro adora a las mujeres como Monique, gatitas a las que hay que domar, y para tal fin tiene cientos de juguetes que sus guardaespaldas han subido a la habitación dentro de

grandes baúles de cuero negro. «Será un placer» dijo ella antes de tomar la mano que Castro le tiende.

Drako se había confundido, Castro iba a saltar directamente a la segunda fase del depredador sexual. Vio cómo agarró con fuerza la cintura de Monique y la guio hacia los ascensores. La mano gruesa de dedos cargados de anillos de aquel hombre bajó por la espalda de ella hasta alcanzar el trasero, apretó con fuerza, levantando ligeramente el borde de la falda. El ascensor se abrió y Castro arrinconó a Monique contra el espejo. Una mano se movía inquieta bajo la falda blanca, la otra apretaba con fuerza uno de los senos de Monique que emitió un gemido al sentir los dedos gruesos y cortos clavándose en su zona más íntima. Antes de que las puertas se cerrasen, Drako alcanzó a ver los ojos de Monique, brillaban con luz propia, dos íntimos óvalos verdes partidos por una profunda raya negra. Alejandro iba a saber que se sentía al ser un cazador cazado.

—¿Aura roja tirando a negra? —preguntó divertido Drako

—No me dejarás sin trabajo... Aura negra con tonos rojizos —dijo sonriendo. Las pupilas de Carla se dilataron y ocultó la mirada y el rubor que nacía en sus mejillas con el programa del hotel.

Drako no era indiferente al efecto que causaba entre hombres y mujeres, llevaba toda la vida deseando ser invisible de miradas lascivas y gestos obscenos. Se colocó la chaqueta del esmoquin negro de Armani y siguió por el pasillo camino del casino. Tomó el ascensor del personal para conseguir un poco de intimidad, frente al espejo, se colocó una coleta retirando su melena lisa y negra de la cara, echaba de menos su pelo rojizo, pero lo terminó odiando tras su paso por el Infierno. Jugaría un par de ruletas a todo o nada y se retiraría a dormir. Estaba cansado.

Una extraña sensación le rodeó, los pelos de la nuca se erizaron y sintió que alguien le vigilaba por la espalda. Apoyó la frente en el espejo y cerró los párpados con fuerza, el frío le atravesó la piel. Un silencio cayó plomizo, ni un sonido, su oído eran tan fino como el del mayor depredador, pero allí fuera aguardaba el vacío. Una débil voz se coló en su cabeza, ininteligible, pero agudizó a un más los sentidos y captó el dolor, el miedo que lleva a la desesperación. Abrió los ojos de golpe y miró a su alrededor, estaba solo, ningún ente gracioso jugándole una mala pasada. No sería la primera vez que alguno de aquellos seres se entretenía a su costa, el último, una sombra que encontró gracioso cambiarle las cosas de lugar. «Sombras o entes», almas que por un error de demonio o ángel quedaban en un espacio intermedio entre la vida y la muerte, torturando al que podían. Desquiciados al vivir en un plano donde no veían a los que vagaban como ellos, eran meros espectadores de una vida que les fue familiar, solitarios por toda la eternidad.

—¿Sucede algo? —La voz profunda de Dragon, su mano derecha, le sacó de golpe de aquel vacío cargado de miedo y dolor. Amigos desde que tenía uso de razón, la persona que mejor le conocía. Si tenía que definirle con una sola palabra sería «poderoso». Un ser mágico en el reino de la oscuridad.

—Nada... —El titubeo que mostró no convenció en absoluto a Dragon; apoyó la mano sobre el hombro de Drako y dejó circular una corriente de energía mágica hacia este.

Drako no permitía aquel tipo de contacto a casi nadie, a otro le arrancaría el brazo solo por intentarlo. Dragón cerró los ojos y se concentró en los residuos mágicos que quedaban.

—¡Vaya, vaya! Capto algo interesante... muy interesante. —Drako era poco amigo de preámbulos teatrales. El mohín de disgusto hizo que Dragon se diera cuenta que era mejor ir al grano—. No estás loco... La voz es más débil, te sigue llamando, pero ya no estás receptivo y no la escuchas. Es de una mujer joven está asustada, encerrada en algún lugar oscuro y tiene miedo.

No entiende, por qué no vas a buscarla, por qué la has abandonado.

—¿Abandonada?... —Drako quitó la mano de su amigo del hombro y prosiguió su camino hacia la sala privada de juegos.

—No es de este tiempo... Usa una magia muy débil... Me recuerda a los niños de mi raza, los poderes nacen con ellos, pero solo al dormir son capaces de manifestarlos, cuando están relajados fluye toda esa energía. Débil pero poderosa. Solo te llega un residuo, recorre un camino muy largo: otro lugar, otro tiempo. Entre todos los seres de este planeta ha sido capaz de encontrarte y de llamarte: «Erik». —Drako le miró fijamente, nadie conocía su verdadero nombre más que Dragon.

Capítulo 6

Hospital 12 de Octubre, Madrid. 7 de febrero de 2019

Iris llevaba una semana despierta, pero seguía sin recordar quién era. Todas las noches soñaba con el mismo hombre, con su melena rojiza que caía desordenada por la espalda desnuda y con sus profundos ojos verdes que no dejaban de mirar hacia al cielo. Se convirtió en una obsesión bajar los párpados y verle junto al riachuelo esperándola.

Al amanecer, una actividad frenética llenaba las horas del día, decenas de pinturas cubrían las paredes de la habitación; lugares desconocidos junto a la figura de aquel hombre al que nadie ponía nombre. La doctora Navarro trajo block de dibujo y ceras de colores. «La pintura es una terapia que nos conecta al mundo» le dijo a María tras examinar el primer cuaderno. Sabía que se podían resolver conflictos, problemas de comunicación y cientos de aspectos psicológicos al estimular las dos partes del cerebro, «se abrirán las emociones y alcanzará los recuerdos», pero Iris mantenía una historia rocambolesca.

Por la noche soñaba y por el día retrataba, como fotografías fieles a sus recuerdos. Con el paso de la semana, la doctora Navarro descubrió que aquellos cuadernos no se ajustaban a ninguna realidad posible. «Estoy segura que es mi novio, prometido o quizá marido y en algún lugar me está esperando. ¡Necesito recordar dónde!» Todas las visitas terminaban en un estado de agitación que preocupaban al personal médico, lejos de acercarse a la recuperación se sumía en delirios.

El jueves dibujó al hombre de cuerpo entero. Entraba en una especie de trance y las ceras volaban sobre el papel, no fue hasta terminar que no se percató en la ropa que vestía. Cubría su desnudez con las pieles de animales que cazaba, pues eran toscas y desiguales, las botas hechas con el pellejo de algún lobo se ataban a la pierna con cuerdas de cuero. A la cintura colgaba una daga con empuñadura de hueso. En esta ocasión cubrió el cuerpo con tatuajes tribales. Nada en él correspondía al hombre moderno, era hermoso y pertenecía a otro tiempo.

La noche del viernes no soñó con él, Iris se levantó desolada, con un hondo vacío que la arrastró hacia un estado inquieto y desasosiego continuo. Tras la visita de la doctora Navarro fue sumida en un sueño profundo. Allí parada mientras María inyectaba el calmante, Navarro observó los tatuajes que cubrían la piel de aquel hombre. Un antiguo compañero de facultad, que dejó la medicina por la antropología y etnología, podría arrojar algo de luz en tanto delirio. El doctor Cortázar era un experto en tribus, con su ayuda enfrentaría a Iris a la realidad.

El domingo por la mañana, la doctora Navarro entró en la habitación de Iris con una carpeta de cartón bajo el brazo. Sobre la cama fue dejando, ante la atenta mirada de ella, decenas de fotocopias de libros que contaban la historia de una tribu del norte de Europa: Vikingos. Allí estaban las marcas tribales que dibujó sobre la piel del hombre de profundos ojos verdes. «Cada símbolo de los brazos es una batalla ganada con honor, cada marca de la espalda representa un ascenso en la jerarquía, los tatuajes de la cara significan que era el hijo del jefe de un gran clan», dijo Navarro sin dejar de observar el efecto de sus palabras.

La alegría que Iris experimentaba al soñar con él, creyéndole alguien tangible, se convertía en

un abismo de dolor. «Solo es un producto de mi imaginación» repetía mientras se abrazaba con los brazos y se mecía suavemente sin dejar de mirar las fotografías desordenadas que cubrían la cama. No había un vikingo enamorado de ella suelto por Madrid. Su cuerpo comenzó a convulsionar, los servicios médicos dieron la voz de alarma, pero nada pudieron hacer por ella, entró de nueva en un estado de sueño profundo que la doctora Navarro diagnosticó como el síndrome del cautivo.

Capítulo 7

Hospital 12 de Octubre, Madrid, 7 de febrero de 2019

—¿Quiero que se la realice unas pruebas de imagen? —ordenó la doctora Navarro.
—¿Es por el derrame cerebral? —preguntó María.

—Esperaremos a los resultados, pero creo que sí. —Avanzaron por el pasillo cabizbajas—. A partir de ahora cuando os dirijáis a ella usad el nombre que conoce: Iris. No elevéis el tono de voz y hablar despacio. Nada de lenguaje infantil. Vuestras conversaciones que giren alrededor de lo que le gusta, de recuerdos que ha forjado en estos días... —Gloria las alcanzó a mitad del pasillo—. Puede entender lo que se dice, el tono emocional: el nerviosismo o la tristeza, nada de discutir dentro de la habitación, hay que evitar la sobreestimulación.

—Cuando el doctor Pascual entró en la habitación gritando... —dijo María.

—Nos acusó de malgastar el tiempo y el dinero del hospital en una paciente que estaba muerta... —interrumpió Gloria.

—El doctor Pascual ya no está al cargo ni quiero entrar en debates que no llevan a solucionar la situación de Iris en este momento —añadió Navarro—. Visitas cortas y pocas personas. Positividad y mucho cariño.

—Ya, ya..., pero justo después de aquella discusión empezó a fruncir el ceño, otro día abrió los ojos, al día siguiente lloró... —se explicó María.

—Pueden presentar acciones complejas, movimientos esporádicos. Hay varios niveles de coma y por los resultados que examiné del doctor Pascual ella sufría el más leve. Causada por el golpe, por ese derrame que no se disuelve, pero no necesita ni respiración asistida ni alimentación por sonda nasogástrica. —Hizo una pausa para aclarar las ideas—. Alguien la atropelló y dejó su cuerpo en la entrada de la parroquia, si hubiese recibido asistencia inmediata el cuadro médico, quizá y solo quizá, podría ser otro.

—Lo que quiero decir, que sé que no me expreso bien, es que, si la sobreexcitamos como la primera vez, puede despertar como sucedió —dijo María ufana.

—Eso es una soberana bobada. Lo que sí puede pasar es que no despierte nunca o muera en el momento. —Navarro empezaba a irritarse—. Sigán las pautas establecidas.

—Ante la ausencia de familiares y amigos que vengan a hablarla, la vez anterior fuimos turnándonos María y yo —Navarro asintió conforme—, la cosa es que se me acabó pronto el tema de conversación y decidí leerle la novela que leo en el metro cuando vengo...

—Me parece correcto. —En la mirada que dedicaba María a su compañero había algo más—. ¿Qué sucede? —preguntó Navarro.

—Lo que Gloria quiere decirle y parece que no arranca es que la novela se titula *Nortumbria, el último reino* de Bernard Cornell. —La doctora no veía el alcance de tal revelación—. Es una novela de vikingos.

—¡Vaya! —Alcanzó a decir Navarro.

Capítulo 8

Desierto de Las Vegas, 8 de febrero de 2019

Drako conducía a gran velocidad por el desierto, no era necesaria aquella carrera desenfrenada, pero necesitaba sentir la tensión en los brazos sujetando el volante con fuerza y la mirada fija en una carretera monótona y vacía. De este modo lograba acallar aquella voz que le llamaba desde el momento que se ocultaba el sol.

—¿Huyendo? —preguntó Dragon mirando con desinterés por la ventana. Desde que empezó la voz en la cabeza de Drako, intentaba localizar a la muchacha, una tarea que hasta ese momento resultó infructuosa. Era un hilo de magia potente pero frágil, cada vez que lo rastreaba, se rompía sin dejar huella.

—¡Jamás huyo! —gritó Drako dando un volantazo y parando el coche en seco—. ¿Cómo tengo los ojos? —«Abiertos» contestó Dragon—. Antes la oía cuando dormía o me relajaba, ahora todo el tiempo. En cuando el sol se oculta por el horizonte... la tengo dentro de mi cabeza. —Golpeó el volante con la palma de la mano—. Ayer en plena pelea me quedé paralizado, si no llega a ser por Mordok, estarías liderando tú este clan y yo ardiendo en el infierno por una temporada. —Dragon le miró de reojo con una sonrisa torcida, matar a Drako definitivamente no era una tarea sencilla—. Empezó como siempre, el mismo llanto lastimero, sentí una presencia cercana, el roce de una mano sobre la mía y oí: «Tiene tu svarti».

—¿Seguro que dijo svarti? —preguntó Dragon.

—¿Acaso no me crees? ¿Piensas que estoy loco?

El día en el que nació Erick, hubo una lluvia de meteoritos, los ancianos del clan nunca habían visto nada parecido y creyeron que aquello era una señal del gran Odín. «Será un gran guerrero. Llevará la leyenda de los vikingos a los lugares más recónditos. Se doblegarán ante su brazo de hierro, derrotará las montañas más altas...». Drako desconocía si su padre al escuchar aquellas palabras en la boca de unos y otros le invadió la envidia o simplemente quiso que se hicieran realidad; fue despiadado y cruel, le enseñó todo, pero le arrebató tanto o más. Le separó del cuidado de la madre y de las seis hermanas cuando tuvo la edad suficiente de valerse por sí mismo, le alejó de toda mujer que pudiera ofrecer consuelo, amor o ternura.

A la edad de dos años era capaz de montar y desmontar el hacha que fue forjada con el metal extraído de uno de aquellos meteoritos. La llamó: «Svarti». Drako abrió la guantera del coche y sacó un objeto envuelto en una tela negra. Lo desenvolvió lentamente. Era un hacha de hoja oscura, negra como la noche, el mango de suave madera de quebracho tenía tallado el símbolo tribal que Drako llevaba tatuado en el cuello. Dragon había visto el hacha miles de veces en la infancia de Erik.

—Svarti, «negro» en mi lengua materna. —Acarició el filo de la hoja con la yema de los dedos—. Oscura y fría como la noche... —Se dejó arrastrar por los recuerdos—. La perdí el día que acabaron con mi vida, cuando vendí mi alma por venganza para matar a mi progenitor y de su mal sano amor filial. —Sopesó el peso y el equilibrio del hacha—. Alguien se la llevó, lo que no sé es

cómo llegó a las manos de aquel repudiado. Solo mi hacha puede acabar conmigo para toda la eternidad.

—¿Por qué no me has contado esto antes? —Dragon miró furioso a Drako.

—Muy pocas personas saben el verdadero valor de esta hacha. —Drako la envolvió de nuevo y la guardó en la guantera—. Su destrucción es imposible, ni siquiera se mella, solo aquel que la forjó tiene ese poder, pero le maté hace siglos: mi padre. No puedo permitir que caiga en malas manos.

—Tienes muchos enemigos —dijo Dragon—. Los demonios sabéis que el arma que os dio muerte es vuestro talón de Aquiles, aquel día solo estabais tu verdugo y tú.

—¿Crees que no pensé en eso! Lo hice durante unos segundos, cuando vi al repudiado empuñando mi hacha y dedicarme aquella sonrisa desquiciada, pero luego me di cuenta que lo que importante era la voz de mi cabeza. Si ella no me hubiera avisado... —Drako mesó sus cabellos con los dedos—. Me quedé helado al oír el nombre... ¿Cómo sabe ella su nombre? ¿Cómo sabía que la tenía? ¿Por qué me avisó? ¿Qué interés tiene ella en mí? Son muchas preguntas y pocas respuestas. —Guardó silencio un momento—. No recuerdo ninguna mujer que mereciese la pena recordar a lo largo de mi vida. Las mujeres con las que me relaciono no tienen cara ni nombre, solo tetas, coño y culo, el resto no me interesa. Yo las follo por detrás igual que hacen los animales, domino, ordeno, poseo... Bonita herencia me dejó mi padre. —El tono de la voz estaba falto de sentimiento—. Soy más parecido a él de lo que quisiera.

—Jamás has violado a nadie, las mujeres de las que hablas tan desapasionadamente se fueron a la cama contigo por su libre elección y saben de ante mano lo que tú buscas y ellas lo aceptan. —Dragon reconocía el dolor en las palabras de su amigo.

—¿Y eso me hace mejor tipejo?

—Es complicado dar con ella —Dragon cambió de tema—, es un hilo de magia muy fino... Podemos intentar la posesión.

—Métete en mi cuerpo y te corto en trocitos y alimento con ellos a los perros del infierno —contestó Drako.

—¿Qué explícito! Quieres que te recuerde que lo hago por ti, crees que me hace gracia meterme en tu cuerpo y saber hasta el más íntimo de tus secretos...

—Te los tendría que sacar a golpes y eso sería muy doloroso para ambos, sabes lo mucho que te aprecio... —Drako rio.

—¡¡¡Sí, claro, claro!!! Ibas tú a disfrutar golpeando a alguien, qué ocurrencia más absurda. —Ambos se miraron y se echaron a reír—. Drako, te juro que la encontraré.

Capítulo 9

Hospital 12 de Octubre, Madrid, 20 de febrero de 2019

—**D**espertó durante la noche. En la ronda la encontré sentada dibujando. Siento haberla llamado...

—María no te disculpes —dijo la doctora Navarro mientras avanzaban por el pasillo—. ¿Te dijo o contó algo?

—Sigue con la misma idea, aunque algo más delirante

Iris estaba en posición fetal sobre la cama, temblando y sollozando mientras se mecía despacio. Entró Navarro dejando a María esperando en el umbral. Se acercó despacio y se sentó en el borde de la cama. Apartó un mechón que ocultaba la mitad del rostro de Iris.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó casi en un susurro.

—Asustada —dijo Iris—. No sé lo que sueño. Le veo a él: luchando, golpeado en el suelo, muerto... una y otra vez. Tan pronto está vestido de pieles y corre por el bosque con un hacha, como rodeado de luz y barullo.

Navarro recogió los dibujos que había tirados por el suelo. *¿Qué es esto?* Una de las pinturas no representa a aquel vikingo que tantos desvelos producía, era una estatua «Diría que es el Coloso de Rodas» dijo mientras seguía el contorno de aquellas largas piernas. La figura estaba desnuda, en sus manos sujetaba una antorcha y a la espalda portaba un arco. Iris miró el dibujo y encogió los hombros, no sabía lo que era solo que guardaba relación con su vikingo, pero no entendía cuál.

—¿Qué podría significar esto? —preguntó Navarro—. Hay unas letras escritas en el hueco del arco. Están tan difuminadas...

—No las veía bien, eran rojas muy brillantes... —dijo Iris—. Parece una V y una A... No sé.

María se posicionó junto a la doctora y miró por encima del hombro de esta. Reconocía el enorme talento de Iris, en cada uno de los dibujos ponía su alma.

—¿Te interesa la mitología? —preguntó María sin dejar de observar la imagen.

—Creo que es el Coloso de Rodas —dijo Navarro.

—Sí, Helios, el dios del sol. Se conocía como el Coloso de Rodas y fue destruida en el 226 a.C. —añadió María. La cara de Iris se ensombreció, recogió las piernas, metió la cabeza entre las rodillas y se acunó—. ¿Por qué has dibujado coches? ¿Eso es una carretera?

—Es lo que veo, en ese lugar hay mucho ruido y todo está iluminado, parece que nunca anochece... Escuchaba risas, música y ¿agua? —Los sueños ya no tenían sentido, eran pequeños flash que le mostraban una ciudad, tenía que ir allí lo antes posible. Sentía como el reloj de arena agotaba el tiempo; reunirse con el vikingo.

—Veamos, has dibujado el Coloso de Rodas, pero sabemos que el original no es. Mañana, por qué no te acercas a la biblioteca para pacientes que hay en la segunda planta, hay un ordenador y puedes navegar un poco, buscas dónde hay una copia. Allí donde este tu Coloso estará tu vikingo.

—Navarro miró fuera de sí a María, alimentar el delirio no era la mejor manera de ayudar a Iris.

Iris no podía esperara a mañana, saltó de la cama y corrió por el pasillo perdiéndose en las escaleras de emergencia. «Lo siento» fue lo último que escuchó Navarro cuando la enfermera María salió detrás corriendo.

—¡Lo encontré! Encontré el falso Coloso de Rodas. Está en Las Vegas —dijo Iris. Movía un folio delante de los ojos de María con la fotografía y la dirección que acababa de imprimir—, es la imagen de uno de los Hoteles-Casino más famosos del mundo, el Valhalla. —María reconoció el nombre del hotel. Gloria llevaba una semana hablando del increíble viaje que había realizado a Las Vegas.

Capítulo 10

Hotel Valhalla, Las Vegas, 21 de febrero de 2019

Drako, tumbado en la cama, observaba el espejo del techo. Su imagen se le mostraba distorsionada, dos seres viviendo en un cuerpo, por un lado, el vikingo que fue, Erik, y por otro el cazador de almas negras que era. Un conflicto entre su parte humana y la demoniaca. Una melena rubia pasó corriendo tras él, algo totalmente imposible en aquella posición. Era ella, estaba seguro. Buscó su móvil entre las sábanas revueltas y marcó el número de Dragon.

—Acabo de verla reflejada en el espejo —dijo a modo de saludo—. ¿Qué coño significa esto? Mi poco juicio se está yendo a la mierda.

—¡Hola! No sé si me gustaba más el Drako de antes, el introvertido: «no te digo nada porque tendría que matarte» —Imitó el tono de Drako—, o el de ahora que llama cada vez que mea de color verde. —Dragon se sentó en la cama y con un movimiento de la mano levantó las persianas y corrió las cortinas—. ¡Joder, Drako, todavía es de día!

—No me jodas Dragon. —Drako miró fijamente el espejo, si la volvía a ver, grabaría a fuego su imagen y la buscaría.

—Si puedes verla o la has visto significa dos cosas: una, sus poderes están desarrollándose; dos, está más cerca de ti. —Dragon jugueteó con dos dagas que cogió de la mesilla.

—¿Cómo de cerca? ¿Está en el hotel? —Se incorporó de la cama y buscó la ropa por el suelo de la habitación—. Carla sabrá si ha llegado alguien nuevo...

—¡Hola! Hay alguien al otro lado de la línea...

—¿Quééééé? —La furia de Drako se desataba con facilidad. Dragon sintió la onda de calor que inundó su cuerpo, si no fuera por los poderes que tenía, aquello habría quemado y dolido.

—Tu mujer misteriosa no está en el hotel, si lo estuviera la tendrías delante de ti, en cuerpo y alma. ¡Ok! —Dragon habló con la mayor tranquilidad de la que fue capaz, no le gustaba que Drako olvidase quién era él.

—Estoy perdiendo la paciencia con tanta espera.

—Eso no es difícil, dime algo verdaderamente inquietante — Dragon ya estaba dentro del ascensor marcando el último botón del ascensor.

—¡Qué te jodan! —Drako colgó el teléfono y se dirigió al ascensor—. Eres peor que una ramera, mira que te haces de rogar.

—No sabía que las ramera se hiciesen de rogar. Yo también estoy encantado de verte. — Drako caminó delante de él hacia el salón y alzó la mano mostrándole el dedo corazón.

Dragon miró risueño a su alrededor, aquello seguía siendo la choza de un vikingo, daba igual los años que pasaran, Erik no abandonaba a Drako del todo. Dragon se aproximó al dormitorio y sintió la presencia mágica de un ser. Era débil pero más fuerte que las otras veces. Extendió los brazos y abrió las manos, la energía se sentía con más fuerza en el espejo. Concentró su poder, los ojos humanos desaparecieron dando lugar a los de dragón, dorados con un círculo verde exterior, reflejos rojizos y partidos por una línea negra.

Recorrió el camino que dejó el residuo mágico: la habitación, la entrada del hotel, la calle, la carretera, la parada de autobuses, el aeropuerto, la terminal de pasajeros europeos, el avión..., otro aeropuerto, hasta llegar a alguien que dormía profundamente. «¡Te pillé!» dijo Dragon. Abandonó su cuerpo dejándolo caer en los brazos de Drako, este sabía que era un acto de confianza ciega, pues era el momento más vulnerable para un hombre-dragón.

Dragon se sentó junto a ella y observó aquel rostro cubierto por una melena negra desordenada. La muchacha era menuda, delgada, piel extremadamente blanca. No encontraba nada significativo en ella. Sobre su cuerpo y en el suelo había hojas arrancadas de un bloc de dibujo, en su mano descansaba un lápiz. No sentía magia, lo que fluía de aquel cuerpo era una enorme paz y tranquilidad. Intentó mirar más allá de ellos dos, pero todo era oscuridad. Como los actores de una obra de teatro cegados por los focos.

Percibió el débil movimiento de la mano de la muchacha, el lápiz resbaló de sus dedos cayendo al suelo. Dragon se agachó a recogerlo, al alzarse los ojos de ella le miraban. Se movió hacia la izquierda y luego a la derecha, los ojos violetas le siguieron. Era imposible, ella no podía verlo, ni siquiera sentir su presencia... «Pura casualidad». Entonces ella le sonrió. Dragon perdió la concentración y una fuerza que nacía de su interior le llevó de regreso de forma brusca a su cuerpo.

Drako había tumbado aquel enorme corpachón en su cama, el espejo del techo ya no le devolvía la imagen de un dragón inmenso, sino la del humano.

—Es... es una criatura única y peligrosa. No sé porque te busca, pero su presencia no traerá nada bueno —dijo Dragon. Antes de abandonar la habitación añadió—: Es un «ser blanco». ¿Sabes lo que eso significa? ¿Si ella llega aquí? Estaremos jodidos. Todos nuestros enemigos se pasean ante nuestra puerta esperando una grieta en esta fortaleza, pues ella es el ariete. No sé cómo alguien a si vive todavía.

¿Por qué me busca esa mujer? pensó Drako.

Capítulo 11

Hospital 12 de Octubre, Madrid, 23 de febrero de 2019

La doctora Navarro observó a través del cristal cómo los celadores contenían a Iris a la cama. El uso de aquellas sujeciones era un fracaso en su carrera, pero tenía que controlarla ya que el tratamiento distaba mucho de estar dando resultado. Cada vez estaba más nerviosa, con episodios de agitación psicomotriz, gritos, llantos, temblor, agresiones verbales y físicas, momentos pseudoconvulsivos y, por último, el que le había llevado a aquella situación, gestos suicidas.

Cada vez que la sedaba despertaba peor, los delirios eran mayores y los tiempos de pausa, lejos de acercarla a la realidad, la alejaban de ella, fortaleciendo una existencia de demonios y ángeles que cazaban almas para apuestas ilegales en un hotel gestionado por ese amor irracional e inexistente.

Los gritos de Iris recorrían los pasillos del hospital llamando a Erik, se escapaban por el hueco del ascensor, los resquicios de las puertas y por las ventanas correderas entreabiertas. Enamorada del personaje de una novela, un amor nacido de una lectura, que luego fue sustituido por las anécdotas de un viaje a Las Vegas y ahora se mezclaba con los dragones sacados de la última lectura de María para compensar la ausencia de familiares y amigos, *Eragon* de Christopher Paolini. Habían demostrado que los pacientes sumidos en el coma: escuchan.

—No es culpa tuya —La voz de Jorge Cortázar la liberó de los reproches y castigos que se infringía.

—Si no es mía, ¿a quién culpo? —preguntó Navarro desolada.

—No lo sabemos todo del cerebro —Jorge miró la fuerza con la que Iris golpeó a uno de los celadores que intentaba atar el pie derecho—, ¿Erik es el vikingo del que me hablaste? —Ella asintió—. Al vivir en un mundo hipermoderno con tanta tecnología y todo al alcance de cientos de aplicaciones que descargamos en los móviles, las personas se aíslan más de sus congéneres. La soledad y la tristeza se hacen fuertes. Muchos para escapar de una situación creada por ellos mismos, se enamoran de figuras imaginarias. Fíjate en el detalle: Iris suspira por la nobleza y el atractivo de Erik; luego destaca su inteligencia y determinación; por último, te habla de la personalidad complicada y misteriosa. ¿No es la esencia de lo que todos anhelamos encontrar al final del día esperándonos en casa, alguien que colme nuestra existencia y nos libere de un plumado de los sinsabores del mundo exterior? La realidad virtual nos subyuga.

—Son emociones reales. Cuando uno se enamora siente alegría y satisfacción, llena un vacío. Es mejor creer en algo que saberse solo en el mundo —contestó Navarro.

Capítulo 12

Las Vegas, 23 de mayo de 2019

Iris, pequeña y vulnerable, miró al Coloso de Rodas que se alzaba ante ella. Observó a los dos hombres apostados bajo la sombra de la inmensa figura, que, como ella, miraban el trasiego de transeúntes y vehículos: salir y entrar del complejo. A un par de coches habían dado el alto y con una mirada severa y un gesto brusco de la mano les instaron a marcharse. No terminaba de acumular el valor suficiente para pasar por debajo de aquellas piernas musculosas, en cuanto lo hiciese toda su vida cambiaría, tendría sentido y estaría de nuevo completa; pero también podría suceder lo contrario, que Erik no la amase.

Un ruido ensordecedor proveniente del interior llamó la atención de Iris cuando se disponía a entrar en el Hotel-Casino Valhalla. Seis motos salieron a gran velocidad. Los ocupantes vestidos con traje de cuero negro saludaron con un gesto marcial a los dos hombres que controlaban el acceso. Fueron pasando al lado de ella sin detenerse. Sintió un ligero mareo cuando el penúltimo del grupo redujo la velocidad, extendió el brazo y abrió la mano; Iris reculó instintivamente. A través de la visera del casco la escrutó como un bicho de laboratorio. *Todo está bien*, pensó al notar las palpitaciones y la sensación de asfixia. El último motorista se acercó al que la diseccionaba sin pudor y le tocó el hombro, se miraron, esperaba que alguno dijese algo, pero se resolvió aquella situación tensa que duro un minuto escaso con una educada inclinación de cabeza. Desapareciendo entre el conflictivo tráfico.

Iris continuó mirando hasta verlos desaparecer al final de la calle; el último motorista le resultaba familiar: el porte, la altura, la forma de moverse.

Pasó por delante de aquellos dos hombres, les dedicó una ligera sonrisa y cruzó por debajo del Coloso de Rodas. Una irrefrenable curiosidad la asaltó, alzó la cabeza y miró sonrojada bajo la corta túnica, pero no había nada. Rio de la travesura y siguió andando. La fuente era impresionante, pero ahora que tenía el valor de llegar hasta el hotel no quería reducir la marcha y perder de vista el objetivo: entrar y encontrar a Erik.

Una escalinata de mármol en tono rosa cubierta en el centro por una alfombra roja, cuya intensidad era algo espeluznante, daba acceso al hotel. Subió por el lateral, obstaculizando a los aparcacoches y botones, observando la opulencia de los que ascendían por aquel inquietante camino de sangre. Ella era la nota discordante en una sinfonía de dinero y poder.

Las recepcionistas discutían sobre una nota que tenía una de ellas en la mano. Iris dio un paso al frente. Se acercó y dejó en el suelo la mochila y el block de dibujo. Al levantar la vista las dos mujeres la miraban con verdadero interés.

—¿Podemos ayudarla? —Carla no daba crédito, ante ella un ser humano sin aura. Miró a Alba y encontró la perplejidad que ella misma debía mostrar.

—¡Hola!... Bueno..., es algo raro lo que necesito... —tartamudeó Iris.

—¡Señor...! —Alba recibió un codazo de su compañera.

—El hotel está completo, no hay habitaciones hasta dentro de un año —dijo Carla.

—¡Oh! No, no..., no me lo pueda permitir. Como mucho trabajar —añadió Iris—. Busco a una persona. —Abrió el bloc de dibujo dejándolo sobre la recepción.

Carla y Alba se inclinaron sobre el retrato al carboncillo. A lo largo de los siglos ambas habían tenido tantas experiencias, quizá eran demasiado viejas, sensatas o más inteligentes que en su existencia humana y la capacidad del asombro la perdieron. Pero en aquel momento una oleada de emociones encontradas las invadía, *¿es asombro esto?*, pensaron al sentir las cosquillas inquietas en el estómago. Allí estaba Drako, sin ninguna duda era él, con sus enormes ojos verdes, los tatuajes tribales y los rasgos generales de la cara, pero la expresión distaba mucho de ser la suya, una alegría inusitada que jamás habían visto. Carla devolvió el bloc.

—Muy guapo, ¿amigo tuyo? —preguntó Alba. Carla la miró de reojo, cualquier palabra sobre Drako se lo tomaría como un agravio personal.

—¿No sabéis quién es? —Ambas negaron—. Vengo de muy lejos siguiendo la estela de un sueño. Es complicado de explicar..., pero estaba tan segura. —La voz de Iris o el dolor que portaba cada palabra ejercía un poder extraño.

—Carla... —Alba se apartó del mostrador—. ¿Puedes venir?

—No me digas nada, sé lo que vas a decir —dijo Carla al entrar en el despacho tras su compañero—: Es una buena persona, tenemos que ayudarla...bla, bla, bla... ¡No! —Carla se sentó en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho. Sentía curiosidad, pero no hasta el punto de quebrantar su lealtad a Drako—. ¿Has sentido su aura?

—¡No tiene! Cómo un muerto. Pero siento algo raro aquí en el pecho...

—Yo tampoco... y lo que es mejor, no siento nada. —Carla se tocó el estómago. Cuando vendían el alma y su pago se hacía efectivo, les quedaba como recuerdo del contrato firmado un continuo ardor; no el que produce una úlcera, sino el que da una brasa ardiendo. Llevar parte del infierno en tu interior.

Capítulo 13

Hotel Valhala, Las Vegas, 23 de mayo de 2019

Hacía varias horas que el sol se puso cuando los seis hombres interrumpieron en el silencio del hall. Antes de que Carla llamase la atención de Drako, este se giró y vio a Iris sentada en el sofá de cuero blanco, mirándole con idéntico interés.

Su pelo es de otro color, pensó Iris mientras se acercaba. Entornó los ojos y le miró de arriba abajo, el porte y los rasgos eran los mismos, el hombre de sus sueños, pero había algo inquietante. En un acto impulsivo, sin estimar las consecuencias, le abrazó, no pensó ni valoró el malestar que se reflejó en la cara de Drako. Sumergió la nariz en el traje de cuero y aspiró con fuerza su olor, un recuerdo atravesó la maraña de lagunas, ella lavándole el cabello en un río de agua helada.

El aroma a jazmín con un ligero toque de madreSelva le resultó familiar a Drako. Con suavidad le quitó las manos de su cuello y la alejó de él. La separación le resultó dolorosa, pero necesitaba mantener la actitud fría e indiferente, nunca se sabía dónde estaban los ojos y los oídos de aquellos que buscaban su destrucción.

—Eres real. Sabía que no eras una creación de mi imaginación como decía la doctora Navarro. —Iris quiso volver a abrazarle, pero el brazo de Drako permanecía extendido impidiendo que se acercara más de lo necesario—. No entendía mis sueños ni los dibujos... Ahora estás aquí. ¡Ya estoy en casa!

Dos lágrimas cayeron por la mejilla de ella, una alcanzó la mano de Drako que la retiró al sentir un escalofrío. Dragon espectador como el resto del grupo, ordenó a todos que regresaran a sus tareas.

—¿Quién eres? —preguntó Dragon al sentir el aturdimiento de su amigo. *El gran Drako, el inquebrantable, tiene una fisura en la coraza.*

—¿No me conoces? —preguntó a Drako, quien negó—. Creo que antes era rubia. —Negó de nuevo. Ella tenía puestas todas sus ilusiones en aquel hombre—. No recuerdo mi nombre, me llamaron Iris en el hospital por mi color de ojos..., pensé que tú... —Las palabras se atragantaron en su garganta. Día y noche soñó con aquel encuentro y en todas sus recreaciones él la besaba hasta quedarse sin aliento—. ¡Mírame bien, tómate tu tiempo...! —Se alejó de él y le miró con timidez, como si sus ropas se hubiesen quedado atrás y se mostrara ante él desnuda.

—Podría estar horas mirándote y nada. —Su voz fue fría y cortante—. Jamás olvido una cara.

Su vikingo se desvanecía. Iris cogió del suelo el bloc de dibujo y se lo tendió.

—Sueño contigo todas las noches y durante el día no dejo de pintarte. Si cierro mis párpados solo te veo a ti, si me concentro escucho tu voz, en ocasiones me sorprende una imagen tuya luchando o muriendo... —Drako llevaba siglo resucitando para continuar fiel al contrato.

Fue pasando los dibujos uno a uno. Reconocía el paisaje, su tierra natal: los bosques, el río y las montañas nevadas. Retratado hace miles de años cuando era un simple vikingo. Incluso su

precioso caballo negro había sido inmortalizado por aquella desconocida; aquel que decapitó la mano derecha de su padre antes de acabar con la vida del joven Erik. El último acto brutal que su progenitor le obligó a mirar. En otros dibujos estaba sonriendo, feliz, no recordaba ningún momento de su antigua existencia donde hubiera sido dichoso, quizá cuando montaba a caballo, pero incluso entonces todo tenía un gusto amargo pues iba o venía de la guerra.

Drako miró a Dragon, «¿Es vidente o médium?» insertó la pregunta directamente en su cabeza.

—No soy nada de eso. No hubiese tardado tanto tiempo en encontrarte. ¿No te parece? — Iris se colocó la camiseta dentro del pantalón, aquello era una pérdida de tiempo.

«Creo que lo es, pero no lo sabe», Dragon contestó usando la telepatía.

—¿Una médium...? —Iris se acercó a Dragon—. ¿Te conozco, te he visto antes?

—Hace dos días —respondió Dragon.

—Te recuerdo vagamente...

—Dijiste que era un «ser blanco» y veo a una perturbada que me retrata... —Drako le enseñó uno de los dibujos en el cual estaba de espaldas desnudo.

—¡Ya, ya! Ha podido escuchar nuestra conversación inalámbrica... —dijo Dragon. Drako encogió los hombros, no lo veía ni relevante ni preocupante.

—Yo no he hecho nada... y no he escuchado nada que no hayáis dicho.

—¡Se acabó! Estás obsesionada conmigo; sal ahí fuera y búscate a otro con el que soñar de noche y retratar de día. No te quiero aquí. —Drako se alejó en dirección al ascensor.

—¿Qué tal tu estómago? —Dragon saltó aquella pregunta con malicia. Drako se paró en seco y lo acarició. Miró por encima del hombro a Iris. Era un ser puro, no había sombras que la persiguieran y no tenía un aura negra—. Te dije que a su lado toda magia, poder o don maligno desaparece; ella neutraliza todo. La dejamos ir o...

—Me desesperáis. ¿Qué es un «ser blanco» y un neutralizador? —Iris puso los brazos en jarra. Odiaba a la gente que la ignoraba, pero a la vez se sentía atraída por él, quien menos caso le prestaba, rechazando su presencia. Una atracción emocional y sexual hacía Drako, que proyectaba una indiferencia absoluta sobre ella.

—No, quiero que salga de aquí.

—No voy a irme sin respuestas —apuntó Iris. Cuanto más se negaba él a estar con ella, cuanto más limitaba la libertad de ella de elegir, más se resistía en irse y más le atraía ese halo de misterio que Drako poseía.

—Muchacha, no soy el entretenimiento de nadie, menos una adicción, búscate a un tipo del que colgarte del cuello, porque mi vida es una montaña rusa y puede ser muy malo para ti.

—No lo entiendes, tú y yo estamos conectados. No tengo las respuestas, pero...

—Comprendo que tu vida está vacía y es aburrida, buscas una distracción y has pensado: Venga una relación con este tipo, que palie este hastío.

—Tú estás muy mal —aseguró Iris con el índice señalándole.

—Drako, si se va, tendremos un problema —dijo Dragon.

—Dile a Carla que le busque un trabajo y una cama donde dormir. Ella es tu responsabilidad a partir de ahora, no quiero saber nada de nada. —Drako se adentró en el ascensor.

Capítulo 14

Hotel Valhalla, Las Vegas, 25 de mayo de 2019

Dragon entró al gran salón de Drako—: El termómetro de mi coche marcaba 27° —dijo—, ¿por qué tienes encendida la chimenea? Y ¿qué haces a menos de un metro de ella afilando las dagas? —Drako se miró a sí mismo con una sonrisa burlona—. Y vestido con un sencillo taparrabos de piel. —Dragon se sentó en el sofá—. No vengo a verte tensar los músculos mientras pasas la piedra por ese filo ni tampoco vengo a escuchar ese lamento interior que tienes.

—¿Vienes a joderme mi momento de reflexión? —Cruzó las piernas y se puso en la posición de loto.

—¿Qué te den! Vengo a decirte que la princesita es difícil de colocar. Hoy se quedará en el apartamento de Alba. Lo del trabajo es complicado, ¿dónde la ponemos que no cause un desafío? ¡Anula los poderes! —Resopló agotado—. En las mesas del casino..., ¡uff! Cómo doncella..., muy golosa y tú demasiado cabreado.

—¿Por qué se queda solo hoy con Alba? —Drako continuaba sacando filo a las espadas. Liberaba la rigidez que se acumulaba con la presencia de Iris en el hotel, no entendía por qué esa tensión física y mental por alguien que no conocía.

—Al lado del apartamento de Monique hay uno vacío, anoche la alojamos allí. —El interés de Drako se acentuó—. La pantera saltó sobre ella con los colmillos bien desenfundados.

—¿La dañó? —Las manos de Drako se cerraron alrededor de la empuñadura de la espada.

—No la tocó ni un pelo. Me puse delante, ¿quieres que te muestre cómo me dejó la espalda? —Drako regresó a la tarea de afilar—. Monique se recuperó enseguida.

—No quiero ver tus rasguños, ¿la edad te ablanda, dragón? —preguntó Drako.

—¿Qué te jodan, muchacho! —Dragon se acercó a la ventana y vio las luces de colores de la ciudad—. Podíamos usarla contra los repudiados.

—No voy a llevarla de caza —dijo ante aquella idea descabellada.

—¡Vale, vale! Puede ser útil. Otra cosa —añadió Dragon mientras se dirigía al ascensor—: ella es como el suero de la verdad; si te pregunta algo con interés, no vas a poder evitar responder. —Drako le miró.

—La verdad es muy relativa y nosotros sabemos mucho de eso —Se anticipó a los pensamientos de Dragon—, tiene demasiadas caras. Vivimos entre medias verdades...

—Las usan los cobardes y a la larga se vuelven mentiras. Son artimañas que conspiran contra otros...

—Lo que tu digas, pero llevamos siglos en esta tesitura. —Drako levantó la mano dando por terminada esa discusión—. ¿Quiero saber quién es Iris y por qué está aquí? —Dragon sonrió para sí mismo—. Puede ser un caballo de Troya.

—¿De quién?

—Es tu problema, recuerdas, de ángeles o demonios. Averígualo.

Capítulo 15

Hotel Valhalla, Las Vegas, 28 de mayo de 2019

Las pesadillas recurrentes son mucho más que malos sueños. Drako despertaba súbitamente con ansiedad y miedo, aquellas emociones del pasado perduraban durante minutos. Sumido durante las horas de vigilia en una niebla que mezclaba la realidad con la ficción, su vida pasada con una recreación junto a Iris. Mirando al cielo sin descanso, en lugar de al infierno de donde llegaron sus problemas.

Reconocía los pasos de Iris de entre todos los que deambulaban por los pasillos; se irritaba durante el día cuando no la veía y si se cruzaban, se frustraba porque hubiera deseado abrazarla uno segundo para retener en su memoria el aroma a jazmín y madre selva que la envolvía. El mal humor que vestía durante todo el día nublaban aún más su estado de ánimo y la agresividad, incapaz de mantenerla a raya; era más demonio, si cabía aquello.

Las pocas veces que cruzaba alguna palabra con ella, en lugar de agradar, era descortés y disfrutaba provocándola. La había convertido en un jilguero en jaula de oro y a pesar de ello no dejaba de cantar. Iris estaba vigilada las veinticuatro horas del día, tenía totalmente prohibido salir del hotel, cualquier tipo de actividad que antes no la supervisara él y siempre estaba demasiado ocupado para satisfacer sus deseos.

Con el coñac en la mano observaba el crepitar de las llamas. La noche era cerrada, bueno para la caza, pero estaba cansado de la misma historia y en mitad del desierto dejó tirado al repudiado, que le miró sin dar crédito, para regresar a casa. Añoraba tener otro tipo de vida, una donde hubiera cenas, estrenos de cine, incluso paseos a la luz de la luna, comer una hamburguesa en cualquier parque de la ciudad. La letra pequeña del contrato era demasiado tupida y consistente, y él fue tan insensato como para no leerla. Pero todo este remolino de emociones contradictorias nacía con la presencia de ella en el hotel, igual que sus pesadillas.

Unos golpes en la puerta le sacaron de aquel torbellino de lamentaciones internas. Caminó despacio, sabía quién estaba al otro lado, el único ser de todo el hotel que anulaba ese ardor incesante. A medida que se acercaba, el calor de las brasas de su estómago se fue apagando. Al abrir la puerta, allí se hallaba Iris, con sus grandes ojos violetas llenos de lágrimas, el pelo sudoroso pegado a la cara y el cuello, vestida con un pijama de pantalón corto y una camiseta con un estampado de un oso. Le pareció ridículo el atuendo y la miró con desprecio.

Qué frustrante le resultaba aquella mujer, sobre todo en ese momento que le despojaba de sus poderes, incapaz de leerle la mente. La ira estaba arraigada y lo único que hacía en los últimos días era variar de intensidad pasando a furia incontinente; como en ese momento en el que las lágrimas de Iris, sabía que debían producir malestar en él, compasión o preocupación de algún tipo, pero no sentía nada de aquello, lo contrario, tal vez.

Iris se abrazó a su cintura y lloró durante unos minutos, mientras Drako mantenía los brazos en una posición rígida evitando casi el contacto. Al cabo de un rato se soltó y los dos tomaron asiento en el sofá, entonces habló entre hipos:

—Todavía siento el peso de la arena sobre mi cuerpo... Me faltaba el aire y sentía el agua salada en mis labios. —Iris se abrazó de nuevo a él—. No podía moverme y la humedad penetraba por la ropa, helando mi piel... —Las pausas que hacía, eran un alivio para Drako, no quiere que le toque—. Escuché pasos y tuve tanto miedo... a que te hubieran cogido y no fueras tú el que me buscaba..., miedo a no verte más.

—¿A mí? —El estupor de Drako era absoluto.

—¡Era un sueño horrible! —Iris aguarda una contestación soez o un gesto brusco por parte de Drako, pero este la mira sin mayor interés—. Estábamos desesperados por alcanzar un lugar. Me apretabas con fuerza la mano mientras corríamos por un bosque que terminaba en un pronunciado acantilado y abajo una playa. —Suspira—. Estaba agotada, no sé las horas que llevábamos huyendo, pero no podía más. Al alcanzar al acantilado, me di cuenta por tu expresión que estábamos perdidos, las rocas encrespadas, la fuerza de las olas y el musgo hacían impracticable el descenso, ¡nos quedábamos sin tiempo! La bajada fue lenta y peligrosa, perdí el equilibrio varias veces y en todas por mi culpa tú saliste mal herido. El relincho de los caballos nos recordaba lo cerca que estaban.

»Te rogué que me dejaras, pero te negaste. —Los ojos de Iris se volvieron de un violeta intenso—. «Esparciré tus vísceras por la playa y teñiré el mar con tu sangre».

Aquellas fueron las primeras palabras que le dirigió su padre cuando le cogió preso tras huir del clan, cansado de su malsana educación filial, pero en aquella playa no estaba Iris. Continuó relatando su pesadilla:

—Te tiraste al suelo y con tus manos comenzaste a excavar un agujero; me gritaste que te ayudase y ambos cavamos. —Drako se miró las manos, recordaba haber hecho un agujero en la arena, pero no el motivo—. Ordenaste que me tumbase. El hueco era insuficiente para los dos, me levanté y me empujaste dentro. «No» gritaste. —Iris cubrió el rostro con las manos y comenzó de nuevo a llorar—. Echaste arena sobre mi cuerpo, escuché un «Te amo» y saliste corriendo... Unos segundos después los caballos pasando al galope tras de ti... ¿Por qué no podíamos estar juntos?

»No puedo asegurar si pasó mucho o poco tiempo, pero el mar empapaba el lado derecho de mi ropa. Supongo que perdí el conocimiento en algún momento, porque lo siguiente que recuerdo es que no podía respirar. Me liberé. Una sombra oscura... delgada, muy delgada... cayó sobre mí. Un ser con una belleza inusitada me miraba desde lo alto, tenía unas grades alas negras, y lejos de la paz y sosiego que uno se imagina que debe sentir ante un ángel, me he despertado empapada en sudor y muerta de miedo

Drako conocía muy bien a esos seres, no porque los hubiera tratado, jamás se cruzaban, él era el juez entre los suyos y ellos: los soldados de las legiones de Dios. Guardaban el orden, cazadores de ángeles descarriados. El mismo oficio en distinto bando. Si ese sueño era un recuerdo del pasado de Iris..., lo que no quedaba muy claro, pues parecían los desvaríos de una loca, el hecho de que un ángel de las legiones del Cielo la buscara, solo significaba una cosa: Iris era un ángel.

Capítulo 16

Hotel Valhalla, Las Vegas, 28 de mayo de 2019

— ¡No insistas más! —gritó Oráculo a Drako.

La relación que tenían Oráculo y Arelí, ángel de procedencia extraña, distaba mucho de ser amistosa, entre ellos no había ningún vínculo afectuoso. Una mañana, ni recordaba de qué año, Arelí se acercó a él ordenándole que abandonara la caza de un individuo que vendió su alma por una partida más al Blackjack.

A una distancia de cinco metros, los dos se quedaron parados observaban al hombre malgastando los últimos dólares que tenía en una partida amañada. En aquellos días, Oráculo trabajaba en Nueva York para Dark, un demonio que no respetaba ninguna ley, ni siquiera las suyas, pues las modificaba a su antojo y según le convenía. Engañaba y manipulaba al que se cruzara en su camino, no conocía la lealtad y los que formaban parte de su ejército eran de la misma calaña.

Aquel hombre acababa de vender su casa y todo lo que tenía por una partida; cuando no tuvo más que apostar fue cuando entró en escena Dark, ofreciéndole mil dólares por algo tan ridículo como su alma. Oráculo observó un futuro no muy lejano, la mujer y los tres hijos de aquel pobre desgraciado mendigando comida a la salida de los restaurantes. Quiso ahuyentar la imagen, pero antes de desaparecer alcanzó a ver a la misma mujer prostituyéndose por unos cuantos céntimos.

El hombre salió de los sótanos del casino, mirando a su alrededor; no creía en el alma ni en nada relacionado con la religión, pero los ojos de aquel que le cambió lo que no tenía por mil dólares no le daban buena espina. Dark aguardaba tras la barra cuando le vio pasar ante él y con un gesto ordenó a Oráculo que se cobrara el pago.

Areli y Oráculo salieron detrás de él. Caminaron en silencio hasta que Oráculo le preguntó:

—¿Por qué quieres salvar a ese tipejo?, ¿acaso no ves lo que su decisión hará?

—... ¡Misericordia!

—No lo entiendo... ¿Perdonar? Me pides mucho, si no llevo su alma a Dark... Regresaré al Infierno por el resto de la eternidad y eso, amigo mío, son muchos años —dijo Oráculo.

—¿Qué quieres por este favor? —La voz de Areli tenía un tono musical que relajaba. Le observó Oráculo con interés, era un ser hermoso, una altura impresionante, un porte elegante, los movimientos casi etéreos, ojos de un profundo azul cielo y un cabello rubio luminoso. Pero lo que más impresionaba al verle eran aquellas enormes alas blancas.

—No tienes nada para ofrecerme. —Hacía mucho tiempo que había asumido los errores que le llevaron a tal situación—. Vendí mi alma para poseer a una mujer, la calentura de un adolescente atolondrado. —Guardó silencio. Estaba hablando más de la cuenta con un ángel, nada bueno reportaría de ello—. ¿Por qué es tan valioso para ti?

—Su vida no vale nada, la acción desinteresada que se producirá en unas horas, es por lo que yo estoy aquí. Salvará la vida de una mujer embarazada y morirá en el acto, no hay alma que recuperar para el Cielo, porque la ha vendido...

—Ni yo podré llevármela si muere antes...

—No será para ninguno... ¿no es ese peor castigo? —Oráculo no estaba seguro—. Condenado a ser sombra entre los dos mundos durante toda la eternidad.

—No amainará la ira de Dark, saber que lo dejé convertirse en sombra —dijo Oráculo.

—Supongo que no. —Arelí sonrió satisfecho—. Por joder a tu jefe, aceptas. ¡Eh! Lo que te puedo ofrecer es... —Arelí se paró—. Cuando terminemos de hablar te dirigirás al puente de Manhattan, allí encontrarás a un hombre de casi dos metros de altura, con melena negra, unos ojos de color verde intenso y el rostro con tatuajes tribales, no tiene perdida; él te cambiará la vida. —Oráculo lo miró con suspicacia—. Tú no me preguntas, yo no te pregunto.

Para escapar de aquella situación de esclavitud en la que se convirtió la existencia de Oráculo tenía dos vías: directo al Infierno, convirtiéndose en el juguete de algún «lord», lo cual no resultaba muy atractivo, o como lo hizo él, el jefe de otro clan le reclamó.

No confiaba mucho en aquel ángel, desconfiaba de todos. Se creían los favoritos de Dios y aunque a él aquello le pillaba de revote, no le gustaba que le mirasen por encima del hombro. Pero se dirigió con paso rápido al puente. Maldijo mientras se acercaba la «mierda» de don que le tocó en el reparto, podía ver el futuro de cualquiera menos el suyo. Al llegar no encontró ni un alma. «¡Menudo hijo de puta!» dijo en alto al sentirse engañado; una presencia letal se materializó tras él. Creyó que era Dark, «¡Me ha vendido el muy cabrón!» se giró preparado para un ataque, cuando encontró a un individuo de metro noventa, con cabello oscuro y un tatuaje tribal en la frente.

Drako y Dark se batieron en duelo, la humillación que sufrió el segundo bajo el poder demoniaco de un jovencísimo Drako, nunca se la perdonó. Realmente nada de aquello era necesario, porque Oráculo no era un miembro del clan tan importante ni siquiera había oído hablar de él, pero el orgullo y la necesidad de pavonearse ante los nuevos miembros hizo que Dark no valorase al contrincante. Aunque siempre pensó que había algo detrás del interés de su antiguo jefe por conocer a Drako.

—Me pides lo imposible... —dijo Oráculo a Drako—, yo no puedo llegar a Arelí y preguntarle qué clase de ángel es Iris. Él no me pregunta sobre demonios, yo no pregunto sobre ángeles. —Resopló ante la insistencia de su jefe—. ¡Aunque creamos que tenemos uno bajo nuestro techo! Y ¿si me dice que se la entregué? —Oráculo puso los ojos en blanco.

—¿Puede tener los ojos violetas, pelo moreno y no saber que es uno de ellos? —dijo Drako manteniendo la colera sujeta—. Es una pregunta inocente, no hace falta entrar en detalles.

—Creo que es un grave error, pero tú mandas.

Oráculo sacó el móvil del bolsillo y abrió la pantalla, entró en la agenda y fue bajando hasta encontrar el nombre de Arelí. ¿Quién dudaba que la tecnología no formara parte de la vida cotidiana del Cielo y el Infierno? Marcó el número sin dejar de mirar a Drako, «Espero que sepas lo que haces». No sonó ni un tono, cuando Arelí contestó:

—Sí.

—¡Hola! Tengo una pregunta que viola nuestro acuerdo —Silencio—. ¿Se...?

—¿Iris...? —Oráculo frotó su pelo nervioso, Arelí era un ser endiabladamente inteligente con unos poderes impresionantes—. La de hermosos colores, la que une el cielo y la tierra con sus poderes, de naturaleza emotiva, condescendiente, suave...

—¡Qué coño dice el fumado! —murmuró Drako.

—¿La conoces? —Iris ya no era un secreto.

—Sí... —Un silencio incómodo controló la comunicación.

—Creemos que es una de los vuestros, pero no lo parece: ojos de color violeta, pelo moreno, sin alas y de altura media. Junto a ella desaparece el ardor en el estómago... —Drako se estaba dando cuenta que perdían el control de la situación—. La vigilamos de día y de noche, tenemos enemigos que verán en Iris como un arma letal; sabes que dentro de los malos somos los buenos.

—Ja, ja... Sí, sois los buenos dentro de todo lo malo que os rodea. —Arelí hizo una pausa sopesando lo que podía o no contar de la naturaleza de aquel ser de ojos violeta—. Ella está junto a su alma.

—Me estás diciendo: ¿qué tenemos el alma de Iris? —Drako le miró asombrado.

—No... Los ángeles no tenemos alma, no una simple como la humana, tenemos tantas como seres protegemos. Sobre todo, los ángeles de la guarda... ¿me sigues? —Arelí jugueteó divertido con un mechón de su pelo.

—Sí, creo que sí...

—Para que un ángel de la guarda proteja a un recién nacido, las almas deben mezclarse. Parte de nuestra esencia pasa a él y este vínculo solo se deshace cuando llega a la edad adulta, entonces dejamos que cada uno escoja su destino. Pero ¿qué sucede cuando no se rompe ese enlace?

«¿Por qué no se iba a romper? ¿Qué interés puede tener un ángel en continuar unido a un humano?» Drako proyectó las preguntas directamente en la cabeza de Arelí, pero este no se amedrentó con aquella muestra de poder. Conocía a Drako más de lo que él pudiese imaginar, incluso antes de que naciera, ya había leído de su existencia por los escritos que hablaban de un demonio con alma de ángel que uniría Cielo e Infierno. «Lo único que mueve al mundo desde que este fue creado... Amor» contestó Arelí y colgó el teléfono.

Capítulo 17

Las Vegas, 28 de mayo de 2019

Un chivatazo complicó la noche a Drako y sus hombres. A las afueras de Las Vegas alguien había abierto una sala de juegos de donde la gente se negaba a salir, ninguno quería abandonar el garito para regresar a casa, y hasta ese momento eran personas incuestionables: buenos maridos, padres intachables y profesionales éticos y leales. «Una vez que entras no puedes irte», dijo el confidente. Según les contó, los humanos caminaban repitiendo como un mantra «La vida es dura». Cuando le preguntaron qué tenía el lugar, él se encogió de hombros, no comprendía porque se sentían tan atraídos.

La policía registró denuncias por desaparición, pero al comprobar la dirección encontraron a aquellos padres, hijos y amigos libres de irse en cualquier momento, nadie les retenía en contra de su voluntad, pero era cierto que todos se negaron a cruzar el umbral de la puerta. No había explicación para tal comportamiento, pero tampoco requería de la actuación policial y con mucho pesar se iban para informar a la familia del buen estado del desaparecido, pero la negativa de este a regresar al hogar. Drako y sus hombres acudieron al lugar atraídos por el interés que despertaba en la población.

El garito estaba situado a las afueras de Las Vegas a varios kilómetros. Sorprendía la cantidad de repudiados que había por los alrededores. «¿Cuántos humanos hay dentro?» preguntó Drako al observar la tranquilidad del perímetro. «Ninguno», respondió el confidente, «Cuando el sheriff archiva la denuncia por desaparición, tras comprobar que el sujeto está bien, y se niega a regresar a casa, no hay nada más que hacer. El dueño espera un tiempo prudencial y los elimina». *Antes o después todas aquellas desapariciones llamarán la atención de nuevo*, pensó Drako, *Y esta ciudad es mía y nadie hace negocios sin mi consentimiento*. Tenía que dar ejemplo para todos los que pensarán que por intentarlo no sucedía nada.

—Demasiado silencio —dijo Dragón extendiendo los brazos y abriendo las manos—. Hay un ejército agazapado detrás de aquellas dunas.

Los hombres de Drako se colocaron a su lado y observaron. Oráculo cerró los ojos y vio una batalla tiñendo la arena del desierto en un color negro, de fuerte aroma a azufre. Delfos intentó comunicarse con los muertos, que eran bastante caprichosos, según el humor que tuviesen le revelaban la verdad o la mentira, «Están ahí, pero no quieren hablar». Mordok sacó las cimitarras y se preparó para la lucha; cada diablo que matase o alma que sesgara del cuerpo, su arma se cargaría con la energía vital de ellos.

Mordok invadió España. Por el año 726, su hermano menor le traicionó y decidió regresar a casa. El trono, por derecho de nacimiento, le correspondía a Mordok, pero tantos años ausente del reino hizo que el hermano codiciara todo lo que estaba gestionando en su nombre. Las noticias proclamaban el final cercano de la guerra y el regreso del verdadero rey. Indignado, buscó a mercenarios a los que pago generosamente para que le dieran muerte. Pasaron los meses y ante la ausencia de noticias, creyó que su plan se había ejecutado y ordenó la aniquilación de toda la

familia de Mordok, mujeres e hijos, para que nadie pusiera en duda su entronización.

Se libraba la última batalla para que las puertas de Toledo se rindieran bajo su mando, cuando un mensajero llegó desde su reino. Lloró durante días la pérdida de los seis hijos y sobre todo la del menor, Abdul, al único que vio nacer, al que le dio la bienvenida a este mundo y acunó en las noches de llanto. Salió a la batalla con la cabeza a kilómetros de distancia, rumiando su venganza y no estuvo ágil ante la espada del castellano que le atravesó el pecho. Con el último aliento la figura de un demonio se presentó ante él ofreciéndole una segunda oportunidad por acabar con la vida del que sesgo la suya, no el castellano que yacía muerto a sus pies con la cimitarra clavada en el cuello, sino la del hermano envidioso.

Yin, el más joven del grupo, era un luchador letal que esperaba el momento adecuado para desenvainar su catana. Se movía con tal sigilo que se confundía con el viento. Vendió el alma por dos catanas; el demonio le juró que jamás necesitaría afilarlas, siempre dispuestas para la batalla. Con ellas mató al samurái y a toda su descendencia, que acabó con su vida y la de su aldea. Lo que no le contó es que se afilaban con la sangre de los que mataba y nunca estaban saciadas.

Drako detrás de ellos observaba el horizonte, faltaba poco para que la oscuridad fuera absoluta. Aguardarían. Los demonios podían caminar bajo los abrasadores rayos del sol, no les afectaba físicamente, pero los poderes alcanzaban su máximo nivel cuando se ocultada detrás de la franja del horizonte. Los poderes de los demonios medianos o de los repudiados, no eran motivo de preocupación, pero alguien se estaba tomando muchas molestias en conocer los puntos débiles de Drako, en formar un ejército en mitad del desierto y hacerle venir para matarlo.

El último rayo de sol desapareció y unos cien repudiados saltaron desde las dunas y corrieron hacía ellos con espadas, hachas y alguna pistola en mano. Ninguno movió un músculo. Yin sonrió con malicia acariciando la empuñadura de su catana. Mordok afiló las espadas, una contra otra, despacio, como si aquella nube de demonios no fuera a caer sobre sus cabezas. Dragon continuó con los brazos extendidos. Oráculo y Delfos mantenían la postura sin perder detalle. Cuando el primer repudiado les alcanzó, Drako y sus hombres desaparecieron generando confusión y desconcierto, el primero en atacar por la inercia cayó y sobre él el resto del grupo. Aturdidos se levantaron mirando a un lado y otro, se habían desvanecido.

El holograma que Dragon había proyectado, junto con el manto de invisibilidad que les ocultaba, permitió que durante unos minutos se prepararan para cualquier contingente.

Yin y Mordok se lanzaron a la lucha sin esperar la señal de Drako. Dragon lanzaba bolas de fuego que salían de las palmas de sus manos a los pocos demonios que escapaban de las cimitarras y las catanas. Oráculo y Delfos no tenían mucho que hacer y junto a Drako se limitaban a proteger la retaguardia.

Drako miró de reojo a Oráculo, estaba taciturno desde la conversación con Arelí, sus visiones eran confusas y la pequeña escaramuza se solventaba con soltura por la destreza de Yin y Mordok más que por las predicciones que él aportaba; Delfos le golpeaba en el brazo cuando le veía dudar.

Drako extendió sus poderes hasta Oráculo e invadió la mente de este buscando lo que le causaba tanto desasosiego. Podía haberlo preguntado, pero no era tan divertido. Entró despacio, sin causar ningún daño y sobre todo intentando no ser detectado. Oráculo se giró y enfrentó la mirada a la de su jefe.

—Me colocaste en una situación comprometida —dijo Oráculo con pesar.

—¿Qué te ha pedido? —Los ojos de Drako se estrecharon en una fina línea que acentuó sus

pómulos y resaltó su mentón dando una apariencia letal.

—¡Conocerla! —contestó—. No sé qué pretende...

—¿Qué te preocupa? ¿Qué ves? —preguntó Drako.

—No veo nada, nada de nada. —Oráculo se frotó las manos y luego se estiró el pelo hacia atrás—. Ayer me acerqué a conocer a Iris. Alba me dijo que estaba en los jardines leyendo a la sombra del sauce. —Se movió nervioso—. No la presentí, estábamos a menos de dos metros, pero no la presentí. Entonces me llamó. Su voz es seductora como la de Arelí —Drako vio desconcierto en su rostro—; las imágenes cesaron y las ascuas de mi estómago desaparecieron. ¡Paz! A su lado solo hay: ¡Paz! Me sentí de nuevo humano, parece tan poco y es tan grande. ¿Me entiendes? —Drako asintió—. Aquella mano delicada y pálida apartó las ramas del sauce y se acercó a mí, vestida de immaculado blanco, el mismo porte y la elegancia que tiene Arelí. Desconcierta el color de la melena, tan negra como la nuestra. Si hasta ese momento tenía alguna duda cuando vi la profundidad de sus ojos no me quedó ninguna: ¡Es un ángel! —Euforia veía ahora en los gestos de Oráculo—. ¡Drako tenemos en la antesala del infierno a un ángel!

—¿Qué es lo que temes de Arelí? —preguntó Drako.

—Vendrá a por ella, porque es de los suyos. No sé cómo se mata a un ángel y no quiero encontrarme en esa encrucijada. Me negaré a su petición, pero no alcanzo a ver el efecto de mi decisión. —Oráculo rio—. Soy como un puto mortal en la ruleta del libre albedrío. Demasiado tiempo siendo un demonio y ahora, ¿qué camino tomo: derecha o izquierda? ¿No sé qué hacer? —Oráculo miró hacia la batalla que acaba de terminar. Yin y Mordok guardaban sus armas manchadas con la ponzoña negra que corría por las venas de los repudiados—. Luchamos con demonios todos los días no podemos sumar un enemigo más a la lista... y estamos hablando de las legiones del Cielo.

—Nadie se llevará a Iris —dijo Drako—. Mi vida no vale nada sin una buena batalla, me lo enseñó mi padre. ¡A luchar!

Capítulo 18

Hotel Valhala, Las Vegas, 4 de junio de 2019

—Eres terco... ¿es una de tus cualidades? —dijo Arelí en un tono tan ausente de emoción que Drako no supo interpretar—. No me llevaré a Iris, no la haré daño ni la tocaré... Solo quiero hablar con ella. —Habló a través del móvil tan pausado como pudo. Si Iris era lo que él creía, no sería tan sencillo arrebatársela, y antes o después los otros la encontrarían.

—Soy un demonio y como tal pienso. Si yo estuviese en tu lugar, te la jugaría, tú me la vas a jugar y antes de que me la juegues te la juego —dijo Drako. Arelí puso los ojos en blanco y miró al techo al escuchar tal cantidad de sandeces. *Si quisiera a Iris, ya la tendría*, pensó.

—Me perdí con tanto jugar. —*Prepotente*, pensó Drako—. Dime qué quieres que haga para demostrarte mi buena fe. —Drako captó el tono socarrón—. Si quieres voy maniatado o encadenado como el gran Houdini. —Arelí se rio.

—¿Eso sirve para algo? ¿Qué son para ti unas cadenas?

—Cierto, ¿esto son tablas? —Arelí sentía algo parecido a la desesperación ante tanta necesidad.

—No, jaque-mate —dijo Drako.

—No me fastidies... ¿Y si me dejas hablar con ella por el móvil?

—¿Cuánto tiempo me das para pensarlo? —Algo le decía a Drako que negarle tal visita no iba a traer nada bueno.

—Toc, toc... llevamos dos días con este tira y afloja. Mi paciencia tiene un límite. Lo que os ofrezco es mi ayuda, si es un ángel y sus poderes despiertan, saltarán las alarmas en «Legiolandia» y entonces mi querido amigo nadie moverá un dedo por vosotros, ni el mismísimo Lucifer.

—No me dan miedo un puñado de ángeles.

—A mí sí... y estoy en su bando. No son ángeles, son los legionarios de Dios, palabras mayores. Salen poco de casa, pero las veces que lo han hecho han causado cataclismos. —El silencio se hizo denso como la brea—. Tú decides, pero pronto; estoy descuidando mis obligaciones. No sé cuál es su delito, pero si es gordo, moriréis todos.

—Das por hecho que ha violado las leyes del Cielo... no se supone ¿que primero juzgáis y luego sentenciáis?

—Ningún ángel pierde la memoria ni las alas..., ese es el castigo que recibimos... —Arelí cortó la comunicación cuando se dio cuenta que la desesperación le hacía hablar más de la cuenta. Tenía que controlar esas emociones negativas que le dominaban, no podía olvidar quién era él y lo qué buscaba.

Capítulo 19

Hotel Valhalla, Las Vegas, 6 de junio de 2019

Ninguno de los escenarios que Iris imaginó del reencuentro con Drako se parecía a lo que estaba sucediendo. La evitaba constantemente, lo que la sumía en una frustración incómoda. Alba le decía que la vida era demasiado corta para andar corriendo detrás de una persona que se tensa cuando nos ve.

Fue el propio Drako quien ordenó que se trasladará a vivir a su ático, tras los numerosos conflictos que ocasionaba fuera de la vigilancia de Dragon. Los primeros días, ella había intentado complacerle, buscando cierta muestra de cariño o enternecimiento por su parte, anclando el recuerdo que tenía del vikingo en su vida presente. Dragon le había recordado, más de una vez, que era un error prolongar el sufrimiento: «Te convertirás en su marioneta». Pero le resultaba complicado dejar aquellos sentimientos que durante meses mantuvieron la esperanza en una mente llena de lagunas.

Sentía como si el vikingo al que amó hubiese muerto definitivamente, era un duelo que superaba entre aquellas paredes, esquivando al espectro que martirizaba con su recuerdo, Drako. Iris se limitaba a su habitación, el salón y la cocina, nunca se acercaba al gimnasio, donde él pasaba las horas escondido. *¿Qué absurda situación?*, pensaba cuando le oía llegar.

Drako necesitaba sentir la casa para el solo, caminar sin miedo a verla; ella le desconcertaba, limitaba sus poderes y le hacía vulnerable. Una situación incómoda que le recordaba un periodo de su vida que deseaba olvidar. Por eso le buscó un trabajo en el lugar más recóndito y solitario.

Trabajaba con John «el repostero», el único humano de todo el hotel. Unos estantes metálicos limitaban un espacio dentro de la cocina que se consideraba «su territorio», nadie solía cruzarlo, era una fortaleza inexpugnable, y él, hermético y a nadie caía bien. La jornada empezaba al amanecer y terminaba con el primer servicio de comida.

Todos los días Iris le subía a Drako algo de lo que hacía. Ante la ausencia de interés, tendría que dejarlo, pero ella se resistía a tirar del todo la toalla. Lo metía en la nevera y lo veía languidecer hasta que María lo volcaba dentro del cubo de la basura. En aquel frío y desangelado ático, María: ama de llaves, cocinera y un poco de todo, era la que daba fin a tantos pensamientos recurrentes, «El amor que se mendiga no es amor», le decía mientras se deshacía del arroz con leche, las natillas, los flanes o lo que tocara ese día.

Iris entró con sigilo y vio el pelo de Drako cayendo desordenado por el respaldo del sofá, por la posición y la hora, estaba concentrado en las cuentas. Fue a la cocina y dejó los pastelitos dentro de la nevera, antes de cerrar tomó la ensaladera que María había preparado. Con el dedo miró que no hubiese ningún resto de animal. «Libre de bacón y jamón» dijo mientras se dirigió al salón.

Drako la vio acercarse por el rabillo del ojo y tomar asiento a unos metros de él, ella carraspeó llamando su atención sin parecer interesada, una actitud pueril que fingió no captar y continuó absorto en los números. Desde hacía un tiempo, los celos estaban haciendo acto de

presentica en su cabeza, disparatado pero cierto. Una señal de alarma que le alertaba de un peligro inmediato en la figura de Dragon. La respuesta de su amigo no eran imaginaciones suyas, entornaba los ojos, cuando la veía, los humanos desaparecían para dar paso a los de dragón. Ella parloteaba más que nunca, parecía interesada en todo lo que este contaba y se reía continuamente. Dragon le ofrecía a Iris algo que por ahora Drako era incapaz de darle: humanidad.

Drako la observó comer durante un par de minutos, antes de llevarse cualquier trozo a la boca, lo olfateaba como un perrillo buscando un resto animal. Él levantó la cabeza y olió el aire de la habitación, captó el aroma de su colonia y dejó que por unos minutos las barreras que levantaba, cedieran, cómo le gustaría hundir los dedos en aquella melena mientras besaba aquellos labios carnosos.

—No hay nada de carne en esa ensalada —dijo Drako en un tono más brusco del deseado. Su gesto mostró el disgusto de la cercanía, que ni mucho menos sentía.

—¡Lo siento!... —dijo Iris.

—Deja de ser tan pastosamente agradable. No intentes complacerme a todas horas. Odio a la gente zalamera —Drako deseaba ser agradable decirle que estaba encantado con su presencia, pero cada vez que abría la boca solo salía un desprecio que no sentía.

—¡Lo siento!... —Iris tragó saliva—. ¿Qué tal la mañana?

—¿Será broma? —La finalidad de la pregunta de ella era dilatar una conversación obligada que a ambos resultaba incómoda—. Nuestra relación es forzada, no la hagas más insoportable haciéndome hablar. Me encanta el silencio y la soledad, toma nota.

—Sé... No es fácil nuestra convivencia, pero si lo intentamos quizá... La soledad compartida es más llevadera. —Él sopesó la última frase.

—Solo por el placer de ser educado y que Dragon no me siga martirizando los oídos con mis rudos modales contigo. ¿Qué tal la mañana con John? —Drako observó la cara de sorpresa de Iris ante su giro de conversación.

—Bueno... —A Iris se le enredó la lengua; los pensamientos llegaban más deprisa que las palabras—. La cocina no es solo comer, es un arte donde se refleja todo un mundo complejo de sentimientos, sensaciones. Hemos creado un postre para la despedida de soltero...

—Al grano, no me gustan las banalidades. —Iris resopló desconcertada.

—¡Lo siento!... —Aquello no funcionaba. Los ojos de Drako se pusieron en blanco y se concentró de nuevo en su tableta. Iris tenía la partida perdida—. En ocasiones, veo a gente que no es gente... —Drako interesado levantó la cabeza. Dio orden de que todos ocultaran su apariencia delante de ella, lo cual advirtió Dragon que era una somera bobada, porque había demostrado que desenmascaraba—, oigo los pensamientos, no siempre... —Drako dejó el ordenador.

—¿No lo controlas del todo? —Ella negó—... Habla con Delfos, él te enseñará cómo hacerlo y sobre todo a desenchufarte si no quieres volverte loca.

—Con esa onda corta he recogido información de aquí y de allá —Se da cuenta que estas revelaciones se pueden malinterpretadas por parte de Drako, incluso sentirse violento si cree que vulnera su cabeza para cotillear—... es algo que no controlo... a ti no te escucho.

—Solo entra en mi cabeza quien yo quiero, sino le frío el cerebro. —*De esta bravuconería sufrían casi todos los empleados del hotel*, pensó Iris mientras esbozaba una sonrisa—. Al grano.

—Sois demonios... —Esperó a ver la reacción que tenían sus palabras en Drako—... Sentís un ardor.

—Es un jodido efecto secundario de un contrato donde la letra pequeña no era muy legible. Continua.

—Os libero de ese calor con mi presencia, pero también de vuestro dones o poderes, Dragon habla de una cosa u otra cómo si fueran distintas.

—El don te lo concede un poder superior, el poder nace contigo. —Por alguna razón incomprendible, pensó que Iris vivía ausente de la realidad y se estaba dando cuenta que quien se había aislado era él—. Dragon nació dominando la magia, es un poder; Oráculo y Delfos tienen dones que les otorgó Lucifer para cumplir mejor con su trabajo. Y lo mío... ambos. —Drako se encogió de hombros, ni él comprendía por qué un simple humano contaba con poderes—. Cuando tú estás cerca anulas al demonio. Los poderes los inhibes si pretenden usarlos contra ti.

—¿De qué depende que tengáis un don u otro?

—El motivo que nos llevó a vender el alma. Yin y Mordok lo hicieron por venganza y ambos son diestros en la lucha, invencibles con las armas. Oráculo y Delfos lo hicieron por amor... —Drako pensó en su padre—. Algunos se transforman en animales, en sombras y en objetos de deseo... —Iris no comprendió aquello último, pero no deseaba interrumpir con dudas que cuestionaran la veracidad de lo que narraba.

—Y ¿tú?

—Dragon y yo éramos diferentes antes de vender nuestra alma, luego, aumentamos la diferencia.

—Oráculo piensa que soy un ángel, pero Delfos dice que si lo fuera no hubiera podido traspasar las piernas del Coloso. —El Valhalla era como un amigo indiscreto al que no debes confiar un secreto.

—Distinta a todo lo que conocemos. —No tenía sentido callar lo que antes o después ella iba a descubrir solo o por otros—. No tienes aureola ni luz divina (si fueras un ángel) ... ¿Un alma blanca? ¿Te sientes un ángel? —Iris rio y negó, sus pensamientos eran todo menos castos—. Entonces eres un ser humano con capacidades increíbles.

—¿Vosotros no tenéis alas?

—Dragon, sí. Grandes y hermosas. Yo no, pero algún demonio tiene alas de murciélago —dijo en un tono jocosos—, cuando veas una de esas... ¡corre! Son pájaros de mal agujero, chupan almas sin escrúpulos ni ética alguna. Solo las tienen los ángeles caídos, de donde parte nuestro árbol genealógico. —Hizo una pausa valorando hasta dónde debía contar—. Nacieron con hermosas alas de color blanca, al desobedecer al Padre cayeron estrepitosamente a la tierra y en ese descenso doloroso se tornaron negras. Con el paso del tiempo el esplendor de aquellas hermosas alas se volvió marchito y fueron perdiendo las plumas quedando los filamentos de tendones que formaban el armazón. Estos se unieron con una fina capa de piel; hasta ese momento ninguno pudo surcar los cielos, dicen que aquello transformó su carácter, el resentimiento hacia el creador y el hombre se hizo más que evidente. La rabia, ira, furia, transformaron las expresiones faciales de aquellos «no ángeles». Volvieron a volar, pero carecían de la elegancia de antaño, nacieron los demonios.

—Pero ¿qué clase de demonio tiene alas negras con plumas?

—Ninguno. —Drako acercó su rostro más al de Iris—. ¿Quién tiene ese tipo de alas?

—¿Sería malo? —preguntó asustada.

—Solo conozco unos seres con alas negras en este mundo y ninguno de ellos sería bienvenido a mi mesa. Pertenecen a las Legiones de Dios. Dios los mandan y ellos obedecen sin plantear dudas, sin cuestionar y no importa el medio si se logra el fin. ¿Quién tiene alas negras? —Su aliento rozó el rostro de Iris.

—Es un buen hombre, no creo que sea lo que tú dices. Tampoco veo las alas de frente solo

cuando miro su reflejo en un panel metálico de la cocina —dijo asustada Iris—. Quizá sea un error, fue una fracción de segundo..., él se alejaba de espaldas y entonces las vi plegadas y pegadas a su espalda.

—¡¡¡John!!!! —Drako se levantó de un salto y corrió hacia el ascensor con el móvil en el oído—. Reúnete conmigo en la entrada. Tenemos un legionario de Dios entre nosotros.

Iris acababa de perder un amigo. Qué difícil era hablar con Drako sin terminar sintiéndose sola.

Capítulo 20

Desierto de Mojave, Las Vegas, 9 de junio de 2019

Oráculo iba delante con el ceño fruncido y la cabeza gacha. La gabardina negra que vestían se movía de un lado a otro con cada zancada. Iris no sabía dónde iba, solo que debía seguirle sin hacer preguntas. En cuarenta y ocho horas su vida estaba llena de prohibiciones: ya no podía bajar a la cocina ni salir del ático. No conocía el paradero de Drako, desde que reveló el secreto de las alas de John, este y Dragon habían desaparecido. Ella se temía lo peor, interrogó a Yin y a Mordok, pero ante cualquier pregunta que llevase implícita o explícitamente los nombres de Drako o John, en la cabeza de cualquiera de ellos aparecía la imagen de un jarrón con flores. Lo curioso era que aquel objeto estaba colocado en el despacho de Dragon, lo que la hacía sospechar que sus confesiones se volvieron en contra suya.

El enfado de Oráculo, en parte, era culpa de ella, pues entró en su mente sin ser invitada. Una gran puerta de hierro con una enorme cerradura fue con lo que se topó al sortear la primera barrera, «¿Tienes la llave?», le preguntó este, al negar, la expulsó de allí. La sensación fue como de caída libre al vacío.

—No puedes invadir la cabeza de nadie sin su permiso, te lo dije el otro día con Delfos y veo que no aprendiste ni escarmentaste con el dolor —dijo Oráculo—. Nuestro don es un castigo. Tenemos que mantener a raya a todos los que deambulan entre los dos mundos, cuando tú penetras, causas una fisura por la que se cuelan. —La figura de Delfos no se borraba de su cabeza.

La mañana del día anterior, la primera guardia le correspondió a Delfos, miraba distraído por la ventana cuando ella pensó que era un buen momento para averiguar que le ocultaban todos. Entró despacio, casi diría que sutil, había estado practicando con María y ella ni se dio cuenta de la invasión. Todo parecía ir bien, hasta que un grito resonó dentro de ella: «¡Fuera!». Se dobló por la mitad ante el agudo dolor que perforó su sien. Delfos permaneció de pie mirándola fijamente con unas pupilas envueltas en llamas. «La próxima vez que intentes otra entrada no autorizada, nadie evitará que te fría el cerebro» dijo. La migraña le duró cuatro largas horas.

Oráculo abrió la puerta del garaje y se dirigió hacia un precioso Ferrari cubierto con una lona de color roja. Quitó la lona y la dobló con cuidado, acariciando la tela como si se tratara de la mejor seda, la colocó en el maletero del vehículo y con un movimiento de cabeza hizo a Iris acercarse.

Oráculo se acomodó en el asiento, aspiró el aroma a nuevo del coche, arrancó el vehículo con los ojos cerrados y al escuchar el rugido del motor se dejó llevar por paz que produce el silencio cuando la mente se centra en un solo deseo.

—Es la primera vez, desde que soy demonio, que voy a disfrutar conduciendo mi Ferrari —dijo con orgullo—. Sin visiones que invadan mi cabeza. Acariciaré la tapicería y no la arena del desierto ni el agua de los fiordos ni la madera de la canoa que cruza el Amazonas, sin visiones, no hay viajes ni sensaciones. Vivir deprisa y sin frenos. —Oráculo rio de su ocurrencia y salió a gran velocidad por la puerta del garaje—. ¡Guauuuu!

Los párpados de Iris se volvieron pesados, los reflejos lentos, el ronroneo del motor parecía una voz que la llamaba con insistencia. Se dejó llevar por el agotamiento y por el peso del cuerpo, se sumió en un sueño agitado donde la doctora Navarro pronunciaba su nombre con desesperación. Al despertar estaban parados en mitad del desierto de Mojave.

—Eso es dormir. ¡Ha sido una pasada! —dijo Oráculo—. ¡¡¡Guauuuuu!!! Ja, ja, ja...

—Me alegro que seas tan feliz, cuando quieras lo repetimos —añadió Iris.

—Me doy con un canto en los dientes, del día de hoy, no creo que Drako te deje salir en un par de años. —Rio ante la sorpresa de ella.

—Drako... ¿sabe que estoy contigo aquí? ¿Fuera del Valhalla?

—¿Quieres que me corte las pelotas? Antes de traerte se lo consulté, estuvo de acuerdo siempre que cumpliera mil doscientas cincuenta normas con otras tantas variantes posibles. Me hizo jurar que no te pasaría nada y si alguien te tocaba un solo pelo de la melena me cortaría las pelotas y me las haría comer. —Iris puso cara de asco mientras que Oráculo se protegía los testículos con las manos.

—Por lo tanto ¿has hablado con él y sabes dónde está? —Oráculo miró de reojo a Iris.

—Sí Iris, sé dónde está, hablamos todos los días y los vemos a todas horas. No han salido del hotel. —Oráculo se recostó en el asiento.

—¿Han matado a John? —Iris bajó la mirada a sus manos entrelazadas, sentía pánico por la respuesta. Había llevado a ese hombre a la muerte, cuando jamás la hizo nada y la trató con cariño.

—¡Nooo! ¡Drako y Dragon no van matando a la gente sin más! Solo quieren información de ti.

—¿De mí? —miró extrañada, que podía saber de ella un cocinero al que conocía desde hacía tampoco.

—Miguitas de pan, solo hay que seguir las miguitas de pan. —Miró inquieto por la ventanilla del coche—. Algún que otro golpe sí que está recibiendo, pero nada del otro mundo; sobre todo porque se niega a dialogar. Solo dice una y otra vez que él no quiere hacerte daño, que está en el hotel solo por tu bien. —Oráculo cerró los ojos y visualizó el cuerpo de John colgado de los pies mientras Drako se entretenía en golpearle cada vez que su respuesta no era satisfactoria. La sangre formaba un charco en el suelo que Dragon se encargaba de eliminar con un ligero movimiento de la ceja (eso sí que era un poder y no ver el futuro como una vulgar pitonisa). Cuando John perdía el conocimiento, Dragon le lanzaba el agua helada de unos cubos que aparecían entre sus manos.

—¿Qué miguitas? —preguntó Iris.

—John no está en el hotel por casualidad. Alba se lo encontró en el paseo de las estrellas. —Oráculo no dejaba de mirar la hora en el salpicadero—. Entonces no caímos en ello, pero ahora Drako se da cuenta que las casualidades no existen. Conocía la debilidad de Alba. John alimentaba a un escuálido perro —Sonrió ante la idea—, el bueno del cocinero necesitaba más aquel bocadillo que el animal. Alba lo estuvo observando hasta que el último trozo de pan desapareció en la boca del perro, luego John se levantó y le dio de beber en sus manos. Con la barriga llena se echó a dormir a los pies de John. No sé cómo fue del todo la historia, lo cierto es que terminaron hablando durante horas y este le contó una sarta de desgracias que encogieron el corazón de Alba hasta convertirlo en una pasa. John Smith no existe antes de ese día.

—¿Cómo entró en el hotel?

—Drago creó una barrera bajo las piernas del Coloso que impide la entrada de cualquier ángel o demonio no invitado. Bajo la apariencia de un tipo anodino y aburrido se coló todo un legionario —dijo Oráculo—. Entró de la mano de Alba.

—Yo entré sin problemas.

—Ja, ja, ja... Dragon presintió tu llegada. —Arelí se retrasaba—. Tenemos toque de queda, si no aparece en dos minutos nos vamos.

—¿Qué puede querer un legionario de Dios de mí?

—Eso es lo que Drako quiere descubrir y te puedo contar que se está empleando concienzudamente. Un legionario no es algo para tomar a la ligera, nos hemos enfrentado pocas veces y no son tan santos como uno espera. No vamos a ceder. —Metió la llave en el bombín—. Nos negamos a entregarte si eres un ángel descarriado, da igual cuál sea tu delito.

El vello de los brazos de Iris se erizó y un escalofrío recorrió su espalda, algo familiar había en aquello y cuando intentó recuperar el recuerdo este desapareció ante la visión de un hombre enjuto de cabellos rubios y ojos azules que la miraba con descaro.

Capítulo 21

Hotel Valhalla, Las Vegas, 9 de junio de 2019

La frente de Drako estaba perlada de sudor, sus puños enrojecidos y la ropa salpicada de sangre o lo que fuera aquel líquido plateado que salía del cuerpo de John. Ambos estaban agotados, uno de dar y otro de recibir, aunque este último era el que peor parte llevaba se mantenía con cierta dignidad. Colgado de los pies y con las manos atadas a la espalda se balanceaba con cada embiste, manteniendo una sonrisa que Drako catalogaría de sincera y amistosa.

—Por mucho que sigas golpeándome no vas a sacar nada más de lo que ya te he dicho... —dijo John escupiendo un coágulo de sangre—. Sí, sí, sí... estoy aquí por Iris. No, no, no... no voy a hacerla daño ni a llevármela a ningún sitio. —*Puto cabezota*, pensó al observar el escepticismo en el rostro de Drako—. Hay que protegerla, pero no de mí. —Tosió y escupió más líquido plateado.

John siempre había pensado que los ángeles fueron el prototipo del hombre, *¿un éxito o un fracaso?*, lo desconocía; el dolor y la sangre, bajo su punto de vista, era un defecto que el Padre había repetido. *¿Por qué?*, se preguntó segundos antes de que Drako se sentara justo delante de él.

Diablo y ángel se miraron fijamente. Drako levantó la mano y con el dedo corazón extendido hizo un giro de 360°, la cuerda atada a los pies de John desapareció y este cayó al suelo con un golpe seco, entonces añadió:

—¿De quién tengo que protegerla? Llevamos casi dos días y la pregunta es la misma... ¿Por qué estás aquí? Con un pequeño resumen me vale, no necesito que me cuentes pormenores, esos detalles quédatelos para ti. No me tomes por tonto y dime lo que no sé. —Entonces la voz tomó un tono socarrón—. ¿Por qué te seguimos llamando John, no prefieres «Luz divina»? —Le miró con los ojos entornados, él creía que los ángeles se recuperaban enseguida de las heridas, pero aquel ángel continuaba escupiendo sangre y quejándose de la presión en el pecho. Hizo aparecer una toalla y se la tendió.

—¿Te estoy dulcificando? —John estiró la mano para tomar la toalla, pero desapareció entre sus dedos.

—Hablas demasiado de lo que no me interesa. —Drako se recostó sobre la pared—. ¿Cuéntame y saldrás de aquí con vida?

—Ninguno de los tuyos puede matar a uno de los míos, ni siquiera tú, necesitas la espada de Dios —dijo John mientras hacía aparecer una toalla húmeda en sus manos que se la pasó por la cara ensangrentada. Drako fingió sorpresa ante las dotes mágicas del ángel—. Golpeas fuerte.

—No lo suficiente. No podré matarte, pero toda la eternidad usándote como saco de arena no parece un futuro muy prometedor. —John con los dientes apretados por el dolor soltó un «cabronazo»—. Creo que lo que más me ha jodido, es que me gustabas y eres un puto ángel, pero no uno cualquiera, la peor calaña.

—Veamos... —dijo John antes de cerrar los ojos y abrir las piernas. La postura no era

cómoda, pero respiraba algo mejor. Para recuperarse necesitaba extender sus alas y ese detalle no estaba dispuesto a revelarlo; por otro lado, su voz mal modulada podía dañar a Dragon, no estaba del todo seguro, pero no correría el riesgo—. Cuando Iris despertó... Yo estaba al otro lado del mundo, llevamos años luchando con una parte de vosotros. Ya no recuerdo el motivo, a cada paso que damos surge una afrenta mayor que la anterior y así llevamos siglos. —Meneó la cabeza con tristeza—. No sentí nada especial, nada que hiciera saltar mis alarmas; la imaginaba segura en un mundo creado de paja y aire. Su corriente de energía era como la de cualquier mortal y su verdadera naturaleza no despertaba la curiosidad ni de unos ni de otros... —John negó—. Pero ella no se ajustó al plan, que, por otra parte, fue confeccionado sin contar con su aprobación. En la memoria de Iris unas sencillas instrucciones: despertar, entrar en la iglesia y allí un hombre santo la ayudaría a salir adelante; pero se la dejó un día antes, aquel hombre estaba a kilómetros de distancia; la Policía la recogió y la llevó al hospital más cercano... Como si de una batería se tratase, empezó a recuperar los recuerdos y con cada uno de ellos, esa energía que la diferenciaba de los humanos y la hacía brillar como un cartel luminoso...

—Entonces ¿es un ángel? —preguntó Dragon acercándose a ellos.

—Es mucho más. —Hizo una pausa—. No somos los primeros experimentos de Dios, el universo está lleno de...

—Hermanos bastardos— dijo Drako.

—Dejémoslo en hermanos. —Suspiró—. Iris es la última de su especie, una raza demasiado poderosa que Dios descartó por miedo; un poder que en cuanto nos enteramos de su existencia, algunos ángeles intentaron controlar. —John rio amargamente—. Toda esa energía capaz de cambiar el mundo, no lo ostentaba un solo miembro de aquella especie, sino todos tenían una parte. Cuando alguien fallecía pasaba al miembro más joven. —Dragon y Drako le miraron incrédulos—. Aquel pueblo podía parar el tiempo, rebobinarlo o adelantarlo... El espacio y el tiempo era un juego infantil para cualquier de ellos.

—¿No es eso la reencarnación del alma? —preguntó Dragon.

—Supongo que el Padre siempre intentó perfeccionar la esencia de la vida. —John se encogió de hombros, por estar en el Cielo no tenía más información que ellos—. Era una civilización más avanzada que la nuestra, cuando llegaron no tuvieron reparo en acercarse a nosotros en ser amistosos y en compartir sus conocimientos. Pero éramos demasiado prepotentes para escuchar —Drako arqueó una ceja «¿Éramos?»—... Somos... Nuestra misión en la tierra era vigilar a aquellos seres «creados a la imagen y semejanza...», lo cual nos hacía superiores sin ninguna duda, pues la humanidad caminaba sobre cuatro patas y gruñía como animales salvajes, éramos los hermanos mayores y nos habían dejado al cargo. —Algo en aquella última afirmación inquietó a ambos—. Durante un tiempo, no prestamos interés al hombre, no teníamos nada mejor que hacer, pero digamos que nos dedicamos a la vida contemplativa. —*Narcisistas*, pensó Dragon—. Entonces, un ángel se acordó de ellos y echó un vistazo. El hombre caminaba erguido, vivía en poblados y usaba herramientas. Las bestias que Dios llamaba «hijos» ya no se pasaban el día copulando, comiendo y durmiendo. —Una sonrisa pícaro surgió en las caras de Dragon y Drako. Ajeno a esto John continuó hablando, pero su pensamiento no se alejó mucho del de ellos. Espió aquellas escenas con curiosidad y algún deseo. *¿Por qué para nosotros está vedada la familia, tanto que se predica sobre ella?*—. Faltaba algo en aquel cuadro... los humanos respondían con instinto, pero carecían de sentimientos. El pueblo de Iris se los mostró y el mundo cambió.

—¿No tenéis familia, no retozáis? —preguntó Drako. John los miró estupefacto, *¿en eso siguen pensando?*

—¿Os clonáis? —Dragon dio un paso más allá en la sexualidad de los ángeles.

—Eso explicaría porque son todos igual de capullos —Drako y Dragon rompieron en sonoras carcajadas.

—Somos puros, célibes, podríamos decir... Nuestro mundo no lo mueve el sexo. Ni esos deseos impuros. Ni albergamos sentimiento alguno —contestó con irritación.

—Ahora entiendo esa congestión al hablar, vuestros niveles de semen estarán por encima de la línea roja. —Drako y Dragon rieron. John hizo un amago de levantarse cuando Drako lo sujeto de la muñeca—. Era una broma, lo lamento. No debe importarme si eres o no virgen. —Nuevas risas.

—Y según vinieron se fueron —John continuó hablando mientras intentaban sofocar las carcajadas—: Nadie sabe cómo ni dónde. Su ausencia dejó más de una cabeza inquieta, aquellos seres habían creado una inquietud interna entre los ángeles: tener el mismo poder que Dios, ser Dios. —Drako le miró con malicia—. El tiempo fue pasando y durante años continuamos viendo crecer aquella masa de bichos que despreciaban el regalo que Dios les había ofrecido. Y regresaron una mañana, al levantarnos y mirar, allí estaban enseñándonos las constelaciones, a levantar puentes y a construir pirámides. Como no quiero aburriros demasiado os diré que fueron haciendo visitas cortas, pero más frecuentes y en cada una de ellas las envidias de muchos se hacían tan sólidas como el plomo.

»El plan ya estaba urdido cuando los vimos llegar una mañana de diciembre. Unos cuantos, de nosotros, les dieron la bienvenida, cómo nunca antes lo habían hecho, y no sospecharon de nada, les agasajaron y les convencieron para que se quedaran o incluso se asentaran definitivamente.

—Luego dicen que vosotros sois los buenos —dijo Drako.

—Y se quedaron. —John guardo silencio. Él también se sintió atraído por aquella raza, *¿por qué Dios los habría descartado? Ellos sí eran su imagen y semejanza*—. Pero la envidia germina más deprisa que el amor y con raíces más vigorosas. Hombres, mujeres y niños formaban una sociedad ejemplar, pero cuesta asimilar lo bueno, siempre te sientes amenazado. —Dragon frunció la frente—. Los seres humanos eran un fracaso total, pero aquellos seres podían llamar la atención del Padre. Eran perfectos. —John bajó la mirada—. Unos sentimientos indecorosos nacieron en nosotros, ¿qué se sentiría poseyendo a una de aquellas mujeres? ¿Y teniendo todo aquel poder? Con ese pensamiento nos condenamos y los condenamos a ellos.

»Las mentiras corrieron de boca en boca. El daño estaba hecho. Teníamos motivos para mentir, grandes razones, aunque estas fueran egoístas. Realmente estábamos haciendo el bien, esa raza era poderosa y podía romper el equilibrio en la tierra, convencer al ser humano que era superior a los ángeles, que dejaran de adorarnos y temernos. —Las expresiones de Dragon y Drako se habían congelado en un ictus de desagrado y repulsión—. Era una situación incómoda de la que fue difícil escapar, jamás habíamos hecho algo como aquello y se nos fue de las manos.

—¿Qué dijisteis? —preguntó Dragon.

—Que nos sedujeron con malas artes; que las enfermedades que asolaban la humanidad fueron creadas por ellos porque envidiaban la posición privilegiada que ostentaba en la Tierra; que no oraban por el Padre ni bendecían los dones que recibían de Él cada día. —Se hizo incómodo el silencio y John quería terminar cuanto antes—. Fue sencillo poner al ser humano en contra de la raza de Iris y los nuestros que vivían al servicio de Dios, ajenos a lo que sucedía en la faz de la tierra, no pusieron en tela de juicio ninguna de nuestras palabras, porque nosotros nunca mentimos. Las legiones de Dios recibimos la orden de masacrarles: este no era su planeta, no podían acelerar la obra de Dios sin tener en cuenta los deseos del creador, estaban obrando a sus espaldas.

»En mitad de aquella locura recobre el sentido común. Pero ya era demasiado tarde. Se desoían las suplicas; las espadas de los míos sesgar la vida de cientos de inocentes...

»Escuché el sollozo de una mujer pidiendo piedad, ¿por qué aquella voz sobresalía del resto?, no lo sé, pero encaminé mis pasos hacia una casa en ruinas. Una mujer agonizaba con una espada clavada en el pecho, acariciaba su vientre abultado mientras suplicaba ayuda para su hija no nacida. Saqué a la criatura y la deposité en los brazos de la madre. Antes de exhalar su último aliento me la entregó y me hizo prometer que la cuidaría como si fuera mía.

»Y eso llevo haciendo desde hace miles de años: primero porque me sentí culpable, luego porque amé a aquella criatura como si fuera mía.

—¿Y piensas que nos vamos a creer esta sarta de patrañas? —dijo Drako—. ¿Y qué hiciste con ella? ¿La llevabas como una mochila sin levantar sospechas entre las legiones?

—No voy a darte más explicaciones, ni entrar en detalles que no te incumben sobre nuestra naturaleza. Cuando salí de allí, tras matar a unos de los míos, la llevé al único sitio donde estaría segura: al Cielo.

—Mataste al ángel que dio muerte a la madre de Iris —dijo Dragon. John asintió.

—Le conté mi plan, pero vi en sus ojos que no iba encubrirme. La mentira tarde o temprano saldría a la luz, pues mejor que fuera tarde —añadió John.

—¿Por qué no se defendieron? —preguntó Drako, John se encogió de hombros.

—No pueden usar ese poder en su propio beneficio, es a la conclusión a la que llegué.

—¿Cómo la escondiste entre vosotros? —Dragon no veía más que diferencia en la anatomía de Iris y John.

—Entre los ángeles de la guarda. —John debía valorar hasta dónde podía contar—. Encontré a algunos de los míos que pensaban como yo y estuvieron dispuestos a ayudar. No nacemos viejos, es lo único que voy a confesaros, porque si revelase más, sabríais como aniquilarnos sin la espada de Dios —Drako arqueó una ceja interesado.

—¿Qué pasó con los poderes de la raza de Iris? —A Dragon no le importaba si copulaban o no los ángeles en el cielo, nunca había sabido exactamente si eran hombres o mujeres, no porque fueran lampiños sino por su físico indeterminado.

—Iris es la única superviviente, los heredará todos. —John tragó saliva.

—¿Cuándo? —Quiso saber Drako ante la vaguedad de la respuesta.

—Lo hizo a los dieciocho, cuando cumplió la mayoría de edad, aunque antes se mostraban pequeñas habilidades que la hacían destacar entre los míos. Pero tuvimos que contenerlo, era mucho poder y nadie sabía cómo controlarlo.

—¿Qué hizo para que la borraras la memoria y la abandonaras? —preguntó Drako.

—Fue acusada de cometer pecado de lujuria. —John estaba al límite de sus fuerzas—. Un ángel de la guarda nunca debe enamorarse del bebé al que fue designado.

—¿De quién se enamoró?

—En serio debo responderte... —John dejó caer la cabeza y cerró los ojos.

Capítulo 22

Desierto de Mojave, Las Vegas, 9 de junio de 2019

Algo en aquella mirada le resultaba familiar, no eran los ojos de un profundo color azul, quizá la propia intensidad de la mirada y su duración, tenía un poder electrificante que atravesaba. Iris percibía la intranquilidad, aquel encuentro no era del agrado de Oráculo. Se pararon frente a Arelí, Oráculo convertido en un escudo humano con las piernas abiertas y los brazos caídos a los lados del cuerpo, protegía la figura descolocada de ella.

No se sentía cómoda ante las continuas miradas de Arelí, la observaba de arriba abajo, como si estuviera comprando un traje o comprobando algo.

—¿Vamos a estar mucho rato mirándonos? —El tono de Oráculo era cortante y agresivo.

—No quería molestar a ninguno de los dos, me dijiste que obrara con cautela y estoy dejando tiempo a... la niña, a adaptarse a mi presencia. —Arelí esbozó una sonrisa tensa y aquello resultó más diabólico que angelical.

—No es una «niña». Llámala por su nombre, Iris. —Arelí siguió con aquella sonrisa ridícula en la cara—. Y deja de sonreír de una puta vez, das miedo de cojones.

—Tranquilo, soy de los buenos. —Aquellas palabras no tranquilizaron a Iris—. Yo tampoco tengo mucho tiempo. Mi nombre es Arelí... Ya que Oráculo no nos presenta y su aptitud es un poco neandertal, haré los honores. —Oráculo emitió un sonido gutural parecido al gruñido—. Tu naturaleza es un poquito diferente a la común y eso tiene desconcertado a mi amigo. —Hablabla con una niñería que desquiciaba a Oráculo.

—A nosotros nos resulta extraño que después de tantos siglos continuéis existiendo —dijo Oráculo—. Y puedes dejar de hablar como un capullo.

Arelí levantó la mano y extendió los dedos hacia Iris con el único fin de captar cualquier energía angelical, si alguien la ocultaba tras una fachada mortal quedaría un residuo.

—¡No la toques! Te dije que nada de tocarla, ni de lanzar ninguna onda ni arco iris ni nada. —Oráculo continuó con la posición defensiva, mientras que Iris observaba sin comprender el alcance de aquella visita relámpago que tanto inquietaba—. Solo querías hablar y aparte de presentarte no has hecho otra cosa, inmediatamente has extendido la mano ¿para qué?

—Necesito saber si tiene alas.

—¿Crees que estaría aquí si tuviera alas?

Las alas no se podían eliminar sin acabar con la existencia del ángel, rara vez se implantaba ese castigo, se podían contar con los dedos de la mano y los resultados fueron funestos. Uno de ellos todavía vivía, estaba bien vigilado porque cada vez que se paseaba por la Tierra los estragos eran incalculables. Si estaba en lo cierto Iris podría ser un ángel de la guarda, estos seres eliminan los dolores y protegen al ser encomendado hasta que alcanza la adolescencia. *Entonces cabía la ligera posibilidad de que ella fuese...*, pensó Arelí, un mohín de disgusto surcó su rostro unos segundos, inmediatamente lo cubrió con el velo de la indiferencia.

Estaba casi seguro que la fijación de Iris por Drako respondía a esto, el único problema en esta

ecuación era que Drako era un demonio y esa alianza debió romperse en el mismo instante que el abrazó al mal, ya que vendió el alma. La pregunta que ahora requería una respuesta inmediata: ¿Quién fue Drako en el plano humano? Era un ser excepcional con unos poderes superiores y con una moralidad que le acercaban más al camino del cielo que del infierno.

Arelí pensaba rápido, veía la desgana y la frustración en la cara de Oráculo: «Demonio, ángel de la guarda, alma». La única opción que unía esas tres palabras era que Drako tuviese todavía parte de alma, eso explicaba por qué es un demonio tan diferente, por qué le busca un ángel de la guarda.

Cuando registró los manuscritos de la biblioteca no encontró ninguna referencia a un ángel de la guarda que incumpliera sus obligaciones o quebrantara las leyes. Encontró un caso donde al ángel se le arrancaron las alas y cauterizaron las dos protuberancias que quedaron sobre los omoplatos con un hierro al rojo. Este cohabitó con su protegida como marido y mujer hasta que los guardias del cielo se dieron cuenta de la atrocidad que aquello representaba. Por desgracia muchos de los suyos se sentían atraídos hacia un mundo tan primitivo como el humano, tan cargado de sentimientos que embriagaban sin apenas quererlo.

Arelí se dejó llevar por la visión del roce de una suave mano sobre la mejilla, una caricia tierna y dulce. Sacudió la cabeza y se concentró en Iris, cuando un gran golpe en el pecho lo sacó de su ensoñación, con la respiración entrecortada miró furioso a Oráculo que con el brazo derecho extendido y el puño cerrado, había mandado un rechazazo al pecho de Arelí.

—¡No la toques! —Sin pretenderlo se había acercado hacia ella acortando la distancia a un escaso metro.

¿Qué ha sucedido? Se preguntó Arelí sin dejar de observarla, *¿Por qué ese irrefrenable deseo de amar y ser correspondido?*

—Estás algo tenso, ¿no? —Acertó a decir Arelí, evitando que se dieran cuenta de su desconcierto, que por otro lado no le era desconocido, *estas mismas emociones padecí hace siglos en la compañía de una..., no puede ser*—. Iris ¿tienes algún tatuaje, que represente unas alas entrecruzadas protegiendo un objeto?

—Sí. —Arelí la instó a seguir—. En el hombro derecho, tengo dos alas protegiendo un corazón. En el hospital nadie se percató de él y no vino reflejado en el informe médico, si se detalla mis dos incisiones sobre los omoplatos.

—Ese tatuaje solo lo podemos ver nosotros. ¡Déjame ver las incisiones! —Oráculo se antepuso en su camino cuando vio las manos de Arelí camino de la camisa de Iris—. ¡¡¡Aparta!!! Esa puede ser la prueba que necesito para saber si es o no uno de los míos.

—Me importa una mierda lo que tu necesites. Si ella quiere te las enseñara, pero aquí no se baja la camisa a nadie, te dije que nada de tocarla. Si la rozas un solo pelo, Drako me hará tragar los testículos, después de que Dragon juegue con ellos. ¡¡Nada de tocar!! —Arelí estaba cansado de perder el tiempo.

—¿Por qué me iban a mutilar?

—Hay muchos motivos... Nosotros somos simples observadores —Oráculo carraspeó divertido—, si nos mezclamos con los humanos o interferimos en sus decisiones rompiendo el libre albedrío, incumplimos la mayor de nuestras leyes.

—¿Vosotros simple observadores? A otro lobo con ese cuento. Con esa carita de no romper ni un plato, estáis continuamente interfiriendo en la vida de todo el mundo.

—Solo acudimos cuando vosotros os inmiscuís de una forma deliberada y sobre todo cuando vuestra actuación puede romper el orden de las cosas. —Arelí y Oráculo se acercaron midiéndose

las fuerzas.

—¿Quién decide sobre la vida y la muerte? ¿Quién pone fecha de caducidad a un humano cuando nace? No me cuentes memeces, tenéis escrito hasta las veces que van al baño. —Oráculo está indignado ante tanta falsedad.

—Sois como moscas cojoneras, vamos detrás deshaciendo vuestros entuertos. —Arelí miró a Iris—. Es verdad que la letra grande está escrita, pero la pequeña cambia en cada decisión que se toma y entonces miles de vidas se modifican; nosotros vigilamos que estos cambios no sean lo suficientemente notables como para perder el objetivo final.

—¿Qué objetivo? —preguntó Iris.

—Se sabe, llamémosle A, pero A no nos interesa, sino un tal E que será su descendiente. A se casará con B y nacerá C que se casará con D y estos tendrán a E. Sin interferir tenemos que conseguir que esto se cumpla...

—¡Sin interferir! —Oráculo se rio.

—Nuestro trabajo se complica diariamente cuando estos seres —Señaló a Oráculo que sigue negando incrédulo—, convencen A, B o C de que hagan tal fechoría o se conviertan en un ludópata o drogadictos y les venda su alma. —Arelí pensó durante unos segundos—. La primera vez que vi a Drako salía del infierno tras vender su alma. Un demonio como cualquier otro, mal carácter, malos modales y una furia desbordante con todo el que se acercase. Pero algo me llamó la atención... y en aquel momento no supe lo que era. —Arelí miró hacia la línea del horizonte—. El demonio que se encargó de él, no hizo bien su trabajo.

Capítulo 23

Hotel Valhalla, Las Vegas, 9 de junio de 2019

Drako llevaba más de una hora en aquella posición, los pies sobre la mesa de su despacho y el cuerpo recostado en la silla giratoria. Había escuchado y echado a Oráculo sin ningún miramiento. La entrevista con Arelí no fue como él esperaba, aunque tampoco tenía muy claro que iban a sacar en limpio llevando a Iris ante un ángel que apenas conocían.

—Y ¿ahora? —preguntó Dragon harto de tanto silencio.

—John ha dejado demasiadas preguntas. —Se incorporó mirando a su amigo—. ¿Por qué no la recuerdo?

Dragon levantó el brazo y extendió la mano, esperó unos segundos a que Drako le diera el consentimiento. Entró con cuidado y no necesitó avanzar mucho para descubrir un muro alto de piedra levantado en unos de los caminos que llevaban a los recuerdos de el joven Erik.

—¿Tengo un muro levantado sobre parte de mis recuerdos? ¿Quién me lo puso y por qué? —Drako se paseaba indignado.

—Quien fuera es poderoso y tuvo que contar con tu consentimiento, no tiene ni una sola fisura que demuestre que está en contra de tu voluntad. —Guardaron silencio durante un rato—. Quizá podamos echarlo abajo..., el problema será que una vez que empieces a recordar no pondremos frenar, si el muro se levantó para salvaguardarte de algo estarás expuesto.

—Creo que es mejor eso, a que todo el mundo me dé detalles de mi vida, no sé si son ciertos, no sé si Iris es parte de Erik... No te has planteado ¿qué podemos estar siendo manipulados por un aluvión de falsos recuerdos? —Dragon había pensado en tal opción—. ¿Iris es un caballo de Troya?

—Cuando te conocí, me llamó la atención tu nobleza, a pesar de la naturaleza maligna de tu progenitor. Tu espíritu no se quebró ni una sola vez. —Dragon sonrió con ternura ante los recuerdos—. En una ocasión, no tendrías más de cuatro años, me enfrenté a tu padre cuando me contaron que llevabas encerrado en la cueva de los acantilados tres días, sin comida ni agua. Cada mañana mandaba a alguien para comprobar si seguías o no con vida: «Se le escucha reír». Tu padre aseguraba que si no era la locura la que te hacía compañía, era el propio demonio quien te alimentaba. —Hizo una pausa—. Te ha azotado hasta despellejarte, encadenado durante días sin más ayuda que la propia providencia y de todas estas aberraciones has salido sin una sola huella, curado y sin perder un gramo de peso. Cuando eras pequeño y nadie te observaba, hablabas sin cesar con un amigo imaginario, incluso me confesaste que te aconsejaba. —Dragon sonrió al recordar al pequeño Erik de trenzas rojas y ojos verdes.

—No recuerdo nada de eso, supongo que el paso del tiempo te hace olvidar los amigos de la infancia, incluso los imaginarios. —Drako cayó en la cuenta—. ¿Hablabas con Iris?

—Te diría que sí, pero recuerdo que cuando te pregunté por tu amigo, me contaste que era un niño pequeño como tú, que estaba asustado de estar solo y que le gustaba seguirte. —Para Drako todo aquello era la primera vez que lo oía—. Al crecer dejaste de mencionarle. Pero igual que yo

te pille cientos de veces hablando solo, lo hizo tu padre.

—¡¡Uff!! Lo recuerdo, vio en todo aquello una debilidad insana. «Un exceso de masculinidad no liberada», lo recuerdo. —Miró hacia el techo—. Con diez años... perdí mi virginidad, si es que se le puede llamar a aquello tener relaciones..., estaba aterrado. —El silencio se volvió frío.

—¿Que te sucede? —preguntó Dragon.

—Una sensación extraña... Recuerdo a la mujer con una experiencia interminable en desvirgar a jovencitos, su olor a rancio y su nerviosismo por hacerlo bien y que mi padre no la colgase por los pies después de ser azotada. —Estaba confuso ante la imagen que recordaba—. Había alguien escondido detrás de la tela de la tienda, acurrucado en el suelo con los brazos entrelazando alrededor del pecho, escuché un sollozo ahogado por los alaridos de aquella mujer sudorosa —Drako añadió—: Son violetas los ojos que veo a través de la tela.

Capítulo 24

Hotel Valhalla, Las Vegas, 16 de junio de 2019

—Fue la tarea más difícil que jamás hayamos realizado, esconderla entre nosotros como uno más, siendo tan diferente —dijo John—. Era una niña preciosa, risueña y cariñosa. Que recomponía una parte de nosotros vacía o rota. Merecía la pena el riesgo que corríamos solo por la dicha y felicidad que sentíamos.

—Pero sus ojos sus facciones, ¿cómo lo lograsteis? —preguntó Dragon.

—Ocultar su color de ojos fue fácil, un juego de niños para nosotros. Las alas no salen hasta los ocho años, teníamos tiempo para solventar ese problema cuando se nos presentara.

—¿Pero ella tenía alas? —recordó Drako.

—No tengas tanta prisa. Ninguno de su raza las tuvo y no sabíamos lo que era capaz de hacer, en realidad creo que no sois conscientes del alcance de su poder. —Dragon le animó a continuar—. Su ritmo de crecimiento era más lento que el nuestro, pero entre tanta entrada y salida, la presencia de Iris pasaba inadvertida y nadie se fijaba en el tiempo que llevaba allí oculta. —Bebió un sorbo de agua del vaso que tenía en la mesilla—. A los dos años empezaron sus poderes, nada muy llamativo: aparecían y desaparecían objetos, paraba el tiempo... Ella era muy pequeña para comprender el peligro que suponía para su supervivencia, se trataba de juegos para llenar horas de aburrida monotonía. —Drako se imaginaba el Cielo como un lugar mortecino—. Peor que mejor salimos al paso. Cuando llegó su instrucción, todo se complicó, sus carácter extrovertido, alegre y amable, llamaron la atención del instructor, Joel.

—¿Te escuchas cuando hablas? —preguntó Drako molesto—. El Infierno es más alegre que todo eso. «Extrovertida, alegre y amable» ¿tres cualidades que distorsionan en el Cielo?

—Si me continúas interrumpiendo lo dejo —amenazó John—. Intentó que se ajustara al grupo, pero lo que logró fue desesperarse y aborrecerla; veía en ella a Luzbel. —John se encogió de hombros. Iris no era vanidosa, pero nada se puede hacer con los prejuicios—. Ningún castigo era suficiente, inquebrantable, derrochaba amor; es irónico, en el sitio donde se debe proteger a este tipo de seres, a ella se la intentó anular.

—Supongo que os mostró el modelo del verdadero ángel, distáis mucho de serlo —añadió Dragon.

—Joel cansado la destinó a la tierra. Supo elegir el destierro más acertado, un pueblo vikingo perdido en los fiordos de Noruega. Tenía cinco años recién cumplidos cuando le presentaron a Erik, de escasas dos horas de vida. —Drako se sobresaltó al escuchar su nombre—. Antes de dejarla allí sin ningún tipo de preparación, tocó su brazo. —John se recostó sobre la almohada—. Esto me lo imagino, porque millones de veces se ha hecho así. Al tocar su brazo, sentiría dolor y calor a partes iguales, allí saldría un tatuaje que la reconocería como ángel de la guarda. —John tocó el suyo—. El mío es el de la guerra, dos alas cruzadas con una espada. —Tanta pausa impacientaba a Drako—. Cuando descubrí lo que Joel había hecho, habían transcurrido catorce años en la tierra; Iris era una hermosa joven, enamorada de un vikingo.

»Descubrir que sucedió en todo ese tiempo fue sencillo. Durante los primeros meses, Erik, permaneció bajo el cuidado de su madre, luego el padre ordenó separarle de todo lo que reblandeciera su espíritu. Fue entonces cuando Erik necesitó de la ayuda de Iris para sobrevivir. Nació la leyenda del niño vikingo que sorteaba la muerte. —Nada de lo que decía era descabellado, pero ¿cómo estar seguro?—. La cueva del acantilado, la primera prueba superada con honores, recibiste el nombre del Erik el rojo, como tu padre. —John cerró los párpados, Drako le sacudió para que continuara. Después de una semana estaba despierto y no iba a dejar que entrara en aquel sueño profundo sin contarle hasta el último detalle—. Erik fue creciendo rápidamente mientras ella lo hacía al ritmo de su especie.

—Aparento seis años más que ella —dijo Drako.

—En algún momento duplicaste su edad y eso hizo que Iris tomará el ritmo humano. Especulo.

—Hasta los cinco años mi padre nunca me infringió castigo físico, se contentaba con encerrarme durante días en las cuevas de los acantilados, sin comida ni bebida. —Drako no solía dejarse llevar por los recuerdos—. Es cierto que nunca me sentí solo ni hambriento ni sediento. Luego todo cambió. Mi padre decidió que el castigo físico fortalecería mi espíritu, ante el hambre y la sed era inquebrantable, ¿lo sería igual ante un látigo? —Se frotó la frente—. Una mañana, me levantaron del jergón cuando el sol no despuntaba en el horizonte, me ataron en mitad del bosque en un claro a un árbol. Mi padre se acercó y me dijo: «Fortalezcamos el espíritu ante el dolor. Demuéstrame que no me equivoco al llamarte “hijo”. Consigue tu primer tatuaje tribal».

»El primer latigazo sonó en el aire, sentí como mi piel se abría al pasar el cuero sobre ella. El dolor era insoportable y un lamento se escapó de mis labios apretados. Aquello le enfureció y sin apenas descanso tres más cayeron levantando girones de piel y carne. Después como un milagro dejé de padecer tal tormento. —Dragon recordaba cada una de las palizas que recibió—. No grité ni supliqué, aguanté cada golpe sin pestañear. Recibiría veinte o más, pero mi espalda solo mostró los cuatro primeros. Eso no quitó que aquel dolor no se extendiera hasta hacerme perder el conocimiento. —Hizo una pausa intentando recordar—. No sé si mi padre se sintió satisfecho o decepcionado, desperté en mi tienda.

—Puedo imaginar quién recibió los restantes dieciséis latigazos —dijo John.

—Siempre me sorprendí de aquella fortaleza y determinación para un niño tan pequeño —añadió Dragon.

—Recibí mis primeras marcas tribales. Aquellas demostraciones de poder de mi padre continuaron...

—Muchos veían en tu actitud, altanería. No retabas a tu padre cuando mirabas hacia atrás... —dijo Dragon.

—... estabas pendiente de Iris, no se puede usar los poderes en el beneficio de uno, cada golpe lo sufría ella y tú lo sabías... —dijo John ante el asombro y la rabia de Drako: *¿cómo puede permitir tal sacrificio?*

«¡¡¡Aparta, esto es cosa mía!!!», gritó Erik, «¡Quitadla de mi espalda!».

—¡Este es mi hijo! —dijo Erik el Rojo a los miembros del clan que asistieron al espectáculo—. Desde hoy en adelante el mundo entero te recordará como El Grande.

Mongol, el segundo al mando de los ejércitos del clan del Rojo, soltó las manos del joven Erik que intentaron alcanzar el cuerpo de Iris desfallecido sobre la nieve. Entre vítores y aplausos los vikingos se fueron pasando al joven de uno a otro. Él, intentó en vano, desasirse de tanto abrazo; bajar de los hombros y correr hacia el cuerpo de Iris, ensangrentado y magullado.

Capítulo 25

Ático del Hotel Valhalla, Las Vegas, 16 de junio de 2019

Detrás de la rabia de Drako habitaba el miedo, reconocerlo era una muestra de debilidad que no se podía permitir, por eso necesitaba llegar al ático y allí gritar, maldecir o romper cosas. Al entrar se sacó dos cuchillos que guardaba en las botas y los lanzó, con un tiro certero, a un par de moscas que revoloteaban cerca de la chimenea. Seguidamente con el resto de las dadas, cuchillos y shurikens formó la palabra Iris en la pared de madera. Un grito salió de su pecho y todo pareció sosegar.

—Algo muy malo he hecho para que mi nombre lo escribas con dagas en la pared. Si vale de algo y sin parecer del todo inocente, te diré que no sabía lo que hacía, fue un momento de enajenación transitoria. —Drako apretó la mandíbula maldiciendo entre dientes no poder detectar su presencia. Dragón, que le seguía, sonrió ante la respuesta de ella.

—¿No sabes poner una nota en la puerta que diga «Estoy en casa»? —Drako fue derecho al mueble bar, tomó una botella de *whisky* y un vaso. Lo llena hasta el borde y lo traga de un solo sorbo.

—¿No cuenta dejar las zapatillas tiradas en la entrada? —Drako reparó en ellas.

—Para ser mujer eres bastante desordenada...

—¿Las mujeres tenemos que ser más hacendosas que los hombres? —preguntó Iris poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué estás haciendo tumbada en el sofá mirando al techo? —Drako llenó de nuevo el vaso y lo hizo desaparecer con la misma maestría, aunque el alcohol no le emborrachaba, era lo único que le calmaba los nervios, eso y partirle los huesos a John, pero le necesitaba.

—Desde hace unos días no dejo de darle vueltas. Puedo... ¿hacer un experimento con vosotros? —Dragon se sentó junto a Drako y ambos la miraron con los ojos entrecerrados como dos tigres vigilando una presa, listos para saltar si les engañaban.

Ambos hombres afirmaron y se recostaron en el sofá.

—¿Se trata de psicoanalizarnos? ¿Nos muestras unos dibujos y decimos lo que vemos? —preguntó divertido Dragon.

—Te ahorro tiempo, yo solo veo muerte y destrucción, cadáveres llenos de sangre y algún que otro quemado, también mutilaciones... —dijo Drako.

—¿Quién está más locos: vosotros o yo que quiero vivir aquí? —Los dos la señalaron—. ¿Preparados?

Iris se levantó y se quitó el jersey, lo dobló y colocó en el reposabrazos. Ambos esperaron que se sentara, pero en lugar de eso se llevó las manos a los botones y se desabrochó dos de ellos. Drako se puso en pie y la cogió las manos.

—¿Qué coño haces? Cuando quiero que alguien se desnude lo ordeno. —Iris le quitó las manos de golpe y le empujó.

—Pero de ¿qué vas? Arelí sabe lo de mi tatuaje en el brazo derecho: dos alas entrelazadas con

un corazón. ¿Quería saber si lo veáis? ¿Qué te piensas? —dijo mientras empujaba a Drako.

—¡¡Uff!! Drako no metas más la pata. —Dragon tiró de su amigo hacia atrás y le obligó a sentarse.

—¡Esto se avisa! —Drako tenía que decir la última palabra y quedar por encima—. Se empieza a desnudar y nos dice: «Os voy a enseñar algo». No sé qué has pensado tú, pero dudo que no haya sido lo mismo.

—¡¡Sois unos cerdos!! Estoy por no enseñaros nada. Por dos botones... Cuando una chica se baja la cremallera de una falda, ¿os dará una apoplejía?

—¿Las faldas llevan cremalleras? Yo mi querida Iris, se las arranco con los dientes, metido en faena soy una bestia. —Iris miró con desdén a Drako.

—Me lo tengo merecido. —Recogió su jersey para irse.

—¡Espera! Creo que es importante comprobar si somos capaces de verlo. —Dragon se levantó y la detuvo con un agarre suave pero firme—. Drako se disculpa, no quería ser impertinente, tiene la sutileza de un vikingo y eso dice mucho a su favor. Le conozco desde hace siglos y con el paso del tiempo ha mejorado mucho.

—¡Ja, Ja! Si eso es lo que tu entiendes por una disculpa déjalo. —Drako la obligó a sentarse—. No seas niña y venga.

—Si esta es la versión mejorada paso de ver la antigua —dijo Iris poniéndose en pie para bajarse la camisa.

—Pues según tengo entendido no dejabas de perseguirme en mi versión más pura. —Dragon al escuchar aquella confesión emitió un gruñido gutural.

—¿Qué has querido decir? —Iris intentó apartar a Dragon, pero este se interpuso como un muro entre ellos.

—¡Siéntate y enséñanos el tatuaje! —gritó Drako.

Iris dudó unos segundos ante la actitud siempre agresiva y hosca de Drako, pero se daba cuenta que le hacía perder los nervios con facilidad y de alguna forma se sentía culpable. Se bajó la camisa lo suficiente para mostrar el tatuaje. Ninguno de los dos hombres se inmutó. Dragon se acercó y miró a menos de cinco centímetros, incluso pidió permiso para tocarlo, negó con la cabeza «No lo veo». Drako siguió los pasos de su amigo, miró desde diferentes ángulos, con luz y a la sombra, junto a la ventana y bajo la linterna del móvil, pero no había nada. Acercó el dedo lentamente con la idea de sentir en la yema alguna protuberancia.

En cuanto el dedo rozó la piel de Iris, justo allí donde reposaba el corazón entre dos alas, ambos sintieron una corriente eléctrica que atravesó sus cuerpos. Un dolor agudo surgió en sus cabezas que arqueó los cuerpos en un gesto grotesco. Iris cayó sobre la alfombra con grandes convulsiones. Drako se sacudía con violencia.

Dragon decidió ayudar a Iris, al sujetar los brazos sintió una descarga que le hizo retroceder asustado. Extendió las manos sobre ella y se dio cuenta que el corazón no latía. Desesperado quiso vencer esa corriente continua que llegaba hasta el pecho y la hacía convulsionar con violencia. Como hombre poco podía hacer, necesitaba al dragón y lo invocó. Cerró con fuerza los ojos y al abrirlos de nuevo el mundo había cambiado, los colores no eran tan intensos y si las corrientes mágicas y el aura de los allí presentes. En el silencio de entre los dos mundos, alcanzó a escuchar la voz de una mujer que llamaba a Iris: «¡No te vayas! ¡Abre los ojos y respira!».

Dragon vio el peligro, no se paró ni un segundo a interpretar lo que estaba sucediendo, ni de dónde procedía la voz, Iris abandonaba este mundo y tenía que retenerla. No sabía lo que pretendía la energía, si era buena o mala, pero ella no estaba preparada para recibirla. Levantó un

muro que aguantase aquella corriente, pero no era suficiente, necesitaba contenerla en algo natural. Escuchó a su espalda a Drako golpeándose la cabeza contra la pared mientras gritaba: «¡Parad, hijos de puta!, ahora no los quiero... ¡Parad!»). Del cuello de Drako colgaba dos corazones de piedra entrelazados con cuerdas de cuero. Dragon los recordaba ahí desde que este tenía veinte años, no sabía que significaban, pero eran importantes y ahora los necesitaba él. La urgencia requería acciones desesperadas, no con poca dificultad se lanzó contra Drako y le arrancó uno de los collares, contendría la energía, y después le daría las explicaciones a su amigo de por qué cogió sus cosas.

Necesitaba transformarse en dragón. Respiró profundamente y se dejó llevar, era como caer en el centro de un huracán. Una bestia de cuatro metros surgió en medio del salón, sus grandes ojos verdes con círculos dorados miraban de un lado a otro, desplegó las alas, la luz del sol se reflejaba en ellas revotando en miles de haces de colores, las escamas que cubrían su cuerpo eran como pequeños diamantes. Se movía con dificultad en aquel espacio reducido, enroscó la cola alrededor del cuerpo de Iris y comenzó a reunir la energía que entraba arrastrándose por el suelo, caía por las paredes y flotaba en el aire; la contuvo en una bola de color azul eléctrico. A medida que esta crecía se intensificaba el tono. Cuando la esfera dejó de crecer y contuvo toda la energía, la transfirió a la piedra que dejó de ser blanca y se transformó en un corazón negro con ligeros reflejos azules. Regresó a su forma humana dejándose caer sobre el sillón. El colgante reposaba en su mano, lo balanceo de un lado a otro, mirándolo fijamente.

—¿Qué vas a hacer con el collar? —preguntó Drako que parecía regresar del campo de batalla.

—Estaba pensando si atárselo al cuello o guardarlo en la caja fuerte. Aquí dentro mi querido amigo hay una fuerza capaz de destruir el mundo en unas manos inexpertas —respondió Dragon exhausto.

—¿Si alguien cogiera el collar podría usarlo? —Drako se puso en pie y estiró los músculos que encontraron cierto placer en intentar alcanzar el cielo.

—No lo sé. —Dragon movía el collar ante sus ojos.

—Alguien como tú podría. —Drako se agachó y recogió a Iris de la alfombra y la dejó en el sofá, la apartó un mechón de la cara mientras la acariciaba la mejilla.

—No amigo, mi cola sujetaba a Iris y usé parte de su energía vital para contenerla en tu piedra. —Drako hizo aparecer una manta y cubrió a Iris—. ¿Qué te ha sucedido a ti?

—Iris. —Drako acarició la mejilla de ella—. Sé quién es.

Capítulo 26

Hospital 12 de Octubre, Madrid, 27 de febrero del 2019

— **S**e produjo una parada cardiorrespiratoria —informó María mientras avanzan por el pasillo desierto—. Dos minutos estuvo muerta sin recibir el cerebro oxígeno. Lleva media hora despierta, llamándola, quiere el alta porque se va a Las Vegas. —María las dejó solas. Observó como Iris se levantaba de la cama y acudía al encuentro de la doctora Navarro como haría un náufrago ante su salvador.

Navarro acompañó a Iris a la cama, la obligó a tumbarse y la tapó con la sábana. Se sentó en el borde mientras miraba con interés los libros que se acumulaban en la mesilla. Leyó con rapidez sin dejar de escuchar las ideas atropelladas que salían por la boca temblorosa de la joven. *El amante demonio* de Juliet Dark; *Mis amantes mis demonios* de Patricia Bermejo Gallego.

Tenía la certera creencia de que allí en mitad del desierto aguardaba su amante, pero ya no era un vikingo sino un demonio que vendió el alma para encontrarla. Cada una de aquellas ideas inundaba su cabeza y no era capaz de ver la realidad por mucho que Navarro la expusiera ante sus ojos.

Aquella falsa creencia se arraigaba a Iris a pesar de las pruebas y evidencias. El delirio no era una enfermedad mental ni siquiera un trastorno, aunque ella se estuviese consumiendo en vida sumida en un coma del que despertaba cada cierto tiempo como si se tratase de un sueño perturbador. Recordándola que aquel no era su sitio.

El trastorno de su conducta se hacía evidente con el paso del tiempo, ante la negativa de la doctora y la frialdad del equipo médico que la miraba con lástima. Llegando a agredir a todo el que se pusiera a su alcance, incluso a sí misma cuando veía lo infructuoso de sus actos. Era en ese momento cuando la doctora con todo su pesar, al no encontrar el camino para llegar a ella, la recetaba antipsicóticos. Lo que sumía a Iris en una somnolencia controlada.

Capítulo 27

Ático del hotel Valhalla, Las Vegas, 16 de junio de 2019

— **A**l tocarla, los recuerdos han venido a mi cabeza, tras un espantoso dolor, como si alguien arañase mi cerebro. —Drako estaba aturdido—. Hay uno en concreto...

—¿Cuál? —preguntó Dragon.

—No dejó de llover durante días, pero mi padre se negó a que aquello empañara la fiesta, por eso ordenó que se abrieron más toneles de cerveza. Había conseguido mi tercer o cuarto tatuaje tribal, ni lo recuerdo, solo tenía en mente el cuerpo de Iris tirado sobre el charco exhausta por los latigazos. Le odiaba con toda mi alma. —Extiende los dedos hacia el mechón de pelo de Iris que cae sobre la almohada, pero en el último segundo se arrepiente de salvar esa distancia—. En cuanto cayeron borrachos, salí corriendo. Su cuerpo estaba en el mismo lugar. La arrastré hasta mi tienda. Busqué un trapo y agua para limpiar las heridas que me correspondían a mí. No sabía qué hacer ni a quién acudir, tú no estabas cuando más se te necesitaba. —Había reproche y quizá cierta ira, pero Dragon sabía que no era Erik el que hablaba, sino Drako—. Era arriesgado acudir a mi madre, para ambos, si nos pillaba a ella le aguardaba la muerte, a mí el látigo o quizá el mismo final. Pero contaba con otro punto en contra, cómo pedirle ayuda para alguien que nadie ve. —Drako se encogió de hombros—. Cuando llegué a su tienda dudé durante unos momentos, ¿quién era yo para poner en peligro la vida de una mujer a la que apenas conocía? Pero no tenía otra salida. La puerta se abrió y la figura encorvada de una mujer envejecida por el sufrimiento más que por el tiempo, me obligó a entrar mientras miraba a un lado y otro del camino:

—¡Entra deprisa! —ordenó con miedo—. ¿Qué buscas?

—Necesito ayuda —dije sin ninguna convicción, lo que la hizo dudar de mis verdaderas intenciones, pero cómo explicarle que un ángel malherido necesita de sus cuidados cuando ni yo tenía claro que era realmente Iris.

»Durante unos segundos sopesó que todo aquello podía ser un juego macabro de mi padre. Pero al final decidió seguirme, ¿por qué?, me lo pregunté durante mucho tiempo.

»Corrimos bajo la lluvia como alma que persigue el diablo. —Drako rio de su propia ocurrencia. Dragon sonrió divertido ante la expresión—. En la oscuridad más profunda habita el mal, tiene oídos y ojos en todos los rincones. Durante el trayecto que hicimos a la carrera le conté que Iris era una valquiria y que estaba herida, pero solo la veía el guerrero al que fue designada. Yo.

»En la tienda la pude observar mejor a mi madre, era una mujer de generosas curvas, pelo blanco y mirada triste, no teníamos nada en común. Dulce y amable, a pesar de todo el sufrimiento padecido. Mi padre me había arrebatado más de lo que yo creía. Fue una revelación más dolorosa que cualquier castigo físico.

»Ante la impotencia de poder ayudar a quien no se ve, me dio sencillas ordenes: «Quítala la ropa». —Drako sonrió para sí—. Aquella idea me turbó, debí sonrojarme, porque ella se echó a reír. De una boca sin dientes que cubrió con las manos salió una carcajada profunda y feliz, que a

ella misma sorprendió, hacía tanto tiempo que no escuchaba ese sonido de su garganta. Un momento extraño entre una madre y un hijo que no les dieron oportunidad para conocerse. Ella habló mientras yo seguía desvistiendo y limpiando a Iris:

—¿Dónde la conociste?

—Siempre ha estado conmigo.

—¿Cómo es?

—Es tan hermosa —Si un niño de mi edad podía sentir amor, yo estaba terriblemente enamorado de ella— y divertida... Cuando yo era pequeño la veía grande, pero fui creciendo mientras que ella seguía igual. Ahora yo soy mayor —le dije henchido de orgullo—. Es menuda y delgada, frágil. —Acaricié la cabeza de Iris que seguía sumida en un profundo sueño—. Es de hermosos cabellos rubio, casi blancos, cuando el sol se refleja en ellos brillan como el metal, de carnosos labios rojos y mejillas sonrosadas, grandes pestañas y unos ojos increíbles..., violetas.

»Escuchamos algo tarde las pisadas amortiguadas en el exterior. «Ha merecido la pena» dijo acariciándome la mejilla. Las pieles se descorrieron con brusquedad, el viento y la lluvia penetraron con violencia y apagó la pequeña hoguera que ardía en el interior. Cuando todo estuvo sumido en la oscuridad, una antorcha entró como lanza empuñada por un salvaje. La tienda se iluminó. Yo no podía dejar de mirar aquel fuego que oscilaba a escasos centímetros de mi cara. Nada podía hacer para proteger a mi madre, lo que sucediera conmigo poco me importaba, pero ella pagaría con la vida haberme ayudado.

—¿Por dónde ha salido?! —espetó mi padre amenazándome con la antorcha—. La han visto venir corriendo a tu tienda. —Con un movimiento certero me puso de cara contra el suelo. No entendía, ¿por qué no veía a mi madre?, yo no quería delatar mi propia sorpresa.

—Aquí no hay nadie, tú mismo lo estás viendo. —Por una vez en mi corta vida, quise demostrarle lo que había aprendido de él—. Yo si fuera tú, castigaría a quién te sacó de tu tienda con mentiras.

—No recibo ordenes de nadie y menos de ti. —Me soltó un puñetazo directo a la nariz, los ojos se me llenaron de lágrimas, el dolor no disimuló la felicidad que sentía al ver la cara de mi padre.

»Salió de la tienda y le seguí de cerca. Buscó con la mirada a un hombre que se ocultaba entre el tumulto, se acercó a este y cogiéndolo del cuello con fuerza, escupió cada palabra:

—Ruega que mi esposa no esté en su tienda. ¡¡Id a buscarla!! —Ordenó a tres desgraciados.

Drako miró a Dragon y añadió: —La primera vez que disfruté viendo morir a alguien —confesó en voz baja—. Siempre tuve miedo de reconocer aquel sentimiento de alegría, ver al hombre colgado del cuello y no a mi madre, que Iris con sus disminuidas fuerzas había puesto a salvo en cuanto la hoguera se apagó; me demostraron que soy más parecido a mi padre de lo que yo quiero creer.

Capítulo 28

Ático del hotel Valhalla, Las Vegas, 16 de junio de 2019

— Vivimos un tiempo de relativa calma, alguna que otra escaramuza a clanes cercanos para recordarles cuales eran nuestros dominios y poco más —relató Drako sin dejar de mirar a Iris que seguía sumida en un sueño profundo—. Yo entrenaba día y noche, en poco tiempo me convertí en un gran guerrero, a pesar de mi corta edad. Comandaba un reducido número de hombres, leales por el miedo que tenían a mi padre, pero eso cambió en poco tiempo, en cuanto se dieron cuenta que con estrategia se podía ganar sin poner en riesgo ninguna vida.

»Supongo que aquella tregua de paz, aburrió a mi padre, que, cansado de fortalecer mi espíritu con látigo de hierro, decidió enseñarme el placer de la carne. —Sonrió para sí—. Esto me costó no pocos quebraderos de cabeza con Iris, no comprendía la agresividad empleada en el acto ni la necesidad de tanto espectador que no dejaba de masturbarse y reír ante mi inexperta maña en el acto. Yo no disfrutaba de ninguna manera de aquello, no encontraba el placer que unos y otros decían. Forzar a una campesina después de un asedio o a una esclava que te mira entre odio y miedo, no me animaba a buscar el calor de ninguna mujer y menos sabiendo que el rostro recriminatorio de Iris me seguía allí donde fuera. —Meneó la cabeza con pesar—. No puedo precisar cuando ocurrió, pero ella desistió de acompañarme con los ojos cerrados y los oídos tapados, y yo al verme libre de la carga de su presencia, me dejé llevar y entendí los gritos de placer y los gemidos de todos lo que hacían un círculo a mi alrededor.

»Los años pasaban y la vida transcurría sin sobresaltos. Tras una incursión a un territorio vecino por la disputa de unas tierras, que yo encabecé y solucioné sin una sola baja, en ofrenda de paz, me obsequiaron con una mujer como esposa, si la quería, si no como amante o esclava. —Drako retiró la mirada de Iris—. Hasta ese día siempre me habían dado la más vieja, la más gorda o la más tonta; aquella era realmente hermosa... Gozaba de un estatus, el tercero dentro del clan, después de mi padre y Mongol, su mano derecha. —Dragon vio en los ojos de su amigo, el orgullo del guerrero vikingo—. Me sacaría casi diez años, tenía el pelo castaño claro y unos ojos de color azul claro, me recordaban a Iris —Bajó la voz a un susurro—, creo que por eso no la follé como había hecho siempre, fui tierno y disfruté de su cuerpo con delicadeza y afecto. Ella tampoco estaba acostumbrada a ese trato, se dejó hacer, pero luego fue complaciente y servicial y me mostró otra forma diferente de tener relaciones. —Calló durante unos segundos—. Terminé exhausto, tanto que por una vez dejé mi cabeza apoyada en el pecho de una mujer y me dormí mecido por los latidos arrítmicos de la excitación. Así entró Astrid a formar parte de mi vida, y en la de mi padre, sobre todo de este. Que siempre disfrutaba con aquello que me encolerizaba o sacaba lo peor de mí. Y esta vez fue reclamando en su cama la presencia de ella.

»El regreso a casa fue un largo trayecto donde Iris no dio señal alguna, aunque sentía su presencia. Tener el alma entrelazada es una vía de dos direcciones, ella conoce mi estado de ánimo y yo siento su energía. Es como la sensación de estar en una habitación solo y sentirte observado. Estaba enfadada, ella tenía su propio conflicto, muy parecido al mío, ambos queríamos

estar juntos, pero un millón de barreras se alzaban ante nosotros. Y la presencia de Astrid vino a enturbiar a un más nuestra precaria situación.

»Iris estaba creciendo rápidamente, cada mañana al levantarnos dejaba la infancia para entrar en la adolescencia con mirada tímida; un anhelo interior había despertado con la presencia de la otra mujer. Su cuerpo dejaba aquellas líneas rectas por pequeñas curvas y pechos redondos. Se observaba en silencio, cuando Astrid bajaba al río a lavar y yo fingía dormir. Se acariciaba tal y como nos veía hacer cada noche, escondida detrás de las cortinas. —Drako sonreía tiernamente mientras seguía con la vista fija en el techo—. La amé aún más y maldije con más vehemencia a los dioses por aquel castigo.

»Una mañana, donde Iris y yo estábamos solos, Astrid iba y venía por orden al antojo de mi padre, se sentó en el suelo de golpe y miró a un lado y a otro, inquieta y asustada. Cerró los ojos y extendió la mano, tal y como tú lo haces.

—¿Se acerca alguien? ¿Nos atacan? —dije nervioso ante su silencio.

—¡SSSSSSS! Alguien me está buscando. —Iris continuaba con los ojos cerrado—. Quién me busca está desesperado porque no encuentra mi rastro, me llama desde el bosque...

»Desapareció. Salí de mi tienda con el hacha y la espada, y como única ropa mis calzones; me lancé a una carrera desesperada hacia el bosque, ¿dónde ir? Eran miles de hectáreas y el poblado estaba totalmente rodeado, me llevaría horas dar con ella, sobre todo porque no había ningún rastro: ni pisadas ni ramas rotas ni hebras.

»Me dejé llevar por mi instinto, que seguro era esa consciencia compartida. Su voz me la trajo el viento, un susurro doloroso, un lamento. Corrí furioso. Llegué a un claro del bosque y la encontré, con la mirada baja y sollozando. Entonces me fijé en el otro ser, era impresionante, una altura de dos metros y un cuerpo delgado como la vara de un junco del pantano, flexible pero firme. Tenía el cabello rubio y los ojos azules como el cielo. La cara, bondadosa, pero la voz sonaba como la de un padre regañando a un hijo, quizá fuera el padre y ella la hija, qué sabía yo de la vida de Iris. La actitud de ella no era de miedo. La voz de aquel ser taladraba mi cabeza y hacía temblar mi cuerpo:

—¿...Cuándo has decidido que la edad de... catorce, quince era la adecuada? ¿Cuándo ser visible es una opción? ¿Necesario para salvaguardar su vida, me dices? ¿Esa es tu respuesta? —Se movía de un lado a otro del claro con una agilidad etérea—. ¿Qué hubiese sucedido si en vez de venir yo llega Joel? —En el movimiento de aquellos delgados y largos brazos había algo letal, quizá fuera el sonido que emitían al cortar el aire, como un hacha o una espada. Pero fue al girarse cuando vi las enormes alas negras reposando dobladas en la espalda, comprendí de dónde procedía aquel silbido mortal tan familiar—. ¡Mi pequeña niña! No lamento lo que hicimos para salvar tu vida, pero me pregunto si no fue un error llevarte con nosotros; lo más sensato, viendo el camino que tomas, era dejarte en una familia humana... Nadie pensó que tus sentimientos, más humanos de lo que ninguno creyó, serían como un faro en la oscuridad de la noche. —Iris se acercó a aquel enorme ser «Lo siento», dijo en un susurro—. Esos sentimientos son lo que te enriquecen, envidia la pasión, ternura y el amor que veo.

»No puedes quedarte con él. Si ellos lo descubren vendrán a buscarte y sabiendo lo que hicieron a tu familia; no quiero... ni puedo hablar de ello... Verte sufrir me... ¿Acaso no es este un sentimiento?... Quizá sea verdad, tienes el don... Dejemos de pensar en tonterías. —Esto último lo expuso inquieto y atropellado. Iris era capaz de hacer algo en aquellos seres que producía sentimientos encontrados—. ¡¡Esto es intolerable!! —gritó y se giró fijando los ojos azules en los míos—. Deja de espiar, ¿nadie te ha enseñado que no se escuchan las

conversaciones ajenas? ¡Ven aquí muchacho! Eres parte importante de este quebradero de cabeza... —Miró a Iris con el dedo índice señalándola—. ¡Deja de anular los poderes de la gente! Si no llega a ser él y es otro campesino atontado, nos confundirían con dioses paganos o Valquirias o vete tú a saber con qué.

—¡Lo siento! Zoel. Me regañas por algo que no sé qué hago. —El ángel arqueó una ceja—. Yo no quería dejarte vulnerable ante nadie. —Zoel acarició la cara de Iris.

—Desde que te depositó en mis brazos tu madre para que te escondiera, supe que cuando domines este poder, no habrá nadie como tú. —*Quizá sí*, pensó Zoel, pero esa idea era mejor desterrarla—. ¡¿No tienes lengua, muchacho?! —me dijo cuando estuve frente a él—. Has crecido y he de decir que eres un buen mozo, tienes unos brazos de hierro. —Los palmeó con cuidado como si mi roce pudiera romper su fragilidad—. Me gusta tu pelo rojo como el último rayo de sol o el fuego de una hoguera recién encendida, fuerza y carácter. No me extraña que ande mi niña solventada... Ja, ja, ja.

»Con tu edad cualquiera de nosotros tiene alas —dijo a Iris. Nos miramos con ciertas reservas de la cordura de Zoel—. Necesitas unas —soltó aquello como si fuera lo más sencillos del mundo, acababa de decir que era más humana que ángel. Extendió totalmente las alas. Las plumas rozaron mi brazo, nada tan delicado había tocado nunca mi piel, pero sentí una corriente eléctrica que me heló la sangre y erizó el vello de la nuca. Vi orgullo en aquellos ojos azules—. Tenemos que conseguir que te salgan, si Joel te visita sabrá la verdad.

—Pero ¿cómo puedo...?

—Iris, has crecido al ritmo humano cuando llevas siglos haciéndolo al nuestro. Desde niña haces cosas increíbles llevada por tus deseos. Si quieres estar con él, solo tienes un camino, tener alas, seguir pareciendo un ángel de la guarda. —Iris bajó la cabeza y miró al suelo.

—¿Quiero ser humana y estar siempre juntos? —La mano de Iris alcanzó la mía y la apretó con fuerza.

—Cada cosa a su tiempo. Joel antes o después se olvidará de ti, serás un ángel más en el plano humano. Tus alas desaparecerán cuando tú lo desees... Te auguro una vejez cargada de nietos junto a tu vikingo. —Y supongo que en aquellas palabras había un deseo sincero, pero ninguno de nosotros escribe su historia.

—¡Alto, alto! Me estás diciendo que el tal Zoel es nuestro amigo John Smith —preguntó Dragon.

—Más joven, pero sin ninguna duda era él —contestó Drako—. Ahora déjame continuar:

»Iris dio dos pasos hacia atrás y cerró los ojos, separó los brazos ligeramente del cuerpo y se concentró. El silencio conquistó el bosque, el viento dejó de soplar, el agua del riachuelo quedó congelado; el tiempo se detuvo. Una luz azulada salió de las palmas de sus manos, se extendió por todo el cuerpo envolviéndola en una gran burbuja. La luz se fue intensificando hasta que mis párpados se negaron a abrirse por el dolor. Entonces Iris habló:

—¿Qué os parece? —preguntó insegura.

—O son invisibles o tan pequeñas que mis ojos cansados son incapaces de apreciarlas. ¡Con lo que mal vamos! —Zoel se rascó la cabeza. Iris sonrió.

Se giró y nos mostró dos alas blancas con tonalidades salmón que cubrían toda la espalda llegando hasta los pies, recogidas, con las piernas cerradas era imposible poder apreciarlas. Eran hermosas.

—¿Volaré como los pájaros? —Ambos la miramos y reímos a carcajadas.

—Claro que sí y mejor que ellos —contestó Zoel. Entonces vi a Iris con otros ojos.

Capítulo 29

Ático del hotel Valhalla, Las Vegas, 16 de junio de 2019

—Era mi decimoctavo cumpleaños y estábamos sentados bajo el amparo de grandes abedules mirando como Iris desplegaba las alas y las batía; levantando grandes remolinos de aire y hojas que dirigía al río. Desde que Iris salvó la vida de mi madre, disfrutaba de su compañía muy a menudo. Seguía sin poder verla, y si en algún momento nos pudimos plantear lo contrario, tras la visita de Zoel respetamos la orden: «¡Se invisible!», pero mi madre sentía su presencia, sin contar que en aquel momento veía el juego del viento con el agua y las hojas.

—Estás seguro, ¿qué no es una valquiria? Son hermosas mujeres de cabellos rubios y ojos claros, con grandes alas que protegen a los guerreros como tú y los llevan al Valhalla.

—No, no es una diosa, ni hija de Odín ni de ningún otro poderoso guerrero. Es hermosa y joven, pero no tiene esa marcada musculatura que se describe en los cuentos y leyendas. —Por aquel entonces, nos preparábamos para la gran guerra, eso decía mi padre, pero disfrutábamos de escasos momentos donde el tiempo se detenía y podíamos saborear la vida. Devoraba con ansia la comida que preparaba mi madre para esos encuentros furtivos.

—Come despacio o todo lo que tragues saldrá por el mismo sitio —me dijo divertida—. Sé lo que trama tu padre, ¡lo conoceré bien! Ya hace muchos años que no entra en mi tienda, pero sé por sus movimientos y gestos que trama salir a la guerra. Está cansado de tanta paz y hemos de decir que ha durado. Será para la primavera. —Mi madre miraba triste sus manos entrelazadas—. Quiere ser más poderoso que tu abuelo... —Escupió al suelo y maldijo—. Cuando era joven vi a tu padre en un par de ocasiones antes de que el mío y el suyo fijaran nuestra unión. Bien parecido, con un carácter hosco, pero no frío ni malvado. Estaba lleno de grandes proyectos. Un par de meses antes de la boda, vino a verme con un montón de regalos para todos los miembros de mi familia, entre ellos este anillo que luzco en mi dedo desde el día de la boda. Estaba ilusionado con el enlace, paseamos por el bosque —Intentó ahuyentar una risita tímida y avergonzada que ruborizó sus mejillas—, era difícil mantener sus manos lejos de mis senos. Me besaba y cubría mis oídos con palabras tiernas. —No podía imaginarme a mis padres en aquella actitud—. Me prometió quererme toda la vida y cuidar de mí y de nuestros hijos como ningún otro hombre —Se sonrojó de nuevo.

Supongo que en aquel momento mi madre se dejó llevar por los recuerdos porque vi la añoranza en sus ojos llorosos mientras evocaba aquellos tiempos.

—Te juro que no los tocaré, solo quiero ver si son tan voluptuosos como me imagino —suplicó Erik el Rojo.

Ella miró a un lado y otro del bosque, pero cómo negarse, iban a ser esposos en unos meses. Se alejó unos pasos de él, en el fondo no estaba muy seguro que fuera fiel a su palabra. Se

desabrochó lentamente las tiras de aquel sencillo vestido, no pretendía excitarle más de lo que estaba, pero le temblaban las manos y se le enredaban las tiras en los dedos sudorosos. Dejó caer un poco la tela por los hombros, sujetando lo justo para que viera, pero sin ver, quizá un juego algo cruel. Erik el Rojo dio un paso vacilante y nervioso alzó la mano, entonces ella se apiadó de aquella mirada suplicante y le mostró un seno desnudo. Él se acercó un poco más y con la yema de los dedos tocó aquella piel delicada y cálida.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de ella, nunca nadie le había acariciado de aquella forma y con tanto deseo. Se dejó llevar por el instante y deslizó el vestido por los hombros. No se movió. Ella sabía que no era la primera a la que veía desnuda, ni la primera que tendría entre sus piernas. Por eso al ver la duda en la mirada de él se cubrió con premura. Era una joven rellenita, con grandes ojos verdes y una pequeña boca, según decían con el gesto descompensado por aquella cara de asombro constante. No veía en ella nada que pudiese atraer de un muchacho bien formado, alto y musculoso.

Él salió de aquel ensimismamiento y detuvo sus manos cuando cubría el pecho. Allí entre susurros de amor y caricias tiernas perdió la virginidad la madre de Erik. Se enamoró como aquellos amores que narraban los días largos de invierno, ella misma podía ser una de aquellas leyendas de humanas que sacrificaron sus vidas por dioses despiadados que solo fueron deseos de una noche. El amor que perdura en la memoria. El primer amor.

—Me enamoré de tu padre. —Me dijo al rato—. Éramos jóvenes, cuando sentía mi rostro sobre su pecho era tan feliz, pero cuando lo imaginaba lejos, toda aquella felicidad se tornaba desgracia. Un amor profundo e intenso que me cambió la vida —dijo la madre sin dejar de mirar el remolino que Iris creaba sobre el agua con sus alas—. Es el día de hoy, fiero y malvado, no es el mismo, y todavía arde en mí el deseo de aquella tarde en el claro del bosque.

—¿Por qué cambió? ¿Qué le sucedió? —pregunté.

—No lo sé. Dicen que tu abuelo se lo llevó a una cueva en las montañas. Cuando regresó, cuatro días después, su rostro lo cubría esa fea cicatriz que nunca revela cómo o quién se la hizo. —La madre negó con la cabeza—. Nada fue como antes. Nunca más hicimos el amor como aquel día, se limitaba a poseerme como un animal salvaje y dejarme sola llorando mi pena. Su crueldad fue en aumento. Con el nacimiento de tus hermanas, desprecio y odio. Dejó de mirarme y me obligó a clavar la vista en el suelo cuando él estuviese presente. Imaginé que sería por esa espantosa cicatriz y un día cogí valor para decirle que delante de mí no se avergonzase, que no me resultaba ni desagradable ni fea. «Ya que tanto te gusta, ten una», me dijo antes de cruzarme la cara con la daga que sacó de su bota. La vida continuó como siempre hasta que naciste tú, te alejé y jamás me volvió a tocar.

»Iris llevaba un rato sentada junto a nosotros.

—Está construyendo un gran barco y el herrero no deja de forjar hachas y espadas. Negocia con otros clanes para que cedan a sus mejores guerreros a cambio de grandes botines, entre joyas, armas y mujeres —dije mirando al horizonte.

—Ten mucho cuidado, protege tu espalda; tu padre es uno de tus muchos enemigos. Aquellos que llamas amigos, codician el puesto de jefe del clan y tú eres un obstáculo en el camino. No hay mejor sitio para deshacerse de alguien que en el fragor de la batalla donde nadie ve nada.

—Lo haré madre. —Regresamos cuando la noche empezó a caer.

Al separarse nuestros caminos sentí la intranquilidad de Iris.

—¿Sucede algo? —pregunté.

—Te espera dentro. Cómo sé lo que va a suceder, prefiero quedarme aquí hasta que acabéis.

Iris no aceptaba mi relación con Astrid. Yo no la amaba, pero cómo explicarle que cada vez que hacíamos el amor a quien veía era a ella y a quien amaba era a ella. Desde que Iris tenía aquellas magníficas alas, me sentía empequeñecido, un simple mortal enamorado de un ángel o valquiria o semidiosa. No deseaba perderla, pero tampoco ensuciar su pureza; no me permitía soñar con ella de una forma tan incasta y me conformaba con aquella mujer que calentaba la cama de dos hombres: la mía y la de mi padre. Deseaba tocarla y verla desnuda, un pensamiento doloroso que ahuyentaba poseyendo a Astrid.

Corrí a la tienda. Me esperaba desnuda y envuelta entre las pieles que formaban mi cama. En un rincón aguardaba la cama vacía de Iris, nunca tuvo curiosidad de preguntarme, aunque años después me confesó que olía a flores, creyó que era algún tipo de brujería y mejor ignorar, pues de mi padre también había observado costumbres extrañas.

—Ya no estoy con tu padre —dijo sin tristeza ni pesar—, me ha regalado al Mongol. —Mi rostro furibundo la hizo sonreír—. No te preocupes, es mejor amante que todos vosotros y sin parecer pretenciosa creo que está enamorado de mí. Soy feliz. —Su rostro se tornó triste—. Vengo a despedirme, será la última vez que me acueste contigo. El Mongol me ofrece una tienda propia y un brazo fuerte que me da comida y me protege de muchos indeseables. También tengo otro secreto que le contaré... —Quitó la manta que cubría su cuerpo, una desnudez que me resultaba familiar, pero con un sutil cambio. Los pechos grandes y redondos eran aún mayores, los pezones más oscuros; vi la protuberancia de su vientre en otro tiempo liso y fuerte—. No sé si es de él, pero es un buen hombre y lo acogerá como propio.

Mi mano se posó en aquel vientre y sentí el calor y el movimiento leve de un ser que crecía seguro en el calor materno, entonces pensé en Iris y en los hijos que nunca tendríamos. No sé por qué, tuve celos de que hubiese elegido a la mano derecha de mi padre en lugar de a mí.

—¿Por qué estoy aquí? Porque tú serás siempre mi verdadero amor. Te quiero desde que te vi en mi aldea, desde que yací contigo la primera noche y me dejaste enseñarte. Si fueran otros tiempos, si yo fuera tu verdadero amor, te pediría que me tomaras como esposa, pero mi camino me lleva por un destino diferente al tuyo. Voy a coger con fuerza lo que se me ofrece, el Mongol, le daré hijos y envejeceremos juntos. —Me desnudó con destreza—. Pero esta noche quiero que seas tú quien me penetre una y otra vez, que como la primera nos dé el alba, que estés agotado por la mañana y que no olvides jamás lo que pudo ser, pero no fue.

Entre sueños la vi abandonar mi tienda.

Capítulo 30

Ático del hotel Valhalla, 16 de junio de 2019

—La guerra, tan deseada por mi padre, llegó en la primavera, pero calculó mal. Desconocía al adversario y resultó que aquellos campesinos sencillos que él aseguraba solo entendían de tierras y ganado, estaban aliados a unos bárbaros de tierras lejanas. —Drako miró hacia Dragon que escuchaba en silencio—. Perdimos a muchos hombres, yo sobreviví gracias a la ayuda de Iris. Ella no luchaba ni levantaba la mano contra nadie, solo cubría mi espalda como un escudo.

—¿Te hacía de escudo? —preguntó Dragon al imaginar las heridas en el cuerpo de Iris.

—No. Sus poderes aumentaban, era capaz de hacer aparecer objetos de la nada, como un escudo que alzaba cubriendo mi cuerpo. —Drako la miró durante unos segundos—. Aquello me valió el sobrenombre de «El Inmortal».

»Mi padre no se rendía, a pesar de que aquel enemigo era imparable e insaciable. Mandaba más y más gente a una muerte segura. El tiempo fue pasando sin ser consciente de ello. Mi vigésimo cumpleaños lo celebré en la compañía de Iris en medio del campo de batalla y en aquel momento rodeado de hombres muertos, mutilados y enfermos, decidí que aquella mujer de dieciséis años, fuera humana, diosa o ángel, sería mi esposa. Estaba cansado de tanta lucha, de tanta sangre y como Astrid, mi vieja amiga que murió durante el parto de aquel primer hijo, deseaba recogerme en mi tienda con mi mujer y traer hijos al mundo y ser feliz.

»Y lo que decidí lo hice, sin pensar en las consecuencias. Lo único que tenía seguro de aquella elección, es que la furia de mi padre no se aplacaría hasta verme muerto, pero para eso tendría que cogerme. En cuanto tuve oportunidad le abandoné con Iris, lejos de aquellas tierras teñidas de rojo sobre mi hermoso caballo. Cabalgamos sin descanso durante días, atravesamos tantos ríos como pudimos tapando nuestras huellas, cruzamos las grandes montañas y los bosques más frondosos... Detrás de una libertad difícil de alcanzar. Cuando por fin me creí lejos de la mano de mi padre, descansamos cerca de un riachuelo, monté una pequeña tienda entre dos grandes abedules y lo bauticé como nuestro primer hogar.

»Soñamos. Los primeros días el miedo todo lo envolvió, el aleteo de un pájaro sobre una rama, el susurro del viento entre las hojas, incluso el sonido del agua rompiendo contra las rocas. Esperando el ataque inminente, que no llegó. Hasta que, en el octavo día, cuando ambos olvidamos que éramos dos prófugos, apareció Zoel. Su presencia no era un buen presagio y así fue.

»Nos comunicó que Joel la buscaba y las legiones del cielo tenían orden de llevarla ante él, viva o muerta, aunque prefería viva. Zoel no se explicaba cómo o quién le había informado con tanto detalle de la vida de Iris y mía. Me llevó a un apartado y me entregó una pequeña daga de plata pulida, en su empuñadura unas grandes alas entrelazadas en lo que parecía un corazón.

—Si Joel os alcanza, júrame por lo más sagrado, que darás muerte a Iris; este es la única arma capaz de matar un ángel de la guarda. —Aunque no lo era, fue bendecida como si lo fuese—. Si

vacilas en mi petición el sufrimiento que padecerá será imposible de relatar, Joel no es justo ni piadoso. Ha quebrantado decenas de leyes, ¡por ti! Lo peor sería que descubrieran que ella no es una de las nuestras, sino la última de su especie. ¡Júramelo! —Vacilé cuando me entregó el arma.

—Nadie la hará daño, ¡lo juro por mi vida! Me levantaré de mi tumba y regresaré para dar muerte a quién la toque. —Con estas palabras me guardé la daga y Zoel se desvaneció.

»Una semana fue lo que obtuvimos de tregua. Vivimos entre aquellas montañas cerca de aquel riachuelo felices y ajenos a lo que se tejía a nuestro alrededor, ignorantes. En ese tiempo pescamos, cocinamos y reímos, olvidando que no había dónde esconderse. —Drako se frotó nervioso el pelo—. Con dos piedras sacadas del río hice unos colgantes, símbolos perfectos de nuestro amor. En una ceremonia inventada e improvisada, la juré que nunca nada malo sucedería, que siempre cuidaría de ella y que la amaría hasta el último día de mi vida. Nos colocamos los collares y di por terminada la ceremonia, besé con pasión aquellos labios que tanto había añorado y sin poder esperar más, la llevé en brazos a la tienda. Me sentí como la primera vez que tuve a una mujer en mis brazos, torpe e inexperto.

Drako guardó silencio mientras recordaba aquellos minutos que le separaban de la muerte. Se desnudó de cintura para arriba y se acercó con cuidado a Iris. La desató las cuerdas que ataban la parte superior del vestido y este cayó dejando al descubierto dos pequeños pechos con pezones sonrosados, nunca había visto nada tan delicado. Ni una sola marca estropeaba aquel lienzo puro. Besó con ternura cada uno de ellos. De los labios apretados de Iris salieron gemidos de placer, los pezones se endurecieron y se arqueó hacia él pidiendo más.

Retiró la melena rubia de Iris que caía por el cuello y la espalda, lamió la oreja mientras que las manos de Erik se perdían por la cintura del vestido buscando el nudo que lo sujetaba prieto contra la piel blanca y suave. Necesitaba explorar cada centímetro de aquel cuerpo virgen. Las fuerzas de ella la abandonaban con cada caricia, beso, lametón y mordisco, él la depositó sobre las pieles con ternura. Cogió la daga de la bota y cortó la cuerda de la falda, rajó la tela y exploró cada centímetro de su piel. «¡Eres tan hermosa!» era lo único que atinaba a decir mientras acariciaba cada rincón con la yema de los dedos. Las piernas de ella se movían nerviosas. Tantos años soñando con este momento y por fin la tenía, tal y como siempre la imaginó.

Besó con fuerza y desesperación aquellos labios que esperaban inquietos. La lengua de Erik recorrió la boca de Iris que aguardaba desde hacía años tal invasión, desde que le viera amar a Astrid y sintiera la ausencia de caricias sobre ella. La colocó sobre él, dejando que el calor de las pieles se fusionara, el sudor de la excitación se mezclara y el deseo aumentara. Rodaron con los cuerpos entrelazados sobre las pieles. Iris abrió ligeramente las piernas, como vio hacer antes a otras mujeres, esperando que Erik se hundiera dentro de ella y ambos se fusionaran en un solo movimiento. Pero él no tenía prisa, seguía besando y explorándola, lamiendo y acariciando rincones que estuvieron ocultos.

Erik acarició con sus dedos aquellos labios internos que solo encontraron consuelo en las caricias torpes de Iris tras espiar detrás de la cortina. Ahora esas yemas arrancaban gemidos de los labios entreabiertos, de un cuerpo arqueado que pedía más y unos párpados cerrados que se negaban a abrirse por si todo era un engaño de la mente.

Se dio cuenta que aquello eran una tortura para ambos, él deseaba penetrar dentro de aquella mujer que buscó en las caricias de otra, hacerla suya, abrir bien los ojos para grabar en su memoria cada rasgo del rostro de Iris. Colocó las piernas de ella alrededor de su cintura, abrió los pliegues de su sexo mientras un suspiro se escapó del interior de su pecho, como el anhelo que se alcanza después de tiempo soñado, y presionó su miembro ligeramente, contuvo la respiración

mientras se deleitaba con el roce de su glande en aquella humedad fruto del deseo. Presionó. Ella miró inquieta.

Unos pájaros emprendieron el vuelo sobre sus cabezas y un escalofrío recorrió la espalda de Erik. Se incorporó dejando caer a Iris. A lo lejos se acercaban al galope unos caballos, pero eso no detiene el viento, ni congela el movimiento de los árboles ni alza el vuelo de los pájaros. Algo más se acercaba. Se vistió con los pantalones y cogió el hacha, sopeso el equilibrado, tal y como hacía antes de salir a la batalla y miró a Iris con la certeza de que aquellos profundos ojos violetas serían su último pensamiento.

Seis jinetes inconfundibles se dibujaban en un horizonte cercano, el primero su padre y el segundo el Mongol, los otros cuatros, cualquier desgraciado señalado con el dedo. Iris vestida con la túnica blanca se colocó tras él. Nada podían hacer más que aguardar.

El padre descabalgó sin que el caballo hubiese detenido el trote y en dos zancadas se enfrentó a la mirada altiva de Erik. Le observó con desprecio, de arriba abajo, y sonrió con malicia, seguidamente se inclinó y por encima del hombro miró a Iris.

—Que tierna estampa, el vikingo enamorado del angelito. —La sangre se heló en las venas de Erik, *¿cómo podía verla?*—. Tantos años correteando el uno detrás del otro, tantos años soñando en corromper a un ángel... ¿sabes lo que eso significaría? —El padre se palmeó divertido las rodillas—, un punto a nuestro favor en este eterno campeonato que perdemos por goleada. Pero resulta que no, que él abandona la batalla y decide retozar en el bosque, ¡eso no me vale! Ella tenía que alzar su mano y sesgado la vida de alguien para salvar la tuya —gritó—. Pero no, tú decidiste que mejor echarla un polvo y destrozar mis planes.

—¿Cómo es que la ves? —preguntó Erik.

—Mi querido Erik, si ella me hubiese mirado con el detenimiento que lo hago yo, te habría contado mi pequeño secretillo. —Tras oír aquello, quiso salir de detrás de Erik para observar al padre, pero algo en su tono de voz siempre le dio miedo—. Ella me teme, cuando me acerco baja la cabeza o mira hacia otro lado. Y eso que se creía protegida por el manto de la invisibilidad. — Se inclinó hacia Iris—. ¿A que sí pequeña? Mira que es hermosa, desde niña ya apuntaba maneras. Creo que yo en tu lugar también me hubiera escapado, jodiendo los planes a mi querido padre. ¿Cómo es follar a un ángel?

De un empujón apartó a Erik de su camino. Iris quedó expuesta y en milésimas de segundo, con unos movimientos casi imposible, la tenía agarrada de la cintura y una de sus manos dentro de su túnica apretando su pecho. Erik se levantó y empuñó el hacha, corrió hacia él, pero antes de tocarle desapareció apareciendo al otro lado del riachuelo.

Iris forcejeaba, violentada por el tacto sucio y calloso de una mano que borraba los besos de los labios de Erik. Un fuerte viento se levantó entre ellos. El padre perdió el equilibrio y Erik aprovechó el momento para embestirle con todas sus fuerzas. Iris cayó al riachuelo, perdiendo su collar de piedra y ellos rodaron por el suelo en una pelea desigual, se dio cuenta que su padre a pesar de la edad avanzada y las heridas que dibujaban aquella piel ajada y arrugada era sólido como la roca. Tenía una fuerza descomunal, le sujetó la cabeza con el brazo y golpeó sin descanso las costillas del joven, una y otra vez, hasta que este escupió sangre. La vista de Erik se nubló cuando el agarre se hizo mayor sobre su cuello, el aire dejó de entrar en los pulmones, el mundo daba vueltas y una vida extraña pasó ante sus ojos, no la vivida, sino la que ocultaba el velo de la mentira.

Al abrir los párpados allí estaba ella, reclinada sobre él acariciando las costillas y reparando las fracturas, una mano iluminada que emitía un calor tenue y una mirada cargada de tristeza.

Erik buscó a su padre cuando el dolor desapareció, aguardaba a escasos metros con el dedo índice alzado señalando un punto en el cielo. Entonces los vio, lo que parecía una masa de nube negra se acercaba a ellos. Sin tener la certeza absoluta, sabía de quién se trataba: Joel y sus legiones del Cielo venían a por Iris. Echó la mano al cinto y buscó la daga, pero no estaba. La risa del padre desveló el misterio, se la arrebató en la refriega, todo un engaño para hacerse con ella. Demasiada pelea para fuerzas tan desiguales.

—Despídete hijo, ya llegan los «buenos» a salvar a la pequeña Iris —dijo el padre.

—Dame la daga y juro que te serviré como ninguno de tus hombres lo hizo jamás. Daré toda mi vida por ti —suplicó sabiendo de ante mano que aquellas palabras caían en saco roto.

—Eso ya lo hacen miles de desgraciados desde hace siglos, lo que quería de ti se ha esfumado: un ángel corrupto. —Erik miró la nube negra que se posaba a escasos metros de ellos—. Planeé todo esto antes de tu nacimiento; desde el día que aquel que llamas abuelo me llevó a su hijo y cambió el alma de aquel joven por un puñado de hectáreas. —Rio—. Lo que sucedió es que no leyó del todo la letra pequeña del contrato: me quedé con el alma y con el cuerpo del joven. Nunca antes me vestí con la piel de un humano, es increíble la libertad que proporciona. He hecho lo que he deseado sin que esta panda de... —Señaló a los ángeles de grandes alas negras—, me estropearan el jueguito.

Iris inquieta por aquellas palabras decidió mirarle a la cara, esperaba ver un hombre según decían con el pelo negro y unos grandes ojos verdes, con una fea cicatriz en su cara y un cuerpo corpulento, pero en su lugar vio lo que los libros describían como un diablo de fuego: seres que se alimentaban de almas humanas; de piel rojiza y grandes ojos oscuros; labios negros que dejaban ver unos colmillos amarillentos; orejas puntiagudas ribeteadas con pelos tiesos y ásperos; el cuerpo con la textura de un reptil, igual de brillante y húmedo; con garras en lugar de manos y pezuñas en lugar de pies; la cola larga se retorció alrededor del tobillo. Iris se tapó la boca con la mano evitando un grito, en cuanto los ojos de ella se posaron en él, aquella fachada cayó al suelo y Erik vio al verdadero ser que durante años llamó padre.

—¿Aquel bastardo, era un demonio? —preguntó Dragon—. Nunca soporté su presencia, pero no imagine...

—Algo peor...

—¿Qué puede ser peor? —Dragon no daba crédito.

—Mi padre es Dark. —Dragon le miró fijamente, no sabía qué pensar ni cómo interpretar todo aquello. Entonces Drako continuó:

—¿Cómo? —preguntó Erik.

—¿Cómo? Que pregunta más necia, cómo se hace todo desde que el hombre es hombre, haciendo creer que las mentiras son verdades, engañando y manipulando con falacias. Se llega más lejos con una falsedad que con una verdad absoluta. —Saludó a los ángeles; exigiéndoles, quizá fuese una orden, un minuto más de tiempo—. El que hubiese sido tu padre si yo no hubiera modificado un poco el destino, fue arrastrado a mi cueva con una verdad a medias: la vida de tu madre corría peligro. ¿Acaso no se hizo cierta esta premonición?, ¿no ha vivido en peligro los años que yació a mi lado?, cuántas ganas de arrancarla la vida con mis propias garras. —Hizo una pausa prolongada—. Succioné su alma, estaba a punto de matarle cuando una idea cruzó mi cabeza. Observé el cuerpo casi sin alma agarrándose con fuerza a la vida y entonces se me reveló mi futuro más inmediato. —Parecía divertido ante la idea—. Me costó meterme dentro de aquella

piel y del forcejeo, digamos que la tela se rasgó; lástima que fuera por el rostro, pero sinceramente, la apariencia solo le preocupa a esa panda de ahí. —Señaló de nuevo a los ángeles que escuchaban la historia—. Todos estos años he corrompido tantas almas como he deseado. Pero eso ya lo hacía antes y no era divertido, más bien aburrido, lo entretenido fue ser uno de ellos. Los humanos son únicos, he matado por el simple capricho de ver cómo las vidas abandonaban los cuerpos, obligado a padres a asesinar a sus hijos para salvar la vida de otros, he creado guerras cimentadas en mentiras... pero lo mejor, lo mejor de todo han sido las mujeres.

»Tu madre sin ir más lejos, ha sido dócil en mi cama, contra más fiero y despiadado era yo, más complaciente era ella... Dos años he dejado mis planes arrinconados solo por una mujer, Astrid. —El silencio se adueñó del bosque—. Me molesta mucho haberos delatado, pero Joel... digamos que es un buen colega; hoy por él y mañana por mí. ¡Joel, viejo amigo! —dijo al ángel que se acercaba a paso lento—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Veinte años? Estaba desanimado, aquella zorra había parido todo niñas y estos inútiles —Señaló a Joel—, colocaron ángeles de la guarda incorruptibles.

»Estaba cansado de joder con tu madre, si no hubieras nacido tú, habría acabado con su vida allí mismo. Era aburrida e incansable, siempre intentando llevarme por el buen camino, hacerme ver que podía cambiar y bla, bla, bla... Pero aquel día las sorpresas se sucedían una tras otra... Y allí la figura desvalida de una niña que custodiaría la vida de mi hijo. —El padre calló al darse cuenta de su enorme error—. ¡Oh, no me lo puedo creer! Lo tuve al alcance de la mano, solo necesitaba un poco más de tiempo. Si se hubiese follado al ángel, ¿sería jaque-mate?

—No amigo eso sería solo Jaque. Solo Jaque. —Joel dio un paso al frente y quedó suspendido sobre las aguas del riachuelo—. Tú me llamaste en el momento adecuado... Todo lo demás corre a nuestro favor. Cuando te darás cuenta que nuestro Padre, cuida de sus hijos. Él lo ve todo y nos susurra al oído las mejores obras, esto de hoy no es más que el reflejo de mis palabras. Iris sigue siendo pura, su alma blanca incorruptible y aunque su forma de obrar no es muy ortodoxa, después de una charla conseguiremos que regrese al buen camino. ¡Gracias!

Erik abrazó a Iris, pero Joel se la arrebató y la cubrió con sus grandes alas blancas. Alzaron el vuelo y dejaron al joven luchando contra las manos de Mongol que lo presionaba contra el suelo. El padre se acercó y le cogió el rostro entre las garras para hablarle directamente a los ojos:

—Las despedidas son dolorosas, pero ahora tú y yo vamos a jugar a un juego muy divertido. Yo te quito el alma y me quedo con tu cuerpo. Este está viejo y necesito un traje nuevo. Duele un poquito, normalmente concedo un favor, pero en tu caso nos dejaremos de gilipollices e iremos al grano. —Rio. Extendió la mano derecha ante los ojos de Erik y al apártalas dejó ver unos enormes colmillos amarillentos.

Erik deseaba vivir tanto como morir, luchar para encontrar a Iris, pero también rendirse para descansar en la eternidad del Valhalla. Una furia incontrolada se desató en el padre, que golpeó con saña el cuerpo del joven durante una hora larga.

—Nadie te reconocería, ni tu santa madre ni tu amada Iris. ¿Por qué he destrozado mi traje nuevo? —No estaba contrariado de sus actos, más bien divertido de su poco autocontrol—. Porque yo soy así, impredecible y he cambiado de idea; voy a buscar otro huésped menos vigilado por los ángeles, has llamado la atención de Joel... Sabe que eres mi obra y te observará de cerca a partir de ahora. No me sirves... Cómo desilusionáis los hijos, sois una frustración continua... Ahora entiendo la desolación de mi amado Padre... —Se hizo el silencio, estaba dando vueltas en su cabeza a aquella idea, entonces su mirada se tornó divertida—. ¡Qué va! Es un puto egoísta... No hay quien entienda al viejo. Enseña al muchacho su nuevo rostro en el riachuelo, antes de que

termine todo, qué vea lo bien que le he dejado —dijo a Mongol que arrastró a Erik.

Al llegar a la orilla forcejeó para soltarse cuando el Mongol le susurró al oído:

—Escúchame muchacho, me hiciste una promesa y espero que la cumplas. —La daga se deslizó por la garganta de Erik.

—Lo último que alcancé a ver antes de morir —dijo Drako a Dragon—, fueron los ojos azules de Zoel en lugar de los marrones de Mongol. «Protege a Iris» me ordenó. —Observó el filo del horizonte a través del ventanal—. Ví como mi padre mataba a mi caballo, no quedaba en la tierra nada de mí, nadie recordaría mi nombre ni mi vida.

Capítulo 31

Ático del hotel Valhalla, Las Vegas, 19 de junio de 2019

Dragon llevaba tres días sin dormir, tantos como Iris sumida en aquel profundo sueño. Desesperado sacó a John de su cautiverio, lo llevó junto a ella, quizá él pusiese sacarla del extraño trance. Se limitó a mirarla, cogió su mano y meneó la cabeza negativamente: «No sé cómo ayudarla». Acudió a Oráculo, pero este se negó rotundamente a llamar a Arelí: «¿Qué puede aportar otro ángel?».

—Nuestra reunión en mitad de ninguna parte, ha roto mi delicada situación con él. Es un ángel y yo un demonio, sin olvidar ese pequeño detalle que durante años he omitido de forma poco sensata, te diré que no me fio de él. Se supone que los ángeles no tienen emociones, son puros: sin egoísmo ni envidias ni orgullo... ni amor. ¿No? —Miró desafiante a Dragon—. Pues en mi último encuentro, el único puro, era yo. Me niego a llamarle. Déjala que duerma... —Antes de abandonar el ático gastó una broma que luego Dragon sopesaría durante dos largas horas—. Quizá un beso de amor la despierte.

—Si quisiera oír gilipolces, bajaría a consultar a Drako, que lleva el mismo tiempo que ella duerme comportándose como un demente. —Aunque entendía que no era para menos, todo lo revelado era una locura que se habían prometido no volver a mencionar—. Mordok y Yin están cansados de hacer de niñeras y como esta situación no mejore dentro de poco, alguien irá con el cuento a Dark y tendremos una guerra territorial. ¿En qué bando quieres estar? —dijo Dragon con el gesto crispado.

—¡Lo siento, no llamaré! Te diría que confíes en mí, que lo he visto en una visión, pero no es así. Con ella mis poderes no existen, si me concentro veo bruma. Cuando pienso en llamar a Arelí, hasta los pelos del sobaco se me ponen tiesos, creo que es añadir más leña al fuego.

—En esta pequeña familia las expresiones son demasiado gráficas... Confió en ti: con o sin visiones. No llamaremos a Arelí —dijo Dragon—. Dile a Delfos que abra bien los oídos, alguien del otro lado sabrá qué hacer.

—Solo capta interferencias. —Y cerró la puerta tras él.

Dragon apoyó la cabeza sobre las sábanas de la cama de Iris. Agotado de tanto pensar. Drako y él esperaron los primeros minutos, cuando vieron que se transformaban en horas y ella no recuperaba la conciencia, Drako fue perdiendo la compostura. Primero la sacudió con ternura, luego le gritó hasta que Dragon tuvo que arrancarla de sus brazos cuando la zarandeó de tal modo que el cuello de Iris se arqueó en un giro casi imposible.

Unos golpes suaves le sacaron de su recuerdo. Alba entró en la habitación con el sigilo característico de una personalidad tímida y miedosa. Desde que Iris estaba postrada en la cama venía todas las tardes para asearla, cambiar la ropa y airear la habitación. Se acercó a ella con paso decidido y depositó un beso en su frente.

—¿Cómo está hoy? Parece más relajada que ayer. —Cogió una silla del rincón y se sentó junto a Dragon.

—¿Ayer?... ¿Ayer estaba tensa? —Él no apreciaba ningún cambio en su rostro.

—¿Ves estas arruguillas que se marcan cuanto tienes el ceño fruncido? —Alba arrugó el entrecejo y con el dedo siguió el perfil de unas arrugas en la frente—. Las tenía ligeramente marcadas. Hoy está sosegada; tiene bonitos sueños.

—¿Cuánto tiempo soportará un cuerpo sin alimentarse? —Era una pregunta que no buscaba respuesta, una que le asaltaba cada poco tiempo.

—John me ha contado... —Alba dejó caer los brazos sobre su regazo cuando le interrumpió Dragon.

—¿Qué haces tú con John y quién es él para contarte nada?

—¿Quién crees que le limpia la habitación y le lleva la comida? Le tenemos preso, pero ya no vivimos en la Edad Media, a los condenados a cadena perpetua les permitimos ir al baño, que se duchen, se afeiten, incluso les damos crema de dientes y cepillo para que se laven, un derroche de generosidad... La comida se la llevo por rutina, pues después del primer día descubrí que no necesitan comer ni beber. —Alisó las sábanas de Iris—. Si ella es una especie de híbrido, quizá tampoco necesite comer ni beber para sobrevivir.

—Hasta hace unos días asaltaba la nevera a todas horas. Solo bebe agua, pero tanta como un cosaco vodka. —Dragon se levantó y abrió la ventana.

—¿Por qué no descansas? Haré mis tareas y me sentaré un rato a leer a su lado. —Alba se dirigió al baño y llenó la palangana con agua templada y echó un poco de jabón con olor a jazmín, metió la esponja y cogió un par de toallas.

—Voy a lavarme y comer algo —dijo alzando la voz para que le escuchara desde el baño—. Después iré a visitar a nuestro amigo... —Dragon cogió la chaqueta. Antes de salir se acercó a Iris y le acarició la mejilla, se agachó y la susurró: «Busca el camino de vuelta nena, sin ti no sabemos vivir».

—¿Has leído el cuento de *Blanca Nieves y los siete enanitos* o el de *La Bella Durmiente*? —preguntó Alba—. Son princesas que caen en un sueño profundo como consecuencia de un maleficio, solo saldrán de él con un beso en los labios de un amor verdadero.

—En un solo día dos veces la misma gilipollez. ¿De dónde saco un príncipe? Yo no valgo, por mis venas corre sangre de dragón, con lo cual, yo sería más bien el monstruo de todo cuento de hadas... Drako... es un jefe vikingo, noble..., podría valer, pero en estos momentos sus capacidades mentales están algo mermadas, digamos que la situación de Iris le sobrepasa. —Dragon se agachó y depositó un beso en los labios de Iris. Aunque era una broma, en el fondo hubiera deseado que se despertase. Miró a Alba y se encogió de hombros—. Que no se diga qué no lo intentamos.

Salió de la habitación y bajó las escaleras camino del ascensor. Las zapatillas de Iris continuaban tiradas en el suelo de la entrada, las depositó en un rincón. Pulsó el botón y esperó. Las puertas se abrieron y Dragon entró, entonces se detuvo, dio un paso hacia atrás y colocó las zapatillas en el mismo lugar desordenadas.

Alba vio salir a Dragon y recoger las zapatillas de Iris.

—Tienes un problema mi pequeña amiga... Dos hombres enamorados de la misma mujer. Decidas lo que decidas alguien saldrá herido y ninguno de los tres alcanzará la felicidad. Difícil solución para este dilema.

Capítulo 32

Penúltimo piso del hotel Valhalla, Las Vegas, 19 de junio de 2019

El sueño de Dragon era intranquilo, perdido en una niebla densa, escuchaba a lo lejos la voz de Iris llamándole. Por más que corría intentando alcanzarla más lejos estaba de ella. «¡Iris!!» —gritaba agitado en la cama—. «¡¿Dónde estás?!!».

La niebla espesa, tanto que el terreno que pisaba se hacía peligroso e impracticable. Dragon se agachó y cogió un puñado de arena en la mano. No había nacido para ser presa, ni de la niebla ni de hombre, demonio o dragón. Olía a campo, a excremento de caballo y a tierra húmeda. Ese lugar le era familiar... «¡Mi mundo!».

Estaba cerca del lago, allí corrían libres los caballos de su reino, de su padre. Un par de kilómetros más al norte y bordeando el lago se encontraba el castillo que le vio nacer y crecer junto a sus hermanos. Centró todos los sentidos, ahora que sabía dónde estaba se orientaría mejor. Escuchó el ruido del agua y un poco más allá la yeguada descansando sobre la hierba fresca. A lo lejos el alboroto de una fiesta, quizá su hermano mayor celebrase una nueva boda, Dragon ya no asistía a ninguna, cansado de los devaneos de este con unas y otras. Cambiaba de esposa tanto como él de camisa; «El aburrimiento es soporífero» le dijo la última vez que se vieron.

Nadie aprobaba aquel comportamiento frívolo, pero era el primogénito, el heredero de todo aquello, el único rey reconocido tras la muerte de su padre. Cansado de aquella situación, que se acentuó cuando fue coronado, se marchó a recorrer mundo. Y ahora, Iris andaba perdida en la tierra natal de los dragones y las hadas, *enigmático*, pensó dentro de aquel extraño sueño.

Mientras escuchaba los cantos, las risas y la música que procedían de la fiesta, la niebla fue desapareciendo y una luna llena iluminó toda la pradera. Sentía añoranza por su casa, por las montañas y las llanuras, había visto bosques verdes a lo largo de sus más de diez mil años, pero ninguno tan intenso como el de su mundo.

El viento bajaba por la ladera de la montaña, moviendo el pelaje de la yeguada que descansaba cerca de los pinos, rozaba la superficie del lago con tanta suavidad como el velo de una mujer sobre su rostro. Suspiró sin querer, cuántas veces habría corrido por aquellas tierras en compañía de sus hermanos, enredado en juegos de caballeros y bellas princesas.

Cuando llegó al plano humano para emprender una nueva vida lejos de recuerdos dolorosos, los cuentos infantiles le llamaron la atención, el dragón siempre era el villano que secuestraba a la doncella y la encerraba en una torre; el príncipe, noble y hermoso, el caballero de brillante armadura que daba muerte al dragón y salvaba a la doncella. Rio entre dientes.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué has tardado tanto tiempo en venir? —Iris estaba a menos de un metro detrás de él. Salvó la distancia que les separaba y la alzó por los aires. La puso en el suelo, era tan menuda y delgada, tenía Drako razón cuando aseguraba que su apariencia frágil te hacía amarla a un más. La besó en las mejillas y sostuvo su rostro entre las manos unos segundos más—. Está claro que me has echado de menos.

Un águila cruzó el cielo, la sombra se reflejó en el suelo. Iris tomó la mano de Dragon con

fuerza y corrió hacia la arboleda, allí entre las sombras miró al cielo con pavor.

—¡Es horrible! Llevo muchos días... bueno dos o tres. Camino durante la noche y duermo por el día. Es como si hubiese regresado a la Edad Media, al feudalismo con sus castillos, caballeros y damas de la corte. —Hizo una pausa—. Pero también con sus leyendas. Unos grandes bichos recorren los cielos. Hay un pueblo... —Señaló con el dedo las luces de donde procedía el alboroto—, tres chicas estaban atadas a unos postes y llegaron esas bestias y las cogieron con sus garras... ¡Fue espantoso!, la gente del pueblo no hizo nada. Algunas mujeres lloraban, otras miraban resignadas. —Iris se abrazó a la cintura de Dragon. Este posó las manos en sus hombros, quería sacarla del error y contarle que era una tradición que se remontaba a miles de años y daba paso a las fiestas, pero adoraba sentirla tan cerca—. Uno de ellos, al día siguiente, bebió aquí, me vio, corrió tras de mí, pero me metí entre las zarzas y no pudo seguirme. He oído tu voz, tenía miedo de que todo fuera un engaño.

—Hasta en sueños eres parlanchina y alocada, con ese toque que te hace terriblemente seductora. —Dragon acarició la melena de Iris y enredó los dedos en ella.

—Bueno no sé qué decir a eso... seductora, ¿yo? ¿Cuándo te has golpeado la cabeza? —Le obligó a sentarse—. Tenemos que irnos, contigo aquí será más fácil. Lo he intentado, pero no hago más que dar vueltas y termino en este triángulo: pueblo, lago y castillo.

—Es un hechizo. —Dragon se levantó y la obligó a salir del bosque—. En mi mundo existe la magia, en estos parajes crecen criaturas que en el tuyo llevan años desaparecidas, aquí descansan y viven los unicornios, ¿ves aquella yeguada? —Iris miró—. Fíjate bien, no ves sobre las cabezas unos cuernos. —Ella entrecerró los ojos. Seis animales pastaban plácidamente, una de ellas levantó la cabeza y agitó las crines, en ese instante Iris vio el cuerno sobre su frente—. Los he visto miles de veces y los he montado otros tantos. Son nobles, pero no los tomes como bestias. Durante el día puedes ver Pegasos, con los ojos cerrados ha sido algo difícil —añadió Dragon divertido—. Mira bien... —En el fondo del lago había algo extraño.

—¿Qué son esas luces? —Metió la mano en el agua e intentó coger una.

—Son como las hadas de tus cuentos, como la tal Campanilla, lo único que en este mundo viven en el agua. —Dragon miró hacia el castillo—. Allí custodiado por miles de hombres y seis de los más poderosos dragones, se protegen los huevos escasos de un gran linaje. Los huevos de los dragones.

—¿Escaso linaje? ¿Qué significa eso? —Iris imaginó un dragón y luego miró a Dragon.

—Te diré que mi madre fue la última de las grandes dragonas, de la unión con mi padre, nacimos ocho dragones y todos varones. Nuestra especie se muere con nosotros, a no ser, que los huevos que están incubándose, contengan una hembra. —Dragon observó la cara impasible de Iris, ni asombro ni miedo.

—Una dragona... —dijo Iris.

—No hay dragona de fuego —marcó cada palabra como dando a entender la situación tan precaria que vivía aquel reino.

—Sabía que eras un dragón —confirmó Iris—. Un hombre-dragón.

—Soy todo eso y algo más, pero no mucho más —contestó sonriendo—. Elijo entre una y otra forma según la ocasión. —Recordó cuando tuvo aquella misma conversación con Drako, él le acribillo a preguntas, por el contrario, Iris se limitó a observarle con interés—. Los hay puros como yo, de padres dragones; mixtos como alguno de mis primos, su madre es una humana.

—Supongo que los nacidos de humanas, no tienen acceso a la magia —afirmó Iris.

—Exacto. Quiero contarte todo, sin secretos. Pero temo que me enrede con mi propia lengua y

mis ideas te confundan más que te aclaren.

—Sigue, ya te daré yo el alto.

—Esas tres doncellas, que vista, estaban comprometidas a alguno de mis primos. Las vírgenes se ataban a un tronco en medio de la plaza del pueblo, al mediodía los cielos se oscurecerán por el vuelo de los dragones, los que sin derramar sangre alguna se llevaban..

—Lo he visto o leído...

—Todos los mundos están conectados. No sé, por qué se sigue haciendo, lo más caballeroso, sería llamar a la puerta montado en un caballo blanco con un gran ramo de flores, pero no sería tan aparatoso —dijo guiñando un ojo.

—Las tradiciones se arraigan a la gente y es difícil cambiarlas. —Iris se imaginaba atada a un tronco, aguardando al dragón.

—Supongo que no soy un héroe.

—Para mí siempre serás un caballero de brillante armadura. —Iris depositó un beso en su frente—. ¿Por qué hay huevos que no han nacido? ¿No se incuban como las gallinas?

—No me imagino a mi madre sentada durante siglos sobre los huevos..., una imagen inquietante —dijo carcajeándose—. No, no somos como las gallinas...

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Iris.

—Estaba cansado de las rabieta infantiles de mi hermano mayor. —Dragon comenzó a tirar piedras al lago—. Su tercera esposa... yo la amaba. Mi hermano me la arrebató, para luego deshacerse de ella como hizo con las anteriores.

—¿Qué te dijo ella?

—Jamás la dije lo que sentía...

Una sacudida violenta hizo que Dragon cerrase los ojos con fuerza.

Capítulo 33

Reino de los dragones de fuego, 20 de junio de 2019

Dragon entró en el ático de Drako algo confuso por la maraña de sueños que invadieron la noche, sentía turbación y cansancio, a pesar de las casi diez horas de descanso. Quizá todos esos sueños tuvieran una interpretación, fuese una forma de canalizar las emociones negativas, pero ni sabía ni quería perder el tiempo en pamplinas de psiquiatra.

Mordok y Yin se levantaron del sofá y cogieron sus bártulos camino de la puerta.

—No se paga con dinero ni con nada conocido en este lado de la Galaxia —dijo Mordok con el ceño fruncido y el puño alzado—. Llevamos toda la noche metidos en peleas, que, si este me ha mirado mal, ese me ha empujado o porque aquel es más bajo que yo...

—... y teniendo en cuenta que todos son más bajos que Drako —interrumpió Yin—, eso supone muchas trifulcas.

—Me gusta, como al que más, una buena pelea —añadió Mordok—, pero lo de esta noche roza lo absurdo. Me voy a duchar y a dormir durante una semana entera. Apagaré el móvil y cerraré la puerta... No me llames dragón, ¡te encargas tú!

—Yo secundo la moción, ¡buenas noches!... Mejor dicho: ¡buenos días! —Yin y Mordok llamaron al ascensor—. Por cierto, el jefe está con Iris, creo que rompió algo nada más entrar... Sigue de buen humor, cómo todos estos días.

Dragon subió las escaleras con paso lento, verla de nuevo dormida sin su parloteo divertido, no sería una buena medicina para su dolor de cabeza. Al entrar pisó cristales rotos, el espejo del tocador estaba hecho añicos, y Drako tumbado en el sofá, mostraba los nudillos de la mano derecha enrojecidos.

—¿Qué está sucediendo? —espetó Drako con rabia—. ¿Tendrás alguna idea de lo que pudo pasar? —Dragon se limitó a mirarle—. Durante todo el día cargo sobre los hombros: miedo; y siempre con la sensación de que hay alguien mirando. ¿Por qué no se despierta?

—No lo sé Drako, el mismo tiempo que tú llevas autocastigándote, no dejo de darle vueltas, ¿qué salió mal? —Dragon quería golpear con fuerza a Drako, ahora más que nunca necesitaba su ayuda.

Iris despertó al escuchar los ladridos de unos perros. Tenía hambre, desde la primera y última incursión al pueblo en busca de alimentos, no había comido nada. Estaba cansada y las manos temblaban más por el miedo que por el frío húmedo de aquel paraje. Añoraba la compañía de Dragon, aunque fuera una alucinación para hacer más llevadero aquel calvario, resultaba reconfortante.

Salió con sigilo del escondite, cubrió de nuevo la entrada con ramas y hojas y emprendió el camino hacia el pueblo. Con el corazón palpitante como si temiera que alguien o algo saltara sobre ella. Se repitió la acción en voz alta: cruzar el prado, bordear el lago y llegar a las huertas que rodeaban el pueblo; lo remarcó un par de veces más infundiéndose valor y con todos los

sentidos alerta se enfrentó al exterior del bosque. Respiró hondo.

Centró su atención en el objetivo y recitó frases de ánimo para evitar las malas jugadas de la mente ociosa. De pronto oyó algo y su corazón dio un vuelco. No iba a llegar. Instintivamente se dio la vuelta y echó a correr hacia el refugio del bosque. El ruido crecía. Provenía del camino que lindaba con la arboleda, entonces identificó el sonido: cascos de caballo. Los pasos se convirtieron en trote y luego en un galope que la entrecortó la respiración. Miró tras ella y los vio, *¿la estaban esperando?* No tuvo tiempo de pensar nada más.

Seis jinetes vestidos con armadura y portando redes en las manos, espoleaban a sus caballos para dar caza a Iris. El bosque no era seguro aquellos hombres lo conocerían mejor que ella, correr por la pradera y llegar al pueblo era descabellado, pero de todas las opciones que pensó durante un segundo, parecía la más acertada. Si la suerte se ponía de su lado, entre las casas y los frutales encontraría refugio. Al pasar junto al lago, no le pareció tan disparatado atravesar a nado la distancia, pero tampoco tenía muy claro si sabía nadar o no. Descartado. Tropezó con una piedra y rodó por el suelo golpeándose la rodilla y el codo, el dolor era insoportable, pero el miedo hizo que se levantara y corriera de nuevo.

Miró hacia atrás esperando que hubiesen desistido de la cacería o evaporado como sucedió con Dragon, pero no, allí estaban y dos de ellos movían en círculos las redes. Lanzaron una y la esquivó no con poca dificultad; volvió a caerse y se golpeó la frente con una piedra. De la ceja derecha un hilo de sangre caía hacia el ojo alcanzando los labios, el sabor metálico la asustó aún más. Podía rendirse, suplicar por su vida, pero nada conocía de sus intenciones. El otro hombre lanzó la red, golpeándola en el hombro derecho, en los extremos tenía piedras atadas en las que no había reparado hasta que magullaron el muslo y la pantorrilla. Iris gritó de dolor y reemprendió la huida desesperada.

La distancia se acortaba, no alcanzaría la arboleda que daba paso a las huertas y al pueblo, antes de poner el pie en el linde del camino estaría atrapada, solo quedaba un camino: el lago.

El grito de Alba terminó con la discusión, que no iba a buen puerto, entre Drako y sus hombres. Ante el desconcierto de los primeros segundos, Drako entró seguido por Dragon, Yin y Mordok; Oráculo y Delfos prefirieron continuar en sus sitios, temiendo lo peor.

—¡Le salen heridas! —gritó Alba sin dejar de señalar el cuerpo de Iris convulsionando sobre la cama.

Dragon se inclinó sobre ella, observando como una brecha, rasguños y moratones iban cubriendo la piel blanca de Iris. Drako golpeó la pared con la mano cerrada en un puño.

—Siento confusión, miedo —dijo Drako—. No sé si será esa conciencia que compartimos, pero... es como estar en la oscuridad y temer salir de ella porque no comprendes lo que sucede...

—¡Drako tranquilízate!... ¡Está aquí tumbada! —dijo Dragon sin mucho convencimiento.

—¡¡No me jodas!! Mejor que nadie sabes que este mundo está lleno de cosas sin sentido para una mente poco abierta; tú y yo hemos vivido lo suficiente para descubrir que nada es lo que parece y la verdad no existe... —Drako señaló el cuerpo de Iris.

—No sé qué hacer... —Dragon se arrodilló en la cama y cogió la mano de Iris con fuerza.

Aquellos hombres mataban las horas de aburrimiento con Iris, tardó un tiempo en descubrir que podían haberla cazado hacía rato, pero era más divertido jugar al gato y el ratón. Se abrieron en abanico, entre risas y bromas, la cercaron dejando a su espalda el lago. La única solución era lanzarse al agua, la pesada armadura de aquellos jinetes la daba cierta ventaja, pero ¿aprendió a

nadar en algún momento de su olvidada vida?

El viento trajo un aliento de esperanza, la voz de Dragon alentándola a luchar, un presagio de buena suerte, cerró los ojos y se lanzó al agua helada. Antes de sumergirse, vio a los hombres descabalgando y correr a la orilla. La oscuridad la engulló. Movi6 los brazos y las piernas sin ninguna coordinación y su cuerpo se hundió irremediamente hacia el fondo. Iris sintió la presión en el pecho, la necesidad de aire en los pulmones, batió las piernas para alcanzar la superficie. Todo en vano. Comprendió, tarde, que nunca aprendió a nadar.

El cuerpo de Iris convulsionó sobre la cama y de la boca entreabierta cayó agua. Drako la cogió en los brazos, con la mirada desesperada hacia Dragon que se sentía inútil.

—¡¡Se ahoga!! —gritó intentando sacar a Dragon de aquella inmovilidad tónica que le paralizaba.

Drako desesperado insuflaba aire por la boca de Iris. El cuerpo de ella se arqueó violentamente y vomitó agua. La respiración se volvió tranquila y la tensión de los últimos minutos desapareció del rostro. Ambos hombres se dejaron caer en el suelo, poco había faltado para perderla. Dormirían por turnos.

Capítulo 34

Ático del hotel Valhalla, Las Vegas, 20 de junio de 2019.

Dragon estaba agotado. Había sentido miedo, pero uno diferente al que conocía ante el ataque y la huida que era adictivo y jamás le dejó paralizado, este fue desconcertante. Había actuado como un animal ante la presencia de un peligro, optó por quedarse quieto, simulando que estaba muerto para que pasara de largo. Se cayó exhausto sobre la cama y los párpados se cerraron pesados.

Al momento despertó sobresaltado, pero en el borde del lago. Todo estaba tranquilo, la yeguada había desaparecido y la luna oculta entre las nubes. Para él la oscuridad no era problema, los dragones tenían tan buena visión nocturna como diurna. Caminó por la orilla llamando a Iris. Una brisa suave le trajo el aroma inconfundible de la colonia de ella, jazmín, un bulto al otro lado del lago se debatía por salir de las aguas. Corrió hacia allí.

—¡Dragon! —El tono de su voz era una mezcla de alivio, alegría e irritación. Frunció el ceño antes de añadir—: ¿Dónde has estado? No recuerdo qué ha sucedido... lo que sí, que tú no estabas. —Perder la memoria se estaba convirtiendo en algo habitual y tenía que empezar a asumir que su cabeza no funcionaba correctamente.

Cogió a Iris por los hombros, inclinó la cabeza y acercó los labios despacio, si ella le abofeteaba se lo tendría merecido, pero era un sueño, aunque la conciencia es libre de sentir remordimientos, las licencias son mayores. No hubo rechazo, separaron sus labios y se observaron por unos segundos, podía adivinar en que pensaba tras la muestra de cariño de él; en la libertad de la mente, las emociones, no tienen barreras ni cadenas, en ese mundo onírico eran libres.

—Recuerdo unos jinetes vestidos con armaduras..., pero este dolor de cabeza no me deja pensar con claridad —dijo Iris frotándose la bresa sobre la ceja.

—Vayamos al castillo. Allí podrás descansar. Los dragones somos gente hospitalaria —Pero esa idea no agradó a Iris.

—Creo que en tu ausencia se tornó hostilidad...

Emprendieron el camino atravesando la pradera y cruzando los huertos que rodeaban el castillo. Agotada de la agitación de la noche, Iris rogó sentarse durante unos minutos mientras comía dos manzanas que recogió del suelo. Dragon la observaba devorar con ansia aquella fruta madura. Miró a su alrededor y se dio cuenta de la complejidad del sueño, era como una proyección cinematográfica, llena de color y realismo. Demasiado real.

Desde donde él estaba sentado, veía las luces del castillo, miles de antorchas iluminaban las cuatro torres principales, una en cada punto cardinal. El ir y venir de los vigías despreocupados de cualquier ataque. Se sentía como el hijo prodigo. La oveja negra que regresa a casa arrepentido, aunque en su caso seguía sin aprobar los actos del hermano mayor. Tenía sentimientos encontrados, por un lado, la alegría de ver a su familia, por otro el miedo al rechazo y saber que ya no era bien recibido en su hogar. «Urín», pronunció aquel nombre en alto sin ser consciente de

ello. Ambos dijeron cosas dolorosas, pero él las enterró años atrás, dudaba que su hermano hubiera hecho lo mismo. Le faltaba madurez y le sobraba arrogancia, esa era la mejor descripción de Urín. Añoraba a Arón, el más pequeño de todos, alocado y espontáneo como Iris.

—¿Los echas de menos? —dijo ella al ver la mirada perdida de Dragon en las ventanas del castillo—. ¿Qué hay en aquella habitación?

—Era la de mi madre. —¿*Quién ocuparía aquella estancia?*—. Veo que está iluminada, supongo que después de tanto tiempo mi hermano habrá hecho uso de aquella estancia amplia y luminosa. Mi madre te hubiera gustado y tú a ella...

—Nunca hubiese imaginado esta faceta tuya: nostálgica.

Una rama se quebró a poca distancia de ellos. Dragon se puso en pie de un salto y colocó a Iris detrás de él. Un hombre les atacó desde las sombras, pudo esquivarle sin ningún problema, engañaba su altura, confundía al adversario que lo juzgaba como lento y torpe, y luego se encontraba con un rival ágil y astuto. Dragon saltó por los aires, cuando se vio rodeado por tres individuos vestidos de negro. Al primero le rompió la mandíbula de una patada y se libró de los otros con una llave y un puñetazo. Dos más se acercaron con espadas en la mano, Dragon transformó sus manos en garras con las que detuvo el ataque, intentó solo defenderse, pues aquella era una pelea desigual para aquellos pobres diablos, pero no atendían ni a razones ni sugerencias. Ante la imposibilidad de acabar con él, uno se escabulló de la refriega y cogió a Iris, no tuvo tiempo de cerrar los dedos callosos sobre la piel delicada de ella, cuando sintió las garras de Dragon clavándose en su garganta. Una voz profunda sobresaltó a Iris y desconcertó a Dragon, no le había oído llegar, un descuido peligroso, pero no una amenaza inminente.

—¿Desde cuándo un dragón de sangre pura, hijo del gran Uziel y la gran Arka, hermano del rey Urín, se comporta como un vil ladrón?

—¿Desde cuándo en las tierras de mi padre, se asalta desde la oscuridad a los que buscan descanso y sacian el hambre con la fruta que se pudre en el suelo? —El tono de Dragon se convirtió en un sonido sibilante como el de la cobra.

—Veo que tu memoria flaquea con la edad, el rey Uziel y su esposa, la gran reina Arka, murieron hace miles de años, subió al trono su primogénito, Urín. Demasiado tiempo fuera del hogar, mi gran hermano, si te hubieras quedado habrías puesto freno a tanta injusticia, pero decidiste irte y olvidarnos a todos. —Aquel hombre que seguía al amparo de la oscuridad bajó de su caballo. Se quitó el yelmo, era muy parecido a Dragon, pero con los ojos de un gris intenso, una barba revuelta y una cicatriz surcando la frente.

—¡Arón! —gritó Dragon—. ¿Cómo has crecido? Si no es por esa cicatriz tan creativa no te hubiera reconocido...

—El hijo prodigo ha regresado, ¿cansado de ver el mundo exterior? —Ambos hermanos se fundieron en un abrazo—. Veo que tu viaje no ha sido infructuoso. ¿Quién es esta hermosura que te acompaña? —Arón dio un paso al frente e hizo una genuflexión algo torpe.

—Te presento a Iris, una gran...

—Hermano déjame que disfrute del tacto y el olor de tu «esposa». —Interrumpió Arón. Matizó con fuerza cada una de las sílabas, no dejando ningún tipo de duda de que Iris le pertenecía a Dragon—. Bellos ojos para una mujer rodeada de magia. —Miró a los hombres que aguardaban sus órdenes—. ¡Id al castillo y decirle al rey, que Zor está en casa!

—¿Zor, te llamas Zor? —preguntó Iris. Dragon la sujetó la mano y la guió un ojo.

—Las cosas no son como tú las recuerdas, no tengo tiempo suficiente para ponerte al día de todo, pero procura que ella no esté lejos de tu vista mucho tiempo. Dile a todo el mundo que es tu

esposa y no una amiga que te acompaña —aconsejó Arón cuando estuvieron lejos de oídos indiscretos—. Veo que llevas el anillo, —Señaló la mano de Dragon—, si la quieres, pónselo en el dedo...

—No es mi esposa, ni siquiera somos amantes... si yo la pongo el anillo...

—¡No seas ridículo! Quizá nosotros respetemos a tu amiga..., pero Urín no la hará. —Arón meneó la cabeza con disgusto—. Este reino no es cómo tú lo conociste, nuestro hermano tiene un corazón negro como el carbón; la ley del derecho de pernada está impuesta desde hace unos cien años. Podíamos seguir hablando de las villanías de Urín toda la noche y nos faltarían días. Decide: tu virilidad o tu amiga. No te escondas como una mujer asustada.

—¿Por qué tu virilidad? ¿Qué sucederá si me das tu anillo? —preguntó Iris ante tanto secreto.

—Bromea sobre eso. —Dragon miró a su hermano—. Nosotros estrechamos lazos con la mujer con la que nos desposamos.

—Anda que no ha sido fácil aniquilarnos así. —Iris seguía sin comprender—. Las humanas sois tan vulnerables, una hembra dragona tiene nuestra fuerza y su piel están difícil de arañar como la de una roca... Un buen arquero y una flecha certera, muerte a la humana, fin del dragón. —Arón escupió al suelo—. Maldita sea la hora en la que el equilibrio se rompió.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién va a querer aniquilar a nuestras mujeres humanas? —Dragon cogió de los hombros a su hermano.

—Urín declaró la guerra a los otros reinos. Su afán de conquista es insaciable desde que llegó... esa bruja. Atacamos primero el reino del Hielo y fue fácil la victoria. Una matanza sangrienta, aniquilamos a todos menos a las hembras dragonas, él creía que se podían mezclar las sangres... —Hizo una pausa—. Siempre fue tan insensato y sordo, está claro que jamás escuchó lo que padre nos contaba sobre la mezcla de sangres. De aquel enlace con la hija mayor del hielo no nació nada más que huevos vacíos, cáscaras que con el roce se rompieron... La repudió, como a las anteriores, lo intentó con la segunda, alegó que la primera era vieja, la hermana menor sería una buena hembra. La misma historia, huevos vacíos y rotos. Ambas están encerradas en la antigua fortaleza. —Arón se encogió de hombros—. Los otros dos reinos se unieron para atacarnos... —Algo en aquella pausa prolongada intranquilizó a Dragon.

—¿Qué hizo Urín?

—Mató a las humanas cuando se dio cuenta que perdíamos. Los reinos de Aire y Tierra siempre fueron poderosos juntos. Entonces...

—Ellos hicieron lo mismo —interrumpió Dragon al darse cuenta del alcance.

—Muchos de nuestros primos han muerto, cayeron cabalgando a mi lado, desplomados en el suelo. Atacaron nuestros hogares y aniquilado a nuestras mujeres e hijos. —Iris se llevó la mano a la boca y evitó que se escapara un grito—. Ojo por ojo, diente por diente. Como puedes imaginar, a mí ganas de tomar esposa no me entran.

—¿En qué situación estamos ahora?

—Seguimos en guerra. El odio es demasiado grande para sentarse a dialogar sobre la paz. Yo acabo de llegar del frente, en estos momentos tenemos tablas... Nuestras familias están en el castillo, por eso tanto alboroto. Urín intenta averiguar: cómo se puede romper los enlaces y prohibir los matrimonios mixtos. —Dragon se llevó la mano a la cabeza, no podía creer tanta locura—. Muchos de los nuestros no están dispuestos a eso, ya que aman a sus familias y nos tememos que la ruptura de este enlace, llevaría a la muerte de nuestros hijos. —Arón pateó el suelo con la punta de su bota metálica—. Pero a Urín eso le da igual, solo quiere dominar el mundo de los dragones como único soberano.

—¡No puedo creer lo que me cuentas, el equilibrio de nuestra dimensión, se basa en la fortaleza de los cuatro reinos! —Dragon bramó con ira.

—¡Eh!, ¿dónde estabas tú cuando nuestro hermano decidió jugar a ser el Todo Poderoso? No te recuerdo por aquí... ¡A sí! Te fuiste una mañana sin despedirte... Urín te teme tanto como te odia. —Arón posó su mano sobre el hombro de Dragon—. Sabe que te hubiésemos seguido hasta la muerte y los otros reinos también. Nos daba igual que fuese el primogénito, tú eras el verdadero rey. Ella será un blanco para hacerte daño.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —Iris palmeó el brazo de Dragon para que le prestara atención—. Ponme el anillo.

—Siempre pensé... —Iris comprendió el recelo de Dragon—. Soy un romántico...

El anillo era un sello, con el emblema de su reino, un gran dragón echando fuego por la boca y sosteniendo entre las garras un huevo con un corazón en medio, parecía un rubí, pensó Iris. El aro, una cola de dragón que se ajustaba al dedo. Dragon dio un golpe seco y el aro se dividió en dos: uno grande que sostenía el sello, que colocó de nuevo en su dedo, y otro, más pequeño y fino de oro blanco, engarzado con diamantes, un rubí y dos esmeraldas.

Al colocarse el anillo en su dedo, Iris no sintió nada diferente. No hubo vacilación en Dragon ni se cuestionó esa decisión apresurada. Por eso ella se sintió en deuda tras la muestra de afecto recibida, se colocó de puntillas y entrelazó los brazos alrededor del cuello de él, obligándole a que se agachara y besó sus labios.

—¿Por qué no hacéis los votos?... Lo vuestro apesta —dijo Arón. El rostro de Drako colérico se visualizó ante la pareja rompiendo aquel momento—. ¡Vámonos! Mostremos nuestros respetos al gran rey Ruin o...perdón, quise decir Urín, en qué pensaría yo.

Capítulo 35

Reino de los dragones de fuego, 20 de junio de 2019

Urín recibió la noticia de la llegada de Zor en la cama. Se vistió rápidamente sin descuidar el atuendo, sacó las medias largas de seda y la túnica del mismo color, rojo fuego. Rebuscó entre las calzas la más elegante, pantalones hasta la rodilla y la chaqueta, aquella que fueran más opulentas. Quería recordarle quién era el rey. Sabía que a Zor no le deslumbraban las joyas ni los ropajes bordados en oro, pero a él le hacían sentir más poderoso. Su mujer continuó desnuda entre las sábanas, observando la agitación que aquel nombre había causado en su esposo. Escuchó con desgana y cierta apatía, los insultos, lamentaciones, seguidas de protestas, que soltaba Urín por sus apretados labios.

—¿Quién es Zor que tanta «zozobra» te produce? —dijo ella.

—Mi cuarto hermano, el que todos hubieran deseado que fuera el rey.

—¡Cálmate! —Urín se aproximó a ella y la agarró del cuello.

—No me digas que me calme. —No se inquietó ante la presión de los dedos de él, deshacerse de Urín no suponía ningún problema para ella, aunque le hiciese creer lo contrario—. Te necesito tanto como tú a mí, pero no me vuelvas a decir que me calme. No conoces el poder de Zor. —Soltó la presión—. Domina los cuatro elementos. —La reina se irguió interesada—. ¿Recuerdas el lago, te llevé a él? Las hadas que viven allí te muestran el futuro a cambio de un regalo. Yo las he colmado de obsequios y jamás me han contestado... ¡Zorras egoístas! Se les otorga demasiada importancia a esos pequeños mosquitos acuáticos, drenaría el lago y las eliminaría. —Le hubiese gustado decirle que se centrase y no divagase, pero no era momento para seguir contrariando su estado de ánimo—. Dijeron que era el único legítimo para gobernar los cuatro reinos era él.

—Ya lo haremos... —Ante la mirada incomprensible de él, añadió—: drenar el lago. Has dicho... ¿que domina la magia de los cuatro elementos? —Mika miró al techo, se había confundido de dragón del fuego, eligió para desposarse al hermano equivocado. Las cartas le contaron la historia de un rey que dominaría en todos los reinos y construiría un puente a dimensiones paralelas. Aquel ser pusilánime nunca dominaría el mundo de los dragones, si no el recién llegado.

—¿Qué te resulta tan contradictorio? —La mirada de Urín era despiadada.

—Nada. Nos vestimos y bajemos a la sala del trono, recibamos a tu hermano como se merece y le recordamos quién manda aquí. —*Cambio de planes*, pensó Mika. Suponía un pequeño contratiempo. *Eliminar a Urín y añadir a Zor a mi vida*. Se sentó ante el tocador para colocar unos mechones que caían descuidados por su cara y miró antes de salir el vestido largo en color rojo y blanco sin mangas, se colocó la túnica y la toca que cubría su pelo.

Cuanto más miraba Mika a Urín, más idiota se sentía. Su esposo no disimulaba el nerviosismo ante la inminente llegada del hermano. Se mordía las uñas como un niño cualquiera, tenía una risita nerviosa que la desquiciaba porque demostraba la vulnerabilidad de aquel ser al que se unió

en matrimonio, no paraba de moverse a lo largo de la instancia, incluso tartamudeó cuando preguntó por Zor al pobre lacayo que aguardaba para abrir la puerta.

Saúl y Kron, el segundo y el tercer hermano, parecían satisfechos con la noticia, Mika no alcanzaba a ver si era por el regreso del hijo prodigo o porque valorasen la posibilidad de deshacerse de Urín y liberar a sus familias de vivir bajo tierra en las mazmorras.

Al cruzar el puente levadizo, Dragon esperó que una alegría nostálgica le invadiera, pero en lugar de eso, fue miedo; como el que presagia una desgracia. No encontraba alivio pensando que todo aquello era un simple sueño, lo que captaban sus sentidos era tan real que dudaba de su propia cordura. En el patio principal, les esperaba un ejército, lo tomó como una amenaza, pero en cuanto entró, se postraron ante él. Si Urín estaba viendo aquello, le carcomería por dentro la rabia.

—¿Quién son aquellos que se ocultan en las sombras? —preguntó a Arón.

—La guardia de la reina Mika. —Escupió al suelo—. Una criatura tenebrosa y oscura. Ahora la conocerás, es la sombra de Urín.

La distancia que separaba a Dragon del trono la hizo con la mente puesta en un tiempo muy lejano, valorando si su presencia habría impedido aquel caos. Al entrar la sala se sumió en un silencio absoluto, incluso Urín retuvo el aliento, mientras tomaba a sientto en el trono. Mika colocó la falda y pellizco las mejillas para sonrosarlas, sabía que aquello realizaba el color verde de sus ojos.

Dragon caminó con paso recio hacia el altar, seguido de Iris y cerrando la breve comitiva Arón que saludó a unos y otros con un leve movimiento de cabeza. Los reyes no eran ciegos a la admiración que despertaba la presencia de Zor.

Dragon se inclinó ante Urín, no sería él quien empezara una disputa, estaba de paso y con Iris allí presente tenía claro cuál era su obligación. El rey pareció satisfecho con aquella muestra de respeto, el ambiente se relajó y sin esperar a que Zor hiciese lo mismo con la reina Mika, Saúl extendió los brazos y abrazó con fuerza a su hermano, después fue Kron.

Nadie pareció reparar en la figura de Iris, hasta que Arón intervino:

—Hermanos...

Mika observó a la muchacha que se mantenía oculta tras Zor, pero realmente sus ojos fueron directos al dedo anular donde descansaba el anillo de la familia del dragón de fuego. Aquello sí era un revés en el plan. Si Zor había hecho los votos y los enlaces consumados, jamás sería la consorte del nuevo rey, la muerte de ella iría unida con la de él. Tenía que encontrar la forma de disolver aquella unión. Sin meditarlo ni siquiera sopesar los pros y contras, bajó los tres peldaños que la separaban de Iris y la agarró de la mano para cerciorarse que aquel era el anillo de los dragones. Dragon giró sobre los pies y cogió a la reina por el cuello a tal velocidad que ni ella misma le vio llegar.

—¡¡Suéltala!! —dijo entre dientes. Los ojos de dragón en aquel rostro humano tan apuesto era los más hermosos que Mika hubiera visto jamás y aquella forma rápida de actuar, la hizo vibrar.

—¿Cómo te atreves a tocar a la reina? —gritó Urín desde el trono.

—Tranquilo, mi querido rey. He sido muy descortés con tu hermano. Quería saber si era la elegida y veo que sí. —Levantó la mano de Iris mostrando el anillo.

—Son increíbles los ojos de tu mujer —dijo Urín, mirando a Iris de arriba abajo—. ¡Hermosa!

—Os presento a mi esposa, Iris. No es de esta dimensión y desconoce muchas de nuestras costumbres, ruego de ante mano que la perdonéis. —Dragon habló con la cabeza ligeramente gacha.

—Alguien tan hermoso está libre de todo pecado y sus torpezas no se tendrán en cuenta. —A Dragon el tono que usaba Urín no le gustaba nada—. ¿Conseguiste viajar a mundos paralelos como tanto deseabas? —Miró con curiosidad la vestimenta—. ¿Qué llevas puesto?

—Un pantalón vaquero, una prenda muy habitual y esto una camiseta blanca de algodón. —La camiseta la llevaba ceñida y marcaba toda la musculatura, Mika no dejaba de desnudarle con los ojos—. Iris lleva un chándal.

—¿Esa ropa protege de las flechas o de las espadas? —preguntó Saúl tocando con un dedo.

—No. Allí no se usan tales armas. —Dragon no quería dar muchos detalles sobre el otro mundo, conocía la fragilidad del equilibrio.

—¿Nuestro mundo es arcaico? —Urín arqueó una ceja.

—No, su majestad —dijo Iris—. Mi mundo está cargado de agitación y de gente que no aprecia una puesta de sol o una yegua pastando. Perdió la magia hace tantos siglos, que creen que es una invención de la literatura. —La dulzura de su voz aumentó el deseo de Urín y el desprecio de Mika.

—Hace unos días vino un campesino llorando: una mujer de ojos violetas le robaba en su huerto todas las noches; ¿acaso eras tú tal mujer? —preguntó Urín.

—Dimos el salto juntos, pero por un error de cálculo nuestros tiempos se distorsionaron y yo he llegado tres días después; Iris estuvo escondida en el bosque. No sabía dónde acudir. —Dragon miró a Urín—. Pagaré lo que haya comido, incluso algo más por la inquietud causada.

—Nadie de mi familia paga nada en este reino. Gracias a mí viven protegidos. Ya no existe la paz que conocimos, los otros reinos se volvieron codiciosos —mintió Urín.

—Es tarde, mi querido rey. Se aprecia el cansancio en los rostros de nuestros invitados. —Mika agitó la mano y acudió al instante una sirvienta—. Prepara la habitación de Zor.

—Como siempre mi esposa acierta en sus observaciones. Quedemos mañana para desayunar. Tenemos mucho de qué hablar. —Bajó del trono y se acercó a Iris, cogió su mano y se la llevó a los labios y uno a uno fue besando los nudillos, mientras que por el rabillo del ojo veía tensarse los músculos de Zor.

—¡Urín! —gritó Mika conteniendo la furia del ultraje público de él, pretendía molestar a Zor, pero estaba poniendo en tela de juicio el poder de ella.

—Esto ya no es como tú lo recuerdas...¡Eh!! —dijo Arón cuando estuvieron solos—. Saúl y Kron son los consejeros de nuestro hermano, pero sobre todo hacen de guardaespaldas. Han intentado envenenar a nuestro rey en tres ocasiones. —Arqueó una ceja dando a entender que sabía algo más de lo que podía revelar—. Procura que no se quede sola, nuestro hermano ha encontrado el instrumento para molestarte.

Capítulo 36

Castillos de los dragones del fuego, 20 de junio de 2019

Dragon recorrió aquellos pasillos enrevesados sin errar ni una sola vez, tan pronto subían como bajaban; Iris hacía rato que estaba desorientada. Llegaron a una gran puerta de madera con remaches metálicos y grandes símbolos tallados en ella.

—¿Qué pone?

—¿Cómo sabes que son letras? —Ella encogió los hombros—. En la derecha pone «dragón» y en la izquierda «Zor». —Iris acarició con los dedos el nombre de Zor tallado en madera, parecía una serpiente enroscada en un árbol.

La habitación era impresionante, un espacio entre dormitorio y sala de estudio, las paredes cubiertas por estanterías contenían miles de libros, manuscritos y papiros. Cerca del balcón una gran mesa llena de papeles, tinteros y plumas. Iris iba paseando la mirada de un lado a otro y acariciando los muebles, parándose y mirando detenidamente algún libro o papel escrito. Dragon se tumbó en la cama, tenía un gran dosel y cortinajes de color rojo recogidas en los laterales con unas cadenas que terminaban en unos adornos metálicos en forma de garras. Iris cogió un libro de bonitos dibujos de dragones y princesas y se tumbó junto a él.

—¿Esto es un cuento infantil? —Dragon tomó el libro y leyó el título.

—Ja, ja, ja... esto es el «Camasutra dragonil». Mira los dibujos. —Iris abrió con suspicacia, *me toma el pelo*—. Cuando el primero de nosotros decidió relacionarse con una humana surgió un gran problema. Los arañazos y mordiscos forman parte de nuestros juegos amorios. Cuando tenemos relaciones parte de nuestras barreras se bajan y nuestra parte animal... ¡Ojito con lo de animal! —Amenazó divertido con el dedo—. Sale a la superficie, difícil de controlar, estamos desinhibidos y a medida que el placer nos envuelve esa parte toma las riendas. Con una dragona carece de importancia; podemos terminar copulando como dragones. Con las primeras humanas los resultados fueron desastrosos... —Iris abrió los ojos desmesurados—. Aquella vía de supervivencia para mi raza, era impensable. Entonces apareció Wuil. Este dragón se enamoró de una humana, no buscaba un simple revolcón, deseaba formar una familia y tener tantos hijos como los astros le concedieran. Estuvo un año acercándose a su esposa y manteniendo pequeños juegos, cuando la cosa subía de tono se alejaba. Desarrolló todas estas posturas donde ella disfruta tanto como él, sin sufrir un accidente fatal... —Dragon iba a continuar cuando Iris levantó la mano y le hizo callar.

—¿Una mujer disfruta con un hombre-dragón? —Iris cerró el libro y lo depositó en la mesilla.

—Un caballero no habla de sus conquistas, tampoco te diré lo bueno que soy en la cama..., sería un fanfarrón y tendrías que contrastar lo que te digo. —Dragon acarició la mejilla de Iris, llevó la mano por detrás de la nuca y acercó el rostro al de ella. La besó, una y otra vez, primero los ojos, después la nariz y por último los labios. Iris cayó suavemente sobre el cuerpo de él con el corazón acelerado—. No quiero despertar jamás.

Dragon no estaba seguro si todo aquello violaba el código del «buen amigo», debía abandonar

aquel juego, enfriar la situación y que ella se alejase. La culpa, el sentido del deber o la deuda hacía Drako, era un peso constante sobre los hombros. *¿Es amor lo que sentimos el uno por el otro? O la soledad,* pensó mientras acariciaba aquellas mejillas arreboladas. Dragon no podía obviar que Iris llegó buscando el amor ideal, el de aquel vikingo que susurraba palabras tiernas: «no podría vivir sin ti», «la vida no tiene sentido sin mi ángel de la guarda», «si tú me faltas me muero». Pero en lugar de ese amor, que quizá con el paso del tiempo había idealizado, se enfrentó a una realidad insana, que la sometía y la mermaba el yo interno.

Él perdió al único amor que conoció, su hermano se lo arrebató por capricho. Se adaptó a la soledad, buscó la compañía de otros seres lejos de su mundo y encontró a un niño que resultó saludable en aquellos años de amargura, el joven Erik, pero no quiso pensar en él, porque le traicionaba también.

¿Ambos sentimos desesperación por encontrarnos solos? Pensó mientras miraba a Iris acurrucada a su lado. Por eso se dejaban arrastrar por una relación que traería más dolor aún. *Por no esperar, ¿uniría mi camino a la persona equivocada o a lo mejor lo es y la dejo escapar por una lealtad mal interpretada?* Valoró la situación, Erik el vikingo sí podía amar a Iris, pero Drako... Su amigo sentía atracción, pero no creía que fuera amor. Aquella exposición constante de Drako a los pensamientos de Iris, la cercanía y las historias que le hablaban de él en otra época más amable de su existencia, le decían que tenían que querer a aquella mujer porque ya lo hizo en su juventud.

Iris era otra historia, una nueva reencarnación de sí misma, sin memoria. Vino buscando a un vikingo y encontró a un demonio que la rechazó. *¿No pueden las páginas de este nuevo capítulo escribirse con otro personaje, con un dragón? El ahora es lo que cuenta.*

—Aquí y ahora, no hay nada más —dijo Dragon. Pero él sabía que toda aquella reflexión justificaba ese remordimiento y estaba basada en el egoísmo. Una cualidad indeseable. No tenía en cuenta la opinión de Drako.

Dragon metió sus manos por debajo de la camiseta de Iris, deslizó hacia abajo la tela del sujetador y acarició un pecho. Contuvo la respiración por una fracción de segundo, esperó el dolor que supone el rechazo.

Iris notó la mano que duda de lo que hace, no por falta de experiencia, sino por miedo a que ella huya a los brazos de otro hombre. Pero necesita aquellos estímulos, ese afecto cercano que la hace sentir deseada, emociones con las que soñaba en aquel hospital frío y distante. Las manos de Dragon se demoran, lentas, en cada caricia y en cada una aumenta la ternura. Necesita aquel contacto, es como el alimento que requiere su alma, el que buscaba al llegar al Valhalla. Le llega la fuerza y la resistencia en aquel tacto amable. Sobran las palabras. La presencia de Drako se equipará al vacío, Iris expuso sus sentimientos y quedó desnuda e ignorada, ahora solo quiere sentirse amada.

Dragon acarició el pezón sonrosado de Iris, besó con delicadeza aquella piel suave y lamió los rincones del cuello. Iris se agitaba nerviosa bajo la presión de su cuerpo. Una duda cruzó su mente: *¿Será virgen?* De una forma extraña solo el hecho de pensarlo algo cambió dentro de él. La figura de Drako se hizo más presente entre ellos. Esa relación erótica que estaba dispuesto a llevar hasta el final, saltándose las lealtades y todas las barreras éticas y morales, si existieran, tenían para él un gran simbolismo. Podía agarrarse a la última conversación que tuvo con Drako, pero no podía fiarse de los recuerdos de un demonio.

Ella perdería la pureza, la castidad y la inocencia con él. *¿Realmente desea que sea yo?*

Cuando volvió a mirarla, la camiseta había desaparecido y el pantalón de chándal descansaba tirado en el suelo. El tanga a juego con el sujetador, casi transparente, dejaba ver su zona íntima carente de vello. Se le notaba la excitación en aquellos movimientos torpes donde intentaba insinuar su sexualidad. No necesitaba más prueba que aquella para saber que Erik nunca yació con ella como hombre.

Dragon acarició el ombligo de ella, que subía y bajaba a compasado por una respiración agitada. Dentro de su cabeza seguía pensando que aquel instante le pertenecía a Drako, que en el pasado las envidias de unos y la codicia de otro se lo arrebataron. Pero su cuerpo era ajeno a tales remordimientos, su mano derecha se deslizó hacia la tira del tanga y la rompió. Iris emitió una risita nerviosa mientras abría ligeramente las piernas. Fue deslizando esa mano desobediente lentamente hacía allí donde ella temblaba inquieta. Su tacto le recordó la piel del melocotón, presionó sin más intención que sintiera su presencia sin invadir el cuerpo. Ella actuó como él esperaba, cerró las piernas y le miró con una confusión mezcla de deseo y temor.

Deseaba hacerla suya, pero incluso en su propio sueño, el nombre de Drako golpeaba como un martillo; con todo aquello violaba algún tipo de contrato de amistad. *¿Por qué me asaltan todos estos pensamientos?* Aquello no ayudaba nada, ni al deseo ni a la excitación ni al orgasmo.

—¿Qué significa? —dijo Iris para relajar la atmosfera tensa en la que se había transformado un momento tan íntimo.

—¿Mi tatuaje? —Un gran círculo con un dragón de fuego, de su boca salían grandes llamaradas y en las garras sujetaba un enorme sol—. Es mi emblema. —En la parte de abajo se veían tres pequeñas esferas con idénticos dragones, la diferencia eran los objetos que portaban en sus garras cada uno de ellos.

—¿Las esferas tienen diferentes objetos? —añadió Iris pasando la yema de los dedos sobre ellas.

—La grande es el reino del Fuego; la pequeña del centro, el reino del Viento: de la boca sopla aire y en las garras lleva una pluma de águila; la de la derecha, el reino del Hielo: escupe escarcha que congela lo que toca y sujeta un astro; por último y no menos importante: el reino de la Tierra, que protege el cáliz de la vida

—Los cuatro reinos.

—Sí. Cuando dejé mi hogar molesto conmigo mismo...

—Por las acciones de tu hermano, ¿dirás? —puntualizó ella.

—No. Siendo justo con todos, pero sobre todo conmigo, no puedo seguir engañando. Me fui porque no supe gestionar el duelo por la muerte de mis padres. Tenía miedo y rabia. Miedo porque me sentía huérfano, a pesar de mi edad me veía como un niño indefenso, murió esa figura que siempre estaba ahí para aconsejar y socorrer. Y rabia, por lo absurdo de estas ancestrales costumbres de entrelazar las vidas... mi madre podría haber vivido muchos más años...

—Lo siento tanto —Si en algún momento pensó que aquel acto era romántico, ahora veía la amargura que dejaba tras de sí.

—No salté inmediatamente a tu dimensión, visité los otros reinos. —Iris comprendió que en aquellas palabras se encerraba un gran dolor—. Era una herida abierta que el tiempo no cura y pensé que un padre de reemplazo podría mitigar tal sufrimiento. Mis hermanos parecían tener recursos suficientes para superar aquel duelo, pero a mí... —Dragon se sentó apoyando la espalda en los cojines y almohadones—. Pero la sorpresa fue mayúscula. Yo como única excepción en miles de años dominó la magia de los cuatro reinos.

Dragon bajó la cabeza y besó los labios de Iris, sentía el mismo deseo, pero había una barrera

entre ellos.

—Tú eres el mejor amigo de Drako —dijo Iris—. Ambos le traicionamos haciendo esto...

Que complejo era el amor, fascinante con la mezcla de emociones, felices ante el roce de una caricia y desconsuelo ante la idea de la infidelidad. Pero la pregunta que parecía no estar dispuesto a contestar era: ¿amor o enamoramiento? Dragon no perdería la oportunidad de ser feliz y basándose en este pensamiento tenía miedo a la conclusión a la que llegó minutos antes: la dependencia emocional llevaba a ambos a idealizar aquella relación.

—¡¡¡Sssssss!! Alguien nos espía —dijo Dragon cubriendo el cuerpo desnudo de Iris con una sábana. Apagó las velas y escuchó el débil sollozo de ella bajo su cuerpo—. ¿Qué te sucede?

—Tengo miedo a la oscuridad... Veo cosas horribles... Enciende una. ¡Te lo ruego! —suplicó Iris. Dragón hizo aparecer una llama en su palma con la que prendió el pábilo de la vela de la mesilla. Acarició la melena de Iris y besó la mejilla—. ¡Gracias! —Iris miraba como la llama oscilaba.

—No hay de qué. ¿Crees que te puedes quedar sola mientras averigua quién quiere una sesión de porno gratis? —preguntó inquieto.

—¡No me dejes...! Ahora que hemos cerrado el telón se irá aburrido. ¡No me dejes! Abrázame el resto de la noche, no me sueltes, quiero sentir tu cuerpo cálido junto al mío... quiero dormir sabiendo que estoy a salvo.

—Jamás te dejare..., pero mataré al que ha interrumpido este momento. —Dragon acomodó su cuerpo y abrazó a Iris, era la sensación más reconfortante que sentía desde hacía años.

—Mañana... Lo matamos mañana... no desaparezcas. —Iris se unió a Morfeo en los brazos de Dragon.

Capítulo 37

Reino de los dragones del fuego, 21 de junio de 2019

«Alcanzar una meta que no va con los valores personales es difícil», así comenzó su alegato cuando Urín le ordenó delante del consejo que fuese al reino del Hielo a enumerar las exigencias del único rey válido. Su misión era acabar con aquella guerra sangrienta que extinguía a su raza; iría a todos y cada uno de los reinos, pero en son de paz. No era tonto y sabía que la verdadera intención de su hermano es que dejara sola a Iris.

Detrás de él cabalgaban Saúl y Kron. Ellos tenían otro plan de acción. Los espías de Urín habían informado que se estaba formando en el norte un grupo de revolucionarios que alteraban el carácter adormecido de los campesinos y muchos se negaban a pagar los tributos abusivos. Y aunque Mika ordenó la destrucción de los pueblos y aniquilar a todo el que se opusiera, Dragon indignado se ofreció para mediar en el conflicto.

—Aunque no sirva de consuelo, si algo la sucede lo sabrás —dijo Saúl ante la mirada furibunda de Dragon.

—Ya. —Dragon ajustó el paso al de sus hermanos.

—No llegarás a tiempo, pero ... —añadió mirando a Kron—. La esposa de Kron se cayó del caballo, una tarde de verano antes de que comenzara este sin sentido de dominar el mundo. Se partió la columna... Desde entonces está en silla de ruedas. —Saúl bajo la mirada en señal de pesar.

—El dolor fue tan agudo y profundo que me cortó la respiración. Estaba con Arón cazando y fui incapaz de moverme en cinco minutos... Leire... regresamos al castillo y allí mi mundo se vino abajo. —Kron espoleó al caballo y se alejó de ambos.

—Ella dejó de vivir... era alegre y divertida. Su hija ha heredado su vitalidad...se llama Azahar. —Saúl redujo aún más el paso—. Si la hace algo, sentirás en tus carnes su dolor. Sé que no reconforta, pero por lo menos te sosegará el alma, deja de imaginar miles de atrocidades. Urín sabe a lo que se expone... Todavía conserva algo de cordura, no se enfrentará a ti. — Precisamente eso era lo que inquietaba a Dragon, no saber qué le sucedía a Iris, para el salvar la distancia que les separaba se resolvía abriendo una puerta que unía dos espacios.

Vestidos con gruesos trajes de piel y sin portan ningún estandarte ni emblema del reino al que pertenecían, entraron en la ciudad de Iceberg, tras haber solucionado el tema de las revueltas. En otro tiempo aquella ciudad levantada de hielo y sobre un glacial era lo más hermoso que Zor había visto, hoy destrozada; el palacio guardaba algo de su antiguo esplendor. El pueblo levantaba el reino de escombros, pero dejaba aquel terreno, antes símbolo de su poder y ahora recuerdo del abuso de un tirano. Nadie les detuvo y a nadie pareció importar su presencia, miraban hacia otro lado evitando ver y ser vistos.

Al llegar al palacio Saúl desmontó el primero, seguido de Kron y por último Dragon. Se dirigieron a las puertas que estaban abiertas de par en par, aquel gesto no era sinónimo de

hospitalidad, sino el recuerdo de una batalla que todavía pesaba en el corazón de sus habitantes y no tuvieron fuerzas de colocar unas nuevas bisagras. Las dos reinas del Hielo, Nieves y Escarcha, las esposas repudiadas de su hermano Urín, les esperaban unidas de la mano en lo alto de la escalinata. Saúl y Kron hicieron una genuflexión perfecta, Dragon se limitó a observarlas, para él todo aquello carecía de importancia y por algún motivo sabía que para ellas también.

—¿Cómo permitiste que esto sucediera? Tú que compartiste nuestra mesa y te recibimos como a uno más. Mi padre te adoraba y mi madre te quiso como a un hijo. ¿Por qué permitiste esto? — El estupor en la cara de Saúl y la incredulidad de Kron, pasó inadvertida para Dragon que caminó hacía ellas sin dar explicaciones. Hincó la rodilla en el suelo.

—Jamás hubiese permitido tal atrocidad. De saberlo, aunque fuera la ínfima parte..., nunca me hubiera ido. Mi espada hubiese formado parte de vuestro ejército y hasta mi última gota de sangre la derramaría por vuestro padre y vuestro reino. —Dragon se levantó y dio dos pasos hacia ellas, ellas dos pasos hacia atrás; no confiaban en los dragones del fuego—. Es tarde, lo sé, pero estoy aquí para deciros que esto se acabó.

—Llegas tarde. Mira a tu alrededor..., ¿qué ves tú? Yo desolación... ¿A quién quieres proteger? Mi familia está muerta, nosotras caminamos hacia la extinción —dijo Escarcha—. Tu hermano eliminó a todos nuestros varones..., los huevos que tenemos necesitan la fuerza de los dos sexos para nacer... ¿Acaso eres tan ignorante como Urín? —Nieves acarició a su hermana la cara y la hizo callar.

—Escarcha, Nieves..., aunque no creáis en mis palabras, reconoceréis mis actos... ¡No habrá más matanzas! Amáis a vuestro pueblo, no le dejéis languidecer, encontrar la fuerza que os ayude a seguir. —Ambas mujeres se miraron.

—Cuando muramos no quedará nada... Ningún dragón nacerá jamás con los poderes del hielo. —Dragon miró el palacio y los alrededores al escuchar las palabras de Nieves.

—¿Por qué no se deshiela vuestro reino?

Se sintieron confusas al entender aquella realidad en la que no habían reparado. Su sociedad era patriarcal, asumían una desigualdad en prejuicio de la mujer, la cual nunca tenía más autoridad que el hombre, incluso la magia era más poderosa en el macho que en la hembra dragona. Sin dejarse vencer por la confusión ni entregarse al miedo, se dieron cuenta que, si su mundo seguía en pie, era por la presencia de un varón, ellas eran el soporte vital de la vida, de esos huevos que continuaban latiendo, ellos el corazón del reino, los cimientos, el soporte.

Cuántas veces, Nieves, habría increpado a su padre por este tema y cuántas veces él se había encogido de hombros a modo de respuesta. «He conocido a lo largo de mis años de vida a mujeres más dignas de llevar esos poderes que algunos príncipes pomposos. Me casé con una de ellas, pero los astros solo os otorgan el poder de la vida y la sanación». Su padre mejor que nadie entendía lo absurdo de aquella realidad, padre de ocho hijas y ningún varón, veía en cada una de ellas una fortaleza y valor de la que carecían muchos hombres.

—Quizá al desaparecer..., la naturaleza que es sabia, otorga ese poder al descendiente vivo, aunque sea una hembra —dijo Saúl.

—¿Cuánto tiempo tardará tu hermano en atacarnos? Buscó los huevos, le dimos el escondite de los diez últimos para aplacar su furia... Los destrozó con su propia espada —dijo Escarcha—. ¿Ahora iréis con el cuento de que hay más, que nuestro reino no se deshiela porque hay un varón entre ellos?

—Os he dado mi palabra. No pude salvar a vuestros padres, pero si puedo protegeros a vosotras y vuestra descendencia —dijo Dragon.

Dragon hincó los talones en su caballo. La visita al reino del Hielo había sido una de sus cuatro paradas. El tiempo corría en su contra, no le gustaba la idea de que Iris estuviera a merced de Urín y su nueva esposa, que con solo pronuncia su nombre «Mika», se erguían los pelos de la nuca. Él sabía la razón de por qué el reino no se deshelaba y los huevos no se convertían en piedra. Ellas no habían asumido los poderes del varón como aseguró Saúl, era porque él portaba los emblemas de los cuatro reinos, pero no estaba dispuesto a poner una diana en su espalda.

Capítulo 38

Castillo de los dragones del fuego, 24 de junio de 2019

Dragon cruzó el puente levadizo a tal velocidad que los hombres que hacían guardia recogieron del suelo sus lanzas. Espoleó su caballo en el último tramo y atravesó los corredores a la velocidad del viento, directo a las caballerizas. Al girar la esquina de la última casa, allí estaba ella vestida con un hermoso traje rojo de líneas rectas y formas geométricas que cubría los pies, confeccionado en terciopelo, estilizaba la figura delgada de Iris. La melena negra recogida en una trenza que nacía en la raíz de su frente y llegaba hasta la cintura.

Dragon saltó del caballo y corrió a los brazos de ella, olió su perfume de jazmín con un ligero toque de madreselva y acarició su mejilla contra la de ella. El vestido la hacía más hermosa si aquello era posible, aquel hermoso color rojo vivo con un borde en filigranas doradas destacaba en su piel blanca, el escote generoso marcaba la redondez de su pecho. Sobre este descansaba un gran medallón: dos dragones entrelazados.

—Es algo ostentoso, veo que te has fijado en él —dijo Iris—. Le dije que era demasiado hermoso para mí. Urín me contestó que tú sabrías apreciar el detalle y valor. —Dragon acariciaba el medallón entre los dedos.

—Lo mandó hacer mi padre cuando se casó con mi madre, como muestra del amor infinito que la tenía. La última vez que lo vi acompañaba al cuerpo de la reina Arka a su última morada. —Iris tocó el medallón.

—¿Me estás diciendo que fue capaz de profanar una tumba? —Iris llevó las manos al enganche. Pero Dragon negó, eso era lo que Urín esperaba—. Es algo retorcido tu hermanito.

—Es una provocación como tantas otras. —Dragon suspiró—. Siempre fue cruel y despiadado, pero respetaba la figura de mis padres. Ahora no respeta su memoria.

—Vamos a dar un paseo, enséñame tu mundo.

Se adentraron por el bosque hasta llegar a un río, caminaron por la orilla y comenzaron el ascenso de una pequeña colina. Llegaron a la cota más alta del monte donde nacía una cascada formando una piscina natural de aguas transparentes, un fondo rocoso y hermosos peces de colores formaban un conjunto idílico lleno de árboles de verdes hojas y flores de vivos colores. Dragon abrió los brazos y giró sobre sí mismo mostrándole todo el entorno.

—He recorrido lugares a lo ancho de dos mundos, pero ninguno tan increíble como este.

—Cuando un lugar tiene buenos recuerdos se convierte en un sitio único e inigualable —dijo Iris.

—Sí, me produce nostalgia, aquí tengo los mejores recuerdos de mi vida junto a mis padres y mis hermanos. Ves esa cascada, al otro lado hay una gruta si sigues por ella te llevará a un viejo volcán donde existe un microclima tropical, allí dentro viven los Pegasos.

Dragon ayudó a Iris a bajar hasta la orilla de la piscina natural. El vestido sería hermoso pero incómodo como pudo valorar ella tras dos intentos infructuosos de saltar una roca. Al llegar con

un movimiento de la mano de Dragon, las ropas, de ambos, desaparecieron dejándole a él con un bóxer negro que marcaba toda su masculinidad y a ella con una ropa interior no tan seductora como la que trajo.

—¿Qué te inquieta? —preguntó al sentir la rigidez en el cuerpo de Iris.

—He sentido miedo... —Cerró los ojos—. Seis hombres vestidos con armadura negra montan unos caballos de idéntico color con máscaras de pinchos... Lanzan redes en cuyo extremo atan piedras...

—Esos jinetes representarán el miedo al agua. —Iris no estaba tan segura que aquel pensamiento respondiera a una interpretación freudiana, pero no dijo nada—. No puedes nutrirte. Vamos a sumergirnos y yo tiraré de ti, cierra los ojos y déjate llevar. Cruzaremos la cascada y verás el otro lado, es impresionante.

Esa estrategia que proponía de todo o nada, no convencía a Iris, pero le veía tan entusiasmado con la idea que calló. El temor a quedarse a mitad de camino sin aire en los pulmones, se hizo tan evidente que palideció y sintió vértigo. Necesitaba tiempo para sumir lo que Dragon estaba dispuesto a hacer, pero no lo hubo, este se lanzó al agua y la arrastró consigo. *¿Qué es realmente lo que temo?*, se preguntó Iris, *¿el agua o los jinetes?* Nadaron hacia la cascada, ella con los párpados apretados y el corazón encogido.

—Abre los ojos... Estás sana y salva.

Caminaron más de media hora por aquella gruta que atravesaba la montaña. La oscuridad y la corriente de aire frío que circulaban por aquellos pasillos hacían dudar a Iris de la belleza del otro lado y de su clima tropical. Pero entonces se hizo la luz. Una flora espesa cubría todo lo que mirase, árboles de impresionantes alturas de hojas tan grandes como las manos de Iris juntas, trepadoras de hermosas flores, todo era vegetación, naturaleza salvaje.

A lo lejos decenas de cascadas caían de las paredes del volcán formando lagunas donde los animales bebían plácidamente. Ciervos, conejos, lobos y algún que otro oso creyó ver en la distancia. Las aves con plumas de increíbles tonos cotorreaban sobre sus cabezas.

Iris se quedó mirando un árbol con una flor: los pétalos por fuera eran de color blanco, dentro de un rojo vivo con líneas de un azul intenso, pistilos amarillos chillón que sin desarmar el conjunto hacía tentador acariciarlo. Primero acercó la nariz, algo tan espectacular tendría que tener un aroma único en el reino de las flores, el olor la desorientó, era dulce como el caramelo recién fundido: «¡Ummm!». Dragon andaba buscando la posición de los Pegasos, cuando sintió un deseo irrefrenable de tocar, pero de tocar *¿El qué?*, pensó. Cuando se giró y vio a Iris alcanzando con el dedo «la flor de la doncella», un sudor frío le cubrió la espalda.

—¡Nooo! —Creó un muro invisible entre ella y el árbol. Se acercó y cortó con su daga la flor, que cayó al suelo como lo haría una pesada rama, después Dragon aplastó con la suela de su bota aquellos hermosos pétalos, dejando a Iris boquiabierta.

—Tienes una forma de llamar mi atención algo brusca. Acabas de aplastar la flor más bonita que jamás haya visto y creo que es la única en su especie. —Dragon se acuclilló a su lado.

—Esa flor que tan bonita te parece..., que seguro bajo tu mirada lo es, yo solo veo un maldito frutó podrido; se llama la flor de la doncella. —Se sentó junto a ella—. Cuenta la leyenda que expulsaron de una aldea a una bruja y a sus dos hijos de seis años, un niño y una niña, llegó a este lugar siguiendo a un Pegaso. Al otro lado dejó demasiados enemigos como para poder regresar algún día. Los niños fueron creciendo y desarrollando las artes de la madre.

»Un buen día una joven cruzó la gruta. El niño, que ya era un mozo, la encontró vagando por los

caminos, como tú, deslumbrada de la belleza de la naturaleza. Él quedó prendado, nunca había visto otra mujer, aparte de su madre y su hermana. Hablaron durante horas y él supongo que vio algo más allá de la sonrisa tímida o la respuesta educada, la pidió que nunca le abandonase. «Menuda locura», dijo ante la propuesta de matrimonio y salió de aquí para no regresar jamás. Un difícil papel tuvo la bruja consolando al hijo y en ese empeño de protegerlo, fue cuando creo esta flor. Con un aroma dulzón y unos colores llamativos, tiene el mismo efecto que la miel a las moscas, las jóvenes que por error entrasen en la gruta serían atraídas por su hechizo y cuando rozase la piel cualquiera de sus pétalos olvidarían de dónde venían y hacia dónde se dirigían. Pero con eso no bastaba, tenían que quedarse para siempre, por lo tanto, una vez borrado todo recuerdo, se enamorarían de la primera persona que viera: su hijo.

»Una mañana, la bruja se levantó temprano y salió de la gruta, caminó por el bosque en busca de alguna joven, pues llevaban casi unos años sin que ninguna entrase. Se encontró con cazadores, granjeros y algún leñador, entre ellos reconoció unas cuantas caras enemigas. Al cabo de un par de horas vio en el río a una muchacha lavando la ropa, no era muy guapa y algo redondita, pero su hijo solo anhelaba compañía y no era muy exigente en cuanto a cánones de belleza.

»Con su magia creo un Pegaso que bajó a beber al río, la muchacha lo vio y le siguió, pero no estaban solos, entre zarzas agazapado había un cazador interesado en el magnífico animal.

»El cazador reconoció a la bruja que caminaba unos metros por delante del Pegaso y la joven, *¿qué pretende la loca?*, se preguntó mientras les siguió. Fue al llegar al claro cuando vislumbró las intenciones, *quiere raptar a la muchacha*. Preparó el arco y la flecha, sin pararse a pensarlo dos veces. Disparó. Con un tiro certero atravesó el corazón de la bruja, que cayó al suelo muerta y el Pegaso se volatilizó en el aire. —Dragon dejó de hablar, pero Iris esperaba más y con un movimiento de manos le animó a seguir—. Ya está.

—¿Cómo que ya está? ¿Por qué odiaban a la bruja? ¿Qué pasó con su hijo? ¿Y la hija? —Dragon arqueó una ceja.

—¿Por qué se odia a alguien? Porque tenía un poder del que todos carecían, envidiosos; porque se acercaron a ella como ovejas y resultaron ser lobos, embusteros. Quizá se enamoró de la persona equivocada, del cacique del lugar, le dio unos hijos y luego descubrió que había decenas que como ella le calentaban la cama en distintos hogares... Cualquiera sabe, por qué la odiaban, por todo esto o quizá por ninguna de estas razones. —Iris escuchaba con los ojos cerrados—. Como todo cuento la moraleja no se basa en qué sucedió con los personajes, sino en que todo aquello que creas influenciado por el miedo, el odio, la ira y la venganza es como este árbol, tiene fuertes raíces, perderá alguna hoja a lo largo de la vida y cientos de flores cuando llegue el otoño y los inviernos crudos y fríos, pero él seguirá inmutable porque se alimenta de lo que fue creado, y llegará el verano, y alguien entrará con miedo, furia, odio y venganza, y nacerá de nuevo.

—Y ¿su hijo?

—Nada se sabe, quizá siga deambulando solo por aquí o salió un día y se dirigió a otro pueblo donde encontró a una hermosa joven con la que formó una familia. —Dragon encogió los hombros—. ¿Y de la hermana? Las mujeres siempre alimentan más las leyendas negras. Creció rodeada de odio y venganza, más poderosa que su madre en las artes oscuras, cansada de cuidar del hermano y arrastrar de él y sus lamentaciones, le convirtió en un caballo negro de increíble belleza. Dejó la gruta hace muchos años y fue a consumir su venganza.

—¡¡¡Guauuu!!! Como narrador no tienes precio. —Iris se levantó y tiró de Dragon hacia arriba—. ¿Cuál sería?

—Querida... tengo un don mayor que el de contar historias. —Dragon se sorprendió tanto como ella al pronunciar esas palabras cuando había decidido ser leal a Drako.

Rieron durante un rato mientras bajaban un empinado camino que terminaba en una gran pradera.

—¿Por qué vendiste tu alma? —preguntó Iris.

—Yo no vendí mi alma.

—¿Cómo? ¿Estás en el Valhalla?

—No creas que no tengo motivos para vengarme, pero no veo suficiente razón... Cuando un dragón vende su alma, vende algo más, vende la magia, el dominio de los cuatro elementos que dominan el Universo. ¿Quién estaría dispuesto a sacrificar eso? —Dragon miró a Iris y no pudo evitar pensar si ella sería suficiente motivo para cometer tal locura, un dragón sin su magia no viviría, pero ¿merecía la pena vivir sin ella?

—Drako... ¿lo sabe? Creo que todos piensan que lo hiciste.

—Es fácil creer lo que uno quiere. Drako sabe mi naturaleza y conoce la verdad —contestó Dragon—. A diferencia de los humanos, nosotros tomamos ejemplos de los actos de los demás. —Hizo una pausa—. Cuando Drako vendió su alma, quedó solo y desamparado en un mundo a un más cruel que el que conocemos, ese que encadena al Valhala. Se debatió durante un tiempo entre su nueva naturaleza demoniaca o continuar con esa parte angelical que alguien en su nacimiento le concedió... —Dragon caminó cabizbajo—. En este punto llegué yo. El necesitaba un guía en un mundo de oscuridad y yo formar una nueva familia por muy estafalaria que sea. Nos conocíamos de antes, pero en aquel momento se forjó una amistad inquebrantable. ¿Y tú te quedarás en el Valhalla?

—En estos momentos estoy feliz. No sé si antes fui o no, pero desde que desperté, te garantizo que todo es una carrera de obstáculos y cada vez estos son más grandes. —Iris frotó nerviosa las manos—. Pienso continuamente en Drako..., siento que lo estoy traicionando y no entiendo por qué. Sé cuándo está enfadado, preocupado o en peligro... Una continua conexión con alguien que cuando me ve solo emite gruñidos e insultos entre dientes. No me veo lejos de ese hotel.

—Drako te ama a su manera, ni mejor ni peor, es un demonio y no puedes olvidarlo por muy noble que sea. Sois la cara y la cruz de la misma moneda. Esa continua obstinación de alejarse de ti, es el único modo que cree de protegerte de él y de gente que estaría dispuesta a hacerte daño solo por joderle a él. —Dragon no quería decir nada que arrojase a Iris a los brazos de Drako, pero en el fondo sabía que aquella mujer no le pertenecía, su camino se ligó con el de su amigo mucho tiempo atrás—. Te quiere y daría su vida por segunda vez por ti...

—¿Por segunda vez? —Iris se paró y le cogió del brazo enfrentando sus miradas—. ¿Cuándo?

—Este es el sueño más extraño del mundo..., pero de perdidos al río. Drako..., bueno nuestro querido Erik el vikingo vendió su alma para vengar tu muerte... con este trato pasó a llamarse Drako y desde ese día vive sujeto a su contrato. —Iris se tapó la boca con la mano ahogando un grito.

—¡Dios mío! ¿Me estás diciendo...? ¿Yo soy la culpable de...? —Iris lloró sin consuelo. Ahora comprendía porque Drako no soportaba su presencia, cómo podían convivir bajo el mismo techo, ella era un recordatorio continuo de por qué su vida era tan miserable.

—No, no, no... Cada uno es culpable de sus decisiones, tú eres como él, otra víctima de este endiablado mundo.

—¿Cómo me he atrevido siquiera a...? Entiendo los malos modos, las quejas y palabras groseras... Soy merecedora de ellas y muchas más. Y yo me siento dichosa porque estoy aquí

viviendo un sueño contigo donde por una vez soy feliz... ¿cómo me he atrevido a ser feliz cuando por mi causa Drako jamás encontrará la paz?

Capítulo 39

Castillo de los dragones del fuego, 26 de junio de 2019

Vivir sin ganas. La tristeza y la apatía se apoderaron de la alegría y la locura de Iris. El presente no existía y el futuro aún menos. Las noches las pasaba en vela, martirizándose por realidades inventadas, aumentando las preocupaciones; levantarse cada mañana era un suplicio y el día se presentaba como una cuesta arriba cuya cima era imposible de alcanzar.

Dragon sentía el dolor de Iris. Veía la sonrisa forzada, sin ilusión alguna, que le dedicaba al despertar. Nunca sabía que responder a tanta amargura, porque cualquier frase de ánimo no reconfortaba, es más, la replegaba a un interior sombrío y solitario. «Estoy aquí, Iris, entiendo tu sufrimiento, comprendo por el infierno que estás pasando: te apoyo y te escucho», alcanzaba a decir casi con miedo de que sus palabras se tergiversaran.

La conclusión a la que llegaban una y otra vez era la misma: Drako estaba en aquella situación por la culpa de Iris. Y por más explicaciones que dio Dragon, ninguna la hizo cambiar de idea. Las luces se apagaban y en el silencio y la quietud de la oscuridad los pensamientos la asaltaban, su voz interior no se quebraba por muchas vueltas que diera en la cama. Cerraba los ojos y allí estaba Drako orgulloso y altivo, sudoroso y cansado de pasarse toda la eternidad cazando almas negras, ya no le parecía tan malo su mirada fiera y fría, se la tenía merecida.

Iris durante la mañana había tomado una decisión y estaba dispuesta a llevarla a cabo, para eso tenían que regresar o despertar. «He regresado de entre los muertos, llegué al Valhalla y tengo que enmendar el daño ocasionado». Unos golpes interrumpieron la conversación.

—¡¡Abre!! Zor estamos en problemas —susurró Arón al otro lado de la puerta—. Urín... Ha cometido la mayor tropelía que te puedas imaginar.

—¿No podemos esperar a mañana para la reprimenda? —dijo Dragon sentándose en la cama—. Ya tuve mis palabras con él al llegar.

Estaba cansado de solucionar los entuertos de Urín, desde que volvió del reino del Hielo, no dejaba de ir de un lado a otro; calmando los nervios de campesinos y granjeros que se veían maltratados por aquellos caballeros negros que justificaban sus actos con los privilegios que la reina les otorgaba y defendían con las armas la resistencia que encontraban a tales abusos. No habían pasado ni cuatro horas desde que llegó cuando le reclamaban de nuevo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Arón.

—Al llegar había un hombre junto a un joven apostados en la entrada, al pasar uno de los dos dijo: «Violaría a tu mujer hasta que esta gritara piedad en ocho lenguas diferentes». Bajé del caballo de un salto y agarré al muchacho por el cuello. —Arón frunció el ceño—. El padre entre suplicas y ruegos me hizo comprender el dolor que sufría su hijo al saber que su prometida estaba obligada a yacer con nuestro amadísimo hermano.

Dragon se dirigió tan rápido como pudo a la habitación de Urín para evitar tal vejación. La puerta la custodiaban Saúl y Kron que intentaron impedirle el paso, pero Dragon los apartó de un

manotazo y les arrancó los emblemas de la familia que portaban en el pecho de la chaqueta. «Sois indignos de llevarlos».

Entró en la habitación tras romper de una patada la puerta. Con un movimiento de su mano lanzó a Urín por los aires, que no se esperaba tal ataque, se acercó a la muchacha y la cubrió con la manta, la acompañó a la salida y ordenó a sus hermanos que la llevaran junto a su prometido que aguardaba en la entrada. Urín se levantó aturdido:

—¿Cómo te has atrevido a entrar en mi habitación y atacarme? Y ¿dónde están esos dos inútiles?

—No puedo creer lo que veo, si alguien me contase todo esto, te juro que lo mataría por difamarte... ¿Cómo pueden decir que somos hermanos? ¿De qué clase de pasta está forjada tu alma...? Eres ruin, mezquino, déspota, tirano... Ahora entiendo muchas cosas, porque careces de magia y no estás en sintonía con los elementos. —Urín quería arrancarle la cabeza, pero estaba en sería desventaja—. No mereces la corona que llevas en la cabeza.

Dragon salió sin darle la oportunidad a la réplica, tampoco Urín iba hacer uso de ella. Se levantó sin dejar de mirar hacia la puerta por si regresaba y seguía golpeándole, pero en lugar de su hermano entró su esposa con un gesto divertido. Se sentó junto a él en la cama.

—Podrías llamar... ¿Dónde has estado? —bufó.

—No hay puerta —dijo Mika con un mohín ingenuo que enfureció más a Urín—. Bueno, bueno... ¿A qué estabas jugando?

—No he sido yo, sino mi hermano Zor. Resultó ser un puritano. —Se levantó y dio una patada a la silla lanzándola contra la pared—. ¡Me desquicia!

—Échale..., como rey estás en tu derecho, no te muestra lealtad ni respeto, incluso te desafía constantemente. —Acarició la espalda de Urín. Odia al esposo, pusilánime y débil, pero ella tenía planes para él que la aportarían suculentos beneficios y la venganza esperada.

—No digas tonterías... La gente lo convertirá en un mártir. Tengo que eliminarlo, hacerles creer que se ha ido como la primera vez... —El plan era endiabladamente arriesgado, pero si funcionaba se libraría para siempre de Zor e incluso le daría una lección de poder.

—Veo que tienes algo en la cabeza... ¿Qué es amorcito? ¿En qué puedo ser de utilidad? —Mika necesitaba un poco más de tiempo para conseguir su propio objetivo: destruir a todos los dragones.

—Tenemos que engañar a Zor... que se aleje de Iris, la usaremos contra él.

Dragon dejó a un lado sus pensamientos:

—Arón... Desembucha o te echo de aquí de un puntapié. —Iris se acercó a Dragon y colocó su mano sobre el hombro.

—Nuestro hermano tiene retenido en los calabozos desde hace dos días al hijo menor del rey de la Tierra... Si no fuera por mis visitas nocturnas a las habitaciones de las doncellas... —Inclinó la cabeza con respeto hacia Iris, pero con una sonrisa picarona—. Hay damas en nuestra presencia y no voy a detallar más. —Dragon puso los ojos en blanco ante tal fanfarronería—. No habría descubierto como la guardia personal de la reina, sacaba a escondidas un fardo bastante voluminoso y lo arrojaba al río... Con no poco riesgo, me he lanzado a las frías aguas y he sacado..., lo que era ¡un cadáver! —Dragon se puso en pie—. El hermano del rey del reino de la Tierra, el instructor de su hijo pequeño... y conociendo que no va el uno sin el otro... deduzco que no andará muy lejos. —Encogió los hombros ante su perspicacia—. Bueno eso he pensado... me he colado por esos pasillos endiablados que, si no fuera por las horas de juego empleadas en ese

lugar, estaría pidiendo a gritos que me sacasen de allí... Estaba pensando que no tenían a nadie retenido en contra de su voluntad, cuando escuché un lamento y los encontré... Está encadenado y cuatro guardias le custodian.

Dragon estaba calculando los daños que una acción tan estúpida podían causar. La muerte del heredero del reino de la Tierra acarrearía una guerra, se les uniría el Viento y esto acabaría con la existencia del reino del Fuego. El equilibrio se desquebrajaría.

Capítulo 40

Castillo de los dragones de fuego, 26 de junio de 2019

Dragón no deseaba una guerra en las tierras donde sus padres descansaban, aquel reino que fuese la envidia de los demás estaba quedando reducido a la nada, cada mala gestión de su hermano conducía a la destrucción.

Al girar en la última esquina vio a dos guardas apostados en la entrada de uno de los calabozos, estaban equipados como para una batalla, lo que le hizo plantearse por unos segundos: *¿Cuál es el fin de tal despliegue?* Se volvió cauto temiendo una trampa detrás de aquella puerta.

Encadenado a la pared con el torso desnudo, lleno de pequeños hematomas y heridas sangrantes, se encontraba el joven Cast, al que la última vez que vio era un recién nacido. Con la cabeza caída hacia atrás en una contorsión casi imposible se hallaba inconsciente pero vivo. Nadie más. *Tiran el cadáver del tío al río, propinan una paliza a Cast hasta dejarle moribundo y abandonan el lugar con dos simples carceleros, ¿por qué?* Hizo desaparecer las cadenas que tenían al muchacho sujeto a la pared y antes de que el cuerpo se desplomara en el suelo lo sostuvo entre los brazos. Si Urín le esperaba en cualquier recodo, esquina o pasillo, se llevaría una gran desilusión, pues había aprendido en sus años de ausencia más de un truco de magia. Invocó una puerta y la cruzó.

Una sonrisa maquiavélica salió de entre las sombras, bajo la protección de la magia negra de su esposa, Urín observó al temible adversario al que estaba dispuesto a retar. Conocía de las capacidades de Zor, pero jamás había visto abrir una puerta con aquella facilidad y sin la forma de dragón. Nada de todo aquello le disuadió de seguir con el plan trazado. Estaba cegado por la envidia y los celos. No era una emboscada lo que tenía preparado, no eran guardias custodiando a un reo, sino su guardia personal. Se dirigió con paso resuelto al salón del trono donde esperaba su estúpido hermano Arón, tan fácil de engañar, y la hermosa Iris. Deseaba ver la cara de Zor cuando descubriese que tanto poder, tanta puerta no le valían de nada si su única debilidad estaba bajo su control. Infringir dolor a Zor a través de Iris, qué sencillo.

Urín entró en la sala con una alegría descontrolada, las dos puertas golpearon las respectivas paredes. Mika le aguardaba asqueada sentada en el trono. Arón atado con las manos en la espalda y con una espada sobre su cabeza esperaba de rodillas el desenlace de aquella locura, Saúl y Kron, de pie y junto a Iris, estaban rodeados por la guardia personal de Mika.

Pasó junto a ellos sonriendo feliz, nunca nada ideado por él había salido tan bien. Posó el pie en el primer peldaño cuando se giró y se acercó a Iris, extendió la mano y acarició su mejilla, la lanzó un beso y la guiñó un ojo. Iris permaneció impasible ante aquella muestra de cariño gratuito, que era una provocación.

—Relajaros... Estamos en familia y la familia se reúne en ocasiones... —Urín se sentó en el trono y se recostó sobre el respaldo dejando los pies entrelazados. Todo su plan salía a la

perfección y esto le daba una calma increíble, por una vez dominaba la situación y no está a él—. Pero... ¿cómo puede ser? Si falta nuestro adorado hermano Zor... Se nos olvidó una invitación para él... ¡Ah no! Es una fiesta sorpresa, nuestro invitado estrella: ¿dónde está?

—Te arrancará la piel a tiras, en cuanto sepa lo que has hecho... Has sacado arrastras de la habitación a Iris, la tienes aquí bajo coacción, rodeada de hombres armados hasta las cejas como si ella fuese... —dijo Arón sin disimular el odio que le producía su hermano mayor.

—¡Bueno, bueno... tranquilo! Esto es una fiesta. Nos hemos reunidos los seres que más sentimientos albergamos por él: de amor y... de odio —Se tapó la boca en un acto teatral—. ¡¡¡Uyyy!!! Dije odio... odio... ¿Quién tiene odio ante este humano-dragón tan valeroso y gallardo? ¡¡¡Yooooo!!!

—Estás a tiempo de dejarlo estar... —dijo Saúl.

—Nadie me privará de divertirme y te garantizo que con Iris la diversión va a ser muchísima. Y me importa una puta mierda, lo que los aquí presentes puedan pensar o sentir, no necesito que me cubráis las espaldas... —Urín se levantó clavando los ojos en su hermano Saúl—. ¿Crees que Cast estaba en nuestras mazmorras para encabronar a ese vejstorio de rey? No y no. Mandamos una misiva a nuestro viejo amigo... «Estoy tremendamente arrepentido de mi comportamiento desleal ante los reyes de los reinos amigos. En estos momentos que recupero la cordura y veo todo el mal ocasionado solo deseo firmar un tratado de paz que respetaré en todos y cada uno de los puntos y juro no participar en la redacción, solo me limitaré a firmar y a cumplir con mi propia vida... bla, bla, bla...». Fue muy convincente mi carta porque al día siguiente se presentó nuestro querido Cast con su eterno mentor. Lo demás ha sido pura diversión; la tortura..., bueno el ejército privado de Mika necesita algo de entretenimiento, son inquietos y belicosos y últimamente están muy aburridos. Hace unos días tuvieron una diversión..., perseguir a una joven por el bosque, después por la pradera cerca de los Unicornios. —Urín se sonrió ante el terror que reflejaba la cara de Iris.

—¿Cuándo el rey de la Tierra se entere de tu traición...? ¿No crees hermano que tienes demasiadas brechas abiertas? —preguntó Kron.

—Vuestra inutilidad no ayuda mucho a mi situación. —Hizo una pausa—. Mi desprecio por Zor viene de hace tiempo. Quise matarle desde antes de que naciera... Según íbamos llegando a este mundo, los grandes oráculos dejaban su vida ermitaña de contemplación y bajaban con las piedras mágicas, nos exponían desnudos ante ellas y desvelaban nuestro futuro... —Su tono irónico y su falta de respeto irritante, mostraba los complejos que arrastraba desde la infancia—. Estas piedras mostraban diferentes colores con los que esos viejos interpretaban el futuro. Mis recuerdos de aquel día se limitan a lo que he oído de unos y otros. Contigo Saúl fue emocionante, yo no comprendía el rollo de los colores, pero salieron encantados de la gama cromática: «Un susurrador de caballos». Y ahí estás, en las cuerdas te mueves como pez en el agua, un don para un plebeyo, ¿pero? Luego llego Kron, la misma pantomima, idéntica decepción: «La música», perfecto para un bufón que debe encandilar a la corte, ¿pero para un noble? —Se encogió de hombros—. Padre no estaba contento, aunque vosotros dos contabais con la gracia de madre. —Urín rumiaba la rabia que lo carcomía por dentro—. Pero llegó Zor... Aquel día vinieron todos los oráculos, no uno ni dos ni tres... llegaron diez, los más ancianos, los más venerados. Realizaron miles de preguntas y aquellas piedras no se iluminaron, eso era mil veces peor que en las tres ocasiones anteriores. Que frustración sería ahora: jardinero, pocero... —Rio de su propia broma—. Después de tanto fracaso quizá se fijase más en mí, no dejaba de entrenar y aprender, pero nunca era suficiente. —Las palabras se ahogaron en su garganta.

»Se miraban incrédulos los unos a los otros. Cogieron a Zor entre sus brazos y se lo fueron pasando, le susurraron al oído, palabras que quedaron en su memoria, serían bendiciones o promesas de un futuro lleno de éxito y riqueza, no lo sé. Entonces se acercaron a nuestros padres y dijeron: «Es el elegido». ¿Cómo la ausencia de luz puede ser buena? Mi mundo se hundió y le odié tanto como padre me ignoró a mí. Vendrían a por él cuando cumplierse los cuatro años y se lo llevarían para iniciarle en la magia. Mis padres me miraron como intentando averiguar qué papel jugaba yo en todo ese embrollo, yo era el primogénito y el heredero de su reino..., pero aquellos viejos chochos y sus piedras de colores decían lo contrario, no iban a llevarme a mí, el heredero legítimo.

El silencio cayó plomizo en la sala. Saúl y Kron no recordaban que su padre fuera más frío ni severo con Urín; sí, las mentiras, manipulaciones y lucubraciones que este contaba para dañar a los demás hermanos. Arón solo tenía días felices cuando Zor regresaba de la casa de los oráculos, la dicha en la cara de sus padres, las comidas engalanadas para festejar el regreso y las charlas jugosas en la mesa; el resto del tiempo era escapar de las garras de Urín.

—No quiero la muerte de Zor, por lo menos no hasta que limpie la mugre de los otros reinos. Le enseñaré quien manda... —Urín se sentó de nuevo, agotado, si pensaba por un minuto que todo podía fallar, el vértigo era inmenso, su hermano no dejaría para el recuerdo ni su nombre; le aniquilaría.

—¿Dónde está Zor? —preguntó Saúl.

—Abrió una puerta y se marchó con Cast, no fue muy listo... En estos momentos estará pidiendo disculpas o tramando algún plan para despojarme de mi corona... —Urín miró a su alrededor buscando a dos hombres que aguardaban en una esquina.

Con un movimiento de la cabeza, estos se acercaron a Iris y la cogieron por los brazos, arrastrándola hasta el centro de la sala. Saúl y Kron se interpusieron en su camino, pero el ejército de Mika sacó las espadas.

—No quisiera dar la orden de que os maten, pero si seguís sin colaborar, juro que os quitaré de en medio igual que a perros rabiosos —dijo Urín.

—¿Qué pretendes? —preguntó Saúl señalando a Iris.

—No podemos esperar eternamente a Zor, seguro que no se retrasa más de lo necesario; un acuerdo de traición se redacta en poco tiempo, pero para mí hasta dos segundos supone una eternidad. Vamos a acelerar el proceso. —Bajó la cabeza dando carta blanca a los dos hombres.

Uno de los hombres rasgó la tela del vestido de Iris dejando al descubierto la espalda. Arón gritó e intentó zafarse de las ataduras que le tenían inmovilizado, pero recibió un golpe en la cabeza con el mango de una espada.

—¿Qué pretendes? ¿Estás loco? —Kron se lanzó contra dos de los guardas, seguido de Saúl, pero el ejército de Mika tenía una fuerza sobrehumana que les redujo en segundos.

—No. —Urín besó la mano de Mika que le miró con desdén—. Hace miles de años hubo una guerra encarnizada entre los cuatro reinos. Cuando se firmó la paz entre ellos, después de tantos siglos de lucha, los reyes decidieron que para evitar futuras locuras cada uno de ellos poseería un hechizo con el que anular los poderes de los otros, solo en caso de ataque. Nuestro padre omitió por algún oscuro deseo, trasmitirme esta información, pero mi esposa rebuscando entre sus papeles encontró el hechizo que anula los poderes de Aire, Hielo y Tierra. Cuando entramos en el palacio de Hielo, y después de tirar casi todas las paredes, encontramos la cámara secreta y dentro el hechizo que anula los poderes a un dragón de fuego. —El estupor en la cara de los

hermanos era evidente.

El primer latigazo golpeó contra el suelo, parecía que a los hombres de Mika les quemaba la espera, dieron por terminado la conversación con aquel sonido seco. Iris se estremeció.

—Morirás por esto, lo sabes, ¿verdad? Zor no atenderá a razones y le dará igual si eres el rey o no —dijo Arón.

El primer latigazo fue flojo, ella apretó los labios con fuerza, aquello era soportable sentía un escozor en la piel, pero resistiría sin darle el placer de escuchar un solo gemido o lamento. El segundo, más fuerte y doloroso, pero aguantó. En aquel sufrimiento, en la quemazón de la piel, había un recuerdo enterrado. La memoria olvida los momentos traumáticos para protegerse de ellos, lo sentía como una huella emocional profunda que marcaba de alguna forma su vida anterior. Formaba parte de esas lagunas que tanto intentaba disipar.

El hombre miró a Urín que con la mano dio su consentimiento, el látigo se levantó y cayó con violencia. Un grito rompió el silencio y tras él, el daño infringido por aquel objeto de cuero no cesó en alzarse y caer sobre la espalda de Iris una y otra vez. Todos en la sala aguardaron la llegada de Zor en cualquier momento, todos menos Arón e Iris.

Capítulo 41

Palacio de los dragones de la Tierra, 26 de junio de 2019

Dragon cruzó la puerta con Cast en los brazos, recordaba aquel reino como uno de los más idílicos, con cientos de cascadas rodeados de flores y árboles de intensos colores.

El patio de armas estaba vacío, su presencia por ahora no había despertado la suspicacia de ninguno de los habitantes que compartían el lujo de aquel lugar. Conocía cada recoveco del palacio como si fuese suyo, podía abrir la puerta en la misma sala del trono, pero la posición que llevaba era suficientemente delicada como para aumentar la agresión invadiendo una habitación que para ellos representaba el poder del reino.

Aguardó unos minutos en el umbral de la puerta, para que la guardia acudiera. Dio dos pasos y la puerta desapareció, los soldados salieron de uno de los soportales con las espadas en alto, el rey caminaba detrás con vacilación hasta que reconoció la figura de Zor y la de su hijo.

—Está vivo, inconsciente pero vivo. —El rey se acercó y acarició la cabeza de Cast, llamó a dos soldados que retiraron el cuerpo del joven de los brazos de Dragon y este apoyó la rodilla en el suelo en señal de respeto.

—Gracias. Levántate —dijo el rey Wordly. Había duda en su tono de voz, no sabía si recibir a Zor como el hijo adoptivo que se fue o como el enemigo del hermano que secuestró a su hijo con una falsa paz. Entonces habló de nuevo—: Tu padre dudaba de la naturaleza de Urín, no quería dejar su reino en manos de un muchacho egoísta y malicioso, pero tenía miedo que aquello que los oráculos le revelaron con el nacimiento del primogénito fuera consecuencia de su decisión y sus temores. —El rey tomó a Dragon por el brazo y caminaron a la entrada. Aquel hombre en otro tiempo corpulento y fuerte, era un anciano derrotado y cansado—. Él acabaría con el reino del Fuego, tal y como tu padre lo conocía. ¿Qué hacer para que ese futuro tan devastador no suceda? Lo quisieron y consintieron más que a Saúl y Kron, pero a pesar de todos sus enormes esfuerzos, el tirano que llevaba dentro no se hizo esperar.

Dragon recordaba al niño desobediente, caprichoso, déspota y agresivo. Luego llegaron las amenazas y la coacción cuando no se salía con la suya. Detrás de aquel comportamiento sabía que Urín buscaba sentirse amado, reconocido y aceptado por sus padres, pues de alguna forma que solo el subconsciente entiende, veía ese miedo y rechazo en los ojos de ellos. Zor y sus hermanos protestaban ante las diferencias que existían. Urín nunca tuvo límites, dándole todo lo que pedía se lograban dos cosas: verle feliz durante unos minutos y que no montara ningún alboroto donde alguno de los otros hijos saliese mal parado. Dragon adoraba a su madre, pero reconocía que siempre cedió ante las rabiets, jamás a la de ningún otro hijo que era amonestado con decisión.

Empeoró cuando entró en la adolescencia. Consiguió dividir a sus padres, enfrentándose por la manipulación de Urín: la madre perdonaba los castigos del padre y el padre cuestionaba las regañinas de la madre; «No es tiempo de hablar, ya lo hemos hecho durante dieciocho años y sin resultados, es hora de actuar», gritaba. Pero ya era tarde.

—«El camino que tomas para evitar tu destino es el que te lleva a él» —dijo Dragon.

—Eso pensaba tu padre y nunca cambió la ley a favor tuyo para evitar confrontaciones, con el tiempo hemos visto que el destino es inamovible. —Se le veía tan envejecido, que Dragon se sentía responsable de todo lo sucedido en su ausencia—. Cuando naciste, tus padres vieron el humor negro de los dioses, tú que debías ser el primogénito, que dominabas la magia de los cuatro reinos, que estabas en sintonía con los elementos y el equilibrio, nacías en cuarto lugar... Saúl y Kron abdicarían a tu favor, pero Urín..., Urín era otra cosa, un problema...

Entonces Urín dejó de hablar a su padre, el motivo seguiría allí carcomiéndole por dentro, acumulando dolor, frustración e infelicidad; la razón solo él la sabía, pues a pesar de la insistencia de su madre jamás reveló los verdaderos motivos. Zor sabía que aquella decisión la tomó como tantas otras, sin meditar, a la ligera. Las fricciones las causaba Urín, lo mismo que las desavenencias entre los hermanos, todos siempre estaban dispuestos a mejorar o cambiar lo que parecía que frustraba al hermano mayor, pero él no estaba dispuesto a sanar heridas. Aseguraba que había llegado al límite, sin matizar cuales eran estos.

Un suspiro profundo salió del pecho de Dragon ante el recuerdo de aquel padre que murió sin comprender al hijo al que consintió todo y el rey Wordly intuía los pensamientos que asaltaban la cabeza del gran Zor, le apretó el brazo con cariño. Un extraño cosquilleo hizo a Dragon parar en seco; por la espalda le recorría una mano helada y un susurro llegó a sus oídos, alguien le llamaba a mucha distancia; se giró y miró alrededor.

—¿Pasa algo? —preguntó Wordly.

—Tengo una sensación... ¿no sé? —Dragon reanudó la marcha hacia el interior del palacio.

Pero las voces se intensificaron, aunque no se hicieron más audibles, eran gritos o discusiones. Incapaz de entender lo que sucedía, se soltó del brazo del Wordly, dio dos pasos al frente, extendió la mano y llamó a su forma de dragón. En cuanto los poderes acudieron a él, escuchó las voces con más claridad, era Mordok quien le llamaba, sintió una presión sobre sus hombros sacudiéndole con fuerza, el aliento de este en su cara y dos bofetadas en las mejillas. «¿Qué coño está haciendo!» dijo para sí antes de dirigirse al rey:

—Intentaré detener los planes de mi hermano, de alguna forma debe entrar en razón. Lo que está haciendo destroza no solo los cuatro reinos, sino los mundos paralelos.

—¿Crees que puede afectarle la destrucción de mundo que no conoce?

—Tengo que irme —Extendió la mano para despedirse del rey Wordly cuando el dolor agudo recorrió su espalda.

Reconoció al instante aquel dolor. «Hay dos tipos de sufrimiento—dijo el joven Urín con el látigo en alto—: uno que enseña y esculpe al caballero; otro que doblega y somete al plebeyo. ¿Cuál es tu naturaleza, Zor?». Urín se acercó a él y ató sus manos a un poste de la caballeriza, *¿cuántos años tendría yo?*, pensó Dragon, *tres no más*. Fueron las primeras heridas que le dibujó en la piel, unas que no se olvidan. Aquel momento tuvo un punto de inflexión en su vida, si pretendía que se volviera indiferente ante los demás, que no demostrara compasión por otros, tal y como era Urín, el efecto fue el contrario. El pequeño Zor conectó mejor con los seres vivos, fue más sensible y receptivo al sufrimiento ajeno.

Abrió una puerta, pero antes de cruzarla la voz del rey le llegó quebrada por la emoción:

—Estaremos dispuestos para la lucha; mi estandarte hondeará junto al tuyo... Soy tú más fiel siervo. Llámame y acudiremos.

Dragon inclinó la cabeza en señal de respeto y cruzó al otro lado. Apretó los párpados con fuerza, era una sensación extraña, como de caída al vacío de la que no terminaba de

acostumbrarse. Al abrirlos de nuevo, maldijo entre dientes, estaba tumbado en su cama del hotel Valhalla y no junto a Iris. Mordok lo sacudía con violencia.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Dragon indignado.

—Llevo horas intentando despertarte... Eres una jodida marmota. Tenemos problemas. Mueve tu culo de la cama. —Mordok salió de la habitación y gritó a Yin, dando la buena nueva—: Dragon regresó del mundo de Morfeo y con peor carácter que antes.

—¡Qué te jodan! Y qué coño me has hecho en la espalda... me duele a horrores. —Dragon se levantó y se metió en el baño para mirarse en el espejo.

—¿Qué coño es esto? —Les alcanzó en el salón y les mostró las heridas.

—Ahora te asustas de unos arañazos... ¿Es contagioso la gilipollez? —preguntó Mordok mirando a Yin que se encogió de hombros—. Drako está neurótico, suicida, sino fuera porque ya está muerto esto me preocuparía. —Mordok recogió sus armas y se puso la gabardina, Yin esperaba preparado en la entrada—. Ahora nos vamos, tenemos cosas más importantes que hacer que consolarte o ponerte tiritas.

—¡Menos gilipollecés! Esto de la espalda me lo ha hecho uno de los dos... Cuando averigüe quién fue le meteré el palo de la escoba por el culo. —Dragon hizo a parecer una camisa limpia y una cazadora vaquera y salió tras ellos.—. ¿Dónde vamos con tanta prisa?

—Mientras dormías..., Bella Durmiente —Dragon achinó los ojos en una mirada letal y fría—, el señor Dark cruzó nuestros límites, pero no vino solo, se trajo a un gran sequito. —Mordok se rascó la cabeza—. Creo que tenemos un chivato entre nosotros. Alguien le fue con el cuento de que Drako no está en sus cabales y viene a ver que saca de todo esto.

—Pues lo mismo de siempre, unos cuantos hombres menos y una cuchillada en la espalda —dijo Yin—. Y ya te he dicho, al espía le encontramos con un señuelo... Después que se encomiende a todo el santoral, porque no habrá quién le salve; me traicionaron en una ocasión y me costó la vida, juré que nadie viviría lo suficiente para hacerme lo mismo por segunda vez.

—¿Dónde está Drako? —Dragon no podía imaginar un traidor entre los suyos, pero eran tiempos revueltos.

—En el coche esperándonos... —dijo Mordok saliendo del ascensor.

El todoterreno estaba aparcado en la puerta principal con el motor en marcha. Dragon se sentó delante, Yin y Mordok en los asientos traseros. Drako les dedicó una mirada furibunda y salió marcando rueda.

Capítulo 42

Castillo de los dragones de fuego, 26 de junio de 2019

Iris se desmayó. Urín gritó con ira. «No subas la voz, mejora tu argumento» le decía su padre de joven y aquello le hacía enfurecer aún más. «¡Golpéala con fuerza!» ordenó cuando los minutos pasaban y Zor no aparecía. Mika se dio cuenta de la inutilidad de seguir allí, malgastando fuerza y energía, qué fallaba. «Déjalo estar», dijo la reina. Pero era tal la rabia que tenía dentro aquel hombre convertido en tirano, que dejarlo sin más era imposible. Destrozó los muebles ante la presencia impasible de sus hermanos, hubiera deseado que cada tabla que arrancaba del suelo, cada piedra que rompía de la pared representase las costillas y piernas de Zor. *¿Cómo era posible que no acudiese a la llamada de dolor de su esposa?* Demostraba lo que él sabía desde hacía mucho tiempo, no era tan noble como todos creían, un cobarde que no se enfrentaba al dolor.

Dos horas más tarde seguía esperando, había echado a todos cansado de escuchar suplicas y lamentaciones. En el suelo de la sala yacía Iris, no había permitido que nadie la tocase ni curase las heridas, en algún momento Zor regresaría al castillo a buscarla, pero la razón de no abandonar aquella sala era otra, en el fondo tenía miedo a la ira de su hermano. Allí estaban los hechizos, amuletos y demás sortilegios que Mika dibujó para anular los poderes de Zor.

La sangre empapaba el suelo, las ropas de Iris eran girones de color rojo vivo, que lejos de repugnarle le atraían. Caminaba a su alrededor como el águila acechando a la presa desde el aire. Era hermosa, blanca de piel, con aquella melena larga y negra, ahora revuelta y sudorosa sobre el suelo, su mirada tenía un algo que le relajaba, el color de los ojos nunca lo vio ni en dragona ni en humana; no se cansaba de observarla. Iris tenía los párpados cerrados, la respiración lenta y la boca entreabierta, a pesar de su aspecto desmadejado se sentía atraído por ella.

Se agachó y la cogió la mano mirando fijamente el anillo, comprobó que era el de Zor, las piedras preciosas brillaban, sin duda era el auténtico. Él miró su propio anillo, parecido al de su hermano solo cambiaban las letras que para un ojo inexperto parecían entramados complicados de una raíz. Jamás había separado los anillos, no encontró ni la necesidad ni la mujer adecuada, no estaba dispuesto a ser vulnerable por una hembra humana que le daría una descendencia con sangre impura; él buscaba un heredero digno de su reino, puro de sangre y con posibilidades de poseer el dominio de los cuatro elementos. Se acercó a ella con la palma de la mano extendida y sintió una corriente de magia débil. Se puso en pie y alcanzó la puerta en dos zancadas, desde el umbral llamó a su hermano Saúl que esperaba en la escalera junto a Kron.

—¿No sé supone que cuando formulamos los lazos con una humana, se comparte la magia? ¿Cómo es posible que ella solo tenga un residuo? —Urín señaló con el dedo a Iris—. ¿Puede el anillo adaptarse a un dedo, pero no ser su verdadera dueña?

—Desconozco eso. —Se atrevió Saúl. Podía explicar la ausencia de Zor en aquella sala—. Yo elegí a Rebeca y nunca pensé que el anillo se negase a tal unión. No me planteé ese problema, nadie me dijo que tal opción existiese. El miedo de ella era convertirse en dragona, cosa que le dije jamás sucedería.

—Yo con Leire, tampoco tuve más problemas que el miedo de ella a los huevos...

—Os casasteis con mujeres tan ignorantes como vosotros. De tal unión evidentemente no puede salir nada bueno: niños llorones, mocosos y faltos de todo ingenio. En vuestros casos niñas, inútiles. —Saúl iba a sacar a su hermano del error, él tenía varones, pero Urín cerró la puerta después de gritar—: ¡Buscad a Zier!

El mentor de Zor, que abandonó el mundo de los oráculos por seguir los pasos de su discípulo, hasta que este dejó los cuatro reinos por otro plano más humano.

Capítulo 43

Desierto de Mojave, Las Vegas, 27 de junio de 2019

El silencio en el vehículo era incómodo, solo se escuchaba la fricción del paño de Mordok al pasar por la hoja de su espada, un sonido inaudible que desquiciaba a Drako.

—¿Cómo puede alguien dormir tres días seguidos y que no se despierte a pesar de golpearle, gritarle y tirarle agua helada sobre la cara? —preguntó Drako, acompañando cada palabra con un golpe seco en el volante. Yin y Mordok no levantaron la vista de sus rodillas. Dragon miró alucinando.

—¿Quién ha dormido tres días? —Dragon, por la expresión de Drako, conocía la respuesta.

—No me jodas... tres días a pierna suelta mientras el mundo se desmorona a nuestro alrededor. Iris sufriendo convulsiones, Dark invadiendo nuestro territorio y tú... tú durmiendo... —Yin y Mordok resoplaron con la mirada perdida a través de las ventanas—. ¡¿Qué coño te tomaste?!

Dragon reconocía la ira en el tono de voz de Drako, pero esta no era causada por sus tres días de profundo sueño, sino por el miedo a enfrentarse a la realidad, iba a ver a Dark, ahora que sabía que él era su verdadero padre, el temor a ese enfrentamiento se convertía en enfado.

—No sé de qué me hablas. Hace menos de tres horas decidimos turnarnos para cuidar de Iris y empezaste tú, me fui a dormir y me ha despertado este imbécil a hostia limpia, me ha dejado la espalda...

—Tres putos días llevas pegado a esa cama. Un sueño tan profundo que dudábamos si estabas vivo o no. —Drako señalaba con el dedo índice a Dragon—. Dame una explicación que no me obligue a matarte cuando pare el coche.

—... para mí solo han pasado unas horas... No comprendo... —Dragon pensó deprisa cientos de razones que justificaran ese desfase horario.

—¿Te han dicho lo del espía? —preguntó Drako—. Supongo que le contarían que el gran dragón estaba durmiendo a pierna suelta y yo loco, ya eran dos de tres, si juntamos que Iris tiene ocupado a uno de los nuestros de continuo... tres de tres. Dudo mucho que Dark no conozca la existencia de Iris. Alguien nos ha vendido por unas pocas monedas, en cuanto averigüe quién fue, el infierno le parecerá un paraíso.

—¿Qué le han ofrecido que no tiene dentro del Valhalla? —Dragon no podía imaginar a uno de ellos vendiéndoles—. Dinero no es, pagamos muy generosamente; la liberación de su alma..., sería un necio si creyera en esa posibilidad; ¿mujeres? lo dudo, en el hotel entran a raudales. ¿Qué?

—¡¿Qué coño importa?! No pienso superar la oferta en cuanto sepa quién es, pienso matarle o joderle el resto de la eternidad.

—Se limita todo a venganza —puntualizó Yin—. Alguien del pasado...

—Creo que no, de nuestra otra vida ya no queda nadie o han muerto o están a punto. —Negó Mordok—. Cuando regresamos del infierno, no somos los mismos.

—¿Tiene que ser alguien que hayamos rechazado en el Valhalla? Pero ¿entonces no sabría nada

de lo que sucede dentro? —apuntó Drako—. ¡Ah! Me jode que me traicionen y mucho.

—Damos por hecho que es un hombre y si fuera una mujer desechada, alguien que se ve desplazada por la llegada de Iris. —Mordok, les dejó a todos en silencio, aquella posibilidad encajaba.

—Solo tengo una queja... Yo no tengo a nadie que me caliente la cama y Drako tampoco —contestó Dragon.

—Si ese fuera el motivo, desde hace años me estarían matando... solo voy con mujeres cuando tengo necesidades, las busco, las uso y las despacho, saben lo que quiero de ellas, no las engaño... —Drako veía más plausible la figura de la mujer como delatora.

—No he dicho que os acostéis con ella... Los amores inalcanzables son los mejores, satisfacen las necesidades, se trata de idealizar a la persona, convirtiéndola en lo que no es, en lo que siempre se ha soñado, pero de repente aparece Iris y se da cuenta que la realidad es otra; se desencanta y defrauda. —Se recuesta Mordok—. Esa es nuestra presa.

Capítulo 44

Castillos de los dragones de fuego, 27 de junio de 2019

Zier no era obstinado por ser un oráculo ni por pertenecer a ese grupo de la tercera edad que estaba a las puertas de la muerte, como se jactaba Urín en recordarle cada vez que sus miradas se cruzaban. Su terquedad para obedecer aquella orden que Saúl y Kron le traían del rey era porque no estaba dispuesto a escuchar las majaderías de un insensato con ínfulas de dios. Zier consideraba su actitud una virtud, su empecinamiento a reconocer al rey como tal, estaban sujetos a un objetivo mayor, lograr que el verdadero ocupase el trono: Zor. Cuestión de principios solía decir.

Los hermanos se desesperaban ante la sordera y ceguera del anciano, la realidad es que, si él no se presentaba ante el rey, alguien sufriría por el desagravio. Se debatían en cargar al viejo en los hombros y llevarlo a la fuerza o sufrir las consecuencias de la terquedad del oráculo. Kron seguía dando explicaciones y argumentos de por qué tenía que ir. Algo de todo lo dicho llamó la atención de Zier que levantó la mirada del suelo, se ajustó las gafas.

—¿El anillo elige a una doncella? ¿Qué tontería se le ha ocurrido a Urín? —preguntó Zier.

—Bueno... Tiene retenida a la mujer de Zor y la ha... —dijo Saúl.

—¡Cada vez es más loco e insensato! —Zier se puso en pie y camino por la habitación con las manos entrelazadas a la espalda—. ¿Vosotros habéis participado en esto?

—No queremos justificar nuestros actos, pero tiene a nuestras familias bajo su control desde que empezó la guerra con los otros reinos —contestó Kron indignado ante el tono reprobatorio.

—Castigaré a Iris hasta que aparezca... —Zier veía el alcance de la trama—. Solo con que Zor intente matarle, Urín podrá ordenar su ejecución por traición.

—¿Qué será de nosotros entonces? —preguntó Kron—. Siempre hemos esperado su regreso para que cambie nuestra mísera situación.

—¡No gimotees como un niño! Enfrentate a tu hermano como un hombre y no delegues en los demás lo que te corresponde a ti. —Zier se sentó y los miró detenidamente—. Es mejor que sea otro el que nos saque las castañas del fuego.

—Si contáramos con los poderes de Zor, hace años que habríamos sacudido el trasero de Urín con una buena patada...y no nos hubiésemos ido a recorrer mundo. —Saúl miró con rencor al viejo—. Pero estamos atados a una familia humana, tan frágil como los pétalos de las amapolas.

—Déjate de pétalos y amapolas ¿Te parece poco ser uno de los hijos del reino de Fuego? Tu padre contaba con los mismos poderes que tú y levantó todo lo que tienes a tu alrededor. Eran tiempos difíciles, la guerra sumió a los reinos en la pobreza, se aniquilaron a las grandes dragonas con el fin de controlar el mundo... ¡Qué absurdo! —Zier sacudió la cabeza con pesar.

—No sé cómo enfrentarme a él... —Saúl cayó al suelo con las manos en la cara, escondiendo las lágrimas.

—¡Valor! Somos dragones, estamos forjados del polvo de las estrellas, endurecidos con el fuego de los volcanes y por nuestros pulmones corre el poder de la magia. Encontraremos el

camino. —Zier miró por la ventana hacia el cielo—. Desde hace días notaba una magia especial..., ahora sé que era la presencia de Zor. Desde hace unas horas no siento esa corriente de energía, creo que abandonó este mundo por razones que desconocemos. —Se colocó la capa que descansaba sobre la cama y añadió—: Vayamos a ver a Urín; entretengámosle mientras protegemos a Iris y aguardamos la llegada Zor. No hagamos esperar al magnánimo rey Urín. —El tono irónico y la sonrisa picarona le dieron un aspecto jovenzuelo.

Capítulo 45

Desierto de Mojave, Las Vegas, 27 de junio de 2019

Pararon en un punto concreto de los ciento veinticuatro mil kilómetros cuadrados de la extensión que tiene el desierto de Mojave, pero no era un capricho aquel lugar, correspondían a las coordenadas que Oráculo y Delfos obtuvieron de los que caminan en el plano intermedio. Allí se produciría el encuentro entre Dark y Drako.

La oscuridad del desierto del Estado de Nevada mostraba un firmamento lleno de estrellas, ninguno de ellos observó el cielo, porque de hacerlo, habrían descubierto que no estaban solos. En lo más alto de las nubes sin perder de vista el coche, Arelí movía sus alas suavemente. No intervendría en el futuro de ningún demonio, sí para proteger los intereses de Iris. Dark era un peligro para sus planes, no podía permitir que venciera a Drako y se hiciera con la joven, ella tenía un valor incalculable: un alma puro y poderes inimaginables. Dark hacia siglos dominó la posesión y los resultados de aquello supuso enfrentamientos entre el Cielo y el Infierno que se salvaron con muchas concesiones a favor de ellos y en perjuicio de él, que se le acusó de holgazanear y no proteger a los hombres, pero aquella historia muy pocos la recordaban.

Areli estaba seguro que la joven que Oráculo le presentó, no era otra que la única descendiente de la raza suprema, aquellos que sus hermanos y él aniquilaron por el bien del equilibrio. «Nadie puede superar los poderes de nuestro Padre» dijeron al concluir la asamblea que condenó a muerte a todo un pueblo. Quizá no se dijeran las verdaderas intenciones, cuando los pensamientos se dicen en alto suenan algo peor que cuando se esconde.

—¿Qué ha sucedido en este tiempo que supuestamente he dormido? —preguntó Dragon.

—¿Supuestamente? ¡No!... has estado durmiendo tres jodidos días y no volvamos al tema... ¡Somos uno contra seis! —Drako bajó la ventanilla del coche y apoyó el brazo, el aire del exterior era frío—. Poco... los negocios van bien. Lo único digno de mencionar es la visita sorpresa de Dark, que Oráculo alcanzó a ver a tiempo. Es un puto vago, siempre intentando quitarme el negocio... ¿por qué no hace lo mismo en Nueva York? Nosotros tenemos allí un club, que monte él un hotel o un gimnasio o una tintorería...

—Al gran Jefe no le gustan las réplicas, llaman mucho la atención —dijo Yin—. Nuestro primer negocio fue una lavandería, luego un gimnasio, un club... aquí apreciamos lo poderoso que es el negocio nocturno, la gente bebe y juega, el ocio es el verdadero control del alma...

—La ropa... ya os advertí que era una memez —añadió Mordok con los ojos en blanco—, menudo negocio, lavar la ropa había dado... ¿Cien almas en cincuenta años?

—Pues que monte un parque de atracciones... —Drako sonrió ante la idea—. Miles de niños con globos de colores correteando y nuestro adorado Dark vestido de payaso... Es una visión demasiado hermosa para ser posible.

—Irreal... Ni Lucifer soporta su presencia, porque sabe que no es leal... Se traicionaría a él mismo si pudiera, ese es Dark. —Mordok creyó ver a lo lejos un coche volando sobre la arena—.

Creo que ya está aquí.

El coche se acercaba a gran velocidad. Impaciente por llegar a su destino, sin adivinar la sorpresa que les aguardaba a escasos kilómetros. Frenó en el último minuto, antes de que ambos vehículos chocasen. Drako sabía que a Dark le costaba aprender de lo inesperado, llevaban siglos manteniendo aquel juego y seguía sin aceptarlo. Él por el contrario reconocía que el mundo era imprevisible, por eso su atención no disminuía. Bajaron del coche midiendo las fuerzas.

—Veo que lo que me contaron, no era cierto —dijo Dark.

—Una dama celosa..., un confidente un tanto extraño para un hombre de tu talla —añadió Dragon ante el silencio de Drako que se limitaba a observar y a apretar los labios con fuerza.

—Bueno... digamos que no suelo hacer caso de estas habladurías, pero... la dama, merecía toda mi atención. —No era una mujer cualquiera, era alguien cercana a ellos—. Cabe decir que os veo mejor que nunca. En fin, no os engañaré diciendo que el paseo mereció la pena porque no es verdad... No caeré tan fácilmente la próxima vez.

Se metió en el coche y arrancó, saliendo a la misma velocidad a la que llegó. Drako y Dragon seguían sin moverse, tragando polvo y arena.

—¿Y eso es todo? —dijo Mordok desilusionado ante tan corta visita, mientras se subían al coche.

—No ha preguntado por Iris, ¿falta de interés o...? —preguntó Dragon.

—Hemos puesto en tela de juicio la palabra del confidente, ahora duda de todo lo que le contó. Cree que esa mujer despechada mezcla la realidad con la fantasía, se han difuminado los límites. La confianza es frágil y en apenas unos segundos la hemos destruido —contestó Drako.

—Una decepción salir para nada —puntualizó Yin.

—Intentará matar a Iris —dijo Dragon tras mucho pensar—, ella es la causante de sus problemas; si desaparece, Drako le prestará atención y todo será como antes. —El frenazo de Drako les lanzó a todos hacia adelante.

—¿¡¡¡Qué coño dices!!!? No me jodas con paranoias... —Drako golpeó el volante con tanta violencia que las luces de los faros se apagaban y encendían.

—Es más vulnerable que nunca... —Dragon no terminó de hilvanar las ideas, un golpe en el capó del coche les sobresaltó.

Con el torso desnudo una figura delgada y alta apoyó las manos sobre el capó. Su melena rubia caía sobre la cara impidiéndoles ver el rostro del que había interrumpido su conversación. Vestía un pantalón de hilo de color blanco. Tenía las alas extendidas, abarcando cuatro metros de largo, una muestra de poder. El ángel se enderezó. Echó la cabeza hacia atrás mostrando un rostro bello con grandes ojos azules. Plegó las alas.

—¿Qué le sucede a Iris? —preguntó Arelí en un tono seductor.

Pero Drako no estaba dispuesto a ignorar por segunda vez en una noche, que alguien le espiese. Los cuatro hombres salieron del coche y ninguno tenía buenas intenciones. El ángel lo supo cuando los vio invocar sus poderes. Yin y Mordok no eran rivales para él; Dragon, un gran desafío: Drako, tablas.

—No vengo a montar pelea, estoy aquí por lo mismo que vosotros —dijo Arelí.

—No claro... por eso caes del puto cielo y me jodes el coche— replicó Drako. El frontal necesitaba horas de taller para dejarlo como antes. Pero había algo en aquel rostro que le resultaba familiar.

—Estoy velando por Iris, esta reunión no era buena... Si Dark sabe de la existencia de ella, sus planes son preocupantes... —dijo conciliador Arelí—. Piensa que sucedería si el gran Jefe se entera.

—¿Qué «Gran jefe» el tuyo o el nuestro? —preguntó Dragon.

—... Creo que ambos —añadió pensativo—. Tiene un gran poder y es excesivamente frágil.

—Si alguien tiene tanto poder como dices, será todo menos «frágil» —apuntó Mordok.

—Estamos hablando de un poder Universal, en un contenedor de cristal... —Arelí comprendió porque los demonios estaban por debajo de ellos, no veían más allá.

—¿Supongo que un buen contenedor serías tú? —preguntó Drako, enfrentándose a la mirada del ángel.

—Sí... Estamos al servicio de Dios, quién mejor que nosotros para custodiar tal poder—El rostro de Arelí dio paso a una frustración contenida—. Un ser humano no puede ostentar tal don. Ya fueron perdonados en una ocasión y no sufrieron un castigo ejemplar, como el nuestro... —Arelí vio duda en ellos—. Cuando algunos nos revelamos contra Él, nos envió al infierno.

—Se les expulsó del paraíso, no es casi lo mismo —dijo Yin.

—Los dejó en este mundo para que hicieran lo que quisieran y nosotros de canguros. —Los cuatro hombres se miraron. Arelí dominaba el odio, la ira, la envidia... no había nada de puro ni bueno.

—Bueno, cuando lleguen al juicio final... la balanza —añadió Yin.

—¿Cuántos juicios tuviste tú? —preguntó el ángel con los ojos entornados y una sonrisa juguetona—. El juez abandonó la sala. —Qué pretendía decir.

—Yo elegí mi destino... —Yin se irguió enfadado.

—Todos eligen, todos son libres, todos menos nosotros... Tú elegiste morir y ser lo que eres... Yo desde mi nacimiento soy lo que soy, hago lo mismo desde que tengo uso de razón y no puedo escapar de esta condena porque mi castigo sería infinitamente mayor que el de cualquier ser humano... Ellos piden perdón ante Dios y quedan liberados de todos los pecados... —La rabia lo carcomía.

—Estamos encantados de conversar contigo a estas horas de la noche..., pero creemos que lo que necesitas es un psicólogo, hay mucho rencor ahí dentro —dijo Drako señalando con el dedo el corazón del ángel—. Nosotros no somos los más adecuados para escucharte, tenemos demasiados problemas como para cargar con uno más.

—Nos hemos ido por las ramas... A mí me preocupa Iris y estaré cerca de vosotros siempre que ella siga bajo vuestra protección —añadió Arelí.

—Ella está en buenas manos, la protegeremos de Dark —contestó Dragon.

—Llamadme, no estaré muy lejos... —Arqueó ligeramente las piernas y se impulsó hacia el cielo batiendo las alas.

—Sin que parezca que estoy interesado. ¿Cómo daremos contigo? —preguntó Drako.

—Oráculo tiene mi número. —Desapareció tras las nubes.

—¡Este hijo de puta es Arelí! —Drako sonrió y se dirigió al coche.

Capítulo 46

Ático hotel Valhala, Las Vegas, 28 de junio de 2019

Dragon entró en la habitación de Iris y miró el cuerpo inmóvil de ella. Los párpados se movían suavemente, tenía ojeras marcadas y la piel un aspecto cetrino, como si envejeciera a pesar del descanso y la ausencia de actividad. Sintió alivio al verla tumbada en la cama, cubierta con una fina sábana, y no asustada en el mundo de los dragones.

Sabía que todo era un sueño, pero parecía tan real. Al despertar le invadió un sentimiento de traición, mezcla de dolor y furia. La sensación de haber dejado las cosas a medias. Las tareas y los compromisos quedaron sin hacer y cargaba una angustia difícil de explicar para tratarse de una pesadilla.

Se sentó en la cama y acarició la mejilla de Iris, fría y suave, se pasaría el resto de la vida con aquel contacto en las yemas de los dedos. Suspiró al sentir la presencia de Drako en la casa, sin desearlo se levantó de la cama y se acomodó en el sillón cerca de la ventana y esperó a que este apareciera por la puerta.

Drako entró y no mostró extrañeza ni sobresalto al verle, por el contrario, se comportó con total normalidad. Se acercó a Iris y la besó en la frente.

—Cada día la noto más fría... —Drako se sentó en la cama, en el mismo lugar que minutos antes ocupara Dragon y la tomó la mano, pálida y helada—. Hoy descansa... la otra noche fue horrible, gritaba y lloraba.

—¿Preguntó John a los suyos? —Drako negó con la cabeza—. Hay cosas que se nos escapan y sin información no encontraremos la solución, ¿un ángel sumergido en coma...?

—No es un ángel, es la última de su especie... —Se desesperó Drako elevando la voz más de lo necesario—. Después de hablar con nuestro aliado, Arelí, dudo mucho de dónde están los buenos, si arriba o aquí abajo. —Con el dedo señaló el Cielo y el Infierno.

—Algunos de esos ángeles, te recuerdo, tuvieron contacto con los padres de Iris...

—Parece mentira que no veas la realidad. ¡Solo quieren sus poderes! —dijo Drako hundido—. Ella no les importa. —Hizo una pausa—. ¿Crees que cuando nuestro Gran Jefe no sepa que los ángeles andan detrás de ella, no querrá una parte o todo? Para Lucifer sería recuperar el Cielo y patear más de un trasero.

—¿Quién puede saber algo de esto? El Cielo está corrupto y el Infierno lleno de malhechores, ¿qué nos queda?

—Mi mentor —dijo Drako mirando directamente a los ojos de su amigo. Dragon frunció el ceño.

—Estás hablando de ese carnicero sin corazón ni ética ¿crees qué es un buen informador? Cuando te des la vuelta te venderá al mejor postor. Eso es lo bueno de trabajar con la gente de abajo, sabes que siempre te traicionarán. —Dragon resopló nervioso.

—A él solo le interesan su trabajo y sus juegucitos sádicos. Goza de libertad en un mundo de esclavitud, cuenta con el apoyo incondicional de Lucifer; viene y va a su antojo; conoce los

entresijos de este mundo y del otro pues está en ambos desde que se crearon. —Drako sacudió la cabeza—. Es nuestro hombre, nos guste o no.

—¿Cómo damos con él? —Dragon no las tenía todas con él, pero confiaba en el juicio de Drako.

—Siempre está en el mismo sitio. Pidamos permiso para regresar a casa, adelantemos las Navidades.

Nunca hubo un juicio tras su muerte, directamente llegó al Infierno y fue recibido por su mentor, Karjún. Era un individuo que a simple vista te caía bien, un tipo afable y amigable que jamás perdía la compostura ni elevaba el tono de voz. Pero detrás de toda aquella fachada se escondía un ser despiadado, cruel, con intereses para Drako cargados de dolor y sufrimiento. Se decía que quien hiere es porque en algún momento de su existencia padeció lo mismo, pues aquel ser había sufrido lo que toda la humanidad junta. Él era el gen de la maldad.

Mientras que Drako padecía siglos de tortura bajo las garras de Karjún, en la Tierra trascurrían horas. Por eso cuando regresó y contó a Dragon lo sucedido en todos esos años, lo primero fue dudar de su cordura. «La muerte no es sencilla de asumir» le dijo su amigo tras escuchar lo padecido: durante el día lo torturaba, rompía huesos, seccionaba miembros, quemaba los ojos o le arrancaba la lengua y por la noche antes de abandonarle en la jaula, le recomponía, perdiendo una parte del ser humano que fue, de la humanidad que habitaba en él. Día tras día, año tras año... hasta que una mañana no despertó encerrado entre barrotes, sino en una cama limpia con flores en la mesilla y cálidos rayos de sol penetrando por la ventana.

Una joven entró en la habitación con una bandeja de comida: leche caliente con tostadas untadas de mantequilla y mermelada y un enorme vaso de zumo de naranja. Drako comió con avidez, no recordaba la última vez que lo hizo. Al terminar se levantó a mirar por la ventana. El paisaje del exterior le era totalmente extraño, una pradera con un bosque al fondo, aves revolotear por entre las ramas más cercanas. Paz. Apoyó la cabeza en el cristal, en aquel momento el contacto frío y seco le recordó la mano de su verdugo, recobró la cordura y supo que todo aquello que le envolvía no era más que otro juego divertido de Karjún. En cuanto la idea cruzó su mente, se despertó con la cabeza apoyada en los barrotes de la jaula, en sus manos un cuenco con girones de la carne de su muslo.

Jugó con su cerebro, le hizo dudar de lo que era real y fruto de la imaginación de aquel sádico, por eso no se fío de las palabras de Dragon ni de que hubiese regresado al mundo de los vivos. En ocasiones ponía en tela de juicio que todo aquello fuera verdad y no siguiera recluido en aquella jaula de metal.

Capítulo 47

Castillo de los dragones de fuego, 27 de junio de 2019

Zier entró en la sala del trono con paso firme; caminó despacio hacia la figura de Urín que sentado en las escaleras miraba furibundo a Iris. De reojo observó el cuerpo de la joven, la hubiese socorrido, pero no era el momento de entablar batalla con aquel rey inconsciente y arrogante. Con un movimiento suave de su mano huesuda hizo aparecer de la nada un sillón y sin pedir permiso se sentó.

—Me has hecho venir, algo importante será para que me pierda mis bellas horas de sueño, que un dragón de mi edad necesita para pensar con raciocinio. ¿Duerme su majestad lo suficiente? Lo veo algo ojeroso —dijo Zier.

—No uses ese tono cortés conmigo, se del respeto que me tienes. —El anciano se encogió de hombros. Urín levantó el brazo y señaló a Iris—. La que está ahí tirada es la esposa de Zor. Algo maltrecha; es torpe, se encontró varias veces con el cuero del látigo. —Zier miró por encima de su respaldo como dando a entender que no había apreciado el bulto en el suelo.

—Es una forma extraña de acomodar a la esposa de tu hermano, tirada en el suelo como un vulgar perro. Pero quién soy yo para dar lecciones a un rey —dijo Zier con desgana—. Y ¿me has hecho venir para enseñarme que tu hermano no sabe elegir una esposa?

—Lo que me intriga es ¿por qué no está aquí Zor? ¿No sé supone que el dolor de uno lo padece el otro?

—La respuesta es sencilla, esa joven a la que has golpeado no es la esposa de tu hermano. —Urín lo sabía, no era tan tonto para no darse cuenta—. Puede ser que Zor se lo colocara para protegerla de alguien... eso me plantea otro camino interesante a este pensamiento..., pero tanto en un caso como en otro, esa mujer es muy valiosa para él. Cuando descubra la verdad, no dejará cimiento de este castillo por derruir y por mucho que la golpees o incluso la mates, tu hermano no sufrirá ni un rasguño ni dolor ni siquiera la muerte. Es una baza vacía la que yace ahí tirada. Es más bien un hacha tocando el cuello del infame que dio la orden. —Urín miró horrorizado al anciano.

—¡¡¡Saúl, Kron...!!! —gritó Urín. Saúl entró en la sala—. Llévala a su habitación y que la curen las heridas, la vistan y la den de comer. ¡Quitarle el anillo!

—Yo no lo haría, solo Zor puede quitárselo del dedo... Veo que olvidas las lecciones más básicas. —El anciano se levantó del sillón y este desapareció—. Quién quite el anillo que desposa a una hembra, dragona o humana, morirá al instante si no es su legítimo dueño; no sé si será una muerte horrible, pero muerte, al fin y al cabo. Puede tratarse de una leyenda para ahuyentar a los ladrones, pero ¿quién es tan ingenuo de arriesgarse? ¿Quién soy yo para decirle a un rey lo que puedo o no hacer? —El tono sarcástico de Zier, pasó inadvertido a Urín que resopló con fastidio, *siempre todo en mi contra*.

El anciano caminó a la puerta y sin despedirse salió de la sala del trono. El rey seguía dando vueltas a cómo eliminar a Zor que parecía más costoso de lo que había imaginado.

Mika entró tras el anciano, no cruzaron ni palabras ni miradas. Observó a su esposo durante unos segundos, no necesitaba más tiempo para darse cuenta que estaba asustado como un conejo. Intentó llamar su atención con un carraspeo suave, pero seguía musitando palabras sin sentido, entonces dijo:

—¿Qué te sucede? Estás inquieto. ¿Por qué?

—Hemos cometido un error... Esa no es la mujer de mi hermano..., una amiga con derecho a llevar el anillo...—Si Urín hubiera estado mirando a su esposa, habría descubierto un brillo de esperanza en los ojos.

—¿Estás seguro que no es su esposa? —pregunto Mika con excesivo interés.

—¿No hablo con claridad o debo repetir todo dos veces para que logres entender el alcance del problema? —Se sentó agotado en el trono, apoyando los codos en las rodillas y escondiendo la cabeza entre las manos. Y sollozó.

Mika estiró la mano para acariciar la cabeza de su esposo, pero en el último segundo se arrepintió, para añadir:

—No gimotees como un niño.

—He sido cobarde, buscaba el camino fácil para terminar con el hermano más cargante del mundo... El único que me ensombrece. —Urín frotó nervioso las manos—. No debí hacerte caso, no debí maltratar ...

—¿Qué camino habrías cogido, enfrentarte a alguien que es infinitamente más poderoso que tú y al que todo el mundo reconoce como verdadero sucesor de tu padre? —Mika se puso en pie con los brazos extendidos y giró mostrándole todo lo que le rodeaba—. Te lo arrebatará todo, todo lo que ahora consideras tuyo será suyo.

—¡A ti jamás! —Urín esperó con anhelo la respuesta. Deseaba que aquella mujer codiciosa, egoísta, envidiosa y narcisista, le quisiera, aunque fuera de forma insana.

—¡Urín!! Siempre te he dicho que mi naturaleza no tiene nada de romántica, mi fidelidad a ti está vinculada a mi propio beneficio... Soy una mujer sencilla de ideas claras. —Mika se dirigió hacia la puerta—. No te preocupes de tonterías... eres el rey. Ven a la cama, te prepararé un té y haremos el amor.

Capítulo 48

Castillo de los dragones del fuego, 27 de junio de 2019

Zier llevaba un rato observando a Iris. Aquella joven era hermosa, pero no la adecuada para Zor. Él era un viejo y de amor poco entendía, pero en ellos presentía una incompatibilidad de energías.

Iris se agitó inquieta bajo la manta. Zier extendió su mente a la de ella e intentó romper las barreras mentales para descubrir el pasado, presente y futuro de la joven. Entonces una corriente eléctrica atravesó su cabeza hacia la espalda, un gemido salió de sus labios y al abrir los párpados se cruzó con la mirada tranquila pero severa de Iris.

—Dame unos segundos para que este viejo se recupere y te pueda pedir disculpas... —Zier hizo aparecer un pañuelo húmedo y se lo pasó por la frente—. Lamento la intromisión sin permiso. Son los hábitos de un viejo solitario, merodear por las cabezas de los demás... nadie te engaña cuando les lees la mente. —Iris se sentó en la cama—. Estás casi curadas, te pusimos un ungüento que hace milagros, sin cicatrices... Soy Zier, el mentor de Zor.

—Soy Iris. No me preocupan las cicatrices..., por lo menos las que se ven. —Suspiró profundamente—. ¿Por qué desea la muerte de Zor?

—Está ciego, lleva ciego por los celos desde el día que nació... Pero dejando a un lado a Urín y sus problemas, que por otra parte son muchos y por desgracia, nuestros, ¿quién eres tú? Y no intentes engañar a un viejo dragón...

—Soy amiga de Zor, aunque para mí es Dragon. —Miró a su alrededor—. No entiendo que estoy haciendo en este mundo, aparecí una noche y desde entonces soy incapaz de despertar en mi cama... Creo que es un sueño, pero ¿por qué compartimos el mismo? ¿Cómo despertó Dory del cuento del Mago de Oz? —Se frotó la frente.

—No sé quién es Dory ni ese tal Mago de Oz, aquí tenemos algún que otro mago, pero no son gran cosa, los oráculos sí lo son. —Sonrió con orgullo—. Yo soy real y te veo consistente y nada etérea. Pero dime lo último que recuerdas de tu vida en el otro mundo.

Era como si hubiesen pasado miles de años; ese mundo de dragones, unicornios y hadas le parecía más normales que los ángeles y demonios del suyo. Iris le relató lo sucedido. Zier tenía curiosidad y añadió:

—¿Cómo es ese tatuaje? —Iris le mostró un brazo de piel blanca sin mancillar.

—Soy un ángel de la guarda —El anciano arqueó una ceja. Le explicó en pocas palabras cuál era su cometido—... Porque supongo que morí como ángel y resucité como humana. —Zier escuchó sin comprender, pero lo que tenía claro es que el caos reina en todos los mundos.

—Creo que Zor abrió el portal, sin ser consciente de ellos, y te mandó aquí... Ese tatuaje del que hablas me recuerda a la piedra preciosa que tenemos incrustada los dragones en nuestro pecho. Encierra el poder. Si una espada la arrebatara de su lugar, el dragón cae en un profundo letargo. Si permanecen durante mucho tiempo separados, este termina convirtiéndose en roca. Si la piedra se fractura la energía escapa. Aquellos que sufrieron este dolor contaron que el viento

les trajo el susurro de su nombre, no es otra cosa que la magia buscando a su dueño. —Zier estaba cansado; era viejo para tantas horas de actividad. Se recostó en un sillón de orejas cerca de la chimenea que prendió con el chasquido de sus dedos.

—Nunca he visto esa piedra en el pecho de Dragon y anda la mitad del tiempo con el torso desnudo. —Iris se levantó y echó sobre las piernas del anciano una manta.

—En su forma humana no es visible, como tu tatuaje. Cuando es dragón bajo su piel se ve refulgir la piedra preciosa. ¿Cuál es tu verdadera apariencia? —Zier no soportó más el peso de sus párpados—... tengo un manuscrito muy antiguo que habla de mujeres con ojos violetas...

Zier se dejó vencer por el sueño. Iris contempló al anciano mientras las palabras sonaban en su cabeza «¿Cuál es tu verdadera apariencia?».

Capítulo 49

El Infierno, 28 de junio de 2019

Karjún esperaba la llegada de Drako desde que pusiera el pie en los límites del Infierno. Nadie regresaba para verle. Le intrigaba. *¿Qué necesita de mí?, dudo que sea una visita de cortesía.*

Se ha especulado mucho sobre el Infierno, situado bajo tierra, en las profundidades de este planeta azul, en el centro mismo de un corazón de lava ardiente. Y eran dos planos superpuestos de la misma realidad, con sutiles diferencias: el cielo, una gran humareda negra con un sol abrasador, cercano y tangible, una lluvia sin tregua de ceniza y brasa; el resto una copia perfecta del plano humano, pero sumido en llamas.

Drako caminó por aquellas calles, observando los rostros deformes de los que no podían escapar del castigo, atados con cadenas al cuello eran arrastrados por seres alados largos y esqueléticos. Miró hacia otro lado cuando pasó junto a ellos, los conocía bien para su desgracia.

Como en todos los lugares había clases, el Infierno no era una excepción. Estaban los «sin nombre» se podrían definir como zombis, el estamento más bajo, los recién llegados que vagaban por la ciudad y eran testigos de las mayores aberraciones que se podían cometer entre demonios, hasta que alguien, como Karjún, los atrapaba para divertirse. Los que sobrevivían eran conocidos como «Newborn» y se inició en el mundo demoniaco.

Después había que encontrar un lugar en aquel caos si no deseabas regresar a la jaula de un Karjún cualquiera. Los «Machinae», demonios guerreros sin cualidades específicas bien porque no se han desarrollado o porque no se poseen. Surgen en la imaginación humana, sembrando el miedo y la locura, desestabilizando a las personas. También son la masa bélica de las luchas constantes de ángeles contra demonios.

Los «Incubi», demonios extremadamente sagaces, cumplen una determinada tarea, convertir las almas puras en negras. Esa mala conciencia que susurra al oído, esas voces en la cabeza que te dicen «mátale o róballo». Hasta ese momento el demonio tiene los ojos rojos, la piel moteada en tonos rojizos y negros, incluso cuernos, pero su apariencia sigue recordando al ser que un día fue, en el fondo siguen arraigados a su existencia humana.

No sucede lo mismo con el último estamento de esta pirámide, los «lores», la casta demoniaca más alta de la cúspide. El cuerpo desnudo no muestra signo alguno de su posible naturaleza sexual, su exagerada altura, su delgadez casi esquelética, su piel negra con destellos rojizos que se confunden con la noche cerrada, armonizan con un rostro momificado con grandes cuernos, ojos negros y vacíos de toda emoción, largos colmillos con los que succionan las almas humanas. Pero si algo destaca de todos ellos, son las grandes alas de murciélago y esa aura inconfundible de maldad. También son conocidos por ángeles caídos.

Jamás fue un «newborn» normal. En cuanto Karjún le soltó, sabía lo que haría con el resto de su nueva existencia; regresó al mundo de los mortales y creó su propio clan. No quería que ningún desgraciado al tomar una decisión errónea en su vida sufriera tamaño castigo, no quería cargar

con ello en su inexistente conciencia, por eso le ofreció a Lucifer un plan. La aceleración del proceso, pero sin interferir, tal y como hacían los ángeles.

Drako no era la mala conciencia de nadie ni ninguno de sus hombres, ellos eran los buenos dentro de los malos, limpiaban el mundo mortal del mal, protegiendo a la humanidad, algo que correspondía a los ángeles. «Es tan poético» dijo Lucifer antes de estallar en sonoras carcajadas. No quebrantó ninguna regla entre el Cielo y el Infierno y el primer año trajo más del doble que la cosecha del anterior.

Pero si de algo padece el reino de las tinieblas es de los siete pecados capitales, por eso la avaricia se presentó en los límites del Valhalla una mañana. Un lord y tres demonios menores decidieron cazar en los dominios de Drako, no hubiese pasado a mayores, sino fuera que no diferenciaron entre unas almas y otras. Los atrapó, los mató y se presentó ante Lucifer. Los argumentos que expuso eran coherentes, «Si empiezan a desaparecer niños, llamaremos la atención y se cerrará el grifo». Lucifer le miró vacío de toda emoción. Había matado a un lord en favor de la humanidad, los demonios de la soberbia, la ira, envidia y por supuesto la avaricia, esperaron un castigo ejemplar que no llegó, porque Lucifer veía más allá del presente.

Capítulo 50

Castillo de los dragones de fuego, 28 de junio de 2019

Mika observó el sueño profundo de su esposo. A través de las pesadillas que asaltaban a Urín cada noche, apreciaba la inseguridad, la falta de fortaleza y personalidad; ni toda su magia oscura lograba transformar un ser tan pusilánime en un compañero perfecto, además tenía que estar siempre pegada a él para que el poder del dragón no eliminara el hechizo de posesión. Reconocía su error, aquel ser no daba los resultados esperados, en las visiones aparecía un dragón de fuego que dominaba el puente de los mundos. Cuando vio a Urín creyó ciegamente en él, aunque todos sus instintos le alertaban de lo contrario.

Debió de sospechar cuando le resultó tan sencillo manipularle, pero le cegó su propio ego. Ella carecía de humildad y le sobraba soberbia, por eso se dejó engañar a pesar de las alarmas que sonaban dentro de su cabeza.

Urín carecía de honestidad, no había franqueza ni era genuino ni disfrutaba de la felicidad que se supone que gozan los llamados a la gloria. Robaba, engañaba, maltrataba a inocentes y malgastaba el tiempo detrás de todo lo que llevase faldas. Por eso fue tan sencillo dominarle.

Fingió estar herida en el tobillo tras una caída de su precioso caballo negro, cuya lealtad era como la de un hermano, en mitad del camino aguardó a que Urín pasase con sus hombres después de un día de caza en el bosque. Era imposible que se resistiera a sus encantos. Cuando escuchó los cascos de los caballos llegar al trote, se rasgó el corpiño y mostró con pudor sus géneros senos, dos buenas razones que el rey desearía probar esa misma noche. No se confundió, era demasiado simple como hombre, y tan poco aquello hizo reflexionar a Mika.

Urín ordenó que buscaran al caballo y que no regresaran sin él, no iban a encontrarlo jamás, aguardaba en la gruta de los Pegasos que ella le llamara, por lo tanto, tenía tiempo suficiente para enredar a Urín y someterlo a su poder sin despertar las alarmas del dragón.

Mika descubrió muy joven, antes de que la magia oscura se revelase a ella, que el sexo era un arma poderosa. Tenía que seducirle, hasta llevarle al límite, en ese momento los hombres-dragones bloqueaban al animal para que no dañasen a la humana, ese sería el momento para que ella hechizara al rey.

Con cada roce y beso que Urín depositaba sobre la piel de Mika, ella tejía una telaraña donde quedaba atrapado; un juego extraño: uno fingía ser un caballero y otra una dama virginal. La mano de Urín subió lentamente desde el tobillo dolorido hacia el muslo; ella se ruborizó, aceleró la respiración y los gemidos excitados. Fingió pudor y se cubrió un par de veces con las manos, cuando algo supone un reto, más empeño se pone en poseerlo. La recostó sobre el césped y levantó la falda hasta mostrar la tela que cubría el sexo; Mika quiso bajar las prendas, pero este se lo prohibió con una palmadita en la nalga. Acarició la intimidad de ella con brusquedad, tenía las ropas de un noble, pero la delicadeza de un plebeyo. Solo necesitaba un beso en los labios de él para cerrar el hechizo, pero parecía resistirse, se perdía por los pechos, los cuales apretaba con

fuerza, y por las piernas, que deseaba abrir para invadirla por dentro, y por más que ella insistía en acercar la boca, él más se escabullía en lugares oscuros. Un beso envenenado.

La quitó el vestido que la cubría con una destreza inigualable; la desnudez hizo que el miembro de Urín cobrara vida. «Estás limpia y hueles tan bien», le dijo mientras quitaba la tela que cubría su sexo. Palabras extrañas para conquistar el interior de una mujer, pensó ella mientras se daba cuenta que sería inevitable dejarse penetrar por tan tosco ser. Sin ella esperarlo, él metió los dedos en su interior y los movió con violencia, aquello aumentó el deseo de Urín en consumir el acto y se bajó los pantalones a toda prisa. Ella fingió estar excitada, subió y bajo los pechos, acompañados de profundas respiraciones él los cogió entre las manos y los apretó con fuerza. Mika ahogó un grito de dolor. Entre jadeo y jadeo le pidió que la poseyera como solo un dragón de sangre pura era capaz de hacer. Esperaba que al escuchar las palabras encerrara al dragón que ella veía en sus profundos ojos verdes, pero él la penetró sin esperar un segundo, la embistió olvidando que Mika era una humana. «Uno, dos, tres...» contaba ella esperando que aquello terminase, pero justo antes de eyacular Urín encerró al dragón desapareciendo de sus ojos, entonces ella acercó los labios, mientras sentía el calor de él inundar su interior.

Con un solo beso una corriente fría entró por la boca de él camino de la piedra de dragón, la llama de fuego que brillaba en su interior se volvía oscura y siniestra, abrió los párpados y vio a Mika observándole con unos profundos ojos negros y vacío, después todo fue oscuridad.

Ella se tumbó con la mirada fija al cielo y la sonrisa de satisfacción en los labios. Notaba que su poder no era duradero pues allí dentro seguía pugnado por salir el poder del dragón, cada cierto tiempo tendría, renovarían la magia oscura. Pero ya no necesitaría más juegos amatorios, bastaría con colocar los labios cerca de los suyos. A no ser que ella necesitase calmar sus entrañas, lo cual dudaba tras mirar su cuerpo magullado.

Pero reconocer su error le había brindado la oportunidad de enmendar el plan para cumplir con su destino. Quería ser dueña de ese mundo, vengar a su madre repudiada por un dragón de fuego, y todos los paralelos, había pensado que necesitaba la protección de un hombre-dragón para lograrlo, pero no. Rebuscando entre los papeles del padre de Urín, no solo encontró los dibujos protectores que limitaban los poderes, también la existencia de un ejército creado en la anterior guerra de los reinos escondido en el interior de la tierra. Mika tenía la llave para soltarles de su encierro, la encontró al fondo del cajón pegado en el trecho de la mesa, pero le faltaba la cerradura. Necesitaba tiempo.

Capítulo 51

Castillo de los dragones del fuego, 28 de junio de 2019

Lo que pareció una ligera cabezada a Zier, fueron cuatro horas de sueño profundo. Despertó sobresaltado sin saber dónde estaba hasta que vio a Iris absorta en la lectura y dijo:

—¿Qué lees?

—Nada, no entiendo las letras, supongo que están escritas en vuestro idioma. Se me antojan como las filigranas de los artesanos plateros... Son preciosas. Miraba los dibujos, tan llenos de vida y color. —Iris cerró el libro y se lo entregó al anciano.

—Zor desde niño tuvo una curiosidad enfermiza por los libros, en general por todo, decía que en ellos había más de lo que parecía, «...entre renglones se leen historias». Y debe ser cierto pues nadie conocía la existencia de otros mundos paralelos hasta que él nos abandonó para visitarlos. —El anciano se recostó mirándola fijamente—. Tú no eres la mujer adecuada para Zor.

Ella lo sabía, aunque hubiera sido sencillo enamorarse de él, un hombre perfecto.

—No quise decirlo así..., ha sonado tan despectivo. ¡Lo siento! Tú eres una mujer hermosa de gran corazón y serías adecuada para cualquier dragón, incluso para un viejo como yo en su juventud. Pero tienes a tu espalda una carga tan grande como la de él, ambos sois responsables de un legado y juntos os entorpeceríais. —Hizo una pausa—. Ni siquiera sé si hay una mujer adecuada para él, cuando miro hacia el futuro solo veo un collar colgado de un cuello.

—Tiene que existir, es un hombre increíble que necesita cariño... Alguien que le abrace por las noches, que le espere despierta. Lleva demasiado tiempo solo y no es alma solitaria. —Iris hubiera deseado ser aquella mujer.

La puerta se abrió de golpe para dar paso a Urín. Iris abrió los ojos desmesuradamente y tensó las manos aferrándose al sillón buscando amparo ante la maldad de aquel hombre, aunque algo en él era más perturbador que en los encuentros anteriores.

Zier creó en su mano derecha una gran esfera roja de energía, dispuesto a lanzarla contra Urín, si este intentaba sacar de la habitación a Iris para cualquier otro juego de tortura. Era viejo pero su sagacidad y poder mayor que la de aquel rey ignorante. Urín se postró a los pies de Zier ante su asombro.

—¡¡¡ Estamos perdidos!!! —Sollozó histérico como un niño.

—¿Qué has hecho ahora insensato? —Zier levantó la cabeza de Urín con sus manos huesudas y miró fijamente los ojos enrojecidos de este.

Las palabras se negaban a salir por la garganta y el anciano tuvo que leer la mente de aquel que no dejaba de gimotear y golpearse la cabeza con las manos como un desquiciado.

—¿Cómo has podido? —Zier se levantó y Urín se dejó caer el suelo, se acurrucó y acunó mientras continuaba con aquel canto incesante de pesar y sollozo—. Estamos perdidos... Tenemos que prepararnos para lo peor —dijo a Iris. Saúl entró por la puerta seguido de Kron—. ¡Avisad a todos los reinos! Tenemos que unir fuerzas ante esta nueva amenaza. Decid que vais en mi nombre y no en el de este engendro de rey. Y rogad a los dioses de que Zor regrese a tiempo de parar esta

locura que este demente ha puesto en marcha.

Zier salió tras Saúl y Kron. Iris permaneció quieta mirando el cuerpo de Urín en el suelo, parecía tan vulnerable, balbuceaba entre lamentos que lo tuvo que hacer porque le iba abandonar, le quería dejar. Dudó de si ofrecerle su ayuda, pero en el último instante salió corriendo tras Zier.

Capítulo 52

Muro del castillo de los dragones de fuego, 28 de junio de 2019

— **H**as escuchando pequeños retazos de nuestra historia... Un capítulo negro que muchos quisimos olvidar. —Zier hizo una pausa y miro a Iris para saber si esta le seguía en aquellos pensamientos dichos en alto—. Nuestros comienzos no fueron gloriosos... Nadie puede contar los hechos tal y como sucedieron porque ninguno de nosotros estuvo presente, los que nos lleva a pensar, que seguro que lo que damos por verdadero está sujeto a manipulaciones.

»Somos dragones, los animales que intentamos ocultar... Este mundo estaba dominado por el hombre, como el tuyo. Ellos construían sus chozas mientras nosotros vivíamos en agujeros en la tierra. Éramos escurridizos y asustadizos, temíamos a todo. Nos cazaban para alimentarse, a pesar de nuestra piel escamada y la carne dura y seca, también como animales de tiro. Nuestro tamaño era menor, como una vaca. Carecíamos de los poderes que tenemos o incapaces de usarlos. —Zier tomó aliento, mientras vigilaba el horizonte—. Su nombre era Joelyn, dicen los manuscritos que destacaba entre todas las demás mujeres, no por su belleza, sino porque era capaz de cambiar el mundo, con una mirada y una palabra. Y así debió suceder porque ella consiguió lo que hasta ese momento nadie había logrado, conocer a uno de nosotros, y hablo en el sentido más amplio. Para la historia no es relevante saber si fue ella la que inició el acercamiento o fue él. Pero en mitad de un camino sus vidas se cruzaron. Joelyn vio más allá de la bestia y el dragón desafió al miedo. —Hizo una pausa—. Ella debía estar herida o su bondad fuera infinita...

—¿Por qué herida?

—¿Cómo puedo entender nuestro lenguaje, pensamientos, sufrimientos y anhelos? ¿Cómo vio nuestro potencial si nosotros no éramos conscientes de él? Tenemos poderes curativos, nuestra saliva desinfecta y una gota de nuestra sangre cierra las heridas por muy graves que estas sean — Iris abrió los ojos desmesurados—, pero mezclar sangre, nunca es una buena idea, crea lazos hasta que esta se diluye.

—No comprendo —dijo Iris interesada.

—Yo vería por tus ojos y oiría por tus oídos; tus pensamientos, sueños, anhelos, fantasías serían los míos. Y viceversa. ¿No nos proporcionaría esto un entendimiento perfecto? —Se acomodó cansado en el escalón que daba acceso al muro norte—. En aquel breve contacto surgió algo que cambió el trascurso de la historia. Joelyn no dominaba la magia, pero la entendía y descubrimos lo poderosos que éramos. No pretendíamos dominar el mundo, pero las circunstancias se precipitaron cuando la gente del pueblo descubrió nuestra existencia, tan cerca de ellos y en mayor número.

»Cuando las primeras flechas surcaron los cielos, los dragones se pusieron a cubierto y no respondieron al ataque. El miedo no nos deja ver el alcance de nuestros actos. Joelyn intentó que entraran en razón, que no nos atacaran y que aprendieran a respetarnos, pues éramos seres inteligentes. No dijo nada de la magia. Pero se negaron a escuchar. En la segunda horda que nos atacó ella murió, una flecha o una daga acabó con su vida ante cientos de los nuestros.

»Narran que un gruñido de dolor salió del pecho de aquel que juntó su camino con ella, que el sol se ocultó durante días y la luna se negó a abandonar el duelo. En aquellos tres días los pacíficos dragones surcaron los cielos y arrasaron todas las aldeas hubiera o no participado en aquella muerte. —Zier carraspeo al sentir seca la garganta—. No necesitaron hacer más demostraciones del poder que ostentaban.

»Aquel que fuera el dueño del corazón Joelyn, se transformó en un líder para una raza que nacía. Con los años descubrió que mantener el odio a los humanos destruía ambas razas. Dejó ese rencor a un lado y reanudó las relaciones. Tomó forma humana para acercarse a ellos. Y empezó una nueva era. Los dragones-hombres dominábamos este mundo, pero los humanos vivían como iguales, ni esclavos ni siervos... —Iris jugueteaba con el anillo de Zor en su dedo—. Fueron muchos años de felicidad para todos, hasta que, viendo cerca la muerte, este gran dragón se dio cuenta del riesgo que corría la humanidad si todo el poder mágico se depositaba en uno solo de sus cuatro hijos. Ninguno tenía la nobleza y el respeto por la vida como él, Joelyn seguía presente en su memoria; decidió dividir su poder entre sus hijos: al mayor le otorgó el don del hielo, al segundo el viento, al tercero la tierra y al más pequeño el fuego. Y murió en paz creyendo todo equilibrado. —Zier sonrió; cómo se burlaba de ellos el destino, cambiando los designios a cada paso—. Durante cierto tiempo los hermanos mantuvieron una relación cordial. Se crearon los cuatro reinos. El aire controló la naturaleza, el hielo los astros, la tierra dominó la vida y con ello la muerte. El fuego, el más pequeño de todos ellos, se nombró guardián de los elementos, protegiendo el equilibrio, pero se convirtió en un gran rival. Y como era de esperar empezaron a mirarse con recelo los unos a los otros, si su padre había controlado los cuatro poderes, ¿por qué no podía uno de ellos controlarlos todos? Y comenzó la Gran Guerra.

»Se crearon ejércitos de toda clase. El más peligroso por su falta de corazón fue el ejército del aire, creados de la mezcla de elementos naturales como la roca y la lava, para que cobraran vida al no poder contar con la ayuda de su hermano, acudió a las artes oscuras y surgieron los «Draigos». Seres grotescos, de lento movimiento, indestructibles, sin corazón que obedecían ciegamente sin plantearse una mínima duda.

»El hermano de hielo creó un ejército esculpido de un iceberg, conociendo su debilidad con el fuego, se las apañó para dotarles de una armadura indestructible, hecha con los minerales sacados de meteoritos. —Zier sopló y una ligera llama, salió de sus labios—. El hermano de la tierra decidió no tener ejército pues no le era necesario, controlaba la vida y la muerte, creó una única arma que ni él mismo imaginaba lo que era capaz hasta que la utilizó. Con un doble filo, por un lado, quitaba la vida y por otro acumulaba el poder del enemigo. —Iris se sorprendió de la maldad—. El pequeño de ellos contempló la ventaja ante dos de tres, el controlaba el fuego del centro de la tierra, el destruía el hielo y la roca, pero ante el agua era un pulso difícil de mantener. Esperaría a que las luchas le dieran cierta ventaja al matarse entre ellos y él permanecer expectante.

»Pero las pérdidas fueron innumerables, en aquellas batallas sin cuartel murieron miles de humanos junto a los dragones. Y ante aquella locura, qué más daba una más. Se comenzó a destruir lo más sagrado, la familia, se persiguieron a las dragonas de los reinos y se les dio muerte, destrozaron los huevos de miles de años, acabando con la posibilidad de restaurar el equilibrio.

»Cuando recuperamos la cordura era tarde y lo hicimos porque se nos fue de las manos. Los ejércitos del aire se habían adueñado de la armadura del hielo, y no respondían a dragón alguno, haciéndoles indestructibles. Fue necesaria la colaboración de los cuatro hermanos para encerrarles en el núcleo de nuestro planeta, el pequeño creo la celda que todavía les tiene

recluidos, rodeados de toneladas de lava. —Zier bajó los ojos y miró triste el suelo—. Mika tiene la llave que libera a los Draigos y la ubicación exacta. Pero como esto sería demasiado fácil, nuestro amado Urín no se dedicó a invadir los reinos vecinos con el fin de aumentar su poder, como creíamos, hemos subestimado la inteligencia de esa mujer, buscaba: las armaduras y la espada de doble filo. —El anciano aguardó a las preguntas, pero estas nos llegaron—. Me admira que no tengas intriga, cuál era el nombre del dragón que unió su camino a Joelyn... —Los ojos de Iris se iluminaron y sonrió con dulzura—. Se llamaba Zor, el gran Zor... Nada es casual.

Capítulo 53

Infierno, 28 de junio de 2019

Con la mirada perdida y totalmente distraído, Drako parecía absorto en los remaches oxidados y en la mugre de aquella puerta que daba acceso a su pasado. Levantó el puño para llamar cuando esta se abrió. No estamos preparados para la vida, pero tenemos años para adaptarnos a ella, y ¿la muerte? Sabemos de su existencia desde el mismo día que se produce la primera y renegamos o la obviamos hasta el último segundo cuando el desenlace es inminente y el miedo al después se hace presente. Tener conciencia de la muerte es un pensamiento que el hombre debe eliminar antes de que se convierta en una losa, pero en el caso de Drako esta había adquirido un carácter más allá del luto o el fin, pues detrás se hallaba: Karjún.

Karjún no había cambiado en los cientos de años que llevaba sin verle, la piel moteada en rayas rojizas y negras surcada de sudor por el calor o el esfuerzo que requería desmembrar cuerpos y volverlos a unir; aquellos dos cuernos pequeños y retorcidos que le salían de la frente, seguían estando en su sitio; siempre cabía la esperanza que otro lord le hubiese arrancado la cabeza, para alegría de Drako, pero no.

Drako observó la garra extendida de Karjún en el aire, pareció divertido ante la duda de su pupilo.

—¡Te esperaba! —dijo cuando se saludaron.

Le dejó paso y entró vacilante. En el centro de la sala colgaba un cuerpo con la piel arrancada a tiras, con la cuenca de los ojos vacía y la lengua amputada, Drako se apiadó de aquel pobre infeliz. El sutil movimiento de su vena aorta, la sangre corriendo lentamente por todas las heridas y el sudor perlado un rostro sanguinolento, le recordaron a él los primeros días. El cubo que tenía a los pies iba recogiendo la sangre que luego Karjún sustituía por la ponzoña negra y maloliente que recorría sus venas. Era un envenenamiento de la sangre lento y doloroso, aquel microorganismo virulento invadía la circulación sanguínea, y entonces llegaban los escalofríos, la fiebre, la postración, la infección, los vómitos, diarreas, sarpullidos.

—Este no servirá para nada. Dejaste el pabellón muy alto, muchacho. —Karjún cogió del pie al hombre y lo arrastró. Las muñecas atadas con una cuerda colgaban de un gancho de carnicero en una cadena de transporte, como la de los viejos mataderos. Cruzó la sala, abrió al fondo una puerta y empujó el cuerpo en el interior—. No se puede hablar cómodamente cuando te espera el trabajo... —Ambos se observaron durante unos segundos—. No te puedes imaginar la cantidad de trabajo que tengo, son miles los que sucumben a la codicia, la lujuria y la ira siempre fueron mis pecados capitales favoritos. La lujuria no lo veo como tal sino una diversión —Su risa resonó por toda la sala—, pero las normas las pusieron los de arriba. La gula y la pereza —Se encogió de hombros—... no alcanzó a entender que pintan aquí; uno lo sentaría en la consulta de una psicóloga y al otro, le pondría hacer la mili.

—En mi hotel tengo estas dos —dijo Drako, tomando asiento en un taburete metálica cerca de una mesa llena de bisturís, alicates, tijeras y demás juguetitos.

—Nadie dijo que fuera perfecto. ¿Para qué has vuelto? Dudo mucho que añores el hogar y a un menos mi compañía.

—No voy a andarme con rodeos...

—No me gustan los circunloquios, mi tiempo es oro.

—¿Qué sabes de unos seres que vinieron de otro mundo y ayudaron al ser humano? —preguntó Drako a bocajarro.

—Algunos los llamaron los legítimos. —Se levantó y caminó en círculos alrededor de Drako—. ¿Sabes que nada es gratis? Me resulta desconcertante que bajes a verme buscando información de unos seres a los que aniquilamos hace miles de años... Me surgen dos preguntas: ¿Quién te habló de ellos? Y ¿qué importancia tiene para ti esa información?

—Tengo retenido dentro de mi hotel a un ángel que me contó una historia algo fantástica... De una raza superior a todas las existentes, con poderes divinos.

—Tener a un ángel retenido rompe muchos de los acuerdos establecidos entre el Cielo y el Infierno.

—Para tranquilizar tu espíritu, te diré que entró en el hotel por su propio pie, fingiendo ser lo que no era —respondió Drako.

—Mi espíritu no se altera por nada, ambos sabemos la razón. Por simple curiosidad, ¿qué fingió ser? —Karjún se frotó las garras con impaciencia.

—Uno de los nuestros... un demonio. —La carcajada de Karjún resonaron por la sala, eran aterradoras, como el grito de un cerdo al ser sacrificado—. ¿Por qué se arriesgó tanto? ¿Quién hay en tu hotel?

—Quizá sean miles de almas que esperan en la caja fuerte del sótano a ser trasladadas a los dominios de Lucifer. —Karjún arqueó una ceja.

—¿Así pretendes conseguir que te ayude? —Karjún negó—. Para no romper esta atmosfera de amistad, digamos que te creo... Los legítimos... Ellos eran los verdaderos hijos de Dios, ¡perfectos! Hechos a su imagen y semejanza, con la dulzura del Padre, la nobleza y el buen deseo. No había maldad en ellos y por si todo esto fuera poco, poseían, como bien dices: poderes. Generaban vida en campos estériles, sacaba agua del desierto... En cambio, el ser humano, una decepción constante, incapaces de valerse por sí mismo, maleables por muchos de nosotros... Y ¿ante aquella masa de carne con ojos pretendía Dios que nos sometiéramos? ¡Ja! —Había odio en su tono—. Si ellos no hubiesen intervenido el hombre continuaría en taparrabos copulando como unos animales, eran lo único que hacían... comer, dormir y follar. Nosotros debíamos cuidar de ellos, pero teníamos nuestros propios problemas, una fracción se rompía del eje central, queríamos ser valorados y, de alguna forma, librarnos de la responsabilidad de aquellos trozos de carne con ojos.

—¿Fue vuestra caída? —pregunto Drako. Karjún asintió.

—Esa fue la libertad que recibimos. Pero a lo que te interesa. Dios no escribe los renglones tan claros y rectos como nosotros creemos... deja ciertas lagunas para que tanto los ángeles, demonios y hombres los rellenen. ¿Qué hicimos nosotros con los legítimos? —Drako le miró interesado.

—Nada. En el Infierno teníamos nuestras propias luchas de poder, éramos nuevos, parece difícil de comprender, pero necesitamos nuestro periodo de adaptación. Esta vez fuimos meros espectadores.

Karjún mostró una sonrisa diabólica, estiró los brazos y desplegó las alas de murciélago, grandes y negras, con rasguños de viejas heridas de batallas ya olvidadas. Los pies

desaparecieron y unas pezuñas como las de una cabra aparecieron para sostener un cuerpo esquelético y contrahecho.

—¿Sabes lo que descubrimos junto a ellos? —Drako negó—. Paz. —Pero había algo más, por como miraba a un punto perdido de la pared—. Nosotros vimos llegar la tormenta antes de que cayeran las primeras gotas... —Karjún se encogió de hombros—. Yo estaba liado con mi trabajo cuando escuché el revuelo en el exterior. Los nuestros corrían indignados... ¡¡Nosotros éramos los indignos, los malos, la conciencia negativa!!

—Y los aniquilaron a todos... —Drako bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Bueno... está claro que a todos no. Sobrevivió la princesa que escondes. —Los ojos de Karjún se achinaron.

—Preguntarte cómo sabes que la tengo, es ridículo, pero por qué una mujer... —preguntó Drako.

—Es evidente, desde que estamos hablando frotas las manos sin cesar y tocas esa piedra que te cuelga del cuello. Siempre la llevaste, pero nunca me dijiste lo que significaba; veo que ya cobró valor.

—La buscan los ángeles... y no logro entender para qué, después de los que sucedió saben que los poderes no se transmiten como ellos creen.

—Son cortos de mollera y cuando se empecinan en algo, no cejan en intentarlo... A parte de una panda de hipócritas. —Karjún arrastró una silla metálica y se sentó frente a Drako—. Fuiste único, ¿nunca te has preguntado por qué eres diferente? —Sí, pero tampoco tenía sentido revelar unos conflictos que no tenían solución—. Cuando llegaste a mi mesa, descubrí que tenías alma, una porción muy pequeña, pero alma, al fin y al cabo; ahora me doy cuenta que no es una cualquiera, te hace tan especial. Es de un legítimo. Eso sí que es interesante.

Capítulo 54

Muro del castillo de los dragones de fuego, 28 junio del 2019

De todos los rincones del reino del Fuego llegaban refugiados. Los soldados se encargaban de acomodarles en las distintas alas acondicionadas: mujeres, niños y ancianos, a los hombres se les entregaba un arma y se les designaba un punto de defensa, pero ninguno sabía manejar una espada con destreza o un arco con puntería, exceptuando aquellos que se dedicaban a la caza.

Urín sostenía que el noble arte de la guerra pertenecía a los dragones y su descendencia, esa infantería que abría el camino para la batalla, sí podían ser humildes campesinos, fáciles de arrollar en un momento dado. La caballería pesada, por lo tanto, se nutría de caballeros ricos que podían permitirse una buena armadura y magníficas armas, ostentosos y opulentos.

Ahora debían empuñar un arma. Algunos ancianos se negaron a esconderse dentro del castillo y acompañados por jóvenes temerarios se colocaron en el muro a preparar ballestas, afilar hachas y espadas, y sobre todo a montar las flechas: las puntas metálicas sobre un astil y un emplumado, todo equilibrado para que el disparo sea certero. Su misión era importante, el abastecimiento continuo y nada les protegía de la muerte, aunque hablaban como si un velo de inmortalidad les cubriera.

Los hermanos mayores de Dragon caminaban de un lado a otro ordenando a aquellos asustados campesinos dónde colocarse. Antes de alejarse les daban un fuerte apretón inyectando valor y fuerza, los hombres agachaban la cabeza y asentían. No había esperanza y lo peor de todo era el pensamiento martilleando las cabezas, si ellos caían sus familias perecerían detrás.

Urín gritó a Zier cuando este le obligó a abandonar el puesto defensivo de la puerta principal: «¡Si he de morir que sea luchando!»». En el fondo, ni Zier ni ninguno de los hermanos confiaban en él y reconocía que razón no les faltaba; pensaban que desde dentro inclinaría la balanza a favor de Mika. La disputa se terminó cuando un vigía dio la señal de alarma, un hombre se acercaba al galope.

La noticia recibida por aquel hombre de parte de Arón, era la confirmación de la liberación del ejército y que este caminaba hacia el castillo de los dragones del Fuego. El resto de los reinos no se había pronunciado, todavía.

—Hace frío. —La voz de Kron sacó a Iris de sus pensamientos.

—Estaba tan absorta que no me di cuenta —dijo Iris abrazándose el cuerpo. Kron le colocó su capa por encima de los hombros

—Nunca pensé que me viera arrastrado a una guerra. —Lo dijo con la mirada ausente. No era más que un pensamiento dicho en alto para liberar la angustia. Se giro y desapareció por donde había llegado.

—Son normales los momentos de debilidad —dijo Zier que se sentaba trabajosamente junto a ella.

—Si estuviera en su lugar no sé lo que haría —contestó Iris.

—Tú estás en su lugar... Tu vida está en juego como todas las demás y no te veo oculta tras los muros de los calabozos sollozando. —Iris dejó escapar una risa triste.

—No tengo nada que perder. Quizá aquí arriba pueda resultar útil.

Zier miró el cielo estrellado y señaló una constelación:

—Me hablaste de un amigo de Dragon —Iris asintió y repitió el nombre de Drako—. Aquella de allí es la constelación Draco, significa «dragón», el que custodia desde los cielos los cuatro reinos. Me pareció curioso.

Para Iris era la confirmación de la estrecha unión de los dos hombres. Fue Dragón quien bautizó la versión demoniaca de Erik.

Capítulo 55

Muro del castillo de los dragones, 29 de junio de 2019

«¡Están aquí, han llegado!» gritó un niño a las puertas de la capilla donde Iris y otras mujeres coraban cada una a su dios. Se ajustó mejor la capa de Kron sobre los hombros y salió, cruzó el patio de armas y subió las escaleras hasta el pasillo estrecho de lo alto de la muralla donde la guardia vigilaba el horizonte. «¡Han llegado, están todos aquí!» decían los vigías con cierto anhelo y nada de temor.

Las horas en la capilla transcurrieron pensando en lo que no estaba dicho, en lo que quedaba pendiente, las explicaciones y las respuestas de tantas preguntas suspendidas en el aire. La mente le decía que nunca saldría de allí ni tendría la oportunidad de aclarar su corazón. Su cuerpo, aliado con ese enemigo implacable que le mostraba escenarios horribles de un futuro inminente, se negaba a ayudarla: le temblaban las manos y las piernas, se mareaba y las náuseas la obligaban a encorvarse sobre el último banco de madera. «¡Ha llegado el momento de obedecer!» se ordenó cuando los pies se negaron a caminar. Entonces la voz de aquel niño deshizo las cadenas que la tenían prisionera del miedo, sintió esperanza, la misma que veía en los vigías que miraban hacia el rastrillo que se levantaba con pesada lentitud.

«¡Dragon, Dragon ha llegado!», gritó entre todas aquellas voces que se alzaban. Bajó corriendo las escaleras. En el patio de arma se había reunido cientos de personas que como ella observaban con interés quién cruzaba sobre el puente levadizo a caballo. El tumulto se aproximó desplazándola a un lateral. La gente hizo un círculo alrededor de los recién llegados; Iris fue sorteando a unos y otros hasta que alcanzó el centro, donde estaban Saúl, Kron y Zier abrazando a los que llegaban en su ayuda. Entre ellos uno llamó su atención, aquella melena negra con reflejos azules siempre recogida en una tensa coleta, ahora estaba suelta y caía descuidada sobre la espalda, pero solo podía pertenecerle a él. Le llamó cuando de nuevo aquella masa la empujó hacia el fondo y la alejó de Dragon. Zier la vio entre la muchedumbre haciéndose un hueco, levantó la mano y la gente abrió un pasillo entre ella y la mano estirada del anciano. Iris se precipitó a la carrera abrazando por la espalda a Dragon.

—¡Por fin has llegado! Me prometiste que cuando despertara estarías aquí, pero... —dijo Iris entre lágrimas.

—Si hubiese sabido que me estaban esperando y que me iban a recibir de esta manera... ¡Juro, por mi vida que habría regresado antes! —Era una voz zalamera y seductora nada con el tono varonil, serio y triste de Dragon.

Iris se alejó asustada, chocando en la retirada con Kron, la tomó por lo hombros y la señaló con la cabeza al hombre del que se alejaba, añadió:

—Te presento a mi quinto hermano Arko, su parecido con Zor es indiscutible...

Iris le miró con detenimiento: la misma estatura, el mismo pelo largo y negro, el contorno del rostro, incluso las facciones, pero Dragon era más atractivo, quizá fuese aquella barba de tres días canosa. Arko estaba acostumbrado a ese escrutinio y su porte mostró la seguridad del hombre que

siempre consigue los favores de las damas.

—Cuanto lo siento... pensé que eras él. —Arko se acercó a ella y le tendió la mano.

—Más siento yo, no ser el hombre que esperabas, pues tú cumples con creces todos mis anhelos. —e giñó un ojo y soltó su mano lentamente como si desprenderse de ella fuera su último deseo.

—Estoy agradecido de que hayáis llegado en tan poco tiempo —dijo Saúl abrazando a Arko—. Iris quiero presentarte a mi sexto hermano Lork, que dejó sus libros en la Abadía de las tierras del viento para acudir a una gran fiesta. —Lork inclinó la cabeza con respeto—. Este es Niko, el séptimo, maneja mejor el pincel que la espada, pero a pesar de ello no se siente acobardado y aquí lo tenemos. —Niko se limitó a observarla con interés—. Solo queda que Zor, allá donde esté, nos escuche y llegue a tiempo.

Capítulo 56

Ático del Hotel Valhalla, 30 de junio de 2019

El presentimiento era una fuerza que arrastraba la mente de Dragon a visiones nefastas. Una premonición que le involucraba personalmente, pero no sabía dónde. Algo estaba a punto de suceder y con esa idea rondando la cabeza no lograba encontrar la paz. Tenía que defender un punto vulnerable, por allí les atacarían. Se acercó al ventanal del salón y miró a través de él la ciudad de Las Vegas ruidosa y animada como todas las noches. *¿Quién nos va a atacar y por dónde?*

Iris seguía sumida en un profundo sueño, la respiración intranquila, el ceño fruncido y tensionadas las manos que agarraban con fuerza las sábanas que la cubrían. Dragon se frotó nervioso el pelo sujeto en aquella tensa coleta tan característica en él, sentía entre la nebulosa del mundo onírico el miedo de Iris, pero qué podía hacer. Alba le avisaría si se producía algún cambio en ella. Permanecía en el salón, aguardando la llegada de Drako y mirando el lugar donde días antes se desplomó el cuerpo de Iris.

Tocó con la mano la alfombra, esperando entender qué ocurrió, por qué entró en coma. Repasó mentalmente lo sucedido: la energía que se aproximaba, la voz que la llamaba instándola a regresar. Él canalizó todo ese poder en el corazón de piedra. Y entonces terminó: la sacudida, el resplandor de su cuerpo, el brillo en sus ojos y luego se hizo la noche.

Dragon repasaba cada segundo de aquellos minutos cuando a su espalda se abrió un vértice temporal y salió Drako acompañado por Karjún.

—¡Tranquilo, vengo en son de paz! —dijo Karjún al ver la actitud desafiante de Dragon—. Además, debía una visita a mi gran amigo Drako. —Se sentó en el sofá y clavó los ojos en la puerta donde dormía Iris—. De allí viene su energía. Ha desaparecido el ardor, el peso de mis pecados... Su poder está debilitado, pero todavía es fuerte. ¡Como añoraba esta sensación!

Los ojos de Dragon se transformaron en el animal que rugía en su interior, aquel ser no era de fiar y tenerle cerca de Iris era tentar a la suerte. Miró con furia a Drako que le sostuvo la mirada.

La puerta del ascensor se abrió y salieron Yin y Mordok. De la cocina surgieron Oráculo y Delfos que subieron por la escalera de emergencia.

—¡¡¡¡Hemos sentido la presencia de un Lord!!! —dijeron al unisonó, pero sus voces se quebraron al ver el rostro divertido de Karjún. Todos dudaron entre echar las manos a las armas o la rodilla al suelo.

—Está aquí para ayudar —repitió Drako con desgana—. Hemos estado hablando y creo que tenemos una idea. Pensamos que el alma de Iris no está en su cuerpo...

—Habría muerto, ¿no? —dijo Mordok, tomando posición tras Karjún.

—Un cuerpo puede estar sin su alma un par de horas... — Karjún hablaba con los ojos cerrados, recreándose en su leve paz interior—. ¿No habéis oído hablar de los juicios de Dios, la famosa balanza? ¿Qué creéis que se juzga? O ¿qué creéis que se pesa? No es la carne, sino las obras: la calidad del alma. Se cometen errores y se lleva a gente que no es su momento, pero se

devuelven y aquí paz y en el otro mundo gloria... Los famosos túneles, las luces brillantes y todas esas majaderías de las que hablan los que vienen del otro lado. Leéis poco chicos.

—Pensamos que su alma está en otro lado —interrumpió Drako.

—¡Muchacho! —Karjún abrió los párpados y se dirigió a Dragon—: Eres un tipo excepcional, piensa un poco, ¿qué pensaste segundos antes de canalizar esa energía? Está en algún sitio, donde tú le has mandado. —Aquel ser esperpéntico acusaba a Dragon de lo sucedido y este no podía engañarse ni a él ni a sus amigos, era culpable de todo lo ocurrido, pero sobre todo de no saber solucionarlo.

Capítulo 57

Muralla del castillo de los dragones de fuego, 30 de junio de 2019

—¿Cuándo llegaran? —preguntó Iris, agarrando con fuerza el brazo de Zier. Aquel anciano de barba blanca y mirada pura portaba calma y perspectiva, lo que la hacía sentir segura a su lado, pero también ofrecía un amor incondicional, como el de un abuelo; era amable, paciente.

—Al alba —dijo señalando el horizonte—. Quedan horas para el amanecer, pero se ve un gran resplandor anaranjado; están quemando todo lo que se encuentran a su paso... Si esto termina, a favor nuestro, será difícil recuperar lo que se está perdiendo, bosques milenarios y tierras fértiles, todo reducido a cenizas por un odio sin sentido. —Zier meneó la cabeza con tristeza.

—¿No hay alguna forma de avisarle?

—Si tú fueras la elegida, él estaría aquí —Zier la miro con ternura—. ¿Sonó tan mal cómo yo creo? —Iris forzó una sonrisa—. No te entristezcas por las palabras de un viejo. Tú amas a otro hombre y el destino está escrito, incluso el de la elegida.

—¿Sabes quién es?... Podríamos buscarla y pedirle... no sé, lo que se le pida en estos casos.

—No sé quién es... Las visiones no siempre son tan claras como uno desea —Caminaron por la muralla sin dejar de mirar el horizonte—. Ponte detrás de mí y si la cosa se pone difícil, te refugias con el resto de mujeres y niños, ¿prometido? —Iris asintió sin ganas.

—¿Por qué no se usa la magia para atacar? —preguntó Iris mientras observaba el avance lento de las llamas por el horizonte.

—Lo haremos, si no queda más remedio, pero tendremos que transformarnos en dragones. Nuestra corpulencia y el instinto supervivencia...

—¿Usar la magia como hombre?

—Es limitada, como las capacidades. Si los instintos humanos fueron iguales a los del dragón, no habría forma de explicar el suicidio, nosotros hacemos cualquier cosa por sobrevivir y eso nos hace peligrosos.

—¡¡¡Ya, ya!! —Iris tocó la armadura de Zier—. Zor no tiene esa desventaja. ¿Cuántas veces lo has visto cómo dragón?

—Una sola y no lo puedo asegurar, lo recuerdo entre brumas, cuando vino toda aquella energía persiguiéndome...

—Ninguno de los que estamos aquí podemos estar más de un día sin transformarnos, nos debilitamos, se nos descontrola la energía y las consecuencias son nefastas. ¿Le has visto manejar la magia en su forma humana? —Iris afirmó—. Pues eso para el resto es imposible, yo solo veo el futuro de las cosas cuando soy dragón, como mucho podría encender una fogata o hacer aparecer un hacha, poco más...

—Él es poderoso: para el tiempo, lo hace retroceder... —Los ojos de Zier se abrieron desmesurados—. Pero siempre habla del equilibrio...

—Eso es más de lo que yo podría esperar de un alumno... ¿Retroceder? ¿Cómo es capaz de

lograrlo? Si lo hago con Saúl y no con Kron, rompo una línea de contacto y quizá cambie el futuro de forma sustancial. Alterar el equilibrio, no solo de una persona sino de miles.

—«Una mariposa bate las alas en Nueva York y hay un terremoto en Pekín». —Zier intentaba averiguar la conexión—. Nueva York y Pekín son dos ciudades que están en distintos extremos de mi mundo.

—Sí, eso es... hacer retroceder a Saúl y no a Kron, sería como un batir de alas. Pequeñas acciones pueden producir grandes cambios. Hay que estar preparados para esos súbitos imprevistos y el efecto que tendrá en nuestras vidas.

—La «idea del caos».

La voz de alarma sonó. Todos ocuparon sus puestos y miraron al exterior. «Ya están aquí» dijo Zier. Las llamas del horizonte recortaban lo que parecía la silueta de un ejército. El sonido ensordecedor de metal chocando contra metal les alcanzó desde la lejanía.

—Es una avanzadilla, en menos de media hora los tendremos a nuestros pies. Si yo fuera ellos... rodearía el castillo y asaltaría las murallas por todos los flancos a la vez. ¿Preparada?

Iris movió la cabeza negando. Si aquel grupo numeroso era la avanzadilla, miedo le daba la llegada del ejército.

—Nunca se está preparado para esto —dijo Zier—. Yo no dejaré que te hagan daño y aunque me veas viejo, lucharé como un jovencuelo...

El ejército avanzó hacia la muralla, con cada paso golpeaban sus armas contra el pecho de su armadura, un sonido atronador y terrible, preámbulo de una batalla desigual que trucidaría la vida de gente inocente. Zier miró con tristeza a su alrededor, el mundo que conocía iba a desaparecer.

Capítulo 58

Ejército Draigo, 29 de junio de 2019

Sobre su caballo negro Mika dirigía a los draigos. La guerra la alimentaba el odio, que nacía de la envidia, el egoísmo y la soberbia, aplicaría la ley del ojo por ojo, aunque muchos de aquellos infelices no supieran porque tanto rencor guardado. Su madre no se derrumbó ante la adversidad: despreciada por el amor de su vida, sin el apoyo de los que llamaban a su puerta pidiendo remedios y curas; encontró el camino para afrontar, procesar y pasar de forma consciente por un duelo que producía más dolor y rabia, pero salió fortalecida, ella y su hija. Quedaron profundas cicatrices, bajo ellas heridas que sanarían con la destrucción de los dragones. «¡Que no quede nadie con vida!» ordenó al llegar al primer pueblo, pero lo halló vacío, igual que el segundo y el tercero, lo que lejos de aplacar aquella furia, se acumulado y estaba dispuesta a arrancar cada piedra del castillo para convertirlo en un mausoleo.

«Las murallas son indestructibles, atacar la puerta principal y trepar por los muros» les dijo según se acercaban. No confiaba en que Urín cumpliera con la orden implantada, su hechizo se debilitaba y llegar hasta allí le llevó más tiempo del esperado, los draigos eran seres torpes y lentos.

Iris tomó aire y se puso junto a Zier. El anciano le dedicó una última mirada. Un joven se acercó corriendo a ellos con un gran palo en forma de «Y», se lo tendió a Iris y le dedicó una sonrisa tímida. Ella lo examinó con detenimiento y lo apoyó en el muro sin tener muy claro cuál era la finalidad; quizá golpear la cabeza de aquellos seres tan grotescos que le recordaban a los orcos de su mundo, ya estaban tan cerca que apreciaba aquella fisonomía: muñecos grotescos hechos de barro. El joven lo cogió de nuevo y le mostró cómo usarlo: «Es para empujar la escalera que apoyen». Ambos rieron como si todo aquello fuera un juego o un chiste macabro.

—Los Draigos se parecen a los orcos —dijo Iris a Zier cuando el joven les dejó solos.

—Los monstruos tienen distintos nombres, para el mismo mal.

El ataque comenzó cuando la voz de Saúl se alzó en el silencio del castillo, los draigos comenzaban el ataque por el ala norte que él y su grupo protegía. Toda aquella torpeza de movimientos al andar, desapareció al trepar por las escaleras que apoyaron en la muralla, lo hacían con destreza, a pesar de sus cuerpos robustos y faltos de gracilidad.

A la espalda de Iris la batalla era real, aquellos monstruos coronaban el muro, por cada escalera que derribaban, dos se alzaban, por cada draigo muerto y arrojado por la muralla, subían otros tantos; Kron junto a los arqueros evitaba que aquella masa informe se acumulase en la base, pero algunas flechas se partían al rozar la armadura y otras permanecían clavadas en las piernas reflejo frustrado de su esfuerzo. Los draigos respondieron lanzando piedras con sus propias manos, que llegaban hasta el patio de armas, matando a los que aguardaban preparados. La voz de Zier la sacó de la visión horrible de hombres cayendo del muro sin cabeza porque los draigos

ganaban el primer asalto.

Iris miró horrorizada como una escalera, preámbulo del ataque, rozaba la muralla que Zier y ella defendían. Tomó el palo y cogiendo aire empujó para derribarla, aquellos seres pesaban como roca sólida, sus pies no encontraban el apoyo firme y se deslizaban cediendo al peso de la estructura de madera que se afianzaba en el muro. Una espiral de pensamientos derrotistas se hizo fuerte en ella, no podía controlar aquella situación, ni cumplir con su sencilla tarea. El miedo la paralizó, miró con impotencia el vaivén que advertía del ascenso de los draigos, en su mente apareció el rostro de los niños que se ocultaban en las mazmorras de aquella fortaleza, el de Dragon y el de Drako al que tanto debía; y de algún rincón profundo de su interior encontró la fuerza para derribar la primera barrera, luego llegaron otras dos.

Zier lanzaba flechas sin descanso con un acierto impecable, pero como Kron había advertido minutos antes, ninguna de ellas causaba baja alguna: se arrancaban las flechas sin dolor, sin sangre. Atravesó los ojos con ellas, dejando cuencas vacías, pero no los necesitaban para cumplir la orden dada y llegar a su objetivo. «¿Cómo se mata a alguien que no sangra?» preguntó Zier más para sí mismo que para Iris que se encogió como respuesta.

Saúl y Kron juntaron las espaldas para enfrentarse a los draigos que conquistaron el interior del castillo, dieron estocadas y clavaron la espada allí donde no había armadura, pero ni un gemido sacaron de las bocas contrahechas. Lograron derribar a más de uno hacía el patio de armas, con miembros desmembrados, pequeños éxitos que alentaba a seguir.

Iris, agotada, sucumbía ante el fracaso, la última de las escaleras se resistía a su embestida, una mano suave se apoyó en la suya y le inyectó la fuerza que le faltaba para arrojarla hacía el foso con todos sus ocupantes; al mirar vio la cara regordeta y dulce de Rebeca, la esposa de Saúl.

—¡Vete de aquí! —espetó Zier con rudeza.

—No me voy a ir. Esperar abajo sin hacer nada está matándome... Aquí arriba puedo ayudar. —Rebeca cogió con fuerza el palo y derribó otra escalera—. Juntas podemos hacer más.

—Tu presencia pone en peligro la vida de Saúl... Yo no puedo cuidar de ti, tengo suficiente lio... y ya no digo nada como Saúl te vea.

—No tiene por qué enterarse. Iris no tiene fuerza suficiente para evitar el avance de los draigos... —Confirmó tal afirmación derribando una escalera más.

Zier sopesó la situación y era consciente de la necesidad de otros brazos no solo para la tarea que desempeñaba en ese momento sino para cargar las ballestas y llenar los cestos de flechas que realizaban unos jóvenes; dos de ellos habían ido en auxilio de Saúl y Kron, y los otros habían caído al patio de armas con la primera ráfaga de piedras que lanzaron los draigos. La miró un segundo y se dio cuenta que la mujer de un dragón era una hembra fuerte y valiente, no era posible llevar en tus entrañas a un ser mitad dragón mitad humano sino estabas dotada de una fortaleza especial.

—¡Quédate, pero si esto se pone difícil y te doy la orden de refugiarte, irás de inmediato junto a tus hijos! —Rebeca asintió satisfecha.

Ambas mujeres eran un equipo perfecto como si aquella tarea la hubiesen desempeñado miles de veces, pero el entusiasmo no puede mantenerse durante mucho tiempo cuando todo es infortunio. Las piedras seguían cayendo del cielo como las lágrimas de San Lorenzo, sembrando el muro de muertos y heridos, cuyos lamentos acongojaban el alma por la falta de auxilio. La fatiga se hacía palpable las flechas se caían al meterlas en los cestos quedando desparramadas por el suelo y las ballestas se disparaban por error, el cansancio fue evidente, cuando las escaleras se acumulaban

tan deprisa que el propio Zier las empujaba con su pie sin dejar de disparar el arco. El fatídico momento llegó cuando por la derecha del anciano surgió el primer draigo sobre el muro.

El grito de las dos mujeres le alertó. Tiró el arco a un lado y tomó la espada, golpes certeros en su armadura, pero ni un solo rasguño. Fueron ellas quienes tras observar el brazo desmembrado cuya mano arañaba el aire con uñas afiladas, se convulsionó con fuerza para general un nuevo draigo que creció ante sus ojos, desnudo de armadura y espada. «¡Zier!» gritó Iris cuando aquel ser se lanzó sobre ellas, fue Rebeca la que impidió el avance al lanzar el hacha a la cabeza, este perdió el equilibrio y cayó al patio de armas donde Lork y Niko se libraron de él. Iris la miró perpleja.

—Saúl siempre pensó que era más útil enseñarme a luchar que leerme poseía bajo un árbol. — Suponía que nunca pensó que tales lecciones fueran necesarias, pero se alegraba de que su marido no fuera un tipo romántico.

Rebeca tomó al espada de alguno de aquellos draigos que Zier estaba matando y se dirigió con ella hacía la escalera por la que ascendía una nueva horda. Iris cogió un hacha y se colocó junto a ella. La voz de Arón resonó desde el castillo: «¡Cortadles la cabeza!». Lo que no precisó fue el número de golpes de hacha o espada que necesitaba aquel cuello para que rodase la cabeza.

Las horas se fueron sucediendo y aquel ejército, más mermado desde que descubrieron cómo aniquilarles, les recordó que no debían de festejar su pequeña ventaja, pues era la avanzadilla de uno mucho mayor.

Arko llegó junto a ellas con una nueva orden: «¡Quitadles la armadura! ¡Y vístete con ella, Rebeca!». Rebeca era una mujer tozuda, como demostró por segunda vez en el mismo día. «Primero Zier».

El anciano se vistió con presteza, un momento que les pilló con la guardia baja y aprovechó un draigo que venía de la zona defendida por Saúl y Kron. Empujó a Arko fuera del muro y a Zier contra la escalera de piedra, dirigiendo los pasos hacia las dos mujeres. Rebeca tomó el hacha entre las manos y aguantó con fuerza el embiste de la bestia, Iris golpeó la espalda con la espada de Zier. Las muñecas le dolían, los músculos de las manos se entumecían por el dolor.

Rebeca supo que el siguiente golpe no lo soportarían sus brazos. Cerró los ojos y esperó. Iris sopesó los pros y los contras y supo que ella era la menos valiosa en aquella partida de ajedrez, la pieza que se desperdicia para una gran jugada, el movimiento de despiste previo al jaque- mate. Y sin pensarlo alzó la espada y corrió a la cabeza del draigo, su acción tuvo el efecto deseado, este se giró para repeler el ataque. Un grito salió del pecho de Rebeca. En su mente se dibujó el rostro de su esposo, caería unos segundos después de ella; «Juntos para toda la eternidad» le dijo el día que entrelazaron las almas. Se arrepentía de la decisión tomada, cómo pudo poner en riesgo la vida del hombre que amaba, pero ya era tarde; solo esperaba que al otro lado la perdonase para continuar unidos cien años más.

Entonces sintió el contacto de un brazo que la alejó de la trayectoria del draigo, al abrir los párpados vio el perfil de su esposo arremetiendo con fuerza contra aquel ser grotesco. El draigo cayó sin cabeza, un grupo de muchachos como si de buitres se trataran, se arrojaron sobre el cuerpo para desvestirlo. Saúl se giró y miró el rostro asustado de Rebeca, depositó un fuerte beso en su frente.

—¡Lo siento! —dijo ella.

—Siempre tan tozuda. —Saúl la besó con más fuerza y la quitó un mechón que le caía sobre la cara colocándoselo tras la oreja y la besó de nuevo. De un salto Saúl cayó al patio de armas y

regresó junto a Kron.

—¿Está enfadado? —preguntó Iris al verle marchar tan deprisa.

—No, está resignado a morir... Prefiere que estemos juntos aquí que separado por una falsa seguridad. —Saúl era consciente de las pocas posibilidades de salir con vida y aunque en un principio al verla en peligro, le dominó la ira, al tenerla cerca y besarla, supo que deseaba estar luchando junto a ella por sus hijos hasta el último segundo. Ambos caerían al mismo tiempo y saber que sus ojos se podían perder juntos hacia el más allá, era un buen final para una hermosa historia de amor.

Un joven llegó corriendo con una armadura en las manos, le tendió está a Rebeca y señaló hacia Saúl. Rebeca la cogió con una sonrisa triste en los labios, después miró a Iris.

—Ni se te ocurra pensarlo. —Se enfadó.

—Colócate tras de mí, yo te protejo —dijo Rebeca.

—¿Dónde crees que estoy todo el tiempo? ¿Me has visto empuñar la espada? —Ambas mujeres se abrazaron.

—¿Necesitáis ayuda para lo que estáis haciendo? Si con eso pensáis que vamos a ahuyentar a los draigos, me pongo a dar abrazos y besos a diestro y siniestro —dijo Arko divertido.

—Déjate de memeces y ayúdame aquí —reclamó Zier la atención de Arko. Cinco más de aquellos seres horrendos se dirigían a la carrera hacia ellos.

Las horas siguieron su curso y los cuerpos sin vida se acumulaban aquí y allá. Esta primera escaramuza llegó a su fin con bastantes más perdidas de las deseadas. Los últimos draigos que escaparon a las espadas de los hermanos, huían hacia el horizonte donde aguardaba Mika sobre su caballo negro. Zier llegó para coger una de aquellas cabezas que Iris llamaba «orcós» y la lanzó a la pila funeraria que ardía en el centro del patio. Saúl tendió las manos a su esposa y la acercó hacia él para besarla.

Las ordenes se repetían aquí y allá, «Primero los heridos» «¡Recoged los restos de esta inmundicia y que ardan!» «Enterrad a los nuestros». Iris se apoyó en la puerta de las caballerizas, observando el espectáculo, aquella imagen contradecía los valores que defendía. Se sentía cómplice de la matanza, quizá porque tanto habían ensalzado su carácter especial, que ahora se daba cuenta lo poco que hizo por aquellas personas. El malestar que sufría procedía de la traición de sus convecciones morales. Y si en lugar de dar vuelta a estos pensamientos, hubiese prestado atención a los ruidos procedentes del interior de la caballeriza, hubiese descubierto al draigo que oculto tras la paja se dirigía a ella con la espada en alto.

El filo del metal atravesó sus entrañas. No sintió dolor ni miedo, no fue consciente del daño ocasionado hasta que Rebeca no gritó al ver al draigo recuperar su arma. Iris permaneció en pie con las manos colocadas sobre su estómago, de entre los dedos gotas de sangre caían al suelo. Nadie se acordó de traerla una armadura, ella no se atrevió a pedirla. Saúl lanzó su hacha desde la distancia y sesgó la cabeza del draigo que cayó a los pies de ella. Arko llegó a tiempo de cogerla antes de que se desplomara contra el suelo. «Te tengo princesa» le dijo al oído.

La respiración de Iris era dificultosa, con cada bocanada de aire notaba como la vida se le escapa. Las manos callosas de Zier sobre su rostro la obligaban a permanecer en este mundo. Abrió los ojos con lentitud y vio la mirada dulce del anciano.

—Te mueres pequeña —dijo con un hilo de voz—. Hay una posibilidad, pero es peligrosa... ¿Recuerdas lo que te conté de la sangre de dragón? —Iris tenía la boca pastosa y con sabor a

hierro. Asintió débilmente—. Yo bloquearé mi cabeza y la tuya para que no exista enlace alguno, pero mi mente será la tuya y la tuya la mía. ¿Comprendes lo que te digo? —Iris asintió dos veces.

Zier asió la daga que le tendía Arko y se cortó la palma de la mano, cerró esta con fuerza y apretó hasta que unas gotas cayeron en los labios de Iris. Una corriente de calor entró por su boca hasta su estómago, parecían brasas colocadas sobre su herida. ¿Sería eso lo que sentía Drako? «Duerme» escuchó dentro de su cabeza. La voz de Zier desapareció al instante. Los párpados se cerraron y se sumergió en un profundo sueño.

Capítulo 59

Ático del Hotel Valhalla, 29 de junio de 2019

La sangre teñía las sábanas de la cama de Iris. Drako colocó las manos y presionó para taponar la hemorragia. La incapacidad de mostrar los sentimientos, postergar para más tarde lo que ahora se le antojaba apremiante, se convertía en una losa que asfixiaba; necesitaba que ella escuchara de sus labios la verdad, que supiera que la amaba. Que le afectaba el pasado, le daba miedo el futuro; que construyó un caparazón para evitar ser vulnerable, para que nadie se acercara lo suficiente y tener que preocuparse. Los sentimientos retenidos y no manifestados eran ahora una bomba a punto de estallar en su pecho.

—¿Dónde está? —inquirió Drako.

—Creo saberlo, pero es imposible —respondió Dragon incrédulo.

—¿Dónde? —gritó Drako.

—En mi mundo. —Drako levantó la vista de la herida, estaba tan confundido como Dragon.

—No veo el problema, si sabemos dónde está solo tenemos que ir a por ella y traerla —sentenció Yin con una lógica aplastante.

—¿Podemos ir? —preguntó Drako.

—Sí... puedo abrir un agujero de gusano y saltar... —Dragon sopesó los riesgos o mejor dicho el riesgo de llevar a un lord con ellos.

—¿Agujero de gusano? —Yin miró con los ojos entornados.

—Un salto espacio-tiempo... —dijo Mordok.

—¡Aprieta fuerte! —ordenó Drako a Alba. Cogió el teléfono móvil y marcó un número—. Trae al instante a ese maldito ángel... Sí, aquí a la habitación de Iris. ¡Date prisa y deja de cuestionarme todas mis órdenes! —colgó molesto—. Cada día que pasa, Carla, está más irritable. ¡Nos vamos! Abre ese maldito agujero y vámonos. —Se dirigió a Alba—. En cuanto venga el santurrón dile que obre su milagro, que la mantenga con vida, que haga lo que sea... Si ella muere le arrancaré una a una todas las plumas de las alas...

—Eso no me lo pierdo, ¿puedo ayudar? —Karjún se frotó las manos con impaciencia.

—¡Ten cuidado con lo que deseas! —dijo Dragon—. ¡Preparaos! Coged vuestras espadas, pero nada de armas de fuego ni aparatos tecnológicos.

Quince minutos más tarde, un agujero negro se abrió en el centro del salón, del interior un sonido que recordaba a un avispero no era un buen reclamo para cruzar al otro lado.

—¡Seré el último! —explicó Dragon elevando la voz por encima de aquel ruido—. Pasad uno a uno, cuando lleguéis al otro lado no toméis contacto con nadie, no hagáis nada... Si os atacan os defendéis, pero sin sangre. Para ellos sois enemigos... y ellos son mi familia. —Karjún miró los ojos de reptil de Dragon; le parecía curiosa la naturaleza de aquel ser superior y con una apariencia tan baja en la escala alimenticia.

—¿Dónde está destinado que lleguemos? —A Drako no le gustaban las sorpresas.

—En el patio de armas del castillo de mi padre... ¡Preparados! No podré mantener este agujero mucho tiempo, requiere mucha energía, sois un grupo numeroso y debo mantener el equilibrio entre los dos mundos.

Drako fue el primero en cruzar, llevó su mano al corazón de piedra que colgaba de su cuello y con la otra apretó el que guardaba en el bolsillo, el de Iris. Detrás Yin y Mordok. Después Oráculo y Delfos. Antes de entrar Karjún le dedicó una mirada enigmática, *habrá que vigilarte de cerca*, pensó Dragon y entró.

El agujero se cerró.

Capítulo 60

Patio de armas, 29 de junio de 2019

—**E**speraba un mundo de arco iris y esto es el puto infierno —gritó Karjún por encima de todo aquel caos.

Los cuerpos yacían por doquier, miembros amputados se arrastraban por la arena mientras convulsionaban para convertirse en nuevos draigos, el rojo era el color que primaba en paredes, escaleras y suelos. Dragon miró a su alrededor intentando situarse, aquel no podía ser su hogar.

—Son caballeros medievales luchando con orcos —dijo Mordok.

Un hombre que manejaba la espada con una falta total de maestría, tropezó con el cuerpo de un joven al que todavía le quedaba un hilo de vida, el draigo que caminaba tras él con media cabeza seccionada tropezó con el hombre y fueron a parar a los brazos de Drako. Este enderezó al hombre y alejando al draigo de un puntapié. Miró a Dragon.

—¿Esto es habitual? ¿Quién son los buenos y a quién tenemos que patear el culo? —Drako sacó su espada.

—No. Hay que matar a los draigos, esos que parecen orcos... Carecen de corazón, la cabeza no tiene cerebro, responde a una orden dada por el que está manejando esta locura, si acabamos con él, dejarán de atacar. —Mordok clavó su espada en unos de aquellos seres grotescos—. Cortadles la cabeza... Miembro que cortéis, crecerá otro. —Yin golpeó la armadura de uno de ellos y salió disparado con el doble de la fuerza invertida—. No golpees la armadura, es indestructible y revierte la fuerza empleada. —Dragon desenvainó la espada y la hizo bailar en sus manos.

Un muchacho se arrastró hacía unos barriles de aceite y se refugió tras ellos. El draigo que le perseguía tenía un martillo de guerra que movía con destreza. Una pieza de metal con una enorme cabeza, por un lado, plana y ancha para golpear, y por otro, afilada en forma de pico para estocar, luego un mango. Se acercó hacía los barriles y con un movimiento seco de aquel martillo volaron por los aires para estrellarse contra la pared del castillo. Levantó del suelo aquella arma poderosa para acabar con la vida del joven que se escondía detrás de sus delgados brazos, pero el golpe no llegó, sobre sus piernas cayó la cabeza del draigo y detrás el cuerpo desmadejado apareció la figura imponente de Dragon. Se acuclilló junto a él y con suavidad le levantó la cabeza fija en la mirada vacía del draigo que le observaba desde las rodillas.

—Me llamo Dragon... Zor. ¿Qué está sucediendo? —El alivió se dibujó en aquel rostro infantil.

—¡Has escuchado nuestras plegarias! Sabía que no nos abandonarías... y menos a ella. — Aquel muchacho le resultaba familiar, pero no sabía de quién se trataba—. Cuando te fuiste era un niño de dos años... Soy Niko.

Dragon le escudriñó, reconoció en sus ojos los rasgos de su madre, almendrados, y sus labios carnosos. Recordaba al mocoso que le seguía llorando porque Urín rompía sus dibujos y destrozaba sus pinturas.

—Has crecido tanto, tanto... ¿Dónde está Saúl? —Niko señaló con el dedo el muro norte.

—Hace un momento estaba ahí arriba junto con Kron... Ahora ¡vete tú a saber! —Niko sujetó a su hermano por el cuello y lo miró a los ojos—. ¡Para esta locura!, dice Zier que tú sabes cómo hacerlo.

—Dormir a los draigos, solo lo puede hacer aquel que los liberó. —O matar a quién lo hizo, a Urín—. No es tan fácil. —Se limitó a decir—. ¿Dónde está Zier?

—No lo sé. —Miró hacia la parte sur—. Le vi con tu mujer hace un rato.

Dragon se puso en pie y echó un vistazo a la muralla, allí vio a Zier y Arko luchando con diez draigos. Silbó con fuerza a Drako que arrancaba la cabeza del último de los draigos que habían penetrado por el puente levadizo que Mordok y Yin cerraban de nuevo. Habían visto como un hombre vestido con armadura y capa de seda con bordados de oro, montado en un caballo, ordenó subir la horquilla y bajar el puente para salir al galope. Dragon señaló a Drako aquel punto defendido solo por dos hombres y corrió sin poner en duda la orden recibida por su amigo.

—Descansa —dijo Dragon a Niko—. Voy a buscar a Saúl... —Se acercó Oráculo—. Aquel joven es mi hermano pequeño, cuida de él.

Dragon caminó hacia la muralla con grandes zancadas, con cada una de ellas repitió la plegaria que llamaba al dragón que dormía dentro de él, los ojos se le transformaron en los terroríficos del animal. Creó entre sus manos una bola de energía que lanzó contra los draigos que bajaban por la escalera de piedra, algunos cayeron sobre la arena y Karjún se encargó de ellos, otros se volatilizaron el aire dejando flotando una ceniza negra. Desenvainó la espada al alcanzar la parte alta del muro, apartó a dos caballeros exhaustos, paso de largo y con la mano fue eliminando una a una las escaleras por la que entraba aquella nueva horda de enemigos.

Los cuerpos decapitados de los draigos, que tuvieron la mala suerte de encontrarse con la espada de Dragon, fueron lanzados por encima de la muralla hacia el foso con un simple movimiento de su dedo. Se acercó con paso decidido al último de los enemigos que esperaba sobre el muro, pero para sorpresa de todos, Dragon le agarró del cuello y le susurró algo al oído. El draigo dejó caer la espada, se colocó de pie en el muro y se lanzó al exterior, después corrió hacia donde estaba Mika, seguido por aquellos que aguardaban en la base de la muralla su oportunidad de entrar.

Capítulo 61

Patio de armas, 29 de junio de 2019

Dragón explicó tras recibir vítores y abrazos, que aquello había sido una treta que no mantendría mucho tiempo engañado a los draigos. Necesitaba ver a Iris, saber que estaba viva, y sobre todo por Drako, que su silencio denotaba angustia, esa ausencia de sonidos convertido en un ruido interior cargado de reproches por la indiferencia infringida hacia ella. Zier se acercó a su alumno y lo abrazó con fuerza.

—Maestro, cuanto me alegro de verle —dijo Dragon emocionado.

—Como tardes tanto entre visita y visita, la próxima vez, seré una estrella en el firmamento. —Zier palmeó la espalda de Dragon y miró al hombre que tenía ante él, era a un más poderoso de lo que él hubiera esperado.

John entró en la habitación seguido de Carla. Encontró a Alba mirando perpleja la cama vacía de Iris, mientras repetía:

—Estaba aquí, hace un segundo estaba aquí.

La sonrisa iluminó el rostro marchito de Iris, que se levantó de un salto y se lanzó a los brazos de Dragon, Drako tras él, esperaba ser el motivo de tanta alegría, pero comprendía que no se ganó nunca tal muestra de cariño. Dragon cogió entre sus brazos aquel delicado cuerpo, lo apretó con ternura contra el suyo y cuando sintió la mirada gélida de Drako en su nuca, la depositó en el suelo.

Iris se percató entonces de la presencia de Drako y solo vio lo que llevaba tiempo observando, la mirada desdeñosa que siempre le dedicaba. Él se maldijo, pero delante de Karjún no quería bajar la guardia, ni mostrar sus flaquezas.

Karjún mostró el mismo interés por ella que a la inversa.

—Soy Karjún, fui el mentor de Drako. —Iris pasó la mirada de uno a otro, intentando ver la huella del maestro en el alumno. Este extendió la mano para saludarla. A medida que las manos se acercaban, la de Karjún se transformaba en una gran garra de piel negra con betas rojas. Iris lejos de alejarse estudió con detenimiento la metamorfosis que sufría. Karjún sonrió con malicia y retiró su mano volviendo a la normalidad—. Eres autentica, neutralizas..., pero no asustemos a esta buena gente.

—¿Sabes quién soy? —la pregunta de Iris carecía de emoción e interés. Ya no tenía deseos en saber quién era, desde que estaba con la familia de Zor había aprendido que el pasado era un lastre difícil de soltar, ella no quería cadenas; a medida que descubría algo se convertía en un peso difícil de acarrear.

—No tengo el gusto, pero conviví durante muchos siglos con tu raza. —Karjún carraspeó—. Ellos se preguntan: ¿cómo puedes estar en dos sitios a la vez? ¿y ser corpórea en ambos? Es tan sencillo, pero complicado de entender...

—Tenemos tres horas. ¿Será tiempo suficiente para arrojar luz entre tanta tiniebla? —Zier acababa de entrar en la sala acompañado de Saúl y Kron. Karjún se giró para encarar a la persona de la que provenía la voz—. Soy Zier y no me ando con rodeos. —Le tendió la mano que estrecho con fuerza—. Me herrizas los pelos de la nuca y eso nunca es bueno. —Karjún sonrió sin revelar que el anciano le causaba el mismo efecto.

Rebeca abrazó a su esposo. Él hundió la nariz en su pelo y cerró los ojos dejándose llevar por la paz que proporcionaba aquel aroma tan familiar, enredó los dedos en su melena y entrelazaron sus miradas antes de fundirse en un beso desesperado. Deseaban recuperar su vida, que la única preocupación fuese criar a sus hijos y tener los cuerpos entrelazados bajo las sábanas.

Kron tenía a su esposa, Leire, sujeta entre sus brazos, depositando besos furtivos en su cuello, le excitaba sentir los latidos de aquel delicado corazón bajo sus labios, saber que aquella mujer frágil y hermosa era suya desde el mismo día que la vio. La apretó contra su cuerpo y ella emitió un leve ronroneo.

—¿Se han retirado? —preguntó Rebeca.

—Zor obró su magia. —Saúl tomó las manos de su esposa y las apretó contra su pecho—. ¿Cómo lo has hecho? En realidad, eres único.

—Les di una sencilla orden. Ahora Mika se está preguntando qué ha sucedido, por qué sus monstruos regresan y la miran fijamente. —Dragon contempló a su familia.

—¿Qué orden le has dado? —dijo Kron, dejando a su esposa en la silla de ruedas.

—Digamos que los resetee. —Los hermanos le miraron con curiosidad—. Los Draigos funcionan como una red de ordenadores todos ellos unidos entre sí y controlados por una unidad central. Yo solo he borrado la memoria a uno de ellos, ha regresado a la unidad central para ser reprogramado, pero en el camino todos los demás han quedado infectados. Un diabólico virus.

—¿Por qué no le has dado al botón de destrucción? —bromeó Yin.

—Hay que matar a la unidad central... a Mika. ¿Dónde está Urín? —preguntó Dragon.

—Urín salió. Dice que conoce la única arma capaz de aniquilar a Mika. —Saúl expuso el plan sin convencimiento alguno—. Es una bruja, según parece.

—¿Confíaís en él? —Dragon dudaba de su buen hacer.

—No. En la primera escaramuza le encontramos abriendo la puerta de rastrillo, entonces me di cuenta que sus ojos tenían una sombra oscura —explicó Zier—. Nos costó que se transformara en dragón, cuando lo hizo un humo negro salió de sus labios entreabiertos emitiendo un grito de rabia y frustración. —Hizo una pausa—. Es fácil controlar un corazón que solo conoce la envidia, el egoísmo y la colera. No hay peor envidia que la de un rey hacia su pueblo.

—Solo conoce la alegría maliciosa: feliz con el mal ajeno, se regodea en la desgracia de cualquiera, satisfecho con la infelicidad de todos y disfruta humillando a... —dijo Kron acariciando a Leire.

—Por eso no vimos el dominio que Mika ejercía sobre él. —Saúl se sentía parte responsable—. Siempre se le dio todo.

—«La maldad no necesita razones, le vale con un pretexto» Johann Wolfgang von Goethe —citó Dragon.

Capítulo 62

Mazmorras, 29 de junio de 2019

—**N**os dejamos de miraditas —dijo Drako irritado ante el escrutinio minucioso de Karjún a Iris.

—Eres tan increíble como os recordaba —dijo el aludido ante el asombro de todos—. Fui un ángel, hace tanto tiempo que no sé si es cierto por las veces que lo he repetido o porque realmente sucedió.

—La ilusión de la verdad —dijo Yin con cierta malicia.

—Conocí la gloria —continuó Karjún sin entrar en provocaciones—, viví el esplendor del Cielo, los niños bonitos de Dios... En una palabra, lo teníamos «TODO». Éramos adolescentes que, en su afán de demostrar su personalidad o su identidad, dejando claro nuestro propio pensamiento, quebrantamos una regla: «Obediencia total». Desde nuestra posición privilegiada veíamos como el hombre quebrantaba constantemente los límites...

—Eso se llaman: celos —dijo Mordok entre risas—. Llegaron los segundos hijos y los mayores os sentisteis desatendidos y menos queridos.

—Nosotros lo dimos todo y nos convertimos en los segundones... —Destilaba odio por todos los poros—. Luzbel se rebeló y nos mostró el egoísmo del Padre, sembró en nosotros la duda, que germinó. Yo creía que, como cualquier padre, después de la pataleta nos prestaría más atención nos concedería algo..., pero no, nos expulsó... No hubo vuelta atrás. ¿Qué padre no perdona a su hijo? —Hizo una pausa—. Llevo siglos observando la evolución de los hombres y los ángeles, y me di cuenta que Dios lo tiene todo calculado. Cuando se dio cuenta que la carne con ojos que tan alegremente llamaba hijos, no cumplía con las expectativas: eran egoístas, envidiosos, malos y desagradecidos, necesitó un lugar donde encerrarles y alejar de su vista tamaño problema.

—¿Creo un reformatorio para toda la eternidad? —preguntó Oráculo.

—Cuando vosotros llegasteis..., comprendimos que no estamos solos en este inmenso Universo, pero también lo más doloroso: no somos los primeros ni los últimos.

—Muy interesante esta confesión de puertas abiertas, pero qué sabes de ella. —Zier se colocó junto a Iris y le acarició el brazo.

—Ella no es un ser corpóreo como nosotros. —Todos miraron a Iris. Allí estaba plantada ante ellos, de carne y hueso.

—Solo por llevarte la contraria, te diré que yo la veo, la toco y la huelo... No la he probado, seguro que perdería la cabeza solo por intentarlo —dijo Yin.

—Bromea lo que quieras, pero tú no te encontrabas allí cuando ellos llegaron. Solo eran energía. El alma sin contenedor. —Miró a todos y sonrió.

—¿Y el cuerpo?

—Poseyeron los primeros que murieron. Luego todo siguió un proceso natural.

—Surrealista —dijo Yin—. ¿Cómo explicas que haya dos Iris?

—Ninguno está allí para comprobar que la otra está en la cama —La duda quedó en el aire.

—¿Cómo pudieron aniquilar a toda su familia si son pura energía? —aquello no encajaba en la cabeza de Mordok.

—Cuando poseen un cuerpo son víctimas de sus debilidades.

El cuerno del carnero daba por terminada la tregua, los draigos se acercaban. Iris se colocó la armadura que Rebeca dejó sobre la cama. A pesar de las negativas de unos y otros, estaría junto a Zier en la muralla. Drako la esperó junto a la puerta hasta que dejó de abrazar a Rebeca y a Leire.

—¿Qué necesidad tienes de exponerte? ¿No te puedes quedar aquí con Rebeca y las demás mujeres? —preguntó Drako cogiéndola del brazo con más fuerza de la que hubiese deseada. Ella se lo retiró con brusquedad.

A Drako le costaba poner etiqueta a lo que sentía por Iris, podría decir que era amor, pero el trabajo de Karjún fue tan concienzudo que no reconocía las emociones que padecía. Se sentía atraído por ella y quería tener relaciones sexuales, pero ¿eso era amor?

—Eres distante, rígido, sin sentido del humor, introspectivo y aburrido...

Cómo explicarle que así le hicieron, debía obedecer a sus superiores, podía relacionarse con sus compañeros, pero no con otras personas. Tenía un comportamiento correcto, pero no le gustaban las conversaciones personales, ni siquiera la que ahora tenían ellos dos. Estaba seguro que perdía a Iris, pero tampoco identificaba si era odio o enfado lo que ella le mostraba.

—Evitaré que me maten para que la sangre no estropee tus bonitos zapatos. —Iris estaba enfadada.

—Llevo botas por eso no te preocupes. —Fue una broma que no tuvo el efecto deseado, el tono agresivo y el ceño fruncido, Iris lo interpretó como una manera más de ridiculizar sus palabras. Le tendió el collar de piedra que tenía en el bolsillo; ella lo miró, dudó unos segundos, pero lo tomó y se lo colocó en el cuello.

Drako desapareció en la oscuridad del pasillo, estaba encolerizado. Iris le vio alejarse. Deseaba estar con él, pero cuando compartían el mismo espacio todo eran miradas esquivas y palabras hirientes.

—Es difícil contactar con Drako. Nunca le oirás decir que te quiere, pero te ama; daría su vida por ti tantas veces como se lo permitieran —dijo Drako.

—Jamás me dijo que se alegró de verme, cuando llegué al Valhalla. Tampoco que estuviese cómodo a mi lado...

—No entiende sus emociones. Le enseñaron el miedo, la ansiedad, la tristeza y la melancolía. No quiero tomar parte de tus decisiones, tampoco es el momento. —Sonó el cuerno por segunda vez—. No te voy a prohibir que salgas ahí fuera, pero lo que te voy a pedir es que te mantengas detrás de Zier, no bajes la guarda y si las cosas se ponen difíciles quiero que corras a esconderte. —Guardó silencio—. Sé que amas a Drako, pues ten en mente esto: Si tú caes Drako caerá.

—Eres un amigo fiel, un gran hombre y serás algún día el mejor esposo que una mujer pueda encontrar —dijo Iris acariciándole el rostro.

—Drako es una pieza clave de la existencia humana. Sin él el mundo que conocemos sería un infierno, es la llave que mantiene la caja de Pandora cerrada.

—¡Es tan desesperante! Mi presencia le incomoda... Cuando me vio pareció aliviado, pero luego la contrariedad se adueñó de su mirada oscura y su rostro impenetrable. —Iris se apoyó en la puerta y miró al exterior, habían llegado al patio de armas.

—Te espero fuera, respira hondo y sal a salvar el mundo. —Drako la guiñó un ojo. Qué fácil

sería amar a aquel hombre, pensó Iris al verle alejarse.

Dragon fue al encuentro de sus hermanos que conversaban con Drako de estrategias y defensa. Drako repartió a sus hombres en los puntos clave de la muralla, estaban acostumbrados a la lucha, pero aquella actitud de mando no pareció gustarle a Arko que tras enumerar sus logros en torneos y justas no logró la admiración esperada ni el respeto exigido.

—No seas brabucón —dijo Arko a Drako cuando se refirió a sus justas como «exhibiciones de doncellas»—. Son combates que se hacen a caballo y con lanza. Los caballeros mostramos nuestra destreza con las armas... y una vez al año tenemos torneos; los he ganado todos desde hace siglos.

Los hombres de Drako subieron a ocupar sus puestos entre risas y carcajadas. Karjún antes de alejarse palmeó la espalda de Arko:

—Así se hace polluelo. —Después se dirigió a Drako—. No acato órdenes de nadie.

Iris salió al patio de armas, tropezó con una piedra imaginaria y trastabilló sin llegar a caer. Las carcajadas de Arón fueron fulminadas por Drako.

—Si no puedes mantener el equilibrio sobre tierra firme y en un momento de paz, ¿cómo lo harás en la refriega y sobre la muralla? —Drako clavó sus ojos de diablo sobre ella.

—Me mantendré a distancia para no caer sobre ti. —Y se alejó de él maldiciendo su poco ingenio.

—Procura no importunar a nadie, aquí se lucha por la vida de miles de seres —gritó Drako sin entender por qué.

—¡¡¡Uff!!! —Iris dio un ligero pataleo sobre la arena y prosiguió su camino hacia Zier.

Cuando Iris alcanzó su puesto, Zier estaba preparado con el arco en las manos y la mirada perdida en el horizonte, por donde se veían los draigos acercarse.

—¿Ese tal Drako es el hombre al que diste tu corazón? —Zier habló sin perder de vista su objetivo.

—A ese hombre si le das tu corazón se lo come. No tiene dentro de ese pecho más que polvo... Es desesperante, irritante. —Una sonrisa cruzó la cara del anciano—. Sí, es el hombre al que entregué mi corazón dos veces. Una como ángel y otra cuando lo vi en el Valhalla.

—Es un buen hombre... —Zier dejó su puesto y cogió de los hombros a Iris—. A veces los dioses son crueles..., han repartido la carga del Universo en tres seres y los enredan en marañas de sentimientos. Tu destino es el que dicta tu corazón, tu cerebro está lleno de razonamientos lógicos. Dragon tiene otro destino, tú formas parte de él, pero no en el sentido que crees.

—Lo sé. Mi cabeza dice que querer a Drako me traerá muchos sin sabores. —Iris miró a los dos hombres que charlaban distraídos de cosas vanales, lo sabía por su postura relajada—. Mi corazón da un vuelco cuando se acerca Drako, un simple roce con su piel me corta la respiración y mi cabeza gira... —Iris rio nerviosa.

—No hay que posicionarse entre la cabeza y el corazón. ¿Pesa más la razón o los sentimientos? Ese hombre está loco por ti, pero ha olvidado como amar. —Zier acarició la mejilla de Iris—. Yo no sé nada del amor, pero se mucho de retos y ese de ahí abajo, lo es.

No terminaron la conversación, los draigos que salían a cientos de las colinas, ahogaron las palabras con los sonidos metálicos y con la amenaza de una batalla más feroz que la anterior. A los primeros los recibieron con un gran baño de aceite hirviendo, las catapultas lanzaron bolas de brea en llamas, el fuego les asustaba. Viendo el resultado en las puntas de las flechas colocaron bolas untadas de brea y las lanzaron, consiguieron que no avanzaran, que se replegaran de nuevo a la cima del monte, pero algo no iba bien.

Dragon y Drako en lo alto de la muralla comprobaron que el número de enemigos no era tan elevado como al principio. Los caballeros vitoreaban el éxito, Dragon gritó que se callaran, su tono congeló el aire del recinto. Drako saltó al centro del patio de armas, Yin y Mordok siguieron sus pasos, Mordok se tumbó en el suelo. Un leve movimiento de la mano hizo que Dragon y Drako comprendieran lo que estaba sucediendo.

—¡¡¡Avanzan bajo tierra!!! —gritó Dragon—. ¡¡¡Preparaos!!!

Cientos de cabezas asomaron por el suelo como topos, con una agilidad de la que no hicieron gala en las ocasiones anteriores, salieron de un salto preparados para la lucha. Dragon hacia bailar sus dos espadas con una maestría envidiable, Drako le protegía la espalda y hacía lo mismo con las suyas.

Las siguientes horas fueron confusas para todos. Las armas no dejaban de seccionar miembros y cortar cabezas. Los cuerpos se acumulaban y nadie se atrevía a socorrer a los heridos, ninguno podía abandonar su puesto. Todos menos Karjún parecían compungidos ante tanta destrucción y el agotamiento se hacía evidente en unos y otros, menos en aquellos seres grotescos.

El agotamiento hacía que Iris se distrajera con facilidad, su mente era tierra fértil de pensamientos irracionales, donde el miedo que devora y paraliza campaba a sus anchas. Olvidó el peligro que la rodeaba, imaginando una vida sin Drako, sollozando por la pérdida que no existía y la soledad que no había. Sintió un fuerte empujón, a su espalda Zier luchaba mano a mano con dos grandes draigos, su espada había caído por las escaleras, las fuerzas del anciano estaban mermadas por las horas de lucha y los años vividos. Y sobre aquel muro no dejaban de aparecer draigos.

Iris gritó, la espada pequeña que llevaba en la mano se le resbaló y cayó por el hueco de los tablones del suelo emitiendo un sonido que recordaba al tañido de las campanas. Un golpe sordo hizo tambalear la pasarela de madera al caer sobre ella Arón y Arko que liberaron al anciano de tan enorme carga. Iris aprovechó la confusión de unos y otros, para bajar corriendo a recoger la espada de Zier y la suya.

La de Zier era grande y pesada, la arrastró por las escaleras dejando marcada una fina línea en los escalones de madera, ya estaba casi arriba cuando alguien la cogió de la melena y tiró de ella con fuerza, sus pies se separaron del suelo y volaron por encima de la barandilla para dar con su cuerpo en la fría piedra de la muralla. Sintió un dolor profundo en las costillas al recibir una patada de una gran bota de tierra y piedra, voló por los aires de nuevo y al instante golpeó su cabeza en la muralla. Su visión era borrosa. El último de sus recuerdos sería para Drako, le amaba a pesar de sus malos modos, había jurado como ángel protegerle y había fallado estrepitosamente, le convirtió en demonio, dijeran lo que dijeren ella era la única culpable de aquello y ahora por segunda vez fracasaba.

Llevó su mano al collar de piedra y lo sujetó con fuerza antes de sentir la nueva embestida en su costado y de verse caer por tercera vez contra el suelo. Deseaba con todo su corazón poder parar aquella marea de seres horrendos, tener esos poderes ancestrales que tan especial la hacían, demostrarse así misma que todo aquello que había escuchado de su raza era cierto y era la llave de una civilización superior; proteger a todos los que amaba. Una corriente eléctrica atravesó su mano, quiso soltar la piedra, pero tuvo miedo de no sentir la cercanía de Drako en el último momento y la apretó con más fuerza. La corriente se intensificó subiendo por su brazo y recorriendo cada rincón de su ser.

Su cuerpo se elevó por encima de aquel ser grotesco. Su melena caía descolocada, esa melena negra brillante que tan extraña le resultó la primera vez que la vio, miró con más detenimiento un

mechón y observó cómo este iba aclarándose con cada ola de calor que recorría sus venas, hasta que fue totalmente rubio. Levantó la cabeza y se fijó en el draigo, se preparaba para un nuevo golpe. Iris extendió el brazo y abrió la mano, un rayo luminoso salió de ella convirtiendo el draigo en un montón de cenizas que arrastró el viento.

Un segundo vino a sustituir al que acababa de desaparecer cuando Iris gritó: «¡¡¡Basta!!!». Todos los draigos quedaron petrificados. Los rostros se giraron hacia la figura femenina que se alzaba en la muralla. Su melena rubia ondeaba al viento, su mano extendida era firme y segura, pero lo más inquietante eran sus ojos de color violeta que brillaban como dos estrellas. Toda ella emitió una luz brillante, cegadora, que atraía hacia el centro objetos pequeños que desaparecían al tocar el haz de luz.

Drako reconoció a la mujer de la que se enamoró hacía ya miles de años, con la que se casó en la más absoluta soledad y con la que jamás pudo compartir una vida porque los planes de otros no eran los mismos que los suyos.

La energía que crecía en su interior se desbocaba, era incapaz de controlarla, sentía como sus células enloquecían ante tanto poder. Antes o después abandonaría su cuerpo, un último esfuerzo la hizo gritar una orden sencilla: «¡¡¡Desaparecer y volver al agujero de donde salisteis!!!». Los draigos regresaron por donde habían venido. Un grito cargado de ira y furia, se escuchó en la lejanía. Mika acababa de perder esta batalla, pero no la guerra, renacería de sus cenizas. «¡Me vengaré de los culpables!», juró antes de seguir los pasos de su ejército fantasma.

El muro donde estaba Iris se convirtió en una gran bola de luz intensa, Zier se acercó a tientas y la asió de la mano que mantenía extendida.

—¿Iris me escuchas?! —gritó el anciano ante el remolino de viento que se formaba alrededor de ella—. Tu poder se está descontrolando, tu masa corpórea se desvanece, la energía que eres se hace fuerte y domina a tu yo corpóreo... ¿Me oyes Iris?!

Un apretón fue todo lo que ella pudo ofrecer como respuesta. Drako y Dragon se colocaron detrás de Zier.

—¡Voy a ayudarte!

Pero no podía ser en su forma humana, necesitaba al dragón que habitaba en él. Los hombres que aguardaban en el muro, se retiraron antes de que aquel gigantesco dragón les aplastara. La mano de Iris quedó unida a una garra de la zarpa de Zier.

La voz del anciano sonaba dentro de ella, un tono más aflautado: «Tranquila, yo retengo la energía». Sintió el calor desaparecer y después la corriente eléctrica regresar por su cuerpo hacia la mano que descansaba sobre el colgante de piedra. Abrió los ojos en el instante que un gran dragón de tonos dorados caía desplomado en los brazos de otro de grandes alas brillantes, cubierto de diminutos diamantes, reconocería a aquel ser entre cientos de ellos, era Dragon.

Ella se desvaneció sobre los brazos de Drako. Antes de ser arrastrada por un sueño profundo, sonrió y acarició el rostro del hombre-demonio al que juró proteger. Él correspondió a la sonrisa con otra igual y la acompañó de un beso.

Capítulo 63

Castillos de los dragones de fuego, 1 de julio de 2019

Despertó rodeada de oscuridad. No deseaba volver a aquella habitación blanca donde la intentaban convencer de que vivía equivocada, sumida en delirios, que su vikingo no existía y que su mundo era una creación de su mente enferma. Pero la oscuridad persistía. Suspiró y sollozó en silencio, cuando calmó la respiración y la agitación de su pecho, sintió una presencia cercana. Abrió los párpados despacio. Una luz tenue se filtró por sus ojos cansados y ahuyentó los miedos.

—¡Buenas tardes, Bella Durmiente! —La voz de Drako sonó aliviada.

—¿Cuántas horas llevo durmiendo? —Se intentó incorporar, pero la cabeza le daba vueltas y la dejó caer de nuevo sobre la almohada.

—Cuarenta y ocho horas, minuto arriba, minuto abajo.

—¿Tanto? —Con la ayuda de Drako se sentó—. Estoy agotada, me duele todo el cuerpo.

—Hiciste la mayor bobada de la que te creía capaz, te pusiste en peligro a ti y a todos los que te rodeábamos. —Sus palabras salieron de su boca como un torrente, sonaban a reproche y a castigo, a decepción y furia, todo lejos de lo que quería expresar. Hubiera preferido decirle que se sintió perdido y asustado cuando aquella energía la rodeó y no fue capaz de quebrar el campo de fuerza que se alzó entre ellos—. Pero me alegro de que lo hicieras, estábamos en una situación de clara desventaja y tú cambiaste la balanza. —Había algo en su voz que no convencía del todo a Iris—. Dragon selló la cámara y nadie volverá a sacar a esas malas bestias de su jaula.

—¡De nada! —Iris cogió un mechón de pelo, ahora era rubio. Era gracioso, ahora le extrañaba verlo de ese color. Se colocó el mechón detrás de la oreja—. Le vi caer... ¿Zier está bien?

—Está en el patio de armas. —El alivio recorrió el cuerpo de Iris. Los ojos de Drako se tornaron oscuros.

—Por un momento pensé que había muerto. —Drako sostuvo la mirada de Iris.

Llamaron a la puerta, entró Rebeca. Los ojos estaban enrojecidos e hinchados, traía en sus manos un vestido de color verde con bordados dorados. Lo colocó sobre la cama y abrazó fuertemente a Iris.

—¡Por fin has despertado! No hemos dejado de rezar, teníamos tanto miedo de que no salieras de ese sueño. Pero ya estás aquí. —Apartó a Drako de la cama y se sentó en el lugar que él ocupó—. Debes vestirte, el momento ha llegado y es importante para todos que le acompañemos en este... —Las palabras se quebraron en su garganta, se cubrió la cara con las manos y lloró. Iris desconcertada miró a Drako que mantenía su postura inalcanzable de siempre, aquella que decía a mí no me afectan ni las balas.

—No entiendo. ¿Qué es lo que va a suceder? —Rebeca se secó los ojos y se encaró a Drako, pero este no movió ni un solo músculo.

—Zier está en el patio de armas... —dijo Rebeca ahogada en lágrimas.

—Sí, me lo ha dicho Drako, ¿se va? —Iris volvió a mirar a Drako.

—Sí..., se está muriendo. En cuanto el sol se ponga por el horizonte nos dejará para reunirse con nuestros ancestros, ocupando un lugar privilegiado en el firmamento. —Tragó saliva con dificultad—. Desea verte antes de partir y pregunta por ti.

—Yo tengo la culpa... ¡Dios mío! —Iris rompió a llorar cubriéndose la cara con las manos, Rebeca la abrazó con fuerza.

—¡Tú no tienes la culpa de nada! Él sabía lo que hacía a lo que se exponía cuando te ayudó... —Rebeca acarició a Iris como una madre haría con su hijo.

—Tiene razón Drako, os puse a todos en peligro y por mi estupidez Zier se muere... —Rebeca miró severa a Drako, que se encogió de hombros.

—Zier es el único responsable de su situación —dijo Drako. Y aunque aquello era cierto, que mal sonaba todo en sus labios, era esa esencia demoniaca que le rodeaba.

—¿Cómo me voy a presentar ante él?

—Se lo debes. Te vas a levantar de la cama y te vas a vestir y bajaremos juntos a estar con Zier por dos razones: una, desea hablar contigo; y dos, la familia no muere sola —dijo Rebeca.

Diez minutos después bajaban por las escaleras hacia el patio de armas. A Iris aquel camino le recordó al recorrido del reo al cadalso. Ver morir a Zier iba a ser un gran castigo, ella era la causa de aquel final. Drako la sujetaba de la mano mientras caminaba con paso vacilante, no por miedo a que escapara sino dándole fuerza y valor.

El castillo estaba sumido en un profundo silencio, ni un ladrido ni la algarabía infantil que recorrían los pasillos y las salas de juegos. Una pesada carga la ausencia de voces, exceptuando las de su cabeza que se hacía fuertes y sonoras: «Tú lo has hecho» «Tú le has matado».

El final del pasillo se acercaba. La gran puerta de madera con remaches de hierro totalmente abierta dejaba entrar una luz mortecina, se aproximaba el anochecer y con el último rayo, Rebeca, había dicho que se iría para siempre. Un suspiro salió de su pecho y sus pies se negaron a andar, Rebeca siguió su camino animada por la mirada de Drako. Este apretó con fuerza la mano de Iris y tiró suavemente de ella. «No puedo» le dijo en un susurro. «Yo estaré contigo» le respondió él. Aquellas tres palabras eran dulces, sin reproches y sinceras, él no la dejaría jamás, siempre a su lado, era lo más parecido a una declaración de fidelidad, un compromiso verbal que llenaba una vida. Iris siguió el camino.

Cuando salió al patio de armas, esperaba ver miradas de reproche, pero no, solo caras tristes y ojos llorosos que como ella esperaban un último milagro. La muralla estaba llena de los caballeros y labradores que la noche antes luchaban por defender sus vidas, hoy vestidos con ropas de gala rendían un último adiós a un ser sabio que dio su vida por todos ellos. Zor, sus hermanos, cuñadas y sobrinos vestían trajes de colores llamativos con grandes bordados; ellos lo que parecía un traje militar y ellas con vestidos de noche muy semejante al que Rebeca había llevado a Iris. En el centro del patio descansaba un gran dragón de piel dorada, las alas plegadas sobre el cuerpo se mecían en un compás lento marcado por la respiración. Los ojos cerrados de Zier se abrieron en cuanto el pie de Iris tocó la arena. Levantó la cabeza y su boca esbozó lo que parecía una sonrisa.

—¡Ven, niña! —dijo el anciano.

Drako soltó la mano de Iris y la empujó suavemente hacia el dragón. Ella se aproximó despacio, sin levantar la mirada del suelo. Cuando llegó a su lado se arrodilló y puso sus manos sobre su hocico, le rozó con ternura y dejó escapar las lágrimas.

—No debes llorar. He vivido más tiempo del que me correspondía. Doy gracias a los últimos

días de mi vida, un regalo que no merecía, conocer a la mujer más poderosa... —Zier tosió.

—¡Yo te hice esto!! —Las lágrimas corrían por las mejillas de Iris.

—Tu camino es largo y está llena de grandes cosas, el mío rozaba su fin y nadie hubiera podido pedir un final mejor. —Zier volvió a toser—. Se acerca el momento y tengo algo que decirte. Tengo un libro muy antiguo en mi cuarto, ya he dado orden a Zor para que te lo entregue, será mi regalo para que no olvides jamás a este viejo dragón, pero sobre todo te lo doy porque su lectura te dará una visión de tu pasado. Solo debes leerlo tú. Dragon te enseñará a manejar ese poder que llevas encerrado en tu colgante, cuando lo domines descubrirás... Que tu raza fue más grande de lo que tú piensas. Eres única Iris y yo he tenido el placer de conocerte. Ahora ve junto a él. —Los ojos de Zier se posaron en Drako, este agachó la cabeza en señal de respeto—. Es un buen hombre y te quiere... Dale tiempo.

Zier cerró los ojos, Iris depositó un beso en la mejilla del dragón y se incorporó para reunirse con Drako. Zier volvió a abrir los ojos y llamó a Zor.

—Tu futuro no está escrito. Veo fragmentos descolocados, como un puzle al que le faltan piezas. En estos días se repiten una imagen sin cesar, no logro descifrar lo que me intentan decir nuestros ancestros, pero sé que es importante para... —Zier tosió de nuevo, la piedra de su pecho, comenzó a emitir un brillo parpadeante—. Un amuleto con dos «3» enfrentados y una «i» con diéresis en medio; es de hierro y está atada con una cuerda de cuero negro. ¡Busca el amuleto! También escucho un nombre, un nombre que lo grita una mujer con desesperación: «¡Arturo!». No sé lo que significan, pero sé que para ti es la clave a tu pregunta.

—¿Qué pregunta? —Zor frunció el ceño.

El último rayo del sol desapareció en el horizonte. Zor se levantó y dio un paso atrás. La luz del pecho de Zier brilló con tanta fuerza que cerraron los párpados durante unos segundos, al abrirlos de nuevo la piedra abandonaba el pecho de Zier y flotaba sobre su cuerpo sin vida. El último adiós de un hombre querido y amado. Emprendió el ascenso hacia el cielo, allí formaría parte de un grupo de estrellas a las que llamarían la constelación de Zier. Todos miraron el cuerpo del viejo dragón que iba desapareciendo y allí donde estuvo tumbado surgió un pequeño jardín con un almendro en flor.

Iris contenía su llanto a duras penas. Dragon la miraba con tristeza, cómo desearía abrazarla y besarla, reconfortarla y decirle que aquello es un acto de amor y no un largo adiós. Drako, de pie a su lado tan recto como siempre, aunque él reconocía ese ligero tic en su ceja, deseaba abrazar a Iris. Suspiró ruidosamente y miró a Drako con enfado: «¿A qué estás esperando, necesitas una invitación? Aprovecha el momento o la perderás para siempre». Las palabras de Dragon revotaron en el cerebro de Drako, este miró dubitativo a Iris que se abrazaba a sí misma. La tocó suavemente el hombro y la acarició la mejilla, retiró las lágrimas que humedecían sus mejillas. Iris se abrazó a él; tras segundos de duda, la rodeó con los brazos y la apretó con fuerza.

Capítulo 64

Ático del Hotel Valhalla, 18 de julio de 2019

Iris apretó el libro de Zier contra su pecho. Escrito en el idioma de los dragones, las letras eran trazos que le recordaban el movimiento de las plantas mecidas por el viento, llenas de dibujos y florituras que embelesaban la mirada, pero dificultaban su lectura. Lo fácil hubiese sido acudir a Dragon y que él se lo leyera, pero ese no fue el último deseo de Zier, ¿por qué?

«Dragon» repitió su nombre para ella. Ese amigo al que llevaba sin ver desde que regresaron, dos semanas. La esquivaba, él se iba cuando ella entraba, ni la miraba ni la dirigía la palabra. Quizá la culpaba de la muerte de Zier y por eso no soportaba su compañía.

Drako permanecía ajeno, no sabía si por respeto a Dragon o por ignorancia. Las cosas con él mejoraban a un ritmo tan mortecino que parecía estático, pero la convivencia era más llevadera.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y abrió el libro, miró los dibujos sin comprender. ¿Por qué era tan importante para ella aquel texto del mundo de los dragones? Una ráfaga de aire fresco la sacó de su ensoñación y levantó la mirada. Frente a ella estaba Dragon. Cerró el libro despacio, tenía miedo que un movimiento brusco le hiciera desaparecer.

—¡Hola Dragon!

—¡Hola Iris! —Él miró el libro—. ¿Qué tal va la lectura?

—Digamos que no va. No entiendo nada de lo que pone, no me salta la chispa de la inteligencia, estoy en tinieblas. —Iris golpeó con dos dedos la tapa repujada en oro del libro.

—Yo podría ayudarte... —Se calló al ver el ceño fruncido de Iris—. No digo que te lo vaya a leer solo te puedo enseñar sobre un folio las letras y su gramática, el resto será cosa tuya.

—Él creyó que yo sería capaz de leer...

—Date tiempo...

—¿Por qué me esquivas? —abordó Iris a bocajarro.

—No sé cómo enfrentarme a lo sucedido. Cuando te veo pienso en las veces en las que te he besado, de cuando te tuve entre mis brazos y lo mucho que deseé hacerte el amor. Me abrí a ti porque pensé que era un sueño y ahora que sé que era real, que tú y yo fuimos reales... No sé cómo... —Dragon se sentó en el sillón y se frotó la nuca—. Fui desleal con mi mejor amigo, pero sobre todo contigo.

—¿Desleal conmigo?

—Te quiero, eres la mujer más hermosa que jamás haya conocida, tanto por dentro como por fuera, pero yo no te quiero como te quiere él y eso hace que sea desleal contigo y con él. Estuve a punto de romper algo más grande de lo que yo hubiera podido aportar. —Iris se sentó a su lado y le tomó de las manos—. No quería estar solo.

—Siendo del todo franca, estamos en igualdad de condiciones. Yo amo a ese hombre testarudo y con el ceño fruncido, con sus desaires y sus salidas de tono..., pero tú fuiste un salvavidas en mi vida caótica, me sentía sola y me ofreciste cobijo, lo acepté aun sabiendo que mi corazón pertenecía a otro. Fui peor que tú.

—¡Buenos amigos! —dijo Dragon extendiendo la mano.

—¡Los mejores! —respondió Iris, sellándolo con un apretón de manos—. ¿Qué te dijo Zier?

—Que me comprara un amuleto. —Encogió los hombros.

—¿Qué amuleto?

—Conozco miles de amuletos, he mirado incluso en internet y no veo nada sobre este. —Le tendió un dibujo con la forma del amuleto—. Las visiones de Zier, en estos últimos años, no fueron siempre claras, podría significar cualquier cosa. —Iris guardó silencio, algo le era familiar de aquellos símbolos—. ¿Qué sucede?

—No lo sé, es como si algo quisiera venir a mi mente, pero no logra recordar. —Sacudió la cabeza y dejó escapar la idea—. ¿Qué ha pasado en tu reino? —Sabía que Urín renunció al trono a favor de Zor.

—Reusé a ser el rey, pero mis hermanos y los otros reyes se negaron a aceptar mi decisión. Como no quiero, por ahora regresar, he nombrado a Saúl regente. —Se alejó hacia la puerta—. Algún día abandonaré este mundo para asumir mis responsabilidades, pero por ahora no estoy preparado para ello. Además, tengo que enseñar a una damisela a utilizar sus poderes antes de que haga explotar su mundo.

Iris puso un mohín de disgusto y Dragon la guiñó un ojo. Salió de la habitación dejándola sola con su libro y sus pensamientos. Un movimiento por el rabillo del ojo la sobresaltó. Allí en lo alto de la escalera estaba Drako.

—¿Desde cuándo estás ahí? —preguntó Iris en tono enfadado.

—Desde que llegó Dragon —respondió descaradamente.

—¿Espías? —Se levantó Iris para encararsele mientras él se acercaba a ella como un gato acechando al ratón.

—Yo no espío, yo recopilo información. —Drako se paró justo delante de ella, a tan poca distancia que Iris sintió su magnetismo, aquel que la llevó a cruzar medio mundo para encontrarle—. Lo siento. Siento cómo te he tratado.

—¡¡¡Uff!!! Drako diciendo lo siento, te estará produciendo una úlcera. —No sentía el arrepentimiento, pero se esforzaba por tener una respuesta humana. Drako valoró las palabras de Iris, ¿se burlaba de sus sentimientos? Dio un paso hacia atrás. Iris le sujetó por los brazos—. Cuando toqué mi colgante y la energía me atravesó, recordé por unos segundos mi vida contigo... Esos recuerdos se han casi borrado. ¡Es horrible este vaivén continuo! Lo que permanece es el cosquilleo de mi estómago cuando te tengo cerca. Cuando estoy contigo no estoy vacía, tú llenas las lagunas... No necesito recordar, tú formas mi memoria y es suficiente. No te engañaré, deseo más, mucho más..., pero tenemos todo el tiempo del mundo, pues nadie me alejará de ti.

Drako la sujetó de la barbilla. Miedo, conocía aquella sensación de angustia, tenía miedo a que ella desapareciera, a que hubiera descubierto junto a Dragon algo que él no pudiera ofrecerle. Con Dragon sería una mujer completa, con él no tendría más futuro que el presente. Él era un demonio sin posibilidad de formar una familia, recluido en el Hotel Valhalla por toda la eternidad. Iris adivinó sus pensamientos, alzó las manos y tomó su cabeza entre ellas.

—Yo no busco nada más que a ti. Cuando digo que deseo más, me refiero a que deseo más de ti. Quiero que me abrases, que me beses..., que me ames como en la orilla del arroyo donde nos quedamos. —Las manos de Drako se juntaron con la de ella—. ¿Sientes lo mismo tú por mí?

—Te amo desde que entraste en el Valhalla. —Drako se aproximó a los labios de Iris y los besó.

Iris se dejó llevar con aquel beso, sintió como su cabeza giraba, las piernas le temblaban y el

corazón se desbocaba. Deseaba más, tenerle tan cerca como fuera posible, que aquellos labios recorrieran su cuerpo, sentir piel contra piel. Drako la sujetó con fuerza y la cogió entre los brazos. Comenzaron a subir las escaleras camino de la habitación.

«El sexo es una de las nuevas razones para la reencarnación... Las otras ocho, no son importantes».
Henry Miller

Epílogo

El campesino no sabía si gritar de alegría o tirarse por el suelo revolcándose en la arena. Tres largos años en los cuales la cebada no había servido ni como pienso para los animales, y por fin, gracias a las lluvias y la temperatura adecuadas de ese año, en unos minutos recogería todo aquel cereal que le proporcionaría un desahogo.

Ya escuchaba a lo lejos las máquinas de sus amigos acercarse. Hasta la noche anterior, había temido que una tormenta eléctrica quemara los campos, como sucediera dos años atrás o que una plaga de langostas procedente de África arrasara el cultivo en minutos, como el año pasado. Pero no, allí se encontraba él, acariciando su centeno dorado y gordo, escuchando el ruido de las cosechadoras con tan bella canción: «Dinero, dinero, dinero». Esa misma tarde cuando todo estuviera recogido, se lo vendería a Iván, el propietario del almacén regional y se daría un homenaje comprando una botella de *kvas* del bueno.

Una brisa suave meció la cebada, el campesino observó el vaivén del tallo, era un movimiento hipnótico, pero se le erizaron los pelillos de la nuca. Miró a su alrededor nervioso, todo estaba tranquilo y silencioso, muy silencioso. Los pájaros no piaban y los insectos habían desaparecido. Nada era inusual, pero aquella calma era el preámbulo de la tormenta. Se fue acercando al límite de los cultivos, al otro lado había un frondoso bosque, separado por un camino arenoso. Se quedó allí observando a un lado y a otro, no se veía nada distinto a lo habitual, quitando aquel silencio sepulcral.

Un golpe metálico sonó sin determinar la procedencia, los pájaros emprendieron un vuelo alocado, chocándose en el aire los unos con los otros, los animalillos pequeños como ratones y ardillas, cruzaban el camino y se escondían en sus tierras. El campesino asustado sin tener claro de qué, se agazapó entre la cebada sin perder de vista el bosque y el camino.

Una sombra negra apareció entre los árboles, al llegar al camino miró hacia atrás comprobando que nadie le seguía, entonces se escuchó la voz desesperada de una mujer: «¡Arturo!» gritó una y otra vez. Dudó entre regresar o seguir corriendo, y mientras sopesaba las opciones, un polvo negro avanzaba cubriendo el suelo. Todo a su paso se secaba y se convertía en ceniza: arbustos y árboles padeciendo un incendio sin llamas.

El campesino abrió los ojos aterrorizado al ver al joven engullido en el polvo negro, pero cuando le creía ya muerte, este corrió hacia sus campos de cebada, dejando atrás aquella llamada triste y desesperada. No podía dejar de mirar al joven corriendo entre sus cultivos, cuando se dio cuenta que el polvo negro le seguía a pocos metros, convirtiendo su cosecha en ceniza negra que olía azufre.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Epílogo](#)

[Índice](#)